

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

HONOR INMEREcido

Un conocido y notable escritor, ocultando su nombre con el seudónimo de Julio Sand, nos ha favorecido con el bello soneto y la carta que en seguida encontrarán nuestros lectores.

Sin creerlos merecidos, le agradecemos los conceptos con que se ha dignado honrarnos.

Sr. D. Gervasio Mendez.

En los primeros años de mis estudios literarios, solia incomodar á las Musas demandando sus favores; muchas veces me los concedieron, pero reservando para escojidos ingenios sus frutos mas preciados.

De entónces acá, no he querido incomodarlas viendo priyaban fructuosa y prodigamente con vd.

Sin embargo, conmovido por las dolencias que lo aflijen y admirando el estro de sus trovas, me he llegado de nuevo á sus puertas y me han concedido la flor sin perfume que deposito á sus piés, como un tributo de adhesion al génio desventurado.

JULIO SAND.

Setiembre 22 1878.

A GERVASIO MENDEZ

SONETO

Sepultado en el lodo de la tierra,
Sin vida el cuerpo, el labio sin aliento,
Tortura tu alma amargo sufrimiento
Que en roto vaso su esplendor encierra.
Junto á tí, hielo sepulcral que aterra
Y el corazon hirviendo en sentimiento
En tí propio, palpando el pensamiento
La muerte con la vida en cruda guerra!
Mas entre la tiniebla del precito,
Numen benigno ofréctete su palma,
Ahoga de maldicion el ronco grito,
Presta á tu pecho la perdida calma:
Es la idea que te alza al infinito,
Del jenio el luminar que alumbraba tu alma!

JULIO SAND.

Buenos Aires, Setiembre 22 de 1878.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO III

Véase el número anterior

EN CASA—PREOCCUPACIONES DESVANECIDAS—
ESPÍRITUS DE FUEGO—UN CRÁNEO IMPERIAL—BACHKIND Y EL JAPON DE NIFFLEIS
—ESTUPENDA TEORIA—LA FUERZA DE VOLUNTAD.

Cuando al llegar á casa semi-entumecido referí á mi amigo el Berlínés la recepcion que me habia hecho el profesor, no pudo menos de estallar en un triple y sonoro *já!já!já!* como probablemente no se habria oido durante muchos años en aquella porcion del territorio ruso, donde los habitantes, bañados por los resplandores indecisos de un Sol agotado en los trópicos, apenas dejan asomar, de tarde en tarde, una sonrisa imperceptible y fria, como la nieve que en abundantes copos se derramaba en aquel momento.

Durante un par de horas que permanecimos junto á la estufa, despues de comer, hablamos de la Rusia, de sus grandes hombres, de su Fauna y de su Flora, de Catalina, de Byron, del perrito de Korsakoff, del Mariscal Villanueva ó Villenekoff, nuestro compatriota, y, siguiendo una evolucion de ideas estimuladas, llegamos hasta ocuparnos de zarzuelas; pero como nuestro espíritu se hallaba en estado de *vis-vita*, como diria un Romanista, dada la igualdad de circunstancias del momento, emprendimos un duo que comenzaba conel:

... y al son de mi viola
quién quiere cantar
quién quiere bailar? . .

Nos ocupamos de los Kosakos y de los Groenlandeses, y aún llegamos á dirigir una mirada compasiva al traves de la distancia, la noche y la nieve, hácia los pobres desterrados políticos polacos, que mueren de miseria y desconsuelo en las heladas llanuras de la Siberia, á donde los envía la benevolencia del Czar, que no puede dejar de reconocer el derecho que le asiste de pasar una secante por la laringe de los mencionados polacos.

Despues de aquella conversacion cuya paternidad no habriamos aceptado, seguramente, si nos la hubieran presentado escrita para firmarla, nos dirijimos á nuestros respectivos aposentos.

Por mi parte, viendo que allí habia un espejo, me acerqué á él y tuve el placer de contemplar mi nariz reflejada, que si no tenia la magnificencia de un sol poniente, era porque carecia de resplandores moribundos—me examiné luego, siempre rente al espejo, el resto del cuerpo, porque tenia una vaga idea de que el frio podria haberme descalabrado algun miembro abdominal ó torácico; hice por fin diversas evoluciones militares, recordando la levita verde con peto, cuello, puños y vivos rojos del Profesor Burbullus, me desnudé, y una vez instalado cómodamente en la depresion longitudinal media de la cama, me calafaté por decirlo así, con las cobijas, y me quedé dormido profunda, abrigada y deliciosa mente.

Amaneció el Mártes 22 de Diciembre, si es que puede emplearse tal verbo impersonal para definir una vislumbre pálida, que cual inmenso sudario envolvía el helado esqueleto de la comarca.

Algo como un manto ceniciento de brumas, tendido perezosamente sobre una sábana pálida, blanda, inmensa, monótona, remplazaba el ambiente que en verano bañaba el sol con ardientes vibraciones, y un frio intransigente, que no admitia réplica de ninguna especie, se permitía señalar, con su dedo de hielo, 15 grados bajo cero en el termómetro de Celsius.

La Curlandia se ostentaba en toda la gloria de su opacidad indecisa!

Nacer en la patria del Pampero, aspirando las brisas templadas de la Zona, y experimentar casi de pronto una temperatura tan baja, es algo que no se adapta á nuestro funcionamiento fisiológico de Argentinos.

Pero, sea como fuere, el hecho es cierto, y aunque en Curlandia semejante frio no es una maravilla, los Curandeses, en su mayor parte, experimentaron en aquel dia esa sensacion que muchas veces quema tanto como el fuego.

Contra tal enemigo hay, sin embargo,

varios remedios: comer cada hora ó cada dos horas, como lo he presenciado muchas veces en aquel país, para mantener de ese modo el organismo en continua producción de calor animal; y forrarse en pieles hasta la sofocación. Las pieles son malos conductores del calórico, así es que el que se produce por la digestión continua, no se pierde en el ambiente frío: las pieles lo conservan.

He visto muchas veces, y lo han observado también otros viajeros, que los Curandeses empleaban un tercer medio, que no acepto, porque no es razonable. Este medio, que reprueban altamente las sociedades de templanza de todas las naciones civilizadas, especialmente la Rusia, por respeto á las sabias leyes de Pedro el Grande y de la hermosa Catalina, consiste en depositar en el interior del cuerpo, en calidad de depósito, nó más,—una cantidad indeterminada de aguardiente simple ó en diferentes mezclas con otros líquidos no menos hidrocarbonados.—Es increíble la cantidad de *wodki* que consumen.

Pero es un error. La calorificación no es más que momentánea. Si este período pudiera prolongarse impunemente, nada sería más admisible que semejante antídoto del frío; empero: no es así.

La cantidad primera que allí se emplea para neutralizar el frío, produce ese primer estado que caracteriza una expansibilidad particular, esa alegría, esa *vis-vita* ó fuerza de la vida, como nos dicen los legistas Romanos, que estimula de una manera inevitable á comunicar á los compañeros de frío ciertas ocurrencias que, en el estado normal del espíritu, suelen llamarse secretos; en el segundo estado, el funcionamiento de los sentidos se altera considerablemente, y aún sucede que el pusilánime se transforma en león; entonces no hay peligros: la audacia se apodera del tímido, el desenfreno casi del iracundo, y los objetos, por un fenómeno sencillo del mecanismo visual, aparecen dobles; el ánimo está predispuesto á aceptar lo imaginario, la ilusión, por lo real, de manera que el que se halla en ese estado, donde no hay más que una botella védos, y su mano, que un estremecimiento, una voluntad extraña agita, se dirige á la botella ilusión, y nó á la botella real, calorífica.

En Curlandia, la gente es muy poco afectada á fantasmas, de manera que casi siempre, al ménos, así lo he observado con mucha frecuencia—el Curlandés no se alucina, por que no vé la botella imaginaria. . . cuestión de temperamento.

Luego se presenta el tercer estado, precedido por un corto período de transición,

en el que se pierde por completo la vergüenza, y en el que el hombre, transformado en bruto, no es susceptible de recordar su noble personalidad.

Al llegar el tercer período á su mayor intensidad, la noche remplace al día, y los montes oscuros, los árboles, la nieve, las casas, todo parece agitarse en torbellino desesperante, vertiginoso, en el que toda la Naturaleza toma parte, vértigo fatal que algunos sábios pretenden explicar de una manera subversiva; porque para ellos el vértigo circular es la aspiración suprema de la vida, y sin ese vértigo más ó menos periódico, las ideas, los pensamientos más atrevidos quedarían reducidos á nada, como dicen haberlo experimentado en sí mismos.

La coronación del tercer grado de este placer es la privación completa del conocimiento.

La vida fisiológica rechaza tales medios. Yo no los acepto.

Como consideraba que el alimento sólido y las pieles eran suficientes, mandé que se me trajera el trineo, sin empaparirme en alcohol.

Subí en él y el chasquido del látigo onduló entre la bruma sepulcral que me envolvía.

Por segunda vez, mi amigo se había negado á acompañarme.

A medida que me acercaba á lo del Señor Burbullus experimentaba algo extraño;—algo que no era frío, y que sin embargo se le parecía mucho.

Temía por mis facultades de poliglota.

—«¡Ay!» exclamaba, «si se ocurriera hoy Mártes al Profesor Burbullus hablar en Ruso! ¡Por las olas del Danubio que no entendiera palabra! Sería bueno que después de exponerse uno á quemarse entre estos hielos saliera el Sr. Burbullus con sus estornudos filológicos.

Pero tengamos confianza; mi destino no debe serme tan adusto á esta distancia de mi querido *ché' veni tomá*, como para hacer que con este frío el Sr. Burbullus me hable en Ruso.

Llegaba á la morada del caprichoso señor.

Entre la niebla densa se destacó súbitamente el edificio que el lector conoce.

El caballito se detuvo junto á la puerta de entrada.

Un individuo, sí, era un individuo, tomó las riendas y en el momento de entregarlas le pregunté algo que no supo contestar.

—«Está vistol» dije para mis adentros—«no hay mas remedio que ir uno mismo á averiguarlo.»

Se abrió la puerta del gran salón.

El Señor Burbullus no pudo contener un gesto de admiración al verme, y abriendo los brazos, y levantándolos de modo que su sabia personalidad parecía una *X*, exclamó:

—«*Amice, non te frigus terret?!*» (*)

—«*Lector equidem, namque jam vos Kurlandicè loqui existimabam!*» le contesté sonriendo (*)

(*)—Amigo, no os aterra el frío?

(*)—Me congratulo, porque esperaba que me hablaríais en el idioma de Curlandia

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

MIS PENSAMIENTOS

¿Porqué os levantaís audaces
Hacia el limpio azul del cielo
Castas palomas que nunca
Tendisteis tan alto el vuelo?

¿Qué buscáis en los espacios?
¿Qué inquietud, qué extraño afán
Os impele, pobres aves,
A arrostrar el huracán?

Si en pos voláis de aquel astro
Que en noche de tempestad
Vino á iluminar mi alma
Con su tibia claridad,

Ah! no os vayais porque ahora
Léjos, muy léjos está.
Y si os perdeis en las nubes,
Quien os vuelva aquí, no habrá!

Quedad, pensamientos míos,
Flores del alma, quedad,
Que nunca alcanzó en su vuelo
Al águila, la torcaz!

AGUSTINA ANDRADE.

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALFONSO MAGARINOS CERVANTES)

(Continuación)

Bien ha dicho Lamartine: la poesía «es la lengua de todas las edades de la humanidad»

El inmortal autor de la *Cantiva* ha tocado también este punto con no menos lucidez, y en este momento tenemos ante los ojos *La science du Beau de Léveque, De l'art et du Beau de Lamennais y La poesie etc. de Lafayette.*

Haremos una escursión por esos tres libros.

La poesía, dice Lévêque, es la primera de las artes: tiene las fuerzas expresivas mas grandes, mas numerosas, mas variadas, mas flexibles que la escultura, la pintura y la música. Entonces, si nuestra teoría de lo bello es verdadera, la poesía vendrá á confirmar la mas plenamente, apesar de la música y de las artes del dibujo.

Recordaremos aqui lo que dejamos establecido: que el objeto del arte es la bella interpretacion de las bellezas del alma ó de las bellezas creadoras y que el objeto del arte es embellecer el alma del hombre y deleitarla por la contemplacion de lo bello, mejor que las demás artes, la poesía realiza este objeto. Ella es por excelencia la expresion latente y ordenada del alma y de la fuerza; es por excelencia la fuerza creadora que eleva y regula el alma por el deleite que procura lo bello.

El instrumento de la poesía es la palabra ó sea el lenguaje articulado; signo expresivo de que el arte se sirve, que ningun otro traduce el alma en el mismo sentido que la palabra. Solo ella arrastra en pos de sí el alma toda entera. No solamente exprime el pensamiento, sino que lo precisa, determinando las formas y los moldes; marca el nacimiento, los desarrollos sucesivos, los decaimientos, las recrudescencias, los abatimientos y las violencias. No solamente expresa la accion bajo todos sus aspectos, sino que refleja, como en un espejo fiel, todos los progresos y todos los efectos. No solamente traduce el pensamiento, sino que, en virtud de su potencia analítica, lo descompone hasta en sus últimos elementos, sin alterar jamás la unidad. No pudiendo hablar á los ojos, se apega á la imaginacion y le presenta espectáculos que la vista no abarcará jamás. Ríe, llora, dibuja, pinta, escribe, enumera, razona. Tales el incomparable órgano de la poesía. Por medio de este instrumento hace pasar á sus obras lo visible y lo invisible, el alma y la materia, lo finito y lo que no tiene límites, el universo y Dios.

He ahí la potencia de que dispone la poesia

En un sentido general, y rigurosamente hablando, agrega Lamennais, la poesía es el Arte misma, tiene lo Bello encarnado, revestido de una forma sensible. Asi el universo es una gran poesia, la poesia de Dios, que nosotros nos esforzamos en reproducir en la nuestra.

No es la expresion inmediata de la Ver-

dad, sino la expresion de lo Bello; junta á la idea pura la imagen que le da un cuerpo, y los sentimientos que ella escita naturalmente en nosotros.

III

El elegante volumen que tenemos á la vista, consta de 548 páginas in 8°. cuya impresion, hecha en Montevideo, hace algunos meses, fué dirigida por nuestro amigo el Dr. Magariños Cervantes.

Mas de diez mil versos contienen esas páginas inmortales, que la posteridad apreciará quizá mejor que nosotros, cuando las pasiones mundanas duerman el sueño eterno, y llegue la hora de la reparacion y la justicia, que arrancará del olvido tantas glorias humilladas hoy por el vil gusano de la envidia.

La índole del libro que nos ocupa merece un recuerdo bibliográfico, y al efecto, nos servimos de las propias palabras de Magariños al honrarnos un día que se ocupará de nuestra última y humilde producción, *La Argentina*.

Despues de hacer una reseña de varias publicaciones de Europa, decia:

«En las consagradas ó que se refieren á la América española, he notado siempre con extrañeza y disgusto el corto espacio concedido á los vates uruguayos. A veces los compatriotas nuestros que han merecido ese honor son none y no llegan á 3.

Así por ejemplo, en la edicion de lujo con retratos abiertos en acero hecha en Paris en 1851 con la proteccion de S. M. la reina D^{na} Isabel II, por D. Andrés A. de Orihuela de *Los poetas españoles y americanos del Siglo XIX*, solo figuran como cantores uruguayos el general D. Melchior Pacheco y Obes y el que traza estas líneas.

La *América Poética* del Dr. D. Juan M. Gutiérrez, publicada en Valparaíso, en 1846, y la de D. Domingo Cortés (chileno) editada recientemente en Paris, 1875, no pecan por liberalidad respecto de los orientales, á pesar de su voluminosa estension y del muy cuestionable mérito de muchas piezas de versificadores de otras Repúblicas, á las que se ha concedido preferente lugar.

Algo parecido acontece en la coleccion publicada en Alemania (Leipzig, 1867) con el título: *Poesías de la América Meridional, coleccionadas por Da. A. J. de Wittstein, con noticias biográficas de los autores*. No se concede ingreso en ella sino á cuatro hijos de la República:—Francisco A. de Figueroa, Juan C. Gomez, Adolfo Berro y A. Magariños Cervantes.

Todavía es mas sensible el olvido, que debemos suponer involuntario, de poetas y

escritores nuestros, que pueden ponerse sin mengua al lado de los que honran las letras de cualquier país, en la erudita y en general acertada recopilacion, hecha en la capital vecina, como quien dice á nuestras puertas, por persona tan inteligente como D. Alfredo Cosson, bajo el rubro de *Trozos selectos de literatura de autores argentinos y extranjeros—Buenos Aires, 1871*.

En una coleccion que consta de tres gruesos volúmenes de prosa y verso, de cerca de quinientas páginas cada uno, apenas figuran tres orientales entre los poetas—Figueroa, Gomez y Magariños Cervantes.

Digamos de paso y solo como un apunte que corrobora nuestro juicio, que en el famoso y justamente reputado *Diccionario universal de los contemporáneos de Vapereau*, última edicion—Paris, 1870, en lo que posatañe, solo hemos podido encontrar el nombre de D. Andrés Lamas.

Cuando Magariños escribía estas líneas recibimos nosotros otro importantísimo Diccionario de Vapereau, (*Dictionnaire des litteratures*) que en esta vez la palabra *carre* le viene de molde á casi toda la América con rarísimas escepciones.

Igual cosa acontece en la *Biblioteca Hispano-Americana* (T. II) publicada en España por el Dr. Laso de los Velez (Barcelona, 1875) en que figuran los argentinos Echeverría y Mármol solamente, y los orientales Berro y Figueroa! Y cuéntese que esta publicacion viene acompañada de datos biográficos como este: «Navarrete (Fr. Manuel Martinez de) Nació en 18 de Junio de 1768 y murió en 1809.» Con semejante dato ya podrán decir los lectores si ha nacido en Mejico el autor de los *Entretenimientos* y si ha merecido los elogios de D. José Zorrilla. Como para muestra basta un botón, recomendamos la tal obra á los curiosos.

Hace tiempo continúa Magariños, reuni algunos materiales con el patriótico objeto de llenar el olvido, por no decir injusticia, que se cometen con nuestros paisanos: y solo causas independientes de mi voluntad me han impedido realizar mi propósito.

Vemos con placer que el Sr. Martinez se muestra, en lo que á nuestro país concierne, mas imparcial y generoso que los que le han precedido—En lo que va publicado de la *Argentina* figuran ya algunos de nuestros compatriotas; y nos consta que el inteligente escritor hace laudables esfuerzos para reunir los materiales necesarios, á fin de enriquecer su galeria como el mayor número posible de poetas uruguayos.

Su plan es sencillo, y nos parece el mas

adecuado para el objeto que se propone.

Escoje aquellas producciones que á su juicio conceptúa las mejores, ó que dan mas cabal idea del talento ó de las cualidades de cada autor; trascribe los juicios que sobre ellos se han formulado por otros escritores, nacionales y extranjeros, y en seguida emite el suyo con franqueza, sin mostrarse demasiado severo; pero sin que deje por eso de apuntar los defectos que nota y de hacer discretamente las observaciones que cree justas—Jamás emplea ese tono dogmático y pretencioso que subleva al lector ilustrado, y mas que al lector á los autores á quienes se pretende convencer á pescosones, de sus extravíos, en vez traerlos al buen camino por medio de una crítica inteligente, razonada y hasta caritativa segun el consejo de San Pablo.

No pertenece el Sr. Martinez al número de esos espíritus atrevidos y descontentadizos, que á trueque de lucir su improvisada erudicion y ser tenidos por inteligencias superiores, solo se inclinan á ver en una obra sus defectos, é incapaces de comprender sus bellezas, solo tienen palabras de desden y menosprecio para lo que no lleva el sello de la perfeccion, exigencia tan racional como la cuadratura del círculo, y que entre paréntesis, dá ya la medida de la portentosa capacidad de tales Zoilos.

¡Rara coincidencia! El Dr. Magariños ha formulado un juicio que en todas sus partes le pertenece entero al libro, que acaba de editar, sin mas trabajo que cambiar nuestro nombre por el suyo.

¿Quién no vé en el *Album* que nos ocupa un *Parnaso Oriental* completo, en que figuran nada menos que cincuenta y cinco poetas?

BENIGNO T. MARTINEZ.

(Continuará)

LA ONDINA

Las bellas ondinas, cubiertas de blancos velos, salen del profundo de las aguas.

H.BINE.

Sobre el barranco elevado,
junto á la orilla del agua,
atrayera y seductora
la Ondina tocaba el arpa.

El Paraná majestuoso
se deslizaba á sus plantas,
y el murmurio de sus ondas
la música acompañaba.

Vino el gaucha soberano,
señor de la inmensa Pampa,
sentado sobre los lomos
del corcel de vieja raza.

El gaucha sin ley, ni freno,
y sin mas dios que su daga,
indomable y silencioso
lejos del barranco avanza.

Pero el ímpetu sofrena
del corcel, que al punto pára,
cuando siente que el jinete
las riendas flojas levanta.

Porqué ceja en su carrera?
La direccion porqué cambia,
dando al rumbo que seguia
tan decidido la espalda?

Acaso por vez primera
el miedo vano lo asalta?
ó es que el galope tendido
de su caballo lo cansa?

No es la fatiga, ni el miedo;
es alguna fuerza extraña,
algun misterio latente
que á determinarlo basta.

Y el gaucha sigue á galope;
de nuevo las riendas bája;
y sigue impasible, sigue
donde el animal lo arrastra.

Envueltos van en la nube
de polvo que los amaga,
el caballo y caballero
como una sombra lejana . . .

Dónde están? La vista débil
á distinguirlos no alcanza;
pero el oído percibe
como un azote en el agua.

Y se oye el eco distante
de los acordes del arpa,
que la Ondina seductora
sobre el barranco tocaba.

Parece que los sonidos
sumergiéndose se apagan:
el murmurio de las ondas
sobre los recuerdos pasa . .

Cuentan que el gaucha valiente
duerme en el fondo del agua;
y la Ondina en el barranco
se sienta á templar el arpa.

No es fantástica leyenda
de los lagos de Alemania.
Nunca has amado?—Medita
cómo perdistes el alma.

A. N. V

LABERINTO

A contar desde el dia en que recibí sueldo por vez primera, tengo un amigo que me acompaña lleno de abnegacion ejemplar en todas aquellas peripecias de la vida en que no corro peligro, ni necesito auxilios pecuniarios. Todo lo demas que él tiene está á mi disposición: consejos, recomendaciones, recursos del orden moral, etc, etc.

Este generoso ciudadano ha sentado sus reales, apesar de no tenerlos, en un barrio delicioso, lleno de gente alegre, donde las muchachas encantadoras ostentan sus peregrinos atractivos y los caballeros galantes encuentran un campo siempre verde para la realizacion de sus conquistas.

Mi venerable amigo, despues de renunciar al amor, á consecuencia de haber descubierto que desciende directamente de Picio, el mas feo de los hombres, despues de él, segun es fama, se ha dedicado con laudable constancia á la observacion, para lo cual, segun declaracion propia, tiene notables disposiciones naturales.

Mi amigo vive solo y con esto se hace filósofo sin saberlo. El otro dia fui á visitarlo, pues me habia invitado á comer con el objeto de festejar el fallecimiento de un pariente suyo.

No creo que haya necesidad de enumerar la lista de los manjares: basta decir que eran buenos por escepcion, es decir, porque habia visitas, lo cual sucede en todas las casas, menos en las de Buenos Aires.

Despues de tomar el café, que era de Moka, segun mi Anfitrión, el genio de la noche habia tendido ya la sombra de sus alas sobre los severos edificios de la ciudad, como diria un medio oficial literato.

El ambiente estaba templado, y nos sentamos á fumar en una de las ventanas que dan á la calle.

Nuestra aparicion coincidió con la mas alevosa decapitacion del *Miserere* del Trovador, con el que se habia trabado en singular combate una de las vecinas.

—Esa admirable artista—me dijo mi amigo—es una señorita de cuarenta y cinco primaveras, soltera de nacimiento, que reparte sus ocios contra el piano, la ventana y el perrito faldero. Ha despreciado á mas de veinticinco pretendientes . . . todos ellos alemanes. Sabe de memoria la vida y milagros de todas las gentes que habitan en el barrio; dice que la juventud está corrompida, que todas las niñas, escepto ella, son unas descocadas, que los mozos son unos perdidos y que la literatura sigue los rumbos licenciosos de Paul de Kock, cuyas obras conoce perfectamente.

—Bien por ella! ¿Quién es aquel viejecito que viene leyendo papelotes á la pálida claridad del farol y haciendo ademanes declamatorios á guisa de Ministro que pronuncia un discurso á solas?

—Ah! Ese es mi benemérito vecino D. Manuel; si alguna vez le encuentras, dile que gozas de una salud admirable; porque de lo contrario se empeñará en contraer amistad contigo. Busca amigos entre los enfermos desahuciados, es decir, entre los pacientes á quienes asiste médico, para tener el gusto de pronunciarles un discurso fúnebre.

—Hola! Parece que ahora viene ensayándose.

—Ultimamente ha sido protagonista de una aventura deliciosa. Se trataba de enterar un mismo día á un General, un Catedrático y una señorita. Nuestro hombre no quiso perder esta triple oportunidad de lucir sus dotes oratorias y se presentó pálido y conmovido ante la tumba de la niña, pronunciando estas palabras con acento formidable:—«Ilustre General, soldado valeroso que has regado cien campos de batalla con la sávia fecunda de tu sangre, mártir del pueblo etc., etc.»...—Profundamente sorprendidas, las personas que formaban el cortejo fúnebre le hicieron conocer su error. D. Manuel corrió desesperado hasta el sepulcro del Catedrático y comenzó allí nuevamente la interrumpida alocucion, con igual sorpresa de los concurrentes que tambien le observaron su equivocacion. Cuando llegó á la tumba del General, la ceremonia habia terminado. Este contratiempo le costó una enfermedad, durante la cual escribió un discurso conmovedor y juró pronunciarlo ante su propia tumba. Restablecido hoy de sus dolencias, ha escrito otro para uno de sus amigos á quien asiste junta de médicos....

—Basta! El tal D. Manuel podía dar expansion á sus apetitos literarios con el sentido comun. ¿Quién es aquella adorable señorita enlutada que pasa por la vereda de enfrente?

—Esa es la mas devota de todas mis vecinas y siempre la veo pasar por aquí en direccion á la Iglesia. Lleva su devocion á tal extremo de ascetismo, que se confiesa todas las noches, ventana de por medio, con un jóven galan, mientras ronca la mamá....

—Ahí pasa un carruaje muy despacito... apenas se mueven los caballos....

—Ah! Es la señora que vive en el extremo de la cuadra y que pasa á visitar á una de sus amigas; cuatro puertas mas allá....

—Y... ¿en coche?

—Pues!... Ahora trata de agrandar la puerta de la calle, á fin de hacer penetrar el vehículo á la casa y trasladarse en carruaje desde la sala á la antesala. Como la dichosa señora conoce recien lo que se entiende por, carruaje, desea aprovecharlo. Nada mas justo.

—Tienes razon. ¿Quién es aquel muchachito pelado que devora con los ojos las puertas y ventanas de la casa de enfrente?

—Es el hermanito de las de Gonzalez, que tienen su casa en esta cuadra.

—¿Y que hace allí?

—Trata de averiguar si el estudiante Ramirez visita todavía á las de Peralta ó si se ha retirado de la casa. Son tan estrechos los lazos de la amistad entre las niñas, que en materia de novios, se tienen recíprocamente un interés fraternal....

—Por allí pasa un caballero cuya talla revela todas las condiciones de un grande hombre; es fornido como él solo.

—Ese es el mas elevado personaje entre todos mis vecinos; ocupa la espléndida casa de tres pisos que habrás visto cerca de la esquina. Se ha mandado construir un magnifico sepulcro en el Cementerio del Norte; sin embargo, los vecinos en general y sus amigos en particular, dicen que está en el carnero antes de morir, porque nunca sale de sí mismo....

—Lo extraño sería que no lo dijeran los amigos. Aquel señor que se desliza magestuosamente por debajo del farol, tiene algo de rural que trasciende á lo lejos.

—Efectivamente, ya parece verlo con la rodilla en tierra, tijera en mano y sudando todas y cada una de las amarguras de la esquila. Se ha establecido recien en la ciudad, con su esposa, dos bellas hijas casaderas y demás familia menuda. En su casa tienen lugar tertulias periódicas, lo cual ha dado lugar á que el domicilio se inunde de visitantes almiarados. Es fama que cuando entra alguno de ellos, dice la señora:

—«Dentro usted, caballero; asíéntese usted ¿Como le vá?

—Perfectamente, señora. ¿Y las niñas?

—Buenas, gracias, con su permiso, las llamaré. Niñas, vengán ustedes acá, á dar las buenas noches á este caballero y díganle á la muchacha que traiga una vela esterlina para que toquen en el piano algo sobre la *mula de Portici*....

—Jesucristol! ¿Porqué será que las gentes nunca quieren estar quietas en el lugar que les corresponde?

—Calla y no seas imprudente. ¿Qué diablos tiene que ver la gramática y el buen sentido con el dinero y la espectabilidad

social? La distincion no está en la biblioteca, sino en la calle de la Florida y en el Parque Tres de Febrero....

—Siempre tienes razon! ¿Como se llama y en qué se ocupa aquel gran ciudadano?

—Ese es D. Simon, economista. Los amigos que comen en su casa y le piden dinero prestado, dicen á todos, menos á él, que D. Simon se parece á la moneda fiduciaria: su ilustracion económica es inconvertible como el papel moneda.... pero tiene crédito entre los sabios....

—Allí avanza un caballero jóven, perfumado y elegante: ¿Es algun novio?

—No; visita á un matrimonio cuyo jefe pertenece á una sociedad literaria que celebra sesiones por la noche.

—Es muy noble estudio el de las bellas letras!

Concluia esta piadosa exclamacion cuando pasó tambaleándose un gallardo militar

Apercibido de nuestra presencia, nos saludó cortesmente y se quejó de que le ajustaban mucho los botines.

Aquel era el mas *divertido* de todos los vecinos.

En ese momento se armó un estrépito espantoso en la casa contigua; el ruido de los muebles derribados y de las sillas que chocaban contra los cristales, se mezclaba con imprecaciones y gemidos.

Requerí el símbolo de la paz y me levanté; aquello no podía ser otra cosa que una escena conyugal.

—Calma y siéntate—me dijo mi amigo— Hace mucho tiempo que vivo aquí y todas las noches se repite la misma escena, á la misma hora y con toda la variedad de sus encantadoras peripecias. La primera vez que oí la batahola, quise socorrer á la víctima, pero la esposa misma me dijo que su marido padece de un accidente....

Me despedí de mi amigo.

En la Exposicion Rural, un hombre que se detuvo en presencia de varios jumentos, pronunció estas palabras:—son todos los que están, pero no están todos los que son....

Quizás comprendia lo que dijo:—*Nosce te ipsum*.

En el manicomio del mundo, están todos los que son y somos todos los que estamos!

ANASTASIO.

IL PROMETTO

DI OLEGARIO ANDRADE

(Versione italiana di Erminio Bettinotti)

(Continuazione, vedi il N. 11 e 12)

Aureola di splendor ricca e d'accenti
E' fior teste sbocciato,

La cui corolla candida ed eletta,
 Sparge il profumo agreste e delicato
 De la sublime vetta,
 E il convulso muggir del flutto irato;
 Tra poco dal suo sen spiccherà il volo
 Di peregrine idee, vergine stuolo,
 Farfalle del pensier, d'ale splendenti,
 Ammirazion del mondo,
 Coi metro più giocondo,
 Più sonoro dei sibilo dei venti!

O eterne, incombustibili fenici,
 Eredi mie, voi mie vendicatrici,
 Io propagai nelli intelletti umani,
 Germe d'incendi, semi di vulcani,
 Or precipita pur, caduco Giove,
 Del tuo furor ministri li uragani,
 Mi raddoppia i tormenti ognor più fiero
 Tenta le estreme prove,
 Però que già s'affretta
 Il Titan che farà la mia vendetta
 TITAN INVITTO L'IMMORTAL PENSIERO!

Così parlò, non più accigliato il viso,
 Torvo lo sguardo, e in atto disperato,
 Bensì grave, sereno, rassegnato.
 Che qual sorge dal martire il profeta,
 Vede vicina l'immancabil meta,
 Qualcosa come il lampo d'un sorriso,
 Li illuminò la fronte,
 Qual favilla che guizza d'improvviso
 Sopra mucchi di cenere gelato.

III

Già del Titan il grido clamoroso,
 Che sfidava i celesti e i firmamenti
 Del monte rimbombar nelle caverne
 Omai più non s'udì, gli astri fuggenti
 Non sospesero il vol vertiginoso,
 A osservar il cimento pauroso,
 Ne i nuvoli tremar, ne alzò muggghiante
 Il negro Ponto il flutto riottoso
 Onde strappar dalle ritorte eterne
 Il prigionier gigante.

In cupa solitudine sommersa
 L'erta vetta restò, ve l'uragano
 In ceppi dimorò, la gemebonda
 Fiumana Araxa di livor cospersa
 Discese lenta a strascinar nel piano
 La muta e torbid'onda,
 Come dell'anima nel profondo lago
 Le rimembranze suscitò silenti
 Di flutti amari orribile vorago.

E sempre desto il povero gigante,
 Il Ciel era l'arcana
 Pagina dei segreti
 Tutt'or velati alla scienza umana,
 Ve al tremulo barlume dei pianeti
 Le misteriose sillabe scrutava
 Del suo destin crudele,
 E la cometa errante,

Che sul lontano vertice strisciava
 Suo bieco araldo, tacito e fedele!

E Prometeo vegliava,
 Di tanto in tanto udià,
 Qual chesto susurrio di lievi spume
 Che scherzano coll'alge irrequisite,
 O un tremolio soave si sentia
 Di fantastiche piume
 Sulle tempia strisciare febbricitanti,
 O come un stormir mite
 Di fronde vagolanti, inaridite
 Che il nembo svelse da invisibil pianta.

Il zampillo non era della luna,
 Ne brandelli di nebbia che leggeri,
 Solcani i campi della notte bruna,
 Eran sommessi cori lusinghieri
 De le gentili ninfe Oceanine
 Ch'escian del vespro al raggio inargentato
 Dalle grotte azzurrine,
 E intorno del titan incatenato
 Il disciolto scotean rorido crine.

Prometeo non dormire
 Passando susurravangli all'udito,
 Destando in cor del misero avvilito
 Li aneliti infiniti del desire,
 Non dormir che l'Olimpo,
 E il sen d'abisso echeggia
 Come il vulcan nei balzi romoreggia.

E Prometeo vegliava
 Fisso lo sguardo nelle cupe sfere
 Che palpitavan, come l'onde rotte
 D'immenso mar turbato,
 E al romorio che dal lontano prato
 Le brezze li traean, cheto origliava,
 È il mormorio delle genie novelle
 Che giù dal sen delle Caucasee grotte
 Brulican ansie di veder le stelle.

IV

Scendea la sera: Il Sol mesto e languente
 Simile a eroe ferito,
 S'abbandonava fra le braccia cupe
 Dell'immenso fantasma d'occidente,
 Quando sentì tremar la dura rupe,
 Ve poggiò per tre secoli la testa,
 E udì echeggiar la sfera
 D'un tramestio, come un covil di fiere
 Quando ruzzan nel cor della foresta.

Irrequieto, tremulo, agitato,
 Le nubi interrogò, che a gonfie vele,
 Navigavan nel pelago stellato,
 Pari ad enormi cumoli di neve,
 Che staccò l'Urgan infuriato,
 Dalla cresta del monte, e le fuggenti
 Così risposer breve,
 Oh! scricchiola l'Olimpo, e nel empiro
 Li Dei onnipossenti
 In agonia crudele,
 Già stan per esalar l'ultimo spiro!

E il melodico accento
 De le gentili ninfe Oceanine
 Che gl'instillava in seno
 L'ansie infinite del desio tradito,
 Col flebile concento,
 Tornogli a titillar dolce l'udito,
 «Prometeo orsù fa core
 Nelle lontane creste,
 Brilla d'un nuovo sol, novo splendore!»

Tormò il titan con furibonda possa
 A squassar la catena aspra e robusta,
 Che scoppiò franta a la suprema scossa,
 Scoscesero que' balzi dirupati
 Come piramidale torre vetusta
 Dalla celeste folgore percossa,
 E de' corsi grifagni il nero sciame
 Con lugubri ululati
 Si volse altrove a satollar la fame.

V.

Ritto è il gigante! Il monte colossale
 Funereo altar del suo martir letale,
 Che l'ansie udi dell'orrida agonia
 Delle viscere sue col sangue tinto
 Testimon doloroso,
 Di sua nefanda orribile elegia,
 E di battaglia il suo destrier focoso,
 Della sua gloria il maestoso plinto!

Che è mai che scorge nell'ignoto immenso
 Che l'impazienza irrequieta calma,
 Che l'incanta altra volta, e che gli allaccia,
 Dello stupor colle ritorte l'anima?
 Vede laggiù nell'ultimo Orizzonte
 Dei tenebrosi spazi nel soggiorno,
 Sopra l'eccelsa cuspide d'un monte,
 Che tentennante tremula s'affaccia,
 E fra il terror del mondo,
 D'una croce il fantastico contorno.

Morir alfin io posso
 Col fragorio del tuon, clama il colosso,
 E posato in sublime atteggiamento,
 Eccola la bandiera del cimento,
 Che nell'aura serena,
 O al ruggir di frenetica tempesta
 L'uman pensiero a sventolar s'appresta!
 Tinta in sangue di martire moderno,
 Di Prometeo cristiano
 Per balzar dall'Olimpo tracotante
 I Dei caduchi giù nel sonno eterno!

E un novello pianeta sfulgorante
 Che spunta nella sfera,
 Dietro i silvestri colli di Giudea,
 Per ampia illuminar nova carriera
 A la coscienza humana,
 E il germe rutilante dell'idea
 Che all'olimpica lampada rapia,
 L'incarnazion gigante,
 Della progenie mia
 LA STIRPE PROMETEAN A.

HISTORIA DE UNA VENGANZA

II.

—Repara, Oscar, en aquel hombre.

—Ya reparé en él y por cierto que me parece él un personaje de las comedias de Shakespeare.

—Parece que nos observa.

—Tanto peor para él.

Este diálogo lo sostenían los dos enmascarados en voz baja y mientras bebían á pequeños sorbos el ponche.

Una ráfaga de viento abrió la puerta con violencia, y entonces del lado del valle de Yara hacia la parte del Oeste, se oyó sobre el pedregoso camino y avanzando rápidamente, un ruido de campanillas que anunciaba un coche arrastrado al trotelargo.

—Has oído?—profririó Oscar, un carruaje y en estos sitios no puede ser sino el de ella.

—Serán viajeros que.

—Buenos están los tiempos para viajar! Los montes están coronados de nieve, y saliendo de este valle se corre riesgo de romperse el bautismo en algun barranco.

—Estamos á 31 de Marzo: con tres dias de antelacion salimos de Branll y hoy recién hemos llegado. Ya ves que es imposible que Josefina.

El enmascarado no pudo concluir la frase. Un coche se acababa de detener.

—¡Oh! no me cabe de duda es ella.—murmuró Oscar.

La puerta se abrió y una dama en traje de viaje y cubierta el rostro con tupido velo penetró en la posada. Al ver á los enmascarados no fué dueña de reprimir un movimiento y á un retrocedió un paso. Pero súbitamente se rehizo y dijo al mesonero con acento extranjero:

—Preparadme una habitación de las mejores que tengais.

—Al momento, señora al momento—replicó éste encorvándose hasta el suelo y en su precipitación por ir á salir, se llevó una mesa por delante y cayó cuan largo era. La tapada dió un grito.

—Oh! Noos incomodeis, caballeros, no es nada; no me he hecho daño—gritó el mae-se procurando levantarse.—Olvidad continuó dirigiéndose á la viajera—la posición en que me habeis visto. Está no contestó pero por el movimiento de la gasa que velaba sus facciones se conocía que estaba sofocada de risa.

Veinte minutos despues el buen viejo decía á la dama:

—Señor cuando gusteis; la pieza está á vuestra disposición. Esta se levantó con presteza, y siguió á su guía que con una

palmatoria de hoja de lata iba delante sirviéndola de *cicerone* en aquel laberinto de pasillos oscuros.

Atravesaron un corredor, subieron una escalera de unos cincuenta peldaños y:

—Este es vuestro cuarto—dijo el mesonero.

—Tened la bondad de pasar adelante, profririó la dama—El mae se quitó su gorro y dejó la palmatoria en el suelo y entró.

—Teneis muchos huéspedes? interrogó la viajera.

—Pocos señora: cuatro.

—Y es buena gente?

—Así parece: pagan bien y dan de vez en cuando propina al mozo.

—Y esos hombres con tienen el rostro cubierto ¿son huéspedes tambien?

—Aun no lo sé, señora, por qué hace un momento que han llegado y no me han dicho nada.

—Pero son viajeros.

MATILDE ELENA WUILL.

(Continuad.)

LA FÉ DE LOS OJOS

Quien se fia de los ojos,
claro en sus niñas no vé
que son niñas y sin fé.

Quien pone sus esperanzas
en niñas sin fundamento,
prepare su sufrimiento
á doscientas mil mudanzas;
le mostraran confianzas.
pero en sus ojos se vé
que son niñas. . . . y sin fé!

Y no me engaño al decir
que son (respecto de amar)
mujeres en el matar,
y niñas en no sentir;
quien se deja seducir
por tales ojos, no vé
que son niñas. . . . y sin fé!

Mostrarán en un momento
ya favores, ó ya enojos,
que es cada volver los ojos
mudanza de pensamiento.
en nada tienen asiento,
y es cuando mejor se vé
que son niñas. . . y sin fé!

CARLOS M. DE EGOZUE.

ARCO-IRIS

Sr. Director del «Album del Hogar»

Me tomo la libertad de pedirle la publicación de las adjuntas estrofas.

Las he sacado de un largo canto que una noche escribí, despues de haber contemplado, sobre el escenario de un teatro, el ideal del génio y de la modestia.

No sé si son dignas, ó nó, de ver la luz pública; solo sé que van en ellas muchos latidos de mi corazon.

Lo saluda—

MARÍA HERRERA.

Su casa, Callao 986.

DESDE AQUELLA NOCHE! . . .

Al autor de «Luz de luna y luz de incendio»

...
Ahl desde aquella noche amo la gloria,
La gloria, que es la sombra de tu génio!
Sí, desde aquella noche amo la luna
Y la rojiza luz de los incendios!

La luna y el incendio! dulces nombres
Atados, con el tuyo, á mis recuerdos!
El incendio y la luna. . . me parecen,
Del amor de tu alma, los destellos!

MARÍA HERRERA.

**

Señor Director del «Album del Hogar»

Distinguido señor:

Los señores que colaboran en las secciones secundarias de su ilustrado semanario, bajo los seudónimos de *Anastasio* y *Lino*, han provocado y sostenido conmigo una polémica de escaso interés, alentada por los errores de imprenta que los cajistas han deslizado en mis artículos humorísticos.

Como un debate de esta naturaleza, en que á falta de chiste, se apela al estilo chocarrero, poco grato al público que desea emplear su tiempo útil ó por lo menos agradablemente, no puede sostenerse decorosamente, me abtengo de contestar los conceptos que se consignan en el último número del «Album», no sin dejar de expresar que, si se quiere una polémica literaria ilustrada, discreta y digna, estoy pronto para sostenerla, abandonando el terreno estéril y vulgar á que se me habia arrastrado por mis adversarios, á quienes dejo coronados con los laureles recogidos por la corrección desueto, la elevación de sus brillantes ideas y el chiste (sic) de su nunca bien ponderado ingenio.

Espero se digne Vd., señor Director, dar publicidad á la presente.

Su leal amigo—

CARLOS

Sr. Director del «Album del Hogar».

Mi estimado señor:

Habiéndome invitado vd., por repetidas veces, á tomar parte en la redacción de su periódico, hoy me abrogo la libertad de enviar á vd. un pequeño y modesto trabajo, el cual tiene su origen en el pato de un moderno poeta.

Saluda á vd., S. S. S.

MATILDE.

Casa de vd., Setiembre 7 1878.

HECATOMBE

AL POETA DON RUFINO

A propósito de su «Primavera»

Dulcísimo trovador
De mi patria idolatrada,
A tí, levanto, inspirada,
Una cántiga de amor.
Hoy, de tu laud divino,
A los cantos estivales,
Los aclaman inmortales,
Los inmortales, Rufino.
Tu númen no tiene fin
Porque así es que á Dios le plugo;
Tu eres mas que Victor Hugo,
Tu eres mas que Lamartine.
Sin que á la lisonja ceda,
Yo te aplaudo, Rufinito,
Pues se queda tamañito,
Ante ti, José Espronceda.
Me has hecho pasar un rato,
Y acrecentar mi deseo,
Al cantar el aleteo
Del longanímico pato.
Al sentir que tu voz zumba,
Te adoro, ángel celestial,
Dame, chico, tu puñal. . .
Quiero bajar á la tumba!
Siento que el dolor me asedia
Con el arpon del destino! . .
Oh! yo te amo, Rufino,
Yo te amo hasta la tragedia!
Que el silencio desolado
Me dice, en vago rumor,
Que tu eres un gran cantor,
Un cantor . . . en despoblado.
Pues decir en tu canción,
En vampírica figura,
Que van por la sepultura
Las tumbas en confusion,
Es ser mas grande que Tasso,
De la inspiración vasallo;
Es ver volando un caballo,
A la cumbre del Parnaso!

MATILDE.

* *

A A. . M. . .

Dijo un utopista que el hombre ha nacido libre y hoy vive entre cadenas.

Otros piensan que, por el contrario, nace esclavo de su impotencia y vive libre cuando se independiza de la naturaleza y la domina.

Yo solo supe lo que es esclavitud después de haberte conocido:—todo mi ser se halla sujeto á la cadena de tu amor!

Mi pensamiento solo conoce un rumbo de esperanza:—*Estrella!*

J. . . .

* *

Sr. Director de «El Album del Hogar».

Señor:

Le remito estas tres estrofas, en contestación á las de la señorita *Virginia*, publicadas en el número anterior de su ilustrado semanario.

Esperando que V. querrá publicarlas, no tanto por su bondad, sino por que en ellas se encierra la *reivindicación de mi dignidad*, ofendida por una coqueta, me repito de V. —atento y S. S.

PABLO.

A VIRGINIA

Me llamaste *farsante, incomprensible,*
Chocarrero, impostor,
¿Y tú qué eres, Virginia *de mi alma?*
Mujer . . . y se acabó!

Te has llenado de polvos y pomada
De avestruz y de leon,
Y te has puesto á gritar á voz en cuello:
Cantor de bodega!

Qué risa, Jesucristo, me ha inspirado
Tu ofendido *pudor!*
Si al espejo te vieras, de seguro
—Nunca hablaras de amor!

PABLO

* *

A. . . . ELLA.

Dices que la naturaleza despierta siempre en tu alma un mundo de emociones y que en ella modelas todas las imágenes creadas por tu mente de artista.

¿Sabes porque? Porque ella sonríe y se viste con sus mas poéticos adornos al sentirse iluminada por el brillo de tus ojos!

Quisiera ser para ti un recuerdo, mas bien que una realidad.

Cuando se tiene el alma grande, se puede consagrar toda una vida, de rodillas ante el altar de los recuerdos.

Pero es casi imposible conservar la *ilusión* de una realidad!

A.

MI VECINA.

Se ha salvado, lectoras!
Se encuentra viva,
Debido á los destellos
De sus pupilas!
Siete verdugos
Han caído á sus plantas,
Hechos chamuscol

Al pisar el cadalso,
Lanzó, sobre ellos,
Las llamas que despiden
Sus ojos negros,
Y en un segundo,
Ardieron, como pólvora,
Los siete juntos!

Así que Avellaneda
Supo el suceso,
Le dijo estas palabras
A Viejo Bueno:
«Déjela libre,
Puede ser necesario
Que mire á Chile.»

CRONICA DE LA SEMANA

LIBRO DE POESIAS—Dentro de poco verá la luz pública un libro de poesias de nuestro inspirado colaborador Rafael Obligado.

BAILE—La sociedad española «Iberia» dará un gran baile el 12 del corriente.

FIESTA—El veinte del corriente tendrá lugar una gran fiesta en honor del General Don Juan Lavalle.

LIBRO IMPORTANTE—Nuestro estimado colega, el Director de «La Familia», ha concebido la idea de publicar un libro que contenga las producciones mas notables de los principales escritores argentinos.

MARTIN FIERRO—Ha aparecido la undécima edición de este poema gaucho, cuyo autor es el Señor Hernandez. En breve se publicará la segunda parte, la cual, según se nos ha dicho, tendrá por título: «La vuelta de Martín Fierro.»

EL PROFESOR PANIZZA—La escuela normal de la provincia ha adoptado como testo musical, el «Nuevo método de solfeo» que acaba de publicar el distinguido profesor de violoncello, señor Panizza.

PATAGONIA—Hemos sido obsequiados, por los Señores Zambonini, con la bellísima polka que lleva el nombre que sirve de título á estas líneas y cuyo autor es el inteligente maestro, señor Mancini.

La agradecemos.

LOS PECADOS CAPITALES—Muchos son los elogios que se hacen de la obra que, con este título, está escribiendo una de nuestras mas distinguidas literatas.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

HOJAS DE MI CARTERA

NO ME OLVIDES!

No me olvides! . . El alma lo repite,
De recuerdos sedienta;
El corazón y el lábio lo pronuncia,
El cerebro lo sueña!

No me olvides, dijiste, y tus palabras
Rompieron la cadena
Que, de todos los males de la vida,
Arrastró mi existencia!

Olvidarte, mi bien! Romper el lazo
Que al cielo me sujetaba....
Abandonar el astro de tu alma,
Para hundirme en la tierra....

¿No sabes que la luz de tu recuerdo
Es la única estrella
Que, en la sombría noche de mi espíritu,
No eclipsan las tormentas!

Olvidarte, mi amor! . . ¿Cómo olvidarte,
Si tu recuerdo encierra
Todo lo grande que anhelé en mis sueños
•De hombre y de poeta!

G. MENDEZ.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO III

Véase el número anterior

Fácilmente se comprenderá la satisfacción que experimenté al oír en boca del señor Burbullus el idioma divino en que Ovidio escribió su,

«Cum subit illius tristissima noctis imago...»

Como se comprenderá también que mi placer hubiera sido mayor si me hubiese hablado en porteño; pero, no era malo recordar que á falta de pan buenas son tortas.

Emprendimos conversacion.

El sábio hablaba el Latín con una facilidad extraordinaria; por mi parte, trémulo como el que cruza un abismo sobre un puente de un pié de ancho, evocaba de su

profundo letargo las palabras que me habían enseñado en otro tiempo mis queridos profesores Fernandez y Lársen.

Debo recordar, empero, en honor de la verdad, que si mis queridos profesores hubieran oído la conversacion que tuve aquel día con el Sr. Profesor Burbullus, me habrían lanzado sus expresiones características: el Señor Don Feliciano Blanco y Fernandez hubiese manifestado un vehemente deseo de *convertirme en cernicalo*, y el Señor Don Juan Mariano Lársen de *enviarme á Arcadia* ó de indicarme que *no servía ni para Teniente-Alcalde*. Verdad que yo no presentía, cuando estudiaba tan hermosa lengua, los tesoros que encierra,—protestaba.

Pero dejemos todo esto á un lado.

El Profesor Burbullus me hizo tomar asiento.

—«¿Conoce Vd. á Bachkind? es el que tomó las riendas; mientras Vd. recuerda sus facciones, permítame acabar esta lámina.»

Nada contesté porque me pareció innecesario.

La pieza en que estábamos en aquel momento era contigua al salón de los retratos ya descrito, y servía de gabinete de recibimiento y de trabajo al Profesor. Tendría seis metros de largo por cinco de ancho, siendo su altura proporcional. En el centro se veía una mesa con algunos libros en el mayor orden, una caja de pintura, y un pliego de rico papel de dibujo;—sobre los libros un vaso de forma muy conocida para limpiar el pincel, cada vez que por las exigencias de la lámina, cambiaba del colorido;—un sofá, dos sillas, una chimenea ardiente, y algunas vistas de ventisqueros en las paredes.

En cuanto al paisaje del exterior, no se le percibía mas que un plano, una perspectiva y un fondo, todo reunido en un solo conjunto abominable: la niebla, siempre la niebla!

Todo esto pude observarlo en un momento, porque habiéndome colocado de pié expresamente detrás de la silla del naturalista, no quise distraer mi espíritu contemplando escenas frecuentes, como eran la niebla en el primer plano, en la perspectiva y en el fondo.

De pié, pues, detrás del naturalista, le veía trazar en el papel los contornos del cráneo que copiaba ¡qué trabajo precioso! y eso que no lo había mirado mas que una sola vez! El sentimiento de la forma estaba desarrollado en él de una manera sorprendente.

En un instante el cráneo estuvo terminado.

Sombras, luces, formas, líneas, todo era correcto. El relieve era admirable.

Pero mas que el relieve, las líneas, las formas, las luces y las sombras del trabajo del señor Burbullus, me llamaron la atención el cráneo natural. Tenía, frenalógicamente una fisonomía espléndida, y debió encerrar dentro de su caja ósea el cerebro de un gran carácter, y sobre la dura materia los blandos contornos de una gran belleza.

Ciertos caracteres revelaban un cráneo de mujer.

—«¿Qué cráneo es ese?» pregunté al artista.

El Profesor Curlandés se puso de pié, colocó el índice en sus labios y revolviéndolo los ojos de una manera inquisitorial, después de cerciorarse de que nadie podría oírle, me dijo al oído:

—«Catharinæ!»

—«¡El de Catalina!» exclamé, espantado!

Mi exclamacion produjo en Burbullus un estremecimiento.

—«Si el Emperador lo supiera, me haría cortar la cabeza!» dijo con el tono de la mayor resignacion.

—«No faltaría algún naturalista que la dibujara, como no le ha faltado á la Emperatriz un Profesor Burbullus.»

—«¡Jál jál!—Ese es un consuelo que no acepto, y una gloria que rechazo,» exclamó pasándose maliciosamente la mano por la garganta, «Byron describió los contornos y el aterciopelado cutis de esta pobre fantástica;—pero nadie ha descrito su cráneo;—esta gloria estaba reservada para mí,» continuó el Señor Burbullus haciendo un gesto de satisfaccion.

En aquel momento entró el Secretario del señor Burbullus, trayendo una carta. Al tiempo de entregarla experimentó una ligera convulsion, como un estremecimiento de pavoroso respeto. No es la primera

vez que observo este fenómeno en los subalternos de los naturalistas.

—«¿Quién ha traído esa carta?» preguntó Burbullus en Latin.

—«El Lapon del Señor Niffleis!» contestó el subalterno en el mismo idioma haciendo una reverencia.

—«¿Está ahí?»

—«Sí, señor.»

—«Hágalo entrar pronto.»

El Secretario, cuyo nombre era Bachkind, representaba unos veinte y seis años; de mediana estatura, algo rubio, ñato, tipo estúpido. Su origen era alemán, y aunque Burbullus le había recomendado más de una vez que unificara su nombre agregándole un *vich* ó un *koff*, Bachkind no había querido aceptar la proposición—era lo único en que no había complacido á su superior,—«porque», decía, «Bachkindirich of Bachkindkoff es muy duro»—como si Bachkind, solo, fuera muy blando.

Volvió á entrar acompañado del Lapon de Niffleis el cual traía tres cajas de lata, grandes, parecidas á las que aquí se usan para el dulce de membrillo.

Burbullus le preguntó por Niffleis.

—«Está bueno», contestó.

—«Y á mí ¿qué me importa que Niffleis esté bueno? ¿Dónde está ahora? estúpido!»

—«En su casa.»

—«Véte de ahí, cara de Mammouth.»

No sé por qué razón clasificaba Burbullus al pobre Lapon entre los Paquidermos, ni sé, mucho menos, qué relación había entre su cara y la del gigantesco cuadrúpedo.

Permítaseme bocetar este hombre á la ligera porque su presencia en aquel momento determinó al Profesor Doctor Burbullus á llevar á cabo una de las tentativas más disparatadas que pueden germinar en un cerebro humano, y lo que es peor, desarrollarse en las peripecias de la práctica.

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

YO ERA FELIZ

Yo era feliz; el mundo sonreía
Brindándome amoroso su ternura;
Y yo, pobre inesperta le creía,
Gozando con su mágica ventura.

Todo era bello entonces..... enamorada
Con mis sueños de virgen me adormía;.....
Una voz amorosa me arrullaba,
Y un ángel en sus alas me mecía.

Las flores me embriagaban con su esencia..
Las auras me arrullaban con su amor.....
Resbalaba mi lánguida existencia
Pura, como el aliento de una flor.

La brisa acariciaba mi cabello,
Deslizándose amante en el jardín;
La luna descendía, y un destello
Alumbraba mi frente juvenil.

¡Todo era bello entonces! mi camino,
De flores por doquier vía sembrado,
Y el ángel tutelar de mi destino
Me encerraba mi ideal enamorado.

Más de pronto las flores se inclinaron.....
El cielo de mi amor se oscureció.....
Los rayos de la luna se ocultaron,
Y la brisa su soplo me negó.

Encontré todo helado, mudo, frío,
Como la yerta palidez del lirio,
Y el pago de mi amante desvarío
Fué la lúgubre palma del martirio.

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

CAIN

I

El 14 de Mayo de 1866, Don Manuel S*** comisionado del Gobierno de Buenos Aires, llegó al campamento argentino, en Tuyutí, acompañado de quince soldados que le escoltaban.

S*** llevaba encargo de hacer efectivo al ejército el pago de los haberes correspondientes á un mes. Dió principio á su tarea el mismo día de su llegada y es de suponerse la alegría con que fué recibido por aquellos valientes, que luchaban hacia un año, casi día á día, contra los paraguayos, teniendo que hacer marchas forzadas sin tener zapatos, espuestos á la intemperie, con vestuarios que caían en girones, de puro raídos.

El general Mitre, después de haber desalojado á los paraguayos de «Itapion», había acampado con el ejército á sus órdenes, en Tuyutí, que dista como una legua al norte de la fortaleza nombrada. Tuyutí era un campo formado casi en su totalidad por lagunas y charcos que no se secaban jamás á causa de la frecuencia de las lluvias. Ahí, en medio de la humedad y del fango, vivían los soldados argentinos, sin que por eso menguara un ápice su valor tradicional.

Después del combate de Itapirí, el tirano Lopez se había replegado hacia el interior del Paraguay y se subía la posición que ocupaban sus tropas. Habían acampado al Norte, frente al ejército argentino, como á una legua de distancia. Ambos ejércitos

estaban divididos por el estero «Bellaco», que en el Sud se une al río Paraná y que en el Norte toma el nombre de «Blanca» hasta confundir sus aguas con las del río Paraguay, que lo corta en ángulo agudo.

II

El ejército argentino estaba formado en un semi-círculo, cuyos puntos terminales si se hubieran prolongado, habrían cortado al estero Bellaco.

Frente á él, como he dicho, se hallaba el campamento paraguayo, formado de la misma manera. Pero como tenía menor número de soldados, el semi-círculo dejaba de serlo, para convertirse en un arco.

Hacia la derecha del ejército argentino, como á distancia de ocho cuadras, se extendía la línea de vanguardia, compuesta por los orientales aliados, mandados por el general D. Venancio Flores.

Hacia la izquierda del campamento paraguayo, como á la distancia de diez cuadras, había un monte de palmas, que cubría casi toda la mitad del ala de ese lado del ejército.

En este monte, llamado el Yatay-ti-Corá, había una guardia destacada de lo grueso del ejército paraguayo, que formaba la vanguardia, pero que además de escarácter, tenía el de *emboscada*.

Los hombres estaban ocultos allí por la agrupación de palmas. Esperaban en la sombra.

III

S*** no había concluido aún de hacer los pagos, cuando el día 23 recibió orden de regresar inmediatamente á Buenos Aires, donde su presencia era reclamada por una duda que se había ofrecido en los libros de Tesorería y que solo él podía aclarar.

—Es lástima, murmuró S***, solo me faltaba un Batallón. Tendré que volver...

Repentinamente se le ocurrió ir á ver al Capitán del cuerpo, cuyo pago no se había aún efectuado. Era un joven alto, bien formado, rubio, con quien le ligaban los lazos de una antigua amistad. Esplicóle lo que pasaba y le propuso en seguida encargarle del pago de sus soldados, que eran los únicos que habían quedado sin dinero.

—Habrás que consultar al Comandante, dijo el Capitán. Si él quiere, no tengo inconveniente en hacerte ese servicio.

Llenada esta fórmula, el Capitán recibió una gruesa suma de dinero y S*** partió para Buenos Aires, llevando el documento comprobante de la entrega.

Eran las cuatro y media de la tarde.

El sol, próximo ya á ocultarse, aparecía en el horizonte como un globo de fuego, tiñendo de púrpura las nubes mas cercanas.

IV

Llamábase el Capitan, Manuel Fuentes.

Era jóven, como he dicho, pero en su fisonomía era fácil descubrir huellas de una vida no interrumpida en placeres y desórdenes.

Estaba bastante delgado y la energía que iba huyendo de sus músculos, parecía haberse reconcentrado en sus ojos pardos y velados por negras pestañas.

Tenia la frente despejada, surcada por arrugas prematuras, y la nariz, pronunciadamente aguileña, sentaba muy bien á su rostro, dándole un aspecto altivo y varonil, que realzaba su elegante apóstura.

Representaba 27 años de edad, pero no debía de tener mas de 25.

El vicio es como la desgracia: envejece.

En el momento en que lo presento á mis lectores, estaba recostado en el fondo de su tienda, indolentemente tendido sobre un catre de hierro, cuyos barrotes delgadísimos cimbraban á cada instante, haciéndole parecer á una hamaca.

Pensaba. ¿En qué? No era fácil saberlo. A intervalos, su mirada, como enardecida por una idea febril, se dirigía hácia un pequeño baul de caoba que se veía á sus pies.

Quizá aquel solemne instante del reloj de la eternidad, era testigo de esta cosa terrible: la misteriosa generacion de un crimen.

V

Muchas veces, en las tardes de verano, sobre todo, se puede seguir en el cielo la formacion de una nube. Primero se dibuja en el azul del firmamento, una débil franja blanca, que parece la vaporosa vestidura de una hada. Las ráfagas de viento que la azotan hácenla flotar un instante y luego para los ojos que la contemplan, se desvanece en ténues girones apenas perceptibles. Sin embargo, despues que ha pasado la columna de aire, se puede ver que la nubecilla, en vez de dispersar en el espacio los vapores que la forman, solo ha cambiado de sitio y continúa asimilándose con nueva fuerza los materiales simpáticos que encuentra en la atmósfera. Cada vez que el viento hace ondular ese blanco ropaje, parece que lo desgarran y su imagen se oculta á los ojos del observador. Pero poco á poco la nubecilla va creciendo, creciendo, y se creeria que su obstinacion en no desalojar el cielo, está en razon directa de la intensidad del viento que la ataca.

Sucede á veces, que es vencida, y entonces, dividida en trozos mas ó menos grandes, corre, como en brazos de invisibles fantasmas á unirse á alguna otra nube, á quien ayuda á formar mil y mil estravagantes paisajes.

Pero, cuando al contrario sostiene el ataque del viento, llega en su vida de agrupacion á un punto tal, en que el mismo aire, no pudiendo ya ser enemigo, se convierte en aliado. Entónces, principia á encapotar rápidamente el cielo, cambia de color; de blanca que era, se convierte en gris, de gris en negra y al fin, se extiende sobre el mundo, cubriéndolo como un inmenso manto, al que rasga por instantes, el trémulo fulgor de un relámpago.

La marcha de las nubes se parece á la marcha de ciertos pensamientos. Mitad sensacion, mitad idea, flotan en el cerebro vagando de un punto á otro de la inteligencia, como evitando la luz de la razon. Asesinos que asechan en la sombra, viven con una especie de vida subterránea, asimilándose elementos, que en la hora de la batalla, puedan asegurarles la victoria.

Insensiblemente van predisponiendo á la imaginacion á que no los reciba con repugnancia y así como la nube ennegrece el firmamento, ellos ennegrecen el cielo de la inteligencia.

La idea aparece de pronto, despojada de sus formas indecisas, y el alma se encuentra frente á frente del demonio de la tentacion.

Era esto lo que pasaba en aquel momento por el espíritu del capitan? combatia contra algun pensamiento criminal?

Misterio profundo.

CÁRLOS OLIVERA.

(Continuará.)

EL TAMBOR DE SAN MARTIN (1)

Con los héroes de todo un continente, La muerte ha hecho sacrilego botín! Pero aun lucha con ella, frente á frente Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente, El anciano Tambor de San Martin!

Los lacayos se arrancan la librea; Termine, gritan, nuestra suerte ruin, Sea nacion independiente, sea La colonia infeliz! . . . y á la pelea Tambien corre el Tambor de San Martin!

Escala, nuevo Anibal, las inmortes Montañas, un brillante paladín; Y se enardecen los campeones nobles, Al vibrante compás de los redobles Que lanzaba el Tambor de San Martin!

Allá van los bizarros batallones! . . . Y en Maipo, en Chacabuco y en Junin, Deshacen las ibéricas legiones, Arrollando artilleros y cañones, Al toque del Tambor de San Martin!

Cuentan que, en lo mas récio de un combate, Incendia una granada al polvorín! . . . Firme y de pié, su fibra no se abate, Y entre montañas de humo, el parche bate, Impasible, el Tambor de San Martin!

Jóven y hermoso, en Lima y sus afueras Lucia su uniforme y su espadín, Su airoso porte y bélicas maneras, Crujiéndole las botas granaderas Al rumboso Tambor de San Martin.

Qué tiempos! Qué aventuras! ¡Cuantas cholas De alma angélica y tez de serafín, Suspiraban llorosas, místicas, solas, Porque oyeron las dulces mentirolas Del galante Tambor de San Martin!

Enfermo yace el invencible atleta; Relegado de un pueblo en el confín; Ya no hay dianas, ni toques de retreta. . . ¡Pasó, pasó la juventud inquieta Del ardiente Tambor de San Martin!

Veneracion inspiral El tierno niño, El jóven, el soberbio mandarin Y la dulce beldad de tez de armiño, Todos saludan con filial cariño Al glorioso Tambor de San Martin.

Por él, son hombres libres los ilotas. . . ¡Y lleva un traje de raído brin! Vive en un rancho, y, en lugar de botas, Miserables y rústicas ojotas Solo lleva el Tambor de San Martin!

Pan y ropas y techo al veterano Escapado al sacrilego botín! ¡Patria de Monteagudo y de Belgrano, Proteccion, proteccion para el anciano Y olvidado Tambor de San Martin!

Que se ierguen las sombras inmortales De los bravos de Maipo y de Junin, Y estrechan, con abrazos fraternales, Necocha, Las Heras y Arenales, Al ilustre Tambor de San Martin!

VICTORIANO MONTES.

Uruguay 1878.

(1) Reside en Guallequay uno de los tambores del Ejército de los Andes que á las órdenes de San Martin dio libertad á medio mundo. En las fiestas del Centenario fué presentado al público mereciendo de este una entusiasta y conmovedora ovacion. Dejo esta noticia á mi querido amigo Francisco A. Barruetaveña, uno de los Estudiantes mas distinguidos del Colegio Nacional de esta ciudad.

LA IDEA

Un día apareció un hombre sobre la tierra, con una empresa en la mente que á fuerza de extraordinaria era una temeridad, y á fuerza de desvalido él, la pobreza misma. Pretendía conmovier el mundo entero, cambiar los fundamentos de la sociedad, modificar de una manera radical las relaciones de los hombres entre sí, conquistar el Universo y crear una nueva civilización, destruyendo para eso la que existía edificada con la cooperación de innumerables generaciones y con la sanción de muchos siglos. Pretendía mas: sabia que se veria obligado á luchar con todos los reyes y poderosos de la tierra que contra él se coaligasen, y se lisongeaba de que él solo los venceria. No contento todavía con lo temerario, concibió lo imposible: echar por tierra las divinidades de los pueblos, y sustituirse él en el culto y la adoración de todas las gentes.

¡A tanto llegaba su colosal empresa!

¿Quién era el hombre que en aquellos tiempos no temia arrostrarlas iras que con sus pretenciones habia de originar?

Jesús, el hijo de María; el amigo de los niños, de los pobres, de los enfermos y de los esclavos; el que, sin oropel, vistiendo una túnica de lana blanca ceñida con un cinturón de cuero del que pendía una limosneta, y un manto cuadrado, de color azul, echado sobre los hombros, conmovió el mundo; el que, con su pálido rostro, adornado con largos cabellos de un rubio dorado y sombreado por una ligera barba con reflejos también dorados como su hermosa cabellera, aterró la sociedad antigua; el que, con su aire magestuoso, pero cordial, se hizo adorar de las naciones.

¿Como llevó á cabo tan grande obra un hombre oscuro, sin prestigio de familia, sin armas, sin riquezas, sin ejércitos, sin aliados, perseguido y calumniado?

Llamó un día á unos cuantos hombres, tan oscuros y desvalidos como él, sembró en sus almas la semilla de la idea, y al imponerles la consigna de ir á conquistar en su nombre el Universo, ni les dió legiones, ni equipó navíos; esta fué el arma única pero formidable que les dió: *Docete omnes gentes*: —Enseñad á todas las gentes; y creó una nueva civilización, y venció á los reyes y triunfó sobre los orbes. Y hace diez y nueve siglos que sigue triunfando, porque sus discípulos siguen enseñando.

¡Qué equivocados viven los hombres del hierro y del fuego, que se inspiran en el puñal y hacen alianza con el cañón!

¿Que se han hecho las conquistas de la fuerza?

Las fundaciones de la espada, los imperios que los ejércitos han creado ¿qué se hicieron?

¿Dónde están aquellos cuatro imperios que creyeron haber llenado el mundo?

Los persas, los asirios, los griegos y los romanos—¿dónde están?

Páginas son de la historia, vanaglorias del pasado: el mapa no los conoce: son nombres casi mitológicos. Enumerad todas las grandezas que hacen el orgullo de la violencia y que no puedan ser devueltas en polvo y ceniza. Mostradme una sola ruina en los campos conquistados por el pensamiento; decidme ¿cuando cayó la verdad, en qué sitio fué vencido el verbo, cuándo se hicieron los funerales de la idea? Yo la veo, por el contrario, allá en los confines de la eternidad, precediendo al tiempo, atravesar el como rayo de Job las inmesas soledades del caos, y crear mundos infinitos; iluminar todos los espacios; engendrar el tiempo é imprimir á todas sus obras el sello de la existencia perdurable. Yo la veo navegando ileña en medio de las tempestades, atravesar serena los senos del trueno y las entrañas del torbellino; flotar inmaculada sobre mares de sangre airada que intentan devorarla, y viajar por todo el mundo rompiendo las cadenas de la esclavitud, derribando los cadalsos, protegiendo el derecho, redimiendo la justicia, salvando la virtud y enseñando la libertad.

Sí, es cierto: tú, pueblo sufrido, la has encontrado andando los caminos del martirio, cargada con las cadenas del cautiverio, bebiendo las lágrimas del destierro, y subiendo penosamente con paso trabajoso y cansado la cuesta de los dolores y del ultraje; pero esas son las armas de su batalla, porque pugna para resistir, combate para vencer.

Lucha y se desangra; pero triunfa y resplandece.

Las milicias de la idea: esas son las que conquistan. Las insurrecciones del pensamiento: esas son las que avanzan con paso formidable, ánimo entero y pujanza irresistible.

La idea que lumina el espíritu y ablanda el corazón: esa es la disciplina de la civilización que forma los ejércitos, siempre victoriosos, del progreso de la humanidad.

VICENTE R. D'OLIVEIRA

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES)

(Continuación)

¿Quién no ha observado en las notas, que acompaña á algunos autores, un juicio franco, sin ser severo, sin ese tono dogmático y pretencioso que subleva al lector ilustrado?

¿Quién no ha notado algunos defectos de ritmo que caen bajo el peso de las bellezas, pero que no las justifica, y sin embargo el editor los silencia para dar la voz de aliento á la juventud estudiosa?

Dicho todo eso comprenderáse con cuanta razón reproducimos unos párrafos que no nos pertenecen y que gustosos los devolvemos á su legítimo dueño.

IV

Una rápida ojeada por el *Album* nos ha hecho conocer algunos poetas y recordar algunos amigos.

Aparece en primera línea el autor de las *Brisas* y de las *Horas de Melancolía* sirviéndole de epígrafe á su *Llamada*, estos versos del infortunado amigo que nunca llorarán bastante las musas Americanas:

*Ya nuevos bardos alzan su cantar,
Perfumando de aromas el ambiente,
Puras como el incienso del altar.*

Magariños Cervantes, figura con quince composiciones cuya elección no parece obedecer á una regla de criterio, bajo el punto de vista del mérito, sinó que mas bien, reflejan una síntesis poética, si así puede decirse, de la gran obra que el autor ha esparcido en sus brillantes producciones.

Efectivamente; si leemos la *Llamada* oímos el toque del tambor valiente convocando á la falange literaria para la lid del pensamiento

*Y al gigante clamor que en torno suena,
Se despierta la lira americana!*

(Pag. 7.)

En las *Palmas* y *ombúes* se siente el alma arrobada por la contemplación de lo humano y lo divino, lo tangible y lo impalpable, que haciendo estremecer el corazón, se exhalan involuntariamente expresiones que *Como las hojas del ombú suspiran.*

(Pag. 38.)

Las palmas! El qué como nosotros haya visitado la patria de Plácido y Heredia, y las altas regiones del pintoresco Paraguay, hallarán en esa poesía, como présega del corazón, recuerdos de un panorama encantador que seduce; el que no haya escucha-

do el melancólico sonido de las palmas agitadas por el cierzo, ó en las calladas horas de la noche iluminadas por la pálida luz de la luna, renuncie á la lectura de aquella valiente concepcion.

*Erguida, noble palma,
Cuando el dolor me postre,
Aliento dá á mi alma,
Lumbre á la mente lóbrega
Vigor al corazon.*

[Pag. 46]

«Lo que sintió mi alma al divisar las costas uruguayas volviendo de Europa», en donde tantos lauros conquistará; contiene estrofas dignas del poeta, que al dulce nombre de patria, pulsa en su loor la lira, armónica, magnífica, divina,

Como la azul esfera que su cristal retrata.

[Pag. 146]

El bardo proscripto es una pieza de mérito que han elogiado, antes que nosotros, poetas de la talla de Gutierrez, transcribiéndola en el T. V. de las obras completas de Echevarria, á quien está dedicada. Pero lo notable de esta página del *Album* es la nota, que dicho sea sin menoscabo de nadie, no se desdenaría de firmarla Taine ó Planche, pues no carece de la fuerza analítica que caracteriza al primero, ni de la profundidad del pensamiento que distingue al último. Hace referencia á juicios comparativos que en otro tiempo hiciera sobre el poema del autor de los *Consuelos*.

La *Cautiva* de Echevarria es en efecto la obra poética mas notable que ha producido hasta ahora la musa Argentina, quedeja muy atrás á otras producciones de la talla de la *Fibra Salvaje* de Gutierrez, por ser aquella mas original, de carácter americano mas definido, y de un fondo filosófico, que en las producciones en prosa y en verso de este autor, forma, por decirlo así, su periespiritu.

Hay, en fin, otras poesias de Magariños Cervantes, en el volumen que nos ocupa, dignas de mejor apologista, pues faltanos talento y algunos años mas de estudios serios, para que nuestras palabras alcancen siquiera el mérito de la autoridad de un aficionado á las bellas letras. Como quiera que sea seguiremos estudiando las composiciones del *Album*—

Audaces fortuna juvat.

BENIGNO T. MARTINEZ.

(Continuará)

TRANSCRIPCIONES

GERVASIO MENDEZ

—Ayer cuando recibiamos el número 14 de *El Album del Hogar*, reflexionábamos que si bien es cierto que la proteccion que el público dispensa á esa publicacion, alcanza para que Mendez pueda sostenerla, está muy léjos de corresponder al fin que el desgraciado poeta se propusiera al fundarla: mejorar su triste condicion con lo que ella le produjera.

Gervasio Mendez, vive sufriendo y tiene que medir la satisfaccion de sus necesidades por la escasez de sus recursos. En un barrio lejano de Buenos Aires, tiene su habitacion reducida, donde están, á dos pasos de su lecho, los cajistas del periódico que dirige.

Se siente allí el frio de un piso de baldosa descubierta y el viento penetra por las mal resguardadas ventanas. En las noches crudas del invierno, Gervasio Mendez solo tiene para calentar su cuerpo enfermo las mantas del lecho donde se consume inmóvil.

Gervasio Mendez, entre tanto vive resignado con su suerte y de sus labios solo escuchan sus amigos palabras de dulzura y tranquilidad. Jamás se le escucha una imprecacion ni una queja al recordar los momentos que ha pasado en el aislamiento.

En su organismo paralizado solo hay una mano con movimiento muscular y un cerebro con el movimiento efervescente de las ideas. Así piensa y así escribe, siempre en el lecho, siempre dolorido y siempre luchando con la desesperacion.

Mas aun: Buenos Aires debe ignorarlo cuando así sucede—Gervasio Mendez tiene tambien que luchar con la miseria. . .

[La Nacion]

Llamamos la atencion de los aficionados á los buenos periódicos escritos en castellano, sobre la publicacion «El Album del Hogar» dirigido por el señor don Gervasio Mendez. No solamente por su brillante contenido, sino tambien como un deber hacia un desgraciado que desde varios años se encuentra postrado por una penosa enfermedad, su director se hace digno de la proteccion de sus compatriotas, de quienes es favorablemente conocido.

(Deutsche La Plata Zeitung)

CRÓNICA DE PALERMO

¡Cuánto tiempo, queridas lectoras, que no converso con vosotras! . . .

No ha sido, por cierto, mia la culpa; la tijerita se desafiló y me fué imposible dar

un solo tajito. Ahora es distinto; está ya compuesta y me preparo á cortar en grande. No hay que asustarse mis queridas niñas, me refiero á los *saca-bocados*, esos tajo tan elegantes que son de rigurosa moda en los trajes femeninos y para los qué mi tijerita se pinta que es un primor.

Estuve el domingo en el Parque 4 de Febrero—no digo 3 porque el 4 es mas elocuente—(y me entiende el lector) allí ví muchas cosas buenas, mujeres lindas y feas, buenos mozos y mozos buenos, algunos bonitos y otros muy feos.

Entre los últimos ví á B., á R., á los dos O., á M. . . y á muchos otros que son feos, tontos y pretenciosos de nacimiento.

Sentada estaba en un banco de la alameda, mirando desfilir toda aquella inmensa concurrencia de feos y bonitos, cuando pasó Isabel.

—Tijerita! exclamó como si viera visiones.

—Quédate, la dije. Isabel tomó asiento á mi lado y comenzó á funcionar la tijera.

—Allá vá el arco-iris del Parque, dijo-me riendo.

—¿Quien, ché?

—Aquella de la gorra color Vesubio.

—Cállate, mira que es temible.

—Mira, allí viene la curiosa de la calle de. . . ¿sabes lo que dice? que tú eres muy critica, que juegas con cosas serias y dices hasta secretos; en fin, comenta muy duramente tus crónicas.

—¡Esa!

—Sí.

—¿Y qué es capaz de criticar ella?

—A su modo.

—¿Sabes por qué no me quiere? porque no le he hecho un elogio, pero no lo ha de conseguir; es una mujer antipática y basta que sea curiosa para que no la nombre siquiera; déjala que hable no mas, ese es mi triunfo.

—Allí vá Ropps el buen mozo.

—Parece muy orgulloso de su triunfo.

—Sí, ¿dé qué triunfo?

—Pues qué, ¿no sabes que semejante á un satélite, gira incesantemente en torno del astro hermoso de la calle de Chacabuco.—Al fin, espiritual M., hallaste el ideal de tus sueños de virgen....

—Allí vá el Dr. Bengolea con Ramos Mejia ¿que te parecen?

—Bengolea, si te he decir verdad, no seria mal si dejara los aires que le hinchaban tanto los hombros. Y en cuanto, á el otro parece una monadita pero no debe cruzar la pierna de ese modo entre el carruaje.

—Jesús, en todo te fijas Tijerita.

—Pero hija, si es un caso nuevo.
—¿Cuál? el de cruzar la pierna? pero si son tan largas.

—Pues mándese hacer un coche ó monte su gran caballo. Allá vá Rom ó Melchor del Plata, como dice el *Rumorista* del tala, qué te parece?

—¿Quién el *Rumorista*?

—No, hija, Rom.

—Ah! . . . me parece que le duelen los piés.

—¡Já! ¡já! ¡já! qué cosas tienes!

—Y Landívar? Ese es un caballero de grandes patillas; le conozco desde un día que por irse á San Isidro en el tren del Norte, subió en el de Campana y no tuvo otro remedio que hacer el viaje—yo que soy tan tentada de la risa, me reí mucho del chasco.

En ese momento cruzaron ante nosotras dos lindas muchachas.

—Qué pillada le han hecho á Eliseo Acevedo! dijo una.

—Si, contestó la otra.

—Cual es Acevedo?

—Aquel militar que cruza gineando en su lindo caballo.

No oímos mas—ojalá supiéramos cual fue la pillada, que les juro á mis lectoras no quedaria en mi tintero.

—Sabes quien es aquel, Tijerita?

—No, pero te aseguro que es provinciano.

—Por que lo crees?

—Por la semejanza que tiene con el ministro de la Plaza y hasta con Avellaneda.

—Y aquel señor anciano que monta á caballo con levita y sombrero de copa alta—que usa pantalones color *puebla* y suele ponerse anteojos, quien es—no le conoces?

—No, pero debe ser un señor muy raro.

—Días pasados se dió un gran susto con el tren—iba, como siempre, distraído, llevado por su caballo, que es bastante brioso, cuando un silvato estupendo de la locomotora hizo arrojar un grito—por suerte la máquina pasó y el caballo quedóse parado, el pobre señor, ni del espolin que llevaba se acordó!

—¡Já! ¡já! ¡já! rió la burlesca Isabel; no es mentira, Tijerita?

—Mentira!—Muy bien! con que tú tan bien dices que yo sé mentir, como dice cierto cantor que niega sus gustos—diciendo que no es á él á quien le gusta la fruta del cercado ajeno. Ah! pícaro poeta, con que soy mentirosa!

—¿Fijate qué niña tan bonita aquella que está en aquel carruaje.

—Esa señorita es la de Duportall—es una niña modesta y bella—como luce mas su gentileza y distincion es á caballo—tiene un

talle muy lindo y sabe manejar su brioso corcel con gallardía y confianza.

—Y la hija del ex-Gobernador Casares?

—Ah! esa niña es muy linda—tiene unos ojos hermosísimos.

—¿Y aquella otra, la conoces?

—Si es Lola Goñi, la señorita que cantó el sábado en el Coliseum—verdad que es encantadora?

—Sí, es una niña muy graciosa y simpática y muy linda también.

—Allí vá el poeta, de las glosas, empuñando una regadera con que riega las frondas de pensamientos y resedá, mientras que entona, mirando á todos lados con desconfianza, (sin duda teme al inteligente Anastasio) la chusca cancioncita andaluza—Agua vá!

—Allí vá un Gutierrez—qué risueño! Te conocerá Tijerita?

—Sí, yo también lo conozco—ese es el que me dijo que sufría alucinaciones.

Qué criatura tan preciosa y qué expresión de infinita mansedumbre tiene en su semblante Teodelina Aldecoa, la esposa del Sr. Gache—y qué lindo chiquitín!—parece un muñequito de azúcar.

—Que ruido es ese que mete tal estrépito, son locos?

—Quién ha de ser—T... en su breck, llevándose por delante hasta los vigilantes; hace bien; el dirá: voy con mis dos hermanitas campo y anchura. . . lo demás lo concluirá el lector.

—Y esas niñas te gustan?

—No á mi no me gusta la gente pretenciosa: y ellas lo son.

—Miñones sin patillas!

—Si habrá sido á pedido de su interesante esposa, ó por arrojar canas al aire, que se las ha cortado?

—¿Ruiz y Sagasta juntos?

—¿Si buscaran conquista? Aire de eso tienen, pero les aconsejo que hagan lo que Miñones, los jazmines estan muy floridos yá.

—Qué hermosa está Rosario G. de Grondona y Carlitos, qué satisfecho! lo acompañan sus dos hermanitas menores Celia y Adela, son muy lindas también, como todos los hijos de ese lindo Mariano Freyer de Gowland.

—Allí hay un nidito, mira Isabel, parece de churrinche, pero está abandonado. Ah! churrinche ingrato, tras qué estela volarás ahora?

—Pobre L. y crea V. en los churrinches, iba á decir.

—Mira, mira pronto!

—¿A quien, á Jonás?

—No, hija, qué Jonás ni que Paquita. Mira, allá arriba, á B. que cruza aquella mon-

tañita de tunas, como el muchachito de la flautita de hinojo, lleva una colita colgante. ¿Por qué no se lo dices tú, talvez será la punta del pañuelo de manos.

Yo! Dios me libre, que vaya á creer que me quiero reir. Mejor para él ¿quién lo manda no arreglarse bien antes de salir. ¿Y sabes que días pasados en la Esposicion estaba mirando muy atento los cereales y las flores medicinales del país, tenia un aire tan sublime de gravedad y observacion que no pude ménos. que reirme.

—Sabes que es tarde, Tijerita?

—Si, hija, sí, ya basta de tajos y cortes; pero antes déjame decirle á aquella dos palabras: Señora curiosa: ya tiene V. mi crónica para que la tuse con su lengua. Ahora sí, vamos, hija del corazon.

TIJERITA.

I. L P R O M E T E O

DI OLEGARIO ANDRADE

(Versione italiana di Erminio Bettinotti)

(Continuazione, vedi il N. precedente)

Al fin posso morir! Figliò d'Urano
Mi circola nel sen sangue divino,
Sangue che al fin congela,
Quei que succede a me di sangue umano
In fronte reca il sacro raggio ardente
Che brilla eternamente,
O lo flagellin gli anni
Coi gelidi lor vanni,
O l'aquilo perverso,
Il foco de lo spiro e della mente,
Il genio imperator dell'universo.

Disse, e piombó come la quercia annosa
Chí il castaldo troncó d'un sol fendente,
Traballó il monte, e il Ponto atro fremente
Levó turbato l'orgogliosa testa,
E le gentili ninfe Oceanine
Scesero alla foresta
E intorno al corpo del gigante estinto,
Arsero eccelso pire senza fine
Con tronehi d'odoroso teberinto.

VI

E chi é colui che con sovrano piede,
Astri accendendo e seminando monti,
Per la tacente immensitate incede?
Se avvien che poggi in vetta a la colina
La vetta si risveglia porporina,
Come al tepido bacio dell'aurora,
La mattina modesta
Rosea e suffusa di pudor si desta.

Se scende a la vallata
Dormendo in grembo de la nebbia blanda,
La valle allor galante
S'abbella col suo vel di fidanzata,

E al místico frullío de le sue piante
Il bosco secolar ringiovanito
S'intreccia la piú florida ghirlanda.

Se avanza all'Ocean ch'incurva il dorso
Come destrier obbediente al morso,
Siccome schiavo umile
Onde bacciarli la sonora pianta,
Spalanca il grembo il procelloso mare,
Tempra di melodie novi tenori,
E il piú sublime canta
Dell'inni suoi, le cui soavi rime
Cullan le veglie ai grigi promontori
Scolte avanzate e immobili del mondo,
E gongolante scopre le pianure,
Alle Faune future,
Ed alle Flore il suolo piú fecondo.

Le tenebrose porte del passato
Stridono all'urto suo onnipossente,
Es'adergono a stormi al suo cospetto
Dal baratro del caos petrificato,
Le forme e le genie dal tempo spente,
Su la cui fronte adusta impresso brilla
L'epigrafe in perduto dialetto,
Il genesi veridico del mondo
Dal bíblico poema adulterato
Descifra de la scienzia la pupilla.

HISTORIA DE UNA VENGANZA

(Continuacion.)

—Lo ignoro.

La dama se quedó un momento pensativa,
luego mudando de tono,

—Haced subir mi equipaje—dijo—con-
ducid los caballos á la cuadra y dales bué-
na ración de cebada.

—¿Teneis que dar otra orden?

—No.

—Se os trae la cena aqui?

—No tengo apetito.

El mesonero dió las buenas noches, tomó
la luz y bajó la escalera con toda la hijereza
que le permitían sus piernas.

III

La dama entre tanto se había despojado
de la capota que colocó en el respaldo de
una silla y del velo,

Entonces pudo verse que era soberana-
mente bella, con una correccion, y una gra-
cia de formas que revelaban á la vez un
atractivo seductor y una notable distin-
cion.

Su semblante moreno, límpido, contrasta-
ba singularmente con el color de sus cabellos
rubios que caían en bucles sobre su turgente
seno, bajo la sombra temblorosa de sus
rizadas y umbrosas pestañas, brillaban unos
ojos de negras pupilas, rasgados lucientes,
magníficos. Era su nariz griega, como la

nariz de la Dafnedi Bernim; su boca peque-
ña, perfectamente modelada de rojos y
voluptuosos labios; dejaba entrever dos hi-
leras de perlas blancas como copos de nie-
ve: el oyuelo que partía su barba de colora-
cion á lo Guido Renni y el lunar que osten-
taba en la parte inferior de la mejilla dere-
cha, daban un encanto mas á su rostro. Era
alta y había tanta magestad en su andar,
que recordaba á las reinas de la antigüe-
dad.

Su edad no se podia juzgar de un modo
determinado, porque era uno de esos seres
que bien pueden contar treinta años, y re-
presentan veinte. La frescura de la voz, el
brillo de los ojos, la flexibilidad de la cin-
tura, las hace aparecer siempre jóvenes,
exuberantes de vida.

En cuanto á su corazon, ... pero
¿quien puede penetrar esa fronda misteriosa,
ese infierno sin fondo?

Razon sobrada ha tenido Bergamaschi
al decir: «Si el alma humana no fuese un
insondable abismo, qué de misterios y cri-
menes no se descubrirían bajo una máscara
de melancolía y virtud».

MATILDE ELENA WUILL.

[Continuará]

LABERINTO.

La existencia humana es una cadena ca-
prichosa en que los eslabones de lo ridículo
se enlazan y se suceden alternativamente
con los anillos de lo grandioso:—confuso
torbellino de espléndidas imágenes de gloria
y de lances grotescos que nos agobian con
todo el peso doloroso de la prosa de la vi-
da:—sonrisas y lágrimas, victorias y derro-
tas, gentes que se deslizan sobre una alfom-
bra de flores y desheredados sin mas por-
venir que el sublime dolor de la desolacion
inconsolable.

Al fuego ardoroso de la juventud llena
de ilusiones, sobreviene la decadencia de-
crépita de la ancianidad:—molécula im-
ponderable de esa inmensidad que se llama la
naturaleza, el hombre nace, crece, aprende,
ambiciona, ama, delira, duda y muere: la
vida es una ráfaga que parte de la cuna y
se abisma en el sepulcro; una exhalacion
que surge del misterio y se hunde en el caos
tenebroso de lo desconocido.

Al lado del entusiasmo idealista del amor
platónico, el lánguido estómago de un po-
bre de solemnidad descubre los apetitosos
manjares que cuelgan airosamente en los
ganchos del Mercado Libertad.

Los extremos se tocan: el amor y el di-
nero son dos términos que se rechazan, dos

palabras que se aborrecen, dos espresiones
que se miran con la torva faz del encono;
pero la fuerza de las cosas las reune y si
fuéramos á levantar la estadística de las
defunciones en materia de sentimientos,
llegaríamos á esta deliciosa conclusion: que
el amor del alma se muere de hambre en
la generalidad de los casos.

El mundo es una batahola incomparable
para las gentes alegres que se rien á falta
de otra ocupacion, una costumbre para el
mayor número, un escenario de glorias
efimeras para algunos pocos y un fenómeno
como cualquier otro para los demás: pero
en el fondo, todos estamos de acuerdo:—
el universo es un laberinto.

Yo nada encuentro mas encantador que
una mujer que se dice enamorada, y que
nos quiere entrañablemente despues del
teatro, el paseo, el baile y el traje: los ojos
brillantes de pasion, el íntimo contacto de
una mano que oprime dulcemente la nues-
tra, el latido de un corazon que estalla de
sentimiento, la mirada suavisima que con-
funde dos almas en una sola realidad, todo
esto es algo que vale mas que todos los
tesoros de la tierra.

Hablar de mugeres, es hablar de poesía,
salvo muy honorables escepciones: nadie
habria comprendido la melancolía sollozan-
te que impregna las estrofas de Becquer, sin
haber soñado con el alma de una mujer dig-
na de ser amada, como no se concibe al Pe-
trarca sin Laura, á Rafael sin la Fornarina,
á Romeo sin Julieta, ni á Carlos Alberto
sin la mártir divina.

Todas estas sublimidades, escepto la úl-
tima, que no lo es, desaparecen desde hoy
de mi modesto cerebro, donde se albergan
todas las utopias, desde la fé en el amor de
las mujeres, hasta la Constitucion de una
República sobre la base de la soberanía del
rebaño.

Becquer cede ante la presencia de Velez
Sarsfield; Shakespeare permanece cerrado
mientras Macleod recibe todos los hono-
res de una lectura constante; la poesía del
sentimiento desaparece ante la poesía de los
guarismos.

Quién sabe si el hielo de los años no me
llevará algun dia esta metamorfosis hasta
el corazon!—El tiempo mata el germen
de los sentimientos elevados, así como seca
y marchita las flores perfumadas del vergel,
el amor á nuestros semejantes se llama
caridad quando somos niños y filantropía
durante la edad madura.—¿Que extraño
que cuando viejos no tengamos mas seme-
jantes que nosotros mismos?

Pero afortunadamente, por ahora el eclip-
se es temporal.

Ni esto siquiera.

Yo tengo un gérmen inextinguible de
poesía y de caridad en lo mas íntimo del
corazon.

Tengo la imágen de *Estrella!*

La estrofitita que vá mas abajo ha sido
traducida del *Intermezzo* de Heine.

¿Cuántos enamorados suspirarán por des-
lizarla furtivamente á la oreja de su ado-
rado tormento?

Para los ojos de la amada mia,
Compuse bellos trozos y canciones;
Dediqué á su boquita una poesía,
Y á cuantas perfecciones
En ella hallé, les consagré, inspirado,
Enamorada y juvenil cancion.
Ah! qué bello soneto compondria
Al corazon ardiente de mi amada. . .
Si mi amada tuviese corazon!

Oh *Estrella!* ¿Tienes tú corazon, ingrata?
Sí. . . tienes el mio!

Acepto la polémica literaria que me pro-
pone el mas grave Carlos Alberto, dándole
liez años de plazo para que aprenda á es-
cribir.

Despues de esto, el Obispo de Calamu-
chita convocará á un conciliábulo dioce-
sano, en el que se nombrarán examinado-
res sinodales para que informen sobre
los descalabros ortográficos del Corepiscopo
Carlos Alberto, el cual solo escribe pasa-
blemente cuando se me viene con lechu-
gas de huerto ageno en las albardas.

En seguida el burgomaestre Carlos Pa-
turot, despues de pasar por la ceremonia
de la primera tonsura, será investido del
cargo de Abad mitrado con jurisdiccion
cuasi episcopal.

Y para fin de fiesta le estenderán el
correspondiente diploma de maestro en al-
bañileria.

Querido Mendez: Desde hoy me encierro
en mi pocilga sin mas compañía que el
venerable símbolo de la paz y la ternura;
los exámenes se acercan y apenas tengo
tiempo para mirarme de vez en cuando en
el espejo divino de los ojos de mi *Estrella*.

No abrigo la ilusion de que mi ausencia
será estrañada por los lectores del *Album*;
pero me retiro transitoriamente con la sa-
tisfaccion de haber ayudado en algo al
amigo.

Hasta la vuelta!

ANASTASIO.

ARCO-IRIS

A MI VECINA

Yo, que rezé seis salves,
Diez padre nuestros,
Cincuenta y dos benditos
Y nueve credos,
Por que, en la plaza,
Por haber muerto á un hombre,
No te colgáran;

Yo, que he gastado todo
Cuanto tenia,
En jueces y otras aves
Que hay de rapiña,
Por verte libre
De un castigo tan bárbaro
Como tu crimen;

Me encuentro, desde el jueves,
¡Coqueta infame!
Apurando la copa
De tus desaires;
Desde ese día
Me desprecias, y á otro hombre
Le haces caricias!

Pero en el crimen tienes
La penitencia;
No ha de pasar un año
Sin que lo sepas. . .
Sabrás, entonces,
Lo que es bailar con zuecos,
Sobre cascotes!

Sí, por que ese Obligado,
A quien hoy amas
Por que con lindos versos
Tearrulla el alma,
Ese poeta,
Se parece, en sus cantos,
A la sirena.

Tiene, como ella, dulces
Y tiernas notas,
Mas, infeliz aquella
Que se las oiga! . .
Esa nos salva
De caer al abismo
De su inconstancia!

Como tres años hace
Que lo conozco,
Y en ese tiempo, ha estado
Siempre de novio;
Mas, nó con una. . .
Con diez y ocho morenas,
Y veinte rubias!

Es el ser mas voluble
Que se conoce
De cuantos en el mundo
Hablan de amores;
A todas quiere,
O mejor dicho, á todas
Amor les miente.

Sigue, coqueta infame,
Libando el néctar
De la pasion fingida
De ese poeta,
Pero te advierto
Que sabrás lo que importa,
Bailar con zuecos!

ELLA

Tiene la frente pálida,
Oscuro el pelo,
La mirada apacible,
Los ojos tiernos;
Cuando camina,
Parece flor que el soplo
Del aura agita!

Esencia de jazmines
Guarda en su seno,
Y perfumes de rosas
Tiene en su aliento.
No quereis verla? . . .
Pues mirad á mi alma;
Que mi alma es *ella!*

CRONICA DE LA SEMANA

DEL AUTOR DE «CAÍN».—Acompañadas del
trabajo con que concurrió nuestro inteli-
gente amigo Carlos Olivera, al certámen
literario que há poco tuvo lugar en la ciu-
dad de Mercedes, hemos recibido las si-
guientes líneas.

Señor Director del «Album del Hogar.»

Al remitirle la composicion que se dignó
V. pedirme, quiero aprovechar la oportu-
nidad que me ofrece esta carta para hacer
llegar hasta el señor Director del «Oeste» (de
Mercedes) un voto de agradecimiento por
las benévolas palabras con que ha acogido
á «Caín» y para sacarlo el mismo tiempo de
un error. Dice el espresado Sr. que «Caín»
no aparece en la composcion y que el lema
tampoco se halla justificado. «Caín» es Ja-
vier Fuentes, juez y verdugo de su hermano.
El lema fué escogido simplemente por lle-
nar una fórmula.

Su amigo

CÁRLOS OLIVERA

C. de V., Octubre 5 de 1878.

EL TAMBOR DE SAN MARTIN.—Con este tí-
tulo, publicamos hoy una bellísima compo-
sicion poética que importa un laurel para
la frente de su autor. El Señor Montes hace
oír, en sus estrofas, los redobles del Tambor
de San Martin. Al felicitarlo por su notable
produccion, le pedimos no eche en olvido
la promesa que nos ha hecho de favorecer-
nos con su valiosa colaboracion.

FALTA DE ESPACIO.—Compuesta yá, tene-
mos que retirar, por falta de espacio, la
mayor parte de la crónica de la semana.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

LA REDENCION MORAL DE LA MUJER

En los Estados-Unidos, donde la mujer ha realizado el bello ideal de los emancipistas; donde el grado de cultura é ilustracion es tan superior que toca en la sabiduria; allí, pues, causa ya alarma esa misma educacion que amenaza dominarlo todo, creyéndose absoluta con el derecho de igualdad. Sin embargo, si hemos de creer la palabra de Jonveaux: «Se enseña á las mujeres el álgebra y la filosofía, se les hace discutir las cuestiones sociales como si hubieran de ser algun dia miembro del Congreso, y cuando se levantan despues en ellas aspiraciones peligrosas, se las encierra en el interior de una casa, se restringe su horizonte á los deberes domésticos y se les hace saber que su único porvenir es asegurar el bienestar de su marido y de sus hijos.» Tocqueville agrega: «que la manera que se tiene de educar, tiende á formar mugeres honestas y frias, mas bien que esposas tiernas y amables compañeras del hombre.»

Yo agrego que esas mugeres apesar de toda su ciencia, de su decantada sabiduria, no conocen los tiernos sentimientos del corazon, que agregada á su naturaleza fria la vanidad de su carácter, les hace insensibles, incapaces de experimentar en su alma ese raudal de amor divino que es patrimonio de la inocencia.

Esas mujeres saben mas de lo que deben saber—sin igualdad con el hombre—su contacto con este desde que comienza á deletrarse en las banquetas ó las clases primarias, hasta que termina su educacion en las superiores y ese roce, esa costumbre, y esa superioridad que obtienen siempre en los primeros, con sus facultades y aptitudes superiores, al hombre, hacen que jamás sienta por esto un afecto fuerte y apasionado, mirándolo solo cuando tienen que elegir marido como una ayuda—jamás como un amante.

La muger puede ser un genio por su capacidad natural, por la riqueza de su imaginacion—puede ser novelista y novelista

moralizadora, inspirada en los cuadros de la naturaleza, en las escenas mundanas y en los sentimientos que agitan su alma, sin que tenga para ello necesidad de abrir el libro que guardalos principios de la ciencia: «*Lo bello se siente y no se define*»

La muger puede ser progresista sin dejar de cumplir sus sagrados deberes de esposa y madre—sí, por que no necesita gran saber para ayudar con su palabra—con sus hechos, á las nobles ideas que llevan un fin noble, único campo donde la muger puede desplegar sus alas siendo útil á la sociedad—Puede ser progresista y propender al progreso del país sin ser emancipada, sin ser sabia, es decir, sin ser ministro, médico, abogado, teólogo, fisico ó astrónomo, contribuyendo con su contingente á la construccion del gran monumento de la civilizacion moderna, con la creacion de escuelas dominicales, mil veces mas útiles que esas clases normales donde se enseñan conocimientos innecesarios y se gastan injentes sumas sin mayor provecho—escuelas que siendo dominicales, serian asilo benéfico de los desamparados, valla á la prostitucion é inmoralidad que viene á la infeliz muger del pueblo, sin proteccion ni apoyo—entregada á la miseria y el embrutecimiento—escuelas que regenteadas por señoras, serian una bella muestra de adelanto y moral—Aun quedan muchos puntos en que la muger instruida y progresista, puede tomar parte ingresando en las filas de los obreros del progreso—puede ser defensora pupilar ¡hermoso puesto—generosa tarea en armonia con sus delicados sentimientos!—compartido el trabajo entre un juez y la bienhechora de los menores, defensora de esas infelices criaturas que depositadas en los hospitales—en la Policía, ó en los Ejercicios, son mal alimentadas—peor vestidas y hasta sacrificadas y martirizadas. Cuantas de ellas con intereses suficientes para ser sostenidas, viven condenadas á la esclavitud de malos corazones, que á título de que nadie vela por ella, una vez depositadas, son objeto de duros tratamientos y miradas como esclavas solo por que son menores de la Defensoria—Cuanto bien, decimos no reportaria el país si se organizara una reparticion de

equidad y de justicia encomendada á una dama argentina—que fuera el amparo de esas desvalidas criaturas, perdidas las mas veces por falta de moral y enseñanza—desheredadas siempre, por falta de atencion en sus intereses; intereses que son administrados por un tutor ó curador indiferente, que en lugar de aumentar el depósito, lo merma. Muchos lo pierden sin dar cuenta á nadie.

La idea que acabo de apuntar es una de mis mas alhagüenas esperanzas—ojalá fuera llevada á cabo haciendo efectivo un deber de humanidad descuidado hasta ahora por nuestros lejisladores.

Quedan aun hermosos horizontes á la mujer—horizontes vastos y ricos; vislumbres de progreso para el porvenir, que se abrillanta en el cielo americano—auroras gloriosas que olerán tambien la frente de la mujer, reflejos de aspiraciones luminosas que guiarán su planta y la harán subir á la cumbre del Parnaso.

Quédale la poesia—La poesia, presentimiento de la belleza—intuicion feliz de la naturalidad que llena el alma—nos aleja de lo positivo—del mundo vulgar, para aproximarnos al mundo hermoso del espíritu.

Puede ser poeta—para ello no necesita ser sabia—puede ser artista—puede, en fin, ser todo sin necesidad de sabiduria—sin salir de la esfera que la marca su destino—sin querer emanciparse—libertarse de los bellos atributos que la hacen mas interesante.

Si fuéramos á apuntar todas nuestras ideas y los puntos de adelanto material en que la mujer puede prestar su ayuda progresista, serian tantas páginas, que podria editarse un libro.

Hemos concluido por ahora.

JUDITH.

ARMONIAS

Los mundos infinitos que ruedan en la esfera Modulan esplendentes el himnosideral, Al continuar los giros de su eternal carrera Envueltos en la lumbre de eterna claridad!

Las olas de los mares que se alzan poderosas,
Cual si alcanzar quisieran al cielo en su furor,
Con su potente acento murmuran majestuosas

El canto inmensurable que elevan al Creador.

La tempestad tremenda que sobre el mundo
(dó ruje,

La tierra amenazando con voces de águila,
Entona en su carrera, del viento al fiero empuje

Un cántico, plegaria de su tremenda voz.

El aura vaporosa, los céfiros, el trueno,
El himno de los mares, la voz del huracán;
Son la armonía inmensa que del profundo seno
Del infinito, se alza al trono de Jehová!

IDA EDELVIRA RODRIGUEZ.

Octubre de 1878.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO III

Véase el número anterior

Era un individuo de extraño aspecto, cuya musculatura férrea, en su baja estatura, lo que nada tiene de particular en un Lapon, le daban una apariencia de vigorosidad, que solo podría compararse á la de algunos perros de San Bernardo y de Terra-Nova. Sus ojos eran azules, pálidos-verdosos como los del Señor Peter Burbullus; sus piernas, siempre separadas en su parte de sustentación le asemejaban, cuando estaba inmóvil, á una V dada vuelta, es decir A, y, cuando sus manos se encontraban desocupadas, las llevaba á las axilas en las cuales introducía el pulgar. Su formidable cara tenía un aspecto terrible, no porque presentara en ella el de la hiena ó del chacal, sino por su singular heterogeneidad de mitades.

Debido á un fenómeno congénito ó ulterior, ciertos músculos del lado derecho permanecían contraídos; la comisura completamente deprimida, y del ángulo extremo del ojo, partían unas líneas como arrugas, lo que le daba toda la apariencia, todo el carácter, todo el sello de una persona que está riendo.

—¿Por qué ríes, Winplane?—«Si yo no río.»

Palabras tremendas que conmueven el alma menos accesible á una impresión. Victor Hugo ha retratado un abismo tétrico. Nadie es insensible á aquella risa impresa por la mano sacrílega de un bandido.

Pero en el Lapon de Niffleis hay algo mas espantoso aún. La risa sólo domina de

un lado de la cara: el otro lado es tan sério, tan árido como el alma de Burbullus.

No sé si por esta razón le interpeló el Profesor con el nombre de «cara de Mammoth.»

El hecho es que Burbullus por primera vez en su vida había prestado atención á aquel extraño personaje.

—«Ven acá; mírame de frente;—¿por qué estás así?»

—«No sé.»

—«¿Recuerdas haber estado enteramente serio?»

—«La mitad.»

—«Señor Kaillitz, vea Vd. este fenómeno. Aquí hay como una parálisis de los nervios faciales, verificada precisamente en el momento de estallar este pobre desgraciado en una carcajada sin ejemplo.»

Cref adivinar en el lado sério del Lapon el titular de una sonrisa de imperceptibilidad indefinible.

—«Aquí,» dijo el Profesor, «ha muerto la acción derecha del músculo orbicular, sucediendo otro tanto con el risorio, con el cuadrado, con este, este y este otro.»

No recuerdo cuántos me nombró, porque no recuerdo cuántos eran los que contribuían á formar la parálitica risa del Lapon.

—«Cada sensación, cada movimiento vital del organismo,» continuó diciendo Burbullus, «tiene su asiento especial en el organismo material ó inmaterial, es decir desconocido, porque Vd. sabe, y si no sabe, poco me importa, que siendo la vida el conjunto de ciertos fenómenos orgánicos, y estando lo que los idealistas y los visionarios llaman alma, sujeto á las modificaciones orgánicas, claro está, pues, que ambas están ligadas por vínculos materialiformes cuya naturaleza nos es desconocida. Así la risa es un fenómeno eminentemente subjetivo que se produce en cada cual de una manera diferente, porque muchas veces es mas la filiación de nociones lo que contribuye á producirla que el hecho aparentemente inmediato. Hay chistes que ciertas personas no comprenden y no festejan porque no son capaces de eslabonar ideas. Pero, bajo el punto de vista científico, la risa es un fenómeno de contracción muscular, fenómeno tegumentario también, sujeto á la acción que el principio espiritualiforme trasmite al principio materialiforme, este al nervio, y el nervio al músculo. Para mí el principio espiritualiforme, el alma de Vds. no es simple, y su acción primitiva puede desdoblarse, como sucede, por ejemplo, en este hombre. La risa de un lado es una especie de solidificación del

principio espiritualiforme. En el otro lado el principio conserva su acción, y si le cortáramos la cabeza, y aplicáramos en una de las ramas del nervio trigémino la acción eléctrica, esta fuerza remplazaría la acción primitiva de los dos principios, espiritualiforme y materialiforme, de los cuales, el primero, parece estar un tanto atargado en este pobre Lapon. Dí á Niffleis, estúpido, que está bien;—vétele.»

El Lapon obedeció; pero, como en el momento de dar vuelta para salir Burbullus le miraba el lado risueño, este señor no pudo contener un movimiento de despecho.

—«Ignorante!» le dijo, «te ries de mi explicación, eh? ya te haré reír y del otro lado, cuando me sea posible dentro de poco cortar con mi escalpelo la base de tu nervio trigémino izquierdo.»

Creo que hasta el Señor Bachkind se permitió asentir risueñamente á la profecía de Burbullus.

—«Permítame señor Kaillitz dar la última sombra á este cráneo precioso.»

Burbullus tomó un pincel, lo empapó en un poco de tinta china, y pasándolo rápidamente cerca del borde opuesto á la luz incidente, le dió tal viveza, tal expresión de relieve y convexidad que no pude menos de exclamar:

—«Señor Burbullus! qué cosa tan magnífica ha hecho Vd! Este cráneo es perfecto;—los dibujos que Vd. hace son mas preciosos, naturales y exactos que los fotográficos.»

Burbullus me miró con cierto desprecio, movimiento al que no era ajeno un zig-zag particular del labio superior.

—«Yá mí ¿qué me importa lo que Vd. dice? ¿no es Vd. un ignorante? ¿acaso nosotros los sabios necesitamos felicitaciones de los que nada saben? ¿Qué peso puede tener su opinión en mis convicciones sobre lo perfecto de mi trabajo?»

—«Señor,» le dije, «creo que solo basta un poco de conocimiento en un arte que no me es del todo desconocido para poder apreciar esa perfección.»

—«¿Y por qué llama Vd. perfecto mi trabajo?»

—«Por el conjunto artístico, por el detalle armónico, por el aspecto vivo de la materia muerta.»

—«Palabras, siempre palabras! imbéciles!—y cuando saben reunir y dar á conocer al público un volumen de esas palabras los llaman poetas!—jól! jól! jól!—la perfección de este cráneo que acabo de dibujar consiste en esta línea del arco zigomático, y en esta sombra de la porción martínea;—jól! jól! jól!—y si yo publicara la descrip-

cion científica y detallada de este cráneo de Catalina, la Emperatriz Curlandesa, mi compatriota, si yo publicara esa descripción no la habrían de leer;—*jól jól jól*

—«Es muy posible.»

—¡Muy posible! y ¿qué sabe Vd. lo que una cosa tiene en sí para ser posible? Siéntese, voy a exponerle una teoría que acabó idear.»

Me senté frente al sabio naturalista y me invitó con un cigarro hamburgués.

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

UNA QUEJA

FRAGMENTO

Una noche de insomnio que mis ojos
Vertían una lágrima,
Envuelta entre los pliegues del recuerdo
Como una nota ahogada:

Se desprendió este cántico maldito
De un alma desolada.
Cuando niño lo oí, hoy lo repiten
Las cuerdas de mi arpa.

Aquel buitre feroz, hundió las garras
Sobre tu carne viva,
Necesitaba de tu carne muerta
Como de luz, el día.

¡Ah viejo Prometeo! sobre el alma,
Llevo una luz maldita
Que incendia mis pupilas, abrazando
Mi corazón sin vida.

Nada tengo de tí: nací en la tierra
Débil, enferma, tímida,
Como flor escondida entre las hojas
De una selva infinita.

Nada tengo de tí: crecí en las sombras
Porque la luz me hería;
Ni un destello del sol bañó mi frente,
Ni me besó una brisa.

Una tarde soñé . . . vieron mis ojos
Una nube sombría,
Y en medio de sus sombras, vi, temblando,
Una órbita encendida.

Bajé mis ojos, y sentí en la frente,
Postarse una caricia. . . .
¡Cuántas cosas soñé en aquel instante
De eterna despedida!

Ah! viejo Prometeo, en vano escucho
Que el corazón olvida,
El adiós de aquel astro, es la venganza
Sobre mi frente escrita.

Es el buitre feroz. . . es todo el odio
Que incendia mi pupila,
Que penetra hasta el fondo de mi alma
Y que insaciable grita. . . !

JOSÉ IGNACIO PÉREZ.

Setiembre 8 de 1878.

CAIN

VI

Su sombría meditación fué interrumpida de repente por la presencia de un joven, que llevaba en su uniforme, las insignias de Ayudante Mayor.

—Adios, Manuel, exclamó con jovialidad; que haces ahí tan pensativo? Supongo que no será la noticia del combate, la que te tiene así tan preocupado.

—Buenas tardes Miguel, respondió el capitán, pasándose las manos por la frente y como pretendiendo ahuyentar la causa de su meditación. La noticia del combate, dices? Qué combate?

—Pero hombre! vives en la luna? No sabes que mañana probablemente seremos atacados por los paraguayos?

—No . . . no sabía nada.

—Pues como lo oyes. Mañana tendremos siquiera en qué ocuparnos. Ya esta vida me vá fastidiando

Y el joven tomó asiento al lado de su amigo, sobre el catre de hierro.

Poco después entraron algunos oficiales y la conversacion se hizo general. Habiéndoseles llevado de comer, despacharon alegremente sus platos, sin que el pensamiento de que al día siguiente iban á batirse, fuera á turbarles en lo mas mínimo.

Fuentes comió poco, pero en cambio, bebió mas que ninguno. Miraba el vino antes de beberlo con cierta delicia secreta, como si le agradara la dulce turbación que le producía.

—Caballeros, dijo Miguel, entregando al soldado que le servía, el último de los platos de la colación, mañana nos batimos. Es muy posible que alguno de nosotros, no vuelva á gozar de tan alegre compañía. Propongo un brindis.

—¡Aceptado! exclamaron todos en coro. El joven Ayudante tomó una copa, la llenó de vino y levantándola en alto:

—Brindo, dijo, por el triunfo de nuestras armas!

—Por el triunfo!

Y los vasos se chocaron.

—Que después del combate podamos volver á beber de esta manera, todos los que aquí estamos! exclamó un Teniente 1º alzando su copa.

—Y vos capitán? preguntó otro oficial dirigiéndose á Fuentes. Brindad, no esteis tan callado.

Fuentes levantó el vaso que tenía próximo á llevar á los labios, se escapó de sus ojos un relámpago y con voz un tanto alterada dijo:

—Por la fortuna en el amor, en el juego y en las armas!

—En el amor, en el juego y en las armas! repitieron todos en coro, haciendo chocar los vasos.

Poco después quedaron solos, Fuentes y el joven Ayudante.

—Te espero en el Consejo, díjole este. Tenemos que recibir instrucciones sobre el plan que debe seguirse mañana.

—Iré mas tarde, contestó el capitán. Me duele algo la cabeza.

Miguel salió.

Un cuarto de hora después, aquel pidió un caballo á su asistente y se alejó hacia la retaguardia del ejército.

—No te muevas de mi carpa, dijo al soldado.

La honra del capitán Fuentes rodaba en aquel instante por un plano inclinado. Corría hacia un abismo cuyo fondo, no se ha atrevido á medir hasta ahora ni la misma humanidad.

VII

Mientras tanto, el Ayudante mayor se dirigió, como todos sus compañeros, hacia la tienda en que debía recibir órdenes para el día siguiente.

Es llegado ya el momento de que hable algo de él.

Miguel P*** tenía apenas veintisiete años. Era el tipo de la belleza americana. Alto, elegante, de músculos vigorosos, ofrecía en su aspecto, esa gracia indefinible que derriban á su paso las naturalezas ardientes y generosas.

Se había criado junto casi, con el capitán Fuentes y lo amaba mas que á sí mismo. Era tan grande este cariño, que llegaba hasta encontrar disculpa á vicios y debilidades, que armonizaban mal con los hábitos de un caballero. Tenía un especie de fanatismo por él—fanatismo que había sido cimentado en diferentes ocasiones por su amigo, con rasgos de valor y de audacia nada comunes. La luz que procedía de esas acciones, le impedía ver el lado sombrío de Fuentes.

Todos en el ejército respetaban al capitán como un valiente, pero temían su esclavo amor por los placeres que ya le habían hecho cometer algunas faltas poco dignas de un militar de honor.

P*** miraba todo á través del cristal de

su preocupacion y donde los demas veian un peligro para la honra, él solo veia pasiones que bien podian perdonarse á un heroe.

Así, cuando el capitán jugaba su paga, en lugar de hacer callar á sus acreedores, como los demás, le decia por todo reproche, al hacerle participe de sus propios ahorros.

—Cuando dejarás ese maldito juego?

—Algun día me ha de hacer ganar, respondia el capitán y entoncec. . .

Y este «entoncec» satisfacía á Miguel.

Admiraba todo en Fuentes, hasta los vicios, porque le parecian una medida de lo que era capaz de arriesgar su grande alma.

CARLOS OLIVERA.

(Continuará.)

EL CONCIERTO EN EL COLISEUM

Espléndida ha sido la fiesta del miércoles.

Tomaron parte en ella los señores Oyuela, Strigelli, Bomon, Guillot, Irigoyen, Flesca, Mancini, Partuferi, Segreras y el distinguido Doctor Albarelllos. Pero lo que dió mayor realce á la fiesta fué el contingente tan valioso como espontáneo de las señoras de Centeno, de Blanco y de Palacios. El palco escénico estaba bastante elegantemente adornado con cenefas de follaje y flores frescas de colores vivos; tenia un golpe de vista encantador.

No intentamos hacer una crónica, simplemente un recuerdo de los agradables momentos que pasamos. Allí oímos por vez primera al señor Bomon, que con una gentileza pasmosa sabe arrancar al violoncello, de suyo dulce y melodioso, notas verdaderamente sublimes.

Escuchamos arrobadas la romanza de Servais recordando á la vez las palabras de un poeta. «No hay mas que un modo de hablar á la muger amada,—por medio de la musica mas dulce.» Pensando en esto sonreíamos en medio del éxtasis que produce la armonía en nuestro espíritu—Despues la voz fresca y de un timbre argentino de la simpática señorita de Centeno se dejó oír. Cantó una bella romanza de Mancini «Straparmi ancor». El eco purísimo de aquella voz llenaba sonoramente el gran salon acústico; elevábase con maestria y sin esfuerzo hasta arrancar á la garganta un trino brillante de notas fuertes y felizmente moduladas y concluidas sin mas esfuerzo que una sonrisa dulcísima y una mirada llena de luz, de esa luz que es el génio iluminando el iris de la pupila en la alegría feliz de la victoria.

El público aplaudió estruendosamente

mientras Tijerita enjugaba una lágrima de orgullo y entusiasmo murmurando estas palabras: ¡Bendita sea la caridad de la muger argentina!

Sucedieron á la señorita de Centeno, 'dos niñas de Fernandez Blanco; vestian de pureza y al verlas juntas sentadas al piano nos trajeron á la memoria dos avecitas blancas confundiendo los trinos de sus almas inocentes en una sola armonia divina; tocaban una sinfonia de Guillermo Tell.

El público inteligente aplaudió entusiasmado, sobre todo en la parte última, donde las hábiles pianistas hicieron gala de una pulsacion espléndida, ejecutando sin dificultad un *crescendo* brillante, que fué desmayando en un conjunto de notas suavísimas, interpretadas con todo el sentimiento de una alma de muger.

La señorita de Palacios nos hizo oír el arpa, en seguida; tocó con gusto y maestría; tiene sobretodo una elegancia y modestia deliciosa en su postura. Al contemplarla á travez de las cuerdas de oro de su bello instrumento, recordamos las fábulas llenas de encanto y poesia de las diosas de la Mitología.

Pero entre aquel conjunto de voces y notas se vió, se sintió, algo mas grande, mas bello y conmovedor.

Un ilustre anciano, amigo de la juventud, con su barba y su cabello blanco, con sus manos firmes y ágiles como las manos de un niño subió al gran palco, mientras el público en su mayor parte compuesto de señoras, saludaba en el viejo guitarrero, al artista, al músico y al compatriota querido de todo el mundo. El doctor Albarelllos, con aquel aire de travesura que le es característico, tocó en la guitarra acompañado del señor Segreras una linda música española.

Cuando ambos concluyeron, el entusiasmo rayó en el delirio; no eran aplausos, era estrépito;—se aplaudia frenéticamente!

El músico querido volvió á la escena y, solo, volvió á tocar una melodía

De nosotros, podemos asegurar que la emocion del corazon llegó deshecha en lágrimas hasta los ojos; solo sentimos un pesar: no haber llevado una corona que ponerle en sus sienes ya cubiertas con la aureola de las canas.

En todos los semblantes se reflejaba una expresion de cariño y simpatia infinita; me pareció que todos iban á llorar; ah! pero no, despues pensé, todos no tienen el cariño que hay en mi corazon, que siente despertarse á su presencia el recuerdo sagrado del amor de la familia!

Cuando el doctor Albarelllos dejó de to-

car, entre un saludo unísono de triunfo y simpatía, le sucedió un brillante terceto para piano, violin y violoncello. Aquí se lucieron los jóvenes Irigoyen y Mancini. El señor Guillot cantó bien la vez primera y muy bien la vez segunda, siendo llamado á la escena en medio de los mas entusiastas aplausos.

Llegó por fin su turno, al distinguido guitarrista señor Segreras. Es hábil y en sus manos la guitarra es un juguete.

Causó gran hilaridad *La gallegada*, cancion gallega muy chusca y cuyos versos, por demas graciosos parecian repetirlos las notas tan hábilmente arrancadas á la guitarra. Muchas niñas lloraban de risa y hasta los hombres serios se ponian alegres; solo el músico permanecia como el duque de Girones.

Las señoritas de la sociedad Damas de Beneficencia de San José de Flores deben estar muy satisfechas del éxito de la fiesta que con tan noble fin organizaron.

TIJERITA

Sobre un mar apacible y sereno
De los remos al son cadencioso,
Se desliza tranquilo y dichoso
En su barca un feliz pescador;
Gime tierna la brisa en las olas
Impregnada en suavísimo aroma
Y de Oriente la Luna que asoma
Va esparciendo su tibio fulgor.

A traves de las leves espumas
Que levanta lijera la quilla,
Sigue rauda la frágil barquilla
Como blanca paloma en el mar;
Y al compás de las olas y remos
Se confunde una voz melodiosa
Tierno arrullo, cancion armoniosa
De una vida que ignora el pesar!

De la opuesta ribera en la margen
De una roca á los ptes reclinada
La cabeza en la mano apoyada
Permanece una joven muger,
Tiene fija la vista en la playa,
Vigilante y atento el oído,
Que al mas leve rumor de un sonido
En su rostro se pinta el placer!

El senecillo y liviano ropaje
Que sus formas graciosas encubre
De una rústica aldeana descubre
La existencia sin penas ni afán.
Y en el suave color de su rostro,
En la luz de su casta pupila,
Se derrama esa dicha tranquila
Que los goces impuros no dan.

Vuela, vuela, pescador,

Sobre el seno de la mar
Y á las plantas de tu amor,
De la ausencia el sinsabor
Vélijero á mitigar.

Vuela, vuela, sin tardanza
Que en su virgen corazón,
Cuanto mas el tiempo avanza
Vá perdiendo su esperanza
Lo que aumenta su aflicción.

Oh! que dulce es tu existir!
Cuan feliz tu juventud!
Diera todo un porvenir
Por un rato de vivir
En tan plácida quietud!

Que mas puedes anhelar
Que le falte á tu ventura?
Tienes por riqueza el mar,
Y en el seno de tu hogar
Un tesoro de ternura!

Ah! no tardes pescador,
Que la dicha es muy fugaz!
Y en el mundo engañador
Huye siempre del dolor
Porque no acaba jamás!

En la margen do estaba la jóven,
Arribando serena á la orilla,
Se detuvo por fin la barquilla
Y el mancebo á la playa saltó;
De placer al mirarse colmados
De sus pechos dos gritos partieron,
En sus brazos los dos se oprimieron,
Y el rumor de dos besos sonó.

Arrobados, en mútuas caricias,
Como tórtolas tiernas y amantes
Sin sentir deslizar los instantes.
Largo tiempo extasiados están,
Y emprendiendo la senda tortuosa
Que conduce á la humilde morada,
Al compás de campestre tonada,
Los esposos felices se ván!

Octubre 1º de 1878.

EDUARDO SAENZ

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM
DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALE-
JANDRO MAGARIÑOS CERVANTES)

(Continuacion)

V

Después de Magariños resalta con lúcidos
intervalos el inspirado cantor de *La Liber-
tad*, que si carece de las grandes imágenes
del inmortal autor de la *Oda á España* des-
pués de la revolución de Mayo, sostiene

el interés y es magistral en la idea que
enciende el espíritu heroico de sus concep-
ciones hasta el último verso.

Juan Carlos Gomez es un gran poeta; de
esos que nada tienen que agradecer al bom-
bo de la crítica parcial que tan á menudo
puebla las columnas de periódicos y Revis-
tas literarias. Nosotros tenemos la fortuna
de ocuparnos de poetas que en su mayor
parte no conocemos personalmente, y esto
basta para darle alguna autoridad á nuestras
apreciaciones, si bien es cierto que una sola
estrofa es suficiente muchas veces para pre-
sentar un poeta y hacersu elogio.

He aquí una de esas:

*América es sin duda la tierra prometida,
América la virgen del universo es
¡Oh libertad, quien sabe si para darte vida
La mano de Dios mismo no la formó despues!*

(Pag. 10)

Aun cuando sea dudosa la originalidad
del segundo verso, y use en otros, galicismos
como *rol* y se tome libertades de acentua-
ción como en.

*Dormir en nuestro lecho sin que planta profana
Las penas y placeres sorprenda del hogar.*

Empero ¡Cuánta belleza en este cuadro!

*América desploma sus rios como mares,
Las cumbres de sus montes se ocultan al mortal
Sus bosques estan llenos de místicos cantares
Que acaso son los ecos del coro celestial.*

(Pag. 10)

Estrofa que parece estar pidiendo un
complemento que el mismo poeta se encar-
gó de bosquejar á *posteriori* en la pa-
gina 12.

*Dejadme ver del Plata la libertad brotando
Como la Diosa antigua, bellissima del mar!
¡Dejadme ver los tronos atónitos rodando
Cuando al poner en tierra su pié, la hizo temblar!*

*El Plata levantaba sus olas tempestuosas;
En debil navecilla la libertad se vé;
Las preces en silencio las siguen fervorosas,
Camina por las aguas: no se hundirá, q' hay fé.*

De las veinte composiciones con que fi-
gura el Dr. Gomez es quizá la mas notable
la titulada *Agua dormida*, cuyo magestuoso
deca sílabo contrasta admirablemente con la
sencillez anacrónica de esta otra estrofa
en *¿Te olvidarás de mí?*

*Envuelto en las tormentas
El pájaro del polo,
Recorre infatigable
La procelosa mar:
Así sobre las ondas,
Acongojado y solo,
Sin esperar descanso
Me lleva el huracan.*

*Si es cierto, si está escrito
Que bajo extraño cielo,
Me cubrirá de olvido
Polvo extranjero así;
Privado de las lágrimas
De la amistad en duelo,
Ay! tú tambien, Emilia
Te olvidarás de mí?*

(Pag. 497)

Así es como remata esa difícil compo-
sición en cuya última estrofa señalamos un
pequeño *lunar* al primer verso, que parece
escrito por Iru-Dorcid llamado el mas sábio
de los poetas y el mas poeta de los sábios
árabes de la antigüedad.

VI

Siguiendo el orden en que aparecen los
poetas del *Album* tocaríale su turno á Juan
Cruz Varela (sobrino) pariente de aquel
otro Juan Cruz que en brillantes estrofas
cantó las glorias de Ituzaingó, y que con
Figueroa son los príncipes del clasicismo
entre nosotros. Este en el *Dies ira* revela un
profundo conocimiento del idioma que con
tanta facilidad vertía al castellano el tra-
ductor de Virgilio, digno rival de Iriarte y
Velazco, aquel Juan Cruz Varela tan jus-
tamente elogiado por el Dr. Gutierrez.

Permítasenos, pues, dar un lugar de ho-
nor, recordando el ilustre poeta y publi-
cista argentino, al autor afortunado de la
cancion nacional de la República vecina,
D. Francisco Acuña de Figueroa.

En otra ocasion ocupándonos del *Estudio
crítico sobre Persio y Juvenal* por el jóven
Quesada, le decíamos: «Desde la revolu-
ción literaria que ha presentado Chenier,
inmensa y formidable como que llegó has-
ta las estepas de la Rusia en donde cantó
Pousckine; desde la aparición de las ar-
monías celestes de Burns el escocés; de
Klapstock el alemán; hasta las divinas ca-
denciosas notas de Byron, Hugo, Espron-
ceda y Echeverría, el inmortal cantor
de la *pampa*; en ese bello poema de la
Cautiva, rival vencedor del *Inami* de San-
fuentes y el *Marguetá* de Samper; desde
entonces, la musa clásica desapareció de
América como por encanto, negro celaje
que el pampero del romanticismo ha bar-
rido de nuestra constelación poética.»

No sabemos que admirar mas en Figueroa
si la fecundidad de su número ó la diversi-
dad de géneros que campean en sus obras.
Desde la rotundez y heroica entonación del
Himno patriótico vésele descender á la
vulgaridad del *chascarrillo*; desde la grave-
dad austera de la elegía al tono á veces

destemplado de su *Torrida romántica*:
Con sus versos de zambra y tararira.

(Pag. 120)

Por sus epigramas, por su agudezas y oportunos chistes, á quien le llamó el Quevedo oriental, pero, si puede aceptarse en lo concerniente á la *intencion y libertades* mas ó menos por el tenor de aquellas en que dice el bachiller,

..... *gracias á tu muger*
Que bastante se ha movido,

¶ No hay paralelo posible en cuanto al fondo filosófico que profundos críticos observan en las obras de D. Francisco de Quevedo—hablamos de las *presentables*.

Vamos á dar una muestra de las poesías jocosas del bardo oriental.

[Continuará]

HISTORIA DE UNA VENGANZA

(Continuacion.)

La apariencia es lo mas falible del mundo: no fíemos, pues, nunca en ella sino queremos ser inesactas en nuestros juicios. Un rostro de ángel, suele ocultar un alma de demonio, cuando no, un corazón abyecto, pervertido, sin creencias de ninguna clase.

Sué en su obra *Matilde* nos describe con los rasgos mas brillantes de su incomparable pluma el carácter de la muger hipocrita, y perversa en Ursula de Orvebal.

Hipólita Neiva, es la personificación de la virtud y bondad, y sin embargo es tan infame como Lucrecia Borgia, y malvada como Catalina de Medicis.

Nuestra heroína podia ser muy bien una criatura angelical. . . . pero si el suponer no implica nada, ¿porqué no aventurar la opinion de que podia ser un demonio?

IV

La jóven se dejó caer con abatimiento en la silla, se pasó la mano por la frente cubierta de sudor y murmuró en voz baja:

—¡Oh! Esta vida de lucha, de intrigas, me va cansando. Y luego esos hombres. . . no se porqué tiemblo al recordarlos: yo tan valerosa que he desafiado mil veces la muerte, que no he retrocedido ante el crimen por llegar hasta donde queria llegar; que he sacrificado á mi propia hija por vengarme de ese miserable Robertol

MATILDE ELENA WUILL.

(Continuará)

I L P R O M E T E O

DI OLEGARIO ANDRADE

(Versione italiana di Erminio Bettinotti)

(Continuazione, vedi il N. precedente)

Tutto rivive, pullula e s'abella,
 Il mar, il monte, la deserta sfera
 Al passo suo, e al creaior su spiro
 Tutto si rinnova,
 Tutto rutila, palpita, e s'espande,
 Qual arco trionfal a lui dinnanti
 Eleva il muto polo
 Di ghiaccio le piramidi giganti,
 E frettoloso l'Ande
 L'immensi fari accende,
 A illuminarlo allor che al Cielo ascende.

Egli é l'erede, l'unico Sovrano,
 Del trono della terra
 Trasformata dal suo poter arcano,
 Non pelago remoto increspa l'onda
 Ne abisso si sprofonda,
 Che non squarci al suo sguardo il cupo seno!
 L'imperituro eroe che in aspra guerra
 Sbalzó dal trono il paganesmo osceno,
 E i ceppi stritoló che strascinava
 L'afflitta umanità povera e schiava.

E' la diva scintilla
 Cui de la sciolta coscienza umana,
 Che ogni cosa rischiarà,
 Nelli antri bui sfavilla;
 Celeste distintivo, insegna arcana
 Della stirpe titanica preclara
 Al martirio e alla lotta destinata
 PROGENIE PROMETEANA!

Su la croce, sul palco, o fra i tormenti,
 Nell'arida isoletta, nel deserto
 Insen del claustro oscuro, o in campo aperto
 Fa ovunque rosseggiar sangue a torrenti,
 Che fa l'erme fumar gelide sponde,
 Quel sangue prezioso,
 Che della Storia secolar nell'onde,
 L'eterno dell'idea scioglie correnti.

Qualunque sgombri la futura via
 Col vivo del pensier raggio immortale,
 E' nel dolor fratello,
 E' frater nella fede, e nella gloria,
 O nel Golgota spiri, o fra ritorte,
 O nel nappo di Socrate severo,
 Di cicuta ripien beva la morté,
 O Prometeo novello
 Il bieco sfida fanatismo reo
 In Roma gigantessa della Storia,
 Il vijil Galileo.

O pensatori, orsú battete l'ale
 Nella lotta si temprà la sventura
 La vostra stirpe, indomita immortale,
 Cui lampeggia nell'inclita pupilla

La divina scintilla,
 E nell'anima li aneliti infiniti,
 Nella cui nobil fronte riuniti
 In amplesso s'intrecciano amoroso
 La mesta sempreviva del dolore
 E de la gloria il lauro clamoroso!

Sorgete o pensatori
 Che lo spirito uman nuova fenice
 Risorge vincitrice
 Del supplizio, del rogo, e dai martori
 Il trionfale vostro messaggero
 E' il progresso, ed il vero
 La meta sospirata,
 Omai spunta l'aurora,
 Che l'universo indora,
 Che abbatte i negri guffi dell'errore
 E il fanatismo rio,
 Con lugubre e confuso mormorio,
 Il vate é di quest'alba il prode augello,
 Dell'aquila del Caucaso fratello,
 Che terseer pie, coll'ale delicate
 Di Prometeo le membra insanguinate!

FINE

LAS FIESTAS DE LA RECOLETA

AL TRAVES DE UN CHOPPE

I

A un lado las tumbas, más allá las pintorescas carpas; la algazara de la fiesta y el eco de la música resonando en los sepulcros solitarios: esto es lógico, es mas, es algo natural, porque es trasunto fiel del contraste que presenta en todas partes y á cada hora la vida misma.

Solamente los espíritus superficiales é irascibles ven todo esto matizado con los tintes absurdos del sarcasmo,—del sarcasmo que es la lágrima que resbala inoportuna por la mejilla y ahuyenta el alma cuando se aposenta en los pliegues que dan forma á una sonrisa de ventura.

El filósofo solo vé actos naturales que se desenvuelven obedeciendo á un movimiento inicial, y cuando merced á una experiencia dolorosa de la vida consigue leer en lo profundo del corazón humano como en un libro abierto, exclama: «Debiéramos maravillarnos de poder todavía maravillarnos!»

Sí, el hombre es una máquina que tiene dos únicos resortes,—uno que se relaciona con las exigencias de su voraz estómago y el otro con las pretenciones de su amor propio siempre exajerado.

Por eso, hacer propaganda en el sentido de combatir las fiestas que tienen lugar todos los años en el bajo de la Recoleta responderá quizás á un móvil generoso; empero, inspirado solo por el entusiasmo

vaporoso de un temperamento romántico. Quién conociese la vida, la triste vida, en sus variadas manifestaciones, resumiría, á buen seguro, infinidad de carillas en estas dos palabras: «Laissez faire.»

Ya que no podemos gozar con el corazón déjese en hora mala, disfrazar un contento que estamos bien lejos de experimentar, jengañémonos siquiera en el aturdimiento del gentío!

Pretender que no es acto lícito el danzar cerca de los que fueron, es lo mismo que pretender que en la orgía cesará el choque de las copas porque en la casa vecina se muere de hambre una mujer virtuosa; sería lo mismo exigir que no siguiesen recorriendo el teclado los prestidigitadores del impuesto porque los ciudadanos ya no tienen fuerza para seguir trabajando; sería la misma cosa pedir á la religión que no entonase Te-Deums glorificando al dios-éxito, mientras los huesos de los hermanos vencidos están blanqueando la llanura; sería, en fin, idéntica cosa que pedir peras al olmo ó menos impuestos á un Ministro de Hacienda.

La naturaleza humana es una y si bien se le puede educar, es de todo punto imposible modificarla en su esencia.

Además, los muertos á nadie han dado, que sepamos, personería y por otra parte un montón de cenizas no es susceptible de ser insultado. Si cuando estuvieron animados con un soplo de vida ejercieron virtudes y actos meritorios, no desaparecen estos con la pérdida de sus despojos y para los efectos del ejemplo y de la gratitud de los que les suceden tienen imperecedero monumento en el corazón de los buenos esculpido por la memoria, que á cada hora y en todo momento los evoca y los venera.

II

No son estos los únicos argumentos que poseo para bregar por las fiestas en cuestión.

Tengo otros que el lector conocerá si se digna acompañarme al terreno mismo de los hechos.

Ya estoy en la barranca. La perspectiva es bella. A mis pies se levanta la ciudad improvisada con palos y piezas de lienzo. Hombres, mujeres, carruajes, banderas y . . . pero digamos todo lo que hay en una sola palabra: vanidades. . . y nada más!

¡Bajemos. La multitud me envuelve. En un momento de abstracción oigo mi nombre. Levanto la vista y distingo al que me llama. Es un amigo que ha levantado una

carpa y que como todos sus congéneres, se acuerda solo del prójimo cuando lo necesita.

Mas aquí viene bien aquello de «mejorando lo presente» porque este amigo en mi leal entender es un chico franco, aunque en la opinión de los demás ha sentado plaza de cínico.

—¿Qué me quieres?—le dije.

—Hombre, qué me compres algo.

—Eso es un poco difícil,—solamente que tu fueses apasionado por la práctica del crédito.

—Gracias á esa pasión ven tus ojos levantada esta carpa.

—Y dime, porqué la has bautizado con el nombre de «Carpa de la Paz»?

—Porque se armoniza perfectamente con mis tendencias eminentemente pacíficas.

—Sin embargo, observo que aquellos fiambres, apesar del nombre de la carpa, han roto fieramente las hostilidades con el sentido del olfato.

—Eso se remedia echándoles un poco de vinagre,—pero, hablemos de otra cosa.

—Como quieras. Sabes que algunos diarios dicen que estas fiestas revisten todo el carácter de una profanación?

—¿Porqué?

—Ni mas ni menos, que porque se llevan á efecto cerca de la morada de los que ya no existen.

—¿Y quién ha hecho correr la especie de que aquí se divierten vivos?

—¡Estás en tu juicio!

—Tóma, pues no lo he de estar.

—Pues, explícate

—Bahl la cosa es sencilla;—tú, yo, y todos los que aquí pasean ¿qué son, sinó esqueletos, espantables esqueletos disfrazados con un hábito de carne?

—Así, convengo.

—Vaya! por lo razonable que te muestras —esqueleto disfrazado—voy á iniciarte en algunos misterios poco ó nada conocidos.

—Soy tumbado rendido servidor.

—Mira, toma este choppe, me dijo mi amigo, presentándome un recipiente donde la espuma blanca desbordaba.

No me hize de rogar, que en la obediencia estriba la galantería. . . cuando le conviene á uno, se entiende,—y lo apuré de un solo sorbo.

Mi amigo volvió á llenarlo é iba yo á enviarlo á que le hiciera buena compañía al primero, cuando deteniéndome por un brazo, contuvo la acción con disgusto extremo por parte . . . de mí sed.

—No seas bárbaro, díjome mintiendo co-

mo lo comprenderá el lector,—ese no es para que lo bebas.

—¿Y entonces?

—Ahí está el busilis. Pero no quiero intrigarte. Es para que mires á través de él.

—Vaya con un deseo raro!

—Nada de eso, empieza á hacer lo que te digo y no quedarás descontento te lo prometo.

—Té complaceré. Ya estoy mirando.

—¿Qué ves?

—Ay, qué lindo! digo, qué feo,—veo una mujer en paños menores.

—¿Qué hace?

—Se mira á la sazón en un espejo y observa que tal le quedan las cinco enaguas y las once batas que se ha puesto; ahora se pone un corsé, otros trapos encima, despues el vestido, ¡diabli! y que gorda que ha quedado.

—Pues bien, mira ahora á aquel carruaje.

—¡Zambomba! La misma que viste y calza!

—Pues bien ¿que te parece mi invención?

—Deliciosa, chico; pero no me interrumpas; deja que siga mirando.

—¿Y ahora?

—Ahora veo una cosa infame. Un hombre en el pátio de una casa echa á empujones á una viuda que vá á pedir pan para sus hijos.

—Baja el vaso y mira hacia la entrada de la avenida.

—¡Compañero, si esto es asombroso! Allí está mi hombre.

—¿Y que está haciendo?

—Veo que le dá quinientos pesos á un pobre.

—En lo último te engañas, el que ha recibido el dinero no es pobre, es solamente uno de sus criados disfrazado de mendigo.

—Házme el gusto de tomar otra vez el choppe y pregúntale que dirán á éste respecto los diarios de mañana.

—Lo ponen por las habes, dicen que es un filántropo y que. . . .

—Basta;—mira por el otro lado del vaso.

—¡Qué cosa mas chusca la que veo ahora! Un hombreillo que está en su gabinete leyendo fuerte un artículo que acaba de componer. Está diciéndole á gritos á las paredes, que aunque se dice tienen oídos, son las únicas capaces de aguantar á un literato,—que es lo mejor que se ha escrito hasta el presente.

—Baja el choppe, muchacho y busca entre la concurrencia al literato pretendioso.

—Allí está conversando con un militar que le elogia su última producción, sin duda con la idea de que el escritor le

retribuya sus adulaciones con un suelto encomiástico.

—¿Y qué contesta el literato?

—Dice que es favor que se le hace, y que su artículo ha sido compuesto al correr de la pluma, que no vale nada. . . .

—¡Qué no vale nada! ¡vaya! entonces los literatos se diferencian de los candidatos en que dicen algunas veces la verdad de labios afuera y los segundos jamás.

—Precisamente.

—A ver ahora, si encuentras al traves del cristal el batallón que pertenece el militar que acabamos de ver.

—Ya lo encontré. Está librando en este momento combate contra los indios.

—Mira ahora por el fondo del vaso.

—Cáspita! ahora veo mucho humo, mucho, mucho, ¡ay diablo! el viento lo bate, formáanse remolinos que se chocan, se confunden y vuelven á ascender en espiral inmensa; ahora el humo forma letras y las letras sílabas.

—Lee!

—«¡Aspiraciones humanas!»

—¿Y de dónde sale tanto humo?

—De las cabezas de los hombres.

—¿Y que rumbo llevan esas aspiraciones?

—Todas converjen á un mismo punto, engañadas por una señora que se ha disrazado con el manto de la esperanza.

—Y esa señora ¿como se llama?

—¡La tumba!

—Pues bebe el choppe, hijo, que te lo has ganado y si oyes decir otra vez que insultamos á las cadáveres, responde que es imposible que el hombre teniendo tanto amor propio como tiene sea capaz de insultarse á sí mismo.

—Adios!

—Qué te vaya bien, y no olvides jamás que el hombre no es mas que un esqueleto disfrazado con un hábito de carne.

DA FREITO.

ARCO-IRIS

TRADUCCION DE HEINE

En la celeste bóveda
Se miran las estrellas;
Desde siglos recónditos
Se quieren todas ellas.

Se hablan con voz dulcísima
Cual flor de tierno aroma;
Pero ningún filólogo
Entiende aquel idioma.

Yo lo aprendí solícito,
Y de él no olvido nada;
Sirvióme de gramática
El rostro de mi amada.

JAIME CLARK.

Un poeta que, según la hermosa y espiritual Tijerita, es algo aficionado á la fruta del cercado ajeno, ha escrito una notable composicion cuyo título es: «Mi amor es ella».

Personas que la han leído nos aseguran que es la mejor de sus producciones.

¿Quien es ella? preguntamos nosotros.

.

En la capital de Chile ha sido insultada una estatua alegórica de Buenos Aires.

¡Ah valientes . . . !

¡Porqué no vendrán aquí?

Vengan, cuanto ántes, que las empresas de los tramways los esperan para relevar las mudas.

DIEGO.

.

Del interesante semanario de literatura que se publica en la ciudad del Paraná, bajo la dirección del inteligente joven Belisario Lapalma, tomamos las siguientes estrofas cuya dedicatoria agradecemos á su autor:

PÁJINAS RIMADAS.

A GERVASIO MENDEZ

Dicen que el sentimiento,
La flor del alma,
Tan solo vivir puede
Entre las lágrimas;

Que lo mata la atmósfera
De los placeres,
Que junto á la alegría
Muy pronto muere.

Por eso, dulce poeta,
Hay en tus versos
El delicado aroma
Del sentimiento,

Pálida flor que ostentas
Siempre que cantas,
— Y embalsama la tumba
De tu triste alma.

CRONICA DE LA SEMANA

UN ARTICULO DESPUES DE UN CHOPPE—En otro lugar publicamos un artículo titulado: «La fiesta de la Recoleta.» ¿A quien pertenece, se preguntarán nuestros lectores?—¿quien es ese cuervo del escepticismo que quiere convertir el sagrado recinto de un cementerio en una sacrilega orgía donde se beba y se coma, teniendo por mesa el mármol de las tumbas y por copas los cráneos de los muertos!

¿Es alguien que á fuerza de sentir y de creer ha perdido todos sus sentimientos y todas sus creencias? Alguien que habiendo visto escarnecidas todas sus aspiraciones

y burlados todos sus anhelos, cree que no existe en este mundo, ni fuera de él, nada digno de respeto?—¿Quien es ese nuevo filósofo que, al traves de un choppe, se ha propuesto descubrir los secretos de la tumba, y nos enseña las sombras que aquel ha levantado en su cerebro, como una desconsoladora verdad arrancada al sombrío é impenetrable abismo de la muerte?

Es un joven, casi un niño, contestamos nosotros, que apenas ha dado el primer paso en el camino de la vida y ya cree haber descubierto y comprendido todo, á tal extremo que, como cierto filósofo, *se maravilla que exista alguien en el mundo que pueda maravillarse de algo.*

Oh! la filosofía hace grandes progresos! A ella debemos el que se sepa que no hay Dios; y deberemos mañana, probablemente, el no tener ni el consuelo de ir á derramar una lágrima sobre la tumba de algun ser que la muerte haya arrebatado á nuestro corazon, por temor de verla mezclada con el vino de alguna bacanal, fiesta que según el raciocinio del articulista á que nos referimos, nada tiene de malo ni de particular que se celebre en el asilo de la muerte.

Ya no basta ser indiferente, en la sociedad, á las manifestaciones del dolor ajeno ahora se trata de ir á buscarlas á los cementerios, para ahogarlas con el bullicio del baile ó con las carcajadas de la embriaguez! . .

Sentimos muy deveras que nuestro amigo Da-Freito haya empleado las fuerzas de su inteligencia en ayudar á destruir uno de los pocos respetos que conservamos: el respeto á las tumbas! . .

UNA BELLA PRODUCCION—Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el interesante trabajo que publicamos en otro lugar, de nuestra nueva é inteligente colaboradora Judith.

EL TAMBOR DE SAN MARTIN—La lectura de la composicion del Sr. Montes, que publicamos en nuestro número anterior, con el título con que encabezamos estas líneas, y que reprodujo *La Tribuna* sin decir de donde la tomaba, ha hecho nacer, en algunos jóvenes de esta sociedad, la idea de pedir al Gobierno Nacional la proteccion que aquel Sr. solicita, en sus bellas estrofas, para el glorioso y olvidado tambor de San Martin.

Fiesta—Con motivo del cambio de nombre de la calle y plaza del Parque, por el de Lavalle, tiene hoy lugar, en la última, una espléndida fiesta.

IMPORTANTE TRABAJO—Nuestro inteligente é infatigable colaborador Benigno T. Martinez nos anuncia, desde el Uruguay, el envío de un importante trabajo sobre literatura nacional que, así que lo recibamos, empezaremos á publicar.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

EL TAMBOR DE SAN MARTIN

Se engañan los que van á buscar fuentes de inspiracion en climas lejanos, que persiguen lo bello, revolviendo afanosamente libros polvorosos; como la felicidad, la poesía está á menudo á nuestra puerta; brilla en todas partes, para quien tiene ojos y corazon de poeta.

A ese pobre gaucha, viejo y enfermo, olvidado y solo con sus recuerdos, Montes le ha visto pasar; y mientras el *Tambor de San Martin* le contaba acaso su historia, el jóven poeta con el pincel de Hrcacio Vernet ó la pluma de Béranger, ha trazado con mano diestra y vigorosa una figura que ha de vivir.

Solo los protagonistas del drama de la Independencia habían tenido sus cantores; el héroe de Montes es mas humilde; pero es el fin principal y el triunfo de la poesía descubrir lo bello en objetos sencillos y vulgares.

Cada estrofa de «El Tambor de San Martin»—vibrante ó conmovedora, es un cuadro acabado. Allí, el grito de los oprimidos que juran ser libres; vedles luego trepar los Andes; en el fondo se destaca la cuesta de Chacabuco, la llanura de Maipo; la lucha está empeñada; los patriotas desahacen á los veteranos de Bailen, al toque del Tambor de San Martin, dominando el rumor de la batalla:

Cuentan que en lo mas recio de un combate, incendia una granada al polvorin! . . . Firme y de pié, su fibra no se abate, Y entre montañas de humo, el parche bate, Impasible, el Tambor de San Martin!

Y luego despues del triunfo, las rosas del amor mezcladas con los laureles de la victoria; despues del cuadro de sangre, risueñas pinturas de amor. Y hoy! ¡cuán distinto! ¡qué sentimiento amargo! ¡qué profunda melancolía respiran estas dos estrofas:

Enfermo yace el invencible atleta;
Relegado de un pueblo en el confin;
Ya no hay dianas, ni toques de retreta. . .

¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martin!

Por él, son hombres libres los ilotas. . . .
¡Y lleva un traje de raído brin!
Vive en un rancho, y, en lugar de botas,
Miserables y rústicas ojotas
Solo lleva el Tambor de San Martin!

Como se vé por estas citas, no pertenece á un principiante la mano que dibuja con tanta gallardia «El Tambor de San Martin»; y la elevacion moral que realza el cuadro y domina toda la composicion no es hija de un talento vulgar.

El «*Tambor*» es la digna hermana de otra composicion del mismo autor, «*El mártir de San Lorenzo*» en que pinta el sacrificio de Cabral, muriendo por salvar á San Martin. En ambas se celebra el heroismo popular; en ambas se descubre á un verdadero poeta, que ha dado ya otras pruebas de su talento, profundamente original, en «*Mi ahijado Mauricio*».

Viendo todos los dias levantar á las nubes tantos pretendidos versos, ineptos y ridículos, he creído que una voz cariñosa é imparcial, debía alzarse para felicitar al jóven poeta, que sabe hermanar en su robusta inspiracion la patria y la poesía.

FÉLIX F. CASEMAYOR.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO III

Véase el número anterior

«—Yo no fumo,» dijo, «no sólo porque es una porquería, sino por otra razon que importa seriamente en mis observaciones meteorológicas; las fumadas no las eche en este cuarto así como salen regularmente: chupe el cigarro y eche el humo por el caño de la chimenea, para que salga con el del carbon;—y no escupa, tráguese la saliva, porque eso afecta tambien dichas observaciones.»

«¿De qué modo, señor Burbullus?»

«Atienda primero la teoría que acabo de idear, y luego le explicaré de qué modo la saliva y el humo del cigarro pueden afectar mis observaciones meteorológicas.»

Nada tenía que decir, por lo cual. . . no dije nada.

«¿Conoce vd. la anatomía de la cabeza humana y del sistema nervioso en general?»

«Un poco.»

«Lo que no sepa pregúntelo, porque á mí me dá cólera cuando una persona se pone á escuchar con grave atencion sin entender lo que se le dice.»

No había réplica.

Burbullus miró alrededor suyo como para cerciorarse de que nadie mas que yo podría oirle.

«¿Sabe Vd. lo que es la *hemiplejia*?»

«Es una enfermedad que. . .»

«¡Una *enfermedad*! ¡una *enfermedad*! . . . bueno, es una enfermedad.»

«¡La *hemiplejia* es una *afeccion*. . .»

«¡Una *afeccion*! diga una *enfermedad*.»

«Está bien: la *hemiplejia* es una enfermedad del sistema nervioso voluntario. . .»

«En la que el principio espiritualiforme no tiene para ayudarle la accion del principio materialiforme, ¿no es eso?»

«Sí, señor; y el principio materialiforme habiendo desaparecido. . .»

«¡Muy bien! perfectamente!»

« . . . habiendo desaparecido, se paralizan los órganos cuya accion está sujeta á los nervios en que obra el principio materialiforme.»

«¿Es completa esa parálisis?»

«No, señor; es una parálisis de medio cuerpo longitudinalmente, es decir, parálisis de un lado del cuerpo.»

«Bueno.»

«Los gauchos en mi país dicen que eso es tener *muerta media res*.»

«Y á mí, ¿qué me importa lo que dicen los gauchos de su país? ¿Qué es lo que origina la *hemiplejia*?»

«Una lesion en el lóbulo cerebral opuesto al lado paralizado.»

«Es bastante. No; falta algo. ¿Y por qué razon es esto?»

«Por la muy sepcilla razon del entrecruzamiento de las fibras cerebrales en el bulbo raquídeo.»

«Bueno;—ahora sí es bastante. Creo que Vd. entenderá mi teoría.»

El Profesor tosió.

—«Es el caso,»—dijo,—«que yo no tengo fé en nadie. Todos los que me rodean son unos ignorantes, desde el Emperador que es un fantástico, hasta el Lapon de Niffleis que es un imbécil. Siempre temo que me roben los objetos mas preciosos de mis colecciones, particularmente los manuscritos, y el papel en blanco en que voy á escribir mi Monografía de los Vámpiros; y como no siempre me basta guardarlos bien, necesito cuidarlos perennemente. Pero mi naturaleza no es refractaria á las necesidades vitales,—yo necesito dormir, y aunque no dedico al sueño mas que cuatro horas, son estas suficientes para facilitar la entrada á Niffleis ó al mismo Bachkind, quienes no tendrían escrúpulo en despojarme de lo que mas aprecio. Se me ocurre que hay un medio de desvanecer estos temores con un procedimiento especial que *está en perfecta armonía con la firmeza de mi carácter*. Dos causas me determinan á ello: mi convicción de la posibilidad de solidificación de los dos principios espiritualiforme y materialiforme, corroborada por la cara del Lapon de Niffleis, y la muerte del principio materialiforme, corroborada por la teoría de la hemiplejía.»

—«Todo es parálisis, mas ó ménos general.»

—«No me interrumpa!—yo sé lo que digo. Veamos, primero, lo que es el sueño. El sueño es un fenómeno vital, universal, tan necesario al organismo como los alimentos, porque el sueño es tambien un alimento.

—«Desde el momento que . . .»

—«No me interrumpa. Dada la necesidad del sueño en su forma vulgar, es necesario buscar un elemento que la remplace ó la modifique. No necesito buscar el que la remplace, porque el sueño no es susceptible de ser remplazado, pero sí modificado. Ahora bien, conocido el fenómeno curioso é interesante de la hemiplejía, creo firmemente que es posible crear un sueño semejante al de esa parálisis parcial, lateral, del sistema nervioso.»

—«¿Por medio de un agente químico?»

—«No, físico.»

—«¿Cuál?»

—«La gimnástica de los nervios.»

Me estremecí. Aquello era un insulto á las leyes supremas de la vida.

—«Mi objeto es dormir por mitades,» dijo Burbullus con una serenidad de abismo,—«es decir, mientras duerme el cuerpo derecho, vela el izquierdo, el cual conserva todos sus caracteres de vida insomne. Así por ejemplo: un ojo, el del lado dormido, dormirá; y el del lado no dormido

estará abierto é insomne, sucediendo otro tanto con los demás sentidos.»

—«Me permite vd. una observacion? es un detalle anatómico-fisiológico.»

—«Está bien; pero no olvide que me llamo Peter Burbullus, que soy académico de San Petersburgo, que ha visto mi retrato, y que estoy trabajando en la Fauna Rusa.»

—«Nace en nuestro cerebro un par de gruesos nervios que llevan por nombre el de *nervios ópticos*. . . »

—«Segundo par. Yo ya lo sabía.»

—«Muy cerca de su origen, se reúnen en un ganglio, el quiasma de los nervios ópticos. . . »

—«Cuyo quiasma descansa en la silla turca del esfenóides, eh?»

—«En el quiasma sus fibras se entrecruzan y forman dos ramas, de las cuales una irá á formar la retina del ojo derecho y la otra la del ojo izquierdo.»

—«¿Y bien?»

—«Cada rama se compone de dos mitades, una derecha y otra izquierda.»

—«¿Y?»

—«Que cada ojo tiene una mitad derecha y otra mitad izquierda.»

—«Sí, eh? pícaras mitades, cómo me aflige eso!»

—«Yo no sé si Vd. se aflijirá ó nó; pero desde el momento que cada mitad derecha corresponde al nervio óptico derecho ántes de entrecruzarse en el quiasma con el izquierdo, claro está que cuando el cuerpo derecho duerma, por el entrecruzamiento en el bulbo raquídeo, dormirá el lóbulo cerebral izquierdo, y por consiguiente el nervio óptico originario izquierdo, y como este dá las mitades izquierdas de ambos ojos, estas mitades dormirán tambien, paralizándose su sensibilidad especial, como sabe Vd. sucede en la hemiopia.»

—«Pero es que el poder receptor del cerebro es simple y lo que sufre un lado del cuerpo lo recibe la masa encefálica.»

—«Tanto peor, dormirá entónces todo el cerebro, por consiguiente todos los nervios que nacen en él, y entonces no tiene objeto su experimento, porque dormirán los dos ojos.»

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

A NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO *

Salve, vírgen piadosa!
Salve, estrella de amor!
Hija, madre y esposa
Del Supremo Criador!

Oh, dulce soberana,
Castísima Maria,
Consuelo y alegría
Del triste corazón;
Desde tu trono escelso
Acoje tiernamente
De nuestro lábio ardiente
La férvida oración!

Hoy que á entonar venimos
Tu rosario de amores,
Cadena de albas flores
Que nos enlaza á tí,
Sonríenos del Cielo,
Bellísima azucena,
Y aplaca nuestra pena
Y amargo frenesí!

No apartes de nosotros
Tu mano protectora,
Que es muy débil, Señora,
El mísero mortal;
Inunda nuestro pecho
De fé, de amor y calma,
Y fortalece el alma
Para vencer el mal!

Felices cruzaremos
El valle de la vida
Sí tú, madre querida,
Nos guías con bondad,
Y al reclamar la tierra
El cuerpo deleznable,
El alma perdurable
Tendrá felicidad!

Salve, vírgen piadosa!
Salve, estrella de amor!
Hija, madre y esposa
Del Supremo Criador!

SILVIA FERNANDEZ.

Octubre 11 de 1878.

(*) Esta composicion fué escrita para la novena que se celebra actualmente en honor de dicha señora.

CAIN

VIII

En el instante en que entraba en la carpa del gefe de su batallón, una mano le detuvo suavemente.

Tenia delante de sí al Coronel de uno de los regimientos que mas se habían distinguido en el combate de Itapirú

—Y Manuel?

—Acabo de dejarlo en su tienda. Dice que le duele un poco la cabeza . . . Ha quedado en venir luego mas tarde.

—Hace mucho que le dejó V?

—Diez minutos á lo mas.

—Buenas noches, Ayudante.

—Buenas noches Coronel.

Y se separaron.

Aquel Coronel era hermano de nuestro conocido el Capitan Manuel Fuentes. Javier tenia veinte años más de edad y gozaba en el ejército de una justísima consideracion por su talento é intachable conducta. Era el prototipo de la nobleza y la caballeridad.

Mucha de la condescendencia que se tenía con el Capitan, respecto á sus faltas era debida á la consideracion con que era mirado Javier.

Este, que conocia de lo que era capaz su hermano, vivia temiendo que el apellido que llevaba, no fuera á cubrirse con alguno de esos borrones que no es posible lavar. Cuando supo que Manuel habia recibido una gruesa suma de dinero para hacer los pagos á su Batallon, se prometió intimamente no perderlo de vista, velar por él, como por su propia honra en peligro, porque le afligia un doloroso presentimiento.

La carpa del Capitan quedaba poco distante, pero antes de llegar á ella, le atajó un soldado con una orden del general Mitre, que le llamaba inmediatamente á su tienda.

Esclavo de la disciplina, obedeció.

Pasó bien una hora sin que Manuel acudiera á la cita de los demas oficiales de su Batallon y el Gefe dió orden de que se fuera á buscarle.

Miguel pidió permiso para ir él mismo y se dirigió á la carpa, temiendo que el Capitan se hubiera enfermado.

Un sudor helado, recorrió su cuerpo, al saber por boca del asistente, que habia partido á caballo, solo, hacia como una hora. Entró á la tienda, porque le era imposible tenerse en pié y allí permaneció un momento, mudo, tratando de darse á sí mismo, un motivo plausible para aquella partida. Sus ojos tropezaron con el pequeño baúl de que ya he hablado y una idea repentina cruzó por su inteligencia.

—Los vivanderos! murmuró mesándose los cabellos, Manuel está en los vivanderos!

Salió como una exhalacion y se detuvo al llegar á la tienda de su Gefe, pensando sin duda en la mentira que se veria obligado á decirle, para disculpar la inasistencia del Capitan. Pero se encontró con que felizmente, el Comandante habia sido llamado por el general Mitre. Dijo á sus compañeros que Manuel llegaria de un momento á otro y salió otra vez. Cinco minutos despues estaba á caballo y galopaba en la direccion que habia tomado poco antes, el Capitan Manuel Fuentes.

Cuatro ó cinco centinelas lo detuvieron pero se dió á conocer y le dejaron pasar.

IX

Como á doce cuadras á retaguardia del ejército, habia un gran número de carpas de diversos aspectos y dimensiones. Eran las de los vivanderos.

Miguel llegó á ellas, se apeó y comenzó una especie de registro. En unas se bailaba al son de guitarras y acordeones, en otra se bebía, en todas se despachaban efectos para el ejército. Había otras, sin embargo, que eran garitos únicamente y fácil era reconocerlos en cierto silencio siniestro, en cierto misterio que se guardaba al entrar ó salir. Tenian una fisonomía particular, por decirlo así, que las diferenciaba del resto.

El jóven Ayudante las recorrió rápidamente. De pronto, encontró al capitan Fuentes que vagaba como al azar de una parte á otra, sin que pareciera afectarle en lo mas mínimo, toda aquella vida que habia á su alrededor.

—Manuell! Manuell! exclamó, tomándole de un brazo, que haces aquí?

El capitan levantó hasta él, la cabeza, como con esfuerzo y le dirigió una mirada de tan perfecta indiferencia, que era casi la de un estúpido.

—Que has hecho, desdichado? murmuró Miguel estremecido.

—Calla, dijo el Capitan de una manera terrible, como si aquella idea le hubiera vuelto al sentimiento de la existencia. Y tomando á su amigo del brazo, le condujo fuera de aquel sitio, temiendo sin duda que le escucharan. Cuando estuvieron solos:

—Oye, exclamó con voz ronca, no me queda mas que un recurso: seguir probando suerte con lo que queda.

—Pero estás loco Manuell! dijo el jóven retrocediendo aterrado. Que es lo que has hecho? por favor! dílo de una vez.

—Perdidós, murmuró sordamente el Capitan, perdidos los trece mil que saqué....

Miguel quedó mudo, aturdido. Aquella realidad horrorosa le parecia un sueño.

El Capitan Fuentes acababa de jugar el dinero de sus soldados.

Ambos quedaron silenciosos, sumidos en amarga meditacion. Montaron á caballo de nuevo y emprendieron el camino hacia el ejército aliado.

Eran las once de la noche.

Corria un viento algo fresco, pero lo suficientemente suave para que los viajeros, pudieran apreciar esa multitud de ruidos confusos que se escapan de un campamento en la hora del reposo.

Las luces de las carpas y las hogueras encendidas por los soldados, se estendian frente á ellos, como otras tantas pupilas fantásticas. De cuando en cuando, los palmoteos de alerta de los centinelas, llegaban hasta sus oídos, en alas del écho.

Abajo, en la tierra, aquellos hombres que debian batirse al dia siguiente, y entre ellos dos que sentían rugir en sus almas, la más espantosa de las tormentas.

Arriba, lo infinito del espacio en calma.

X

Minutos despues, llegaban á la tienda en que los hemos visto primeramente.

Como dos horas permanecieron en el mas absoluto silencio, entregado cada uno á sus reflexiones, que segun podia verse por sus semblantes, se hacían cada vez mas sombrías.

Miguel, mas pálido que el mármol, estaba sentado frente al catrecito de hierro, con una mano en la cabeza, mirando con fijeza de idiota el húmedo suelo en que apoyaba sus piés.

El Capitan, como oprimido bajo el peso de sus pensamientos, se habia acostado á lo largo sobre el lecho y su rostro quedaba oculto casi por completo bajo sus brazos cruzados.

El jóven Ayudante se levantó por fin y se acercó al Capitan. Se cruzó entre ambos, una larga y dolorosa mirada, espresion de todo lo que tiene de mas recóndito y mas íntimo el corazon humano y luego, estrechándose en un abrazo conmovedor confundieron sus lágrimas por algunos momentos.

El generoso Miguel trató de consolarlo, pidiéndole que no se abandonara á la desesperacion; le dijo que él tenia un proyecto que podia salvarlo todo; que la suma no era tan grande como para perder las esperanzas de obtenerla por un préstamo; que se podia diferir el pago del Batallon para despues del combate y mientras tanto, algo se podia hacer por conseguir el dinero.

El capitan, con una especie de resignacion, terrible, no contestó sino con monosílabos.

En aquel mismo instante, un hombre se separaba violentamente de la tienda del Capitan, cuyo secreto habia sorprendido, escuchando cautelosamente por la parte de afuera. Era Javier, su hermano, que no habia podido dormirse sin adquirir antes la certeza de que sus sospechas eran fundadas y que se alejaba de allí, con la mas horrible desesperacion en el alma.

Poco despues, el Capitan, pareció caer

como rendido por tanto esfuerzo y fuese fingido ó real, un sueño apacible impidió que continuára su dolorosa conversacion con el jóven Ayudante.

Este, viéndole tan tranquilo, salió de la tienda, con objeto de ver si podia descansar algo en la suya.

Manuel Fuentes quedó solo.

CARLOS OLIVERA.

(Continuará.)

REVELACION

Ayer no lo sabía,
Oh, no! por vez primera
De largo se vestía,
Y aturdida, souriente. . . y hechicera,
A la par de las blancas mariposas,
Viajeras del jardin, giraba inquieta
En torno de los lirios y las rosas,
Como el eterno ensueño del poeta.

Pero ya no lo ignora,
Porque dejando insomne esta mañana
El lecho con la aurora,
Tras la danza brillante que engalana
Su último recuerdo y lo colora,
Halló la senda del jardin cubierta
De flores deshojadas,
¡De flores á su paso derramadas
Por una mano esperta
En alfombrar la ruta de las hadas!

—«Ah! ¿quién será?»—se dijo de repente,
Recujida en los lábios la sonrisa,
Una mano en la frente
Y otra en el corazon que se lo avisa.

Y recordó que anoche la miraron
Con tan ávidos ojos!
Que tantos á su lado suspiraron
Cuando trémula y llena de sonrojos
En los giros del vals la arrebataron!

Que desprendió una mano misteriosa
La flor de su cabello!
Que como nunca se sintió dichosa!
Que no queria que cesara aquello. . .

Su lindo pié, paramarchar tendido,
Esquivó entonces el bordado suelo
Y se quedó en el aire suspendido. . .
Semejante á esas aves, que en su anhelo
De luz y libertad, el primer vuelo
Van á tender del borde de su nido!

Brilló sobre su frente sonrosada
Algo como la luz de una aureola,
Y murmuró bajando la mirada:
—«¿Qué miedo tengo de venir tan sola!»

MARTIN CORONADO.

EL DIABLO

Mis principios filosóficos me vedan prohibir la creencia en el diablo; porque en el concepto de los maestros de mi escuela, ese cuco del vulgo y de las almas timoratas, no es mas que un fantasma del espíritu forjado por el temor y perpetuado por la ignorancia á través de las generaciones hasta alcanzar á nuestra época contemporánea,—época de luces en que todos andamos á oscuras.

Empero, el hombre propone, y las circunstancias disponen de todo, con la férrea ley del mas fuerte, la que en union de sus hermanas, la del capricho, y la del embudo tan conocida, y mas que conocida practicada, dirigen á los parásitos terrestres desde tiempo inmemorial.

Así yo en teoria y sobre todo delante de mis maestros hacia alarde hasta ayer de no creer en el diablo,—mas desde ese momento mis ideas han sufrido un cambio tan radical, como las del candidato cuando trepa al poder.

Y todo esto por haberme hecho la casualidad, oír la conversacion de dos viejos. ¡Vea V. sino es cosa de tirar piedras!

Pues es el caso, lector amigo, que ayer á la tarde se me ocurrió ir á tomar el fresco á la Plaza Lavalle. Llegué y tomé asiento en un banco, en cuya opuesta parte platicaban animadamente dos vejetes. Tan embebidos estaban en su conversacion que no notaron mi tan próxima vecindad.

—Pues, señor, decia á la sazón uno de ellos, no hay la menor duda que el diablo se reproduce, porque de otra manera no se podria uno explicar como es que á un mismo tiempo está en tantas y distintas partes.

—Eso es claro le respondió el otro, chupando su inseparable cigarro paraguayo y arrojando por sus narices que mas bien parecian hornallas, bocanadas de ideas, digo. . . de humo, aunque lo mismo dá lo uno que lo otro.

—Ya lo creo; y sino á la prueba me remito.

—Cuenta, cuenta, mi amigo.

—Si no hay que contar, señor.

—Y entónces.

—Nada mas, que pasar revista á los transeúntes y como á todos los conozco le puedo decir hasta lo que piensan en este momento.

—Pues es curioso.

—Para algo le han de servir los años, á uno, señor; pero no nos distraigamos de nuestro objeto y empecemos con aquel que viene allí á caballo.

—Lo conozco. Es un diputado recién llegado del Japon, que anda siempre á caballo.

—Eso no es cierto, porque esta mañana lo he visto yo á pié.

—No me ha comprendido, señor, al decirle que siempre anda á caballo he querido significarle, que en todos los actos de su vida púedesele ver en cuatro patas.

—¡Qué cosa tiene V. ! . . Pues bien; ese hombre tiene á Lucifer en el cuerpo, ó mas bien dicho, en la lengua.

—Ah! lo dice V. porque se cree un Demóstenes.

—Precisamente. Padece de discurso-mania y va siempre hablando solo por la calle. Cada vez que se resuelve á hablar pide la palabra, en lo que hace bien porque nunca la tiene á boca.

—Ya le levantarán una estatua.

—Que como estará callada, dará á las futuras generaciones una idea exacta del infeliz que representa.

¿Y aquel prójimo que saluda á aquel otro, lo conoce V. ?

—A los dos los conozco mejor que á mis manos. Son periodistas y aunque se envidian y se sacan el cuero, se saludan cada vez que se encuentran con la mayor cordialidad aparente.

—Estos periodistas los tengo yo por unos trapalones

—Sí,—desgraciadamente en el Japon los diarios dejeneran en escalas para trepar á la meta de todas las ambiciones. Ya se vé, si donde mete la pata el diablo no puede haber nada de bueno.

—Pero aparte de eso; sabe que he observado una cosa muy chusca? Los diarios de mas circulacion, en el Japon tambien, ¿está usted? no tienen arriba de mil suscritores y sin embargo, si hay un invento, un adelanto, un progreso cualquiera, se lo adjudican como glorioso triunfo de su propaganda.

—Oh! son muy modestos los diaristas, y no tienen amor propio.

—Y ese ciudadano de anteojos que viene allí?

—Es un naturalista; una gran cosa, mi amigo.

—¿De veras?

—¡Ostre, cuando yo lo digo! Figúrese que es muy conocido en Europa, su nombre vá y viene en las revistas de allende el mar.

—Ahí está el error, mi caro y buen amigo, en que incurren por lo general las personas de acá: ver el nombre de un individuo en uno de los millares de periódicos europeos es cosa bien diferente de que ese individuo sea conocido por aquellos mundos.

Además un regalito, el envío de una carta adulona; ¡vea vdl si allá también se cuecen habas.

—Sin embargo, he oído decir que es un sabio.

—No lo pongo en duda, que hay sabios de sabios y el que nos ocupa será digno colega del chanco sabio que exhiben en la calle Florida los señores Coopers y Bailey!

—¡Ah, cómo está el mundo! Cuando hasta los cerdos tienen achaques de sabiduría ¡pobres de nuestros nietecillos! ellos no sabrán qué gusto tienen chorizos y morcillas, porque en esta pendiente no está lejano el día en que á semejanza del 89 se sublevará la raza porcina contra los carniceros tiranos y proclamen ante la faz de las pías los Derechos. . . del cerdo.

—Pero á todo esto ¿dónde le parece á V. que tiene el diablo acomodado ese señor naturalista y cerdo. . . y sabio quise decir.

—En mi opinión en el cerebro, donde le ha manducado el sentido común.

—Allí viene una mujer.

—Peste contra todas ellas, que son autoras del absurdo mas grande que se conoce: el hombre!

—¿Y sabe V. dónde tienen el diablo?

—Eso no se puede decir.

—¿Quién es aquel hombrecillo?

—Un escribano.

—Apuesto doble contra sencillo á que ese tal tiene el diablo en las mismas uñas.

—¿Y aquel jovencito?

—Es una esperanza de la patria, un génio, un pichon de Presidente de la República; todo esto, por supuesto en su propia opinión. Está al presente escribiendo una novela.

—Como ese, entonces, conozco muchos.

—Sí, es el fruto de la escuela del bombo. Escriben cuatro líneas donde brilla por su ausencia la intensidad de la idea y dedican todos sus conatos al realce del palabreo insustancial. Creen que se hacen inmortales ladrando á la luna y apostrofándola de pávida viajera de la noche. Escriben lo que en buen criollo se llama una docena de soberbios macanazos y cuando abren las páginas inmortales donde palpita eterno el espíritu de génios superiores, bostezan en vez de avergonzarse de su desmedido amor propio, que les infunde aliento para resistir la vigilia aprendiendo de memoria sus artículos soporíferos á fuerza de repetir la misma lectura hasta el cansancio.

. . . . Aquí iban de su conversacion los dos vejesterios, cuando se pusieron de pie.

Yo los seguí de puntillas para que no fueran á sentirme.

—¿Ha visto? prosiguió diciendo uno de ellos.

—Sí, pero ya tarde. *Da Freito* ha estado escuchando nuestra conversacion.

—Ese es un zonzó, que cree tener alguna experiencia de la vida ¡Infeliz!

—Y he oído decir por ahí que no cree en el diablo.

—Alto ahí, mis buenos señores, les dije deteniéndolos; eso era hace un rato, pero despues de haber oído lo que han conversado V.V., no tengo vergüenza en confesar que creo á piés juntillos en el diablo.

—Es posible! clamó uno de ellos admirado.

—Si señor, le contesté, y creo aun mas, creo que el diablo anda suelto.

Al oír esta noticia, los viejos echaron á andar ligero, y yo entonces colocándome las manos cerca de la boca á guisa de bocina, les grité:

—¡Eh, de los viejos! ¡En el diablo que creo y el diablo que digo anda suelto, es el diablo. . . de la vanidad!

DA FREITO.

EL ABURRIDO

HEINE

NOCTURNOS

Si he de morir, que sea en ancho campo abierto: no permitais me asfixie este mezquino mundo de tenderos.

Comen y beben; gozan un bienestar de topos; y es chica su grandeza como la hendida cavidad de un tronco.

Andan fumando; llevan la mano en el bolsillo; como avestruces tragan, y á ellos nadie puede djerirlos.

Comercian con objetos que traen de todo el mundo, y su ciudad exhala olor á alma podrida y cuerpos sucios.

Dejad que saborée los crímenes inmensos, ño la virtud meliflua de una moral que paga al vencimiento.

Llebadme, nubes rápidas! á climas menos viles: al Africa, á Laponia, al Indostan. . . más léjos, si es posible.

No quieren escucharme. . . las nubes no son lerdas, y pasan por encima de esta ciudad, doblando su carrera.

A. N. V.

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES)

(Continuacion)

Despues de la triunfal entrada del general Rivera en Montevideo, que habia derribado del poder al Presidente Oribe, quedó nuestro vate, como él dice, en *posicion melindrosa por los compromisos políticos*, pero, cansado sin duda del refran aquel que usaba Sancho—*en boca cerrada no entran moscas*—tomó la péñola y escribió esta notable estrofa:

*Harto tiempo callé....., mi fiel Talia
Comprimida, y en tímido recato,
Horma de zapatero parecía
Porque estaba metida en un zapato.
¿A qué es andar, la dije, musa mia,
Con mas melindres que escaldado gato?
Goza tambien la luz que resplandece,
Si es que el sol para todos amanece....*

Volviendo, pues, á Juan C. Varela, (sobrino) jóven poeta de inspiracion ardiente, aunque de poco aliento, pertenece á una de las familias mas nobles del Rio de la Plata, la nobleza de la inteligencia, que como dijo Larra hablando de Garcia Gutierrez podia decir con orgullo: *«Soy hijo del génio y pertenezco á la aristocrácia del talento.»* Tal puede repetir el hijo del mártir de la tirania mas sangrienta que en nuestro siglo conocieron los hijos de América.

Es el autor de *Facundo* y la *Pecadora Arrepentida*. Notables poemas en verso, según algunos criticos; el mérito del primero, si lo hemos de juzgar por los fragmentos que conocemos, del *Album* y del *Parnaso Argentino*, verdaderamente ofrece ser una obra digna del estro que inspiró en el segundo la *Expiacion* de la arrepentida,

Delirante en su lecho de agonía.

(Pág. 385.)

VII

Continuar en el análisis de todas las poesías que encierra el *Album*, seria tarea harto pesada para las columnas de un periódico.

Entre los que siguen hallamos la firma de poetas de quienes en *La Argentina* hicimos elogio.

Está en primera línea D. Heraclio C. Fajardo con su *Canto á Colon* que puede ponerse al lado del de Baralt, Caro y Pombo.

El autor de las *Arenas del Uruguay* y de la *Cruz de Azabache*, á nuestro juicio no

está tan bien representado como mereciera por sus variados talentos. Fajardo pertenece á una época de infortunio para su patria y que él siguió hasta perder su bienestar; estas desgracias inspiráronle bellísimas estrofas, antítesis de aquellas que en tiempos mas propicios dedicara á su apasionada.

Sin embargo es en este último caso en el que menos nosagrada Fajardo, pues parece seguir la escuela de Juan Cruz Varela en esa idealización de lo mujer que había comprendido en España Cadalso.

Es muy comun en nuestros vates á la violeta esos versos obligados al *lábio de carmin, cutis alabastrino, cabellos de oro*, etc. que sin duda le inspiraron otrora al oriental poeta aquella estrofa, en que dice de su amada:

*Blanca, luciente y sedosa,
Su tez el nacar mentía
Porque diáfana encubría
Ricas vetas del carmin.*

Ha sido muy oportuna la publicación de *El colibrí*, en el *Album*, en cuya composición hay estrofas notabilísimas como estas:

*En las frondosas selvas del Uruguayo suelo,
Que pródigos perfuman el trébol y alelí,
Anida un pajarillo de prodigioso vuelo,
Gracioso y pequenuelo,
Llamado colibrí.*

*La encantadora banda de alados moradores
Inclina á su presencia sumisa la cerviz,
Y admira de sus formas esbeltas los primores,
Las galas y colores
De espléndido maiiz.*

*Si suelta por los aires el iris de sus alas,
Su cántico, por verlo, suspende hasta el Tugur;*

Pero hubiéramos preferido ver las composiciones *A Juarez*, *A los reyes* y *A Méjico*, en lugar de la que aparece en la página 453 del *Album* perteneciente al autor de la *Republicanas*, *Metcoros* y las *Laurindas*.

Mejor representado se halla el infortunado Adolfo Berro, aquel joven melancólico, puro y sencillo como sus versos, y cuyas ideas eminentemente filosóficas y morales tienen tantos puntos de contacto con aquel otro joven porteño que como él repetía:

*¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió:
Yo he sido una gota del agua que llueve,
Perdida en la noche que el polvo bebió.*

El General D. Melchor Pacheco y Obes figura en el *Album* con seis composiciones de las cuales es sin duda alguna su *oriental*; *El cementerio del Alegrete* es una profesión

de fé en la que el acento predominante es la decepción.—¿Quien no ha tenido alguna en estos tiempos que pululan tantas tarambanas y Zóilos al dedillo!!

La nota celeste de la esperanza en el ser supremo es vigorosa en todos los cantos de aquel poeta.

Ella y el clavel es un simil, tierno consorcio del perfume delicado de la flor y del alma que encierra ese misterioso arcano que produce los efectos mas sorprendentes, los sueños mas alhagüenos de ventura y esperanza.

*Imágen de ternura
De amores ilusiones.*

La traducción hecha por Pacheco, de *O escravo* de Gonzaga, publicada por primera vez en el *Plata científico y literario*, es tan notable, que sentimos de veras no haya continuado virtiendo al castellano las cadenciosas notas del autor de las *Lyras*, aquel Gonzaga tan apreciado de los brasileros; pues siendo portugués de nacimiento había entregado enteramente á su patria adoptiva.

Otro tanto sucede con el General Pacheco y Obes, que segun el Dr. Magariños Cervantes manifiesta en una nota, no era oriental de nacimiento; nosotros desconocíamos esa circunstancia antes de ahora y por eso cometimos un error en *La Argentina* al suponerlo hijo de Montevideo fundándonos en el dato que nos suministrara la obra de Orihuela, pero el editor del *Album* tiene para nosotros mas autoridad que ningun otro de cuantos le han precedido. En esto de patria hay muchas y muy raras coincidencias.

Gonzaga, por ejemplo, nació en Portugal, pero su padre era brasilerero y en el Brasil se educó aquel ingenio siendo uno de los libertadores de la patria de Magallanes, Barloza, Lerena y Silva.

¿Acaso los dos Chenier no nacieron en Constantinopla y la Francia se gloria con sus nombres?

¿Benjamin Constant no nació en Suiza y hoy es uno de las grandes figuras del Panteon frances?

El duque de Palmella, estadista portugués, nació en Turin.

Ventura de la Vega, poeta español, nació en Buenos Aires.

Luis Blanc, tres veces coronado por la Academia d' Arras, autor inmortal de la *Histoire de la Revolution française*, nació en Madrid.

El marques de la Pezuela que figura en el Parnaso español, nació en Lima.

BENIGNO T. MARTINEZ.

(Continuará)

EL MONJE Y EL PASTOR

Traducción de Jaime Clark

EL MONJE

¿Porqué tan triste estás en muda calma?
Dímelo, buen pastor;
Dime tu pena, y te dará mi alma
Bálsamo á tu dolor.

EL PASTOR

¿Aun lo preguntas? Mira el campo yerto,
Sin flores el verjel;
Mira el bosque de pájaros desierto,
Oye el cierzo cruel.

EL MONJE

Tan hondo no es tu mal, pastor; no llores;
Un sueño es, nada más;
En breve tornarán las gayas flores,
Y el ruiseñor oírás.

El ancho campo do te echó la suerte
Pronto florécerá;
Pero en mi cruz la imágen de la muerte
Siempre clavada está!

LUDWIG UHLAND.

EL QUE MÉNOS CORRE . . .

TRADICION

Á mi amigo Augusto Palma.

I
Si las crónicas no mienten—¿y porqué han de mentir?—allá por el año de 1649 hubo en la Asuncion del Paraguay un tumulto que bien puede calificarse de los mil demonios, aun cuando sus principales actores fueron hombres de sotana; que esto no impide que algunas veces el diablo se les introduzca en el cuerpo á pesar de sus hábitos sagrados.

Lo cierto es que el escándalo fué mayúsculo, siendo quien lo promovió, el mismo gobernador, que lo era á la sazón el célebre obispo electo fray Bernardino de Cárdenas, al expedir un decreto expulsando á los padres jesuitas del territorio de su mando.

El porqué del odio acerbo que existía en el corazon de Su Señoría Ilustrísima hácia los acólitos de la Compañía de Jesús, para dictar en su contra un tan extremo proceder, fué, como es sabido, el dictámen contrario que algunos de estos dieran á la pretension de aquel al querer ejercer las funciones de su nuevo y elevado cargo, sin haber recibido de la romana corte las bulas que para ello necesitara.

Como no se deja de notar, el rencor del digno prelado tenía algun fundamento, y esto justificaba sus actos á los ojos de sus

parciales, aunque no á los de sus enemigos. Había recibido de estos un ultraje á su flameante dignidad, y . . . quien la hace, la paga, dice un refrán.

Por consiguiente su venganza debía ser sagrada. ¿Por qué? ¡Porque era la venganza de todo un obispo. . . !

II.

Amaneció el 6 de marzo. Desde las primeras horas del día la atmósfera estaba pesada, sofocante; el calor se hacía notable cada vez mas. Una que otra nube cenicienta pasaba rápida delante del sol ardiente é iba á perderse en el horizonte.

Los padres jesuitas q' habitaban la iglesia y Colegio, al sentir los halagos de tan enervante temperatura, habían abandonado las sábanas desde muy temprano y se paseaban debajo de los frondosos árboles de sus jardines como abismados por un presentimiento inexplicable.

¡Como que era nada lo que les esperaba!

Uno de ellos daba compasion mirarlo. Se agitaba tendido á la sombra de un gran naranjo dando evidentes señales de asfixia. ¡Que situacion la del buen padre!

Este era de estatura baja, enormemente grueso, cuyo dilatado abdomen parecía un gran tonel. Sus facciones redondas ocultaban casi por completo sus ojos verdosos, mientras su apéndice nasal se destacaba de su sitio como un tomate sazonado de no escasas dimensiones colocado sobre una pequeña esfera. Tendría cuando mas cuarenta años y le llamaban el padre Mamerto.

Sus demás cofrades pasaban por su lado, le miraban de reojo y se sonreían maliciosamente.

—Esta vez el hermano Mamerto no escapa, decía uno de los jesuitas.

—Qué explosión! añadía otro.

—¡Será un horrible trueno! agregaba un tercero.

Y todos ellos proseguían su paseo, tomando nuevamente su actitud meditabunda.

Mientras tanto el grueso padre Mamerto se lamentaba del excesivo calor que lo oprimía.

—¡Uff! decía; esto es insoportable, me ahogo. . . Uff!

Y cada bufido del buen padre parecía el de un toro.

Derepente un ruido de voces que salía del interior del Colegio llamó la atención de todos los paseantes, que acudieron en tropel á averiguar lo que sucedía. El padre Mamerto quiso imitar á sus demás compañeros, pero apenas pudo menearse.

III.

—¡Esto es un crimen inaudito! gritaba el rector del Colegio trémulo de ira; expulsáronse! vive Dios, que no lo conseguirá ese franciscano ambicioso!

Y mientras los jesuitas deliberaban entre sí cual sería el mejor modo de conjurar el peligro que les amenazaba, oyeron que las puertas del edificio sólidamente cerradas cedían á los golpes multiplicados que recibían de afuera. Por fin se abrieron, y una multitud de soldados furiosos se precipitaron por ellas al interior del Colegio y de la Iglesia.

Los padres huyeron en todas direcciones, pero pronto fueron alcanzados en su fuga y cruelmente tratados.

Entre tanto, el padre Mamerto estaba viendo toda esta terrible escena desde el lugar en que se hallaba, esperando el momento oportuno para huir sin ser descubierto por los verdugos de sus cofrades.

Y cuando creyó conveniente ponerse en salvo, se abrazó al tronco del naranjo que le prestaba sombra, hizo un poderoso y supremo esfuerzo poniéndose tan colorado como su nariz, y pudo ponerse de pie. Dirigióse en seguida al fondo del jardín, y siempre protegido por el follaje de los árboles, abrió una puerta excusada que en él había, y continuó su carrera con toda la lijereza que le permitiera su grueso volumen.

Fuera del recinto del Colegio, el padre Mamerto creyóse mas libre, y mirando á sus espaldas á cada instante para cerciorarse de si álguien le seguía; con la frente bañada de sudor, el rostro descompuesto, y jadeante de calor y de cansancio, procuraba poner entre su pesada persona y el sitio que abandonaba, una distancia respetable, cuando oyó que le gritaban detrás de un seto:

—¡Padre! padre!

Por lo pronto una nube oscureció los ojos del prófugo, y la idea de su próximo fin se estampó terrible en su mente. Miró con espanto quien le llamaba, y reconociendo á uno de sus buenos feligreses, respiró con mas libertad, diciéndole:

—Adios, hijo, adios. Y apretó mas el paso.

Pero aquel, dando dos saltos se le puso á la par, preguntándole:

—¿Qué sucede, padre?

—Calla, calla, contestó este sin interrumpir su agitada carrera; por el momento el que menos corre. . .

El jesuita no pudo decir mas, porque poniendo un pié en falso estrellóse contra el suelo.

—¡Cáspital! exclamó su acompañante; ¡estrano modo de correr tiene vuesa paternidad!

ANTONIO BARRACO.

Rosario, de 1878.

IDEAL.

¿Quien es esa fatídica figura
De ceño adusto y torva la mirada
Despareja, afilada dentadura,
Amarillenta tez, faz descarnada?
Mira la espuma que sanguínea arroja
Su boca sin cesar, y en su perfidia
Solo ríe si llanto nos provoca
¿Tu la conoces?

Sí, esa es la envidia,

¿Y esa otra que se vé. . . ? Toda se cubre
Con el negro tapado la cabeza,
Remeda su actitud, á la del tigre
Pronto á asaltar la inofensiva presa.
Mira, su baba de letal veneno
Mancha la plebe como la alta alcurnia,
La vé? se arrastra en el inmundo cieno!
¿Tu la conoces?

Sí, es la calumnia.

M. D. N.

HISTORIA DE UNA VENGANZA

(Continuacion.)

La presencia del mozo que traía el equipaje, interrumpió á la dama en su monólogo.

—Cáspital—murmuraba Juan bajando la escalera—Cáspital! Qué ojazos, parecen centellas; y aquel aire y la voz. . . Daria mi alma á Lucifer porque esa mujer me ama. . . pero bajo estas grandes señoras, apesar de la bondad que aparentan tener, son mas orgullosas que una reina. Si yo tuviera dinero tal vez. . .

—Eh! Juan en qué demonios pensais, que no veis. Si no me hago á un lado, me echais rodando de lo alto—gritó el mesonero que subia seguido del misterioso personaje.

En efecto; poco habia faltado para que el buen hombre cayera al suelo. Afortunadamente sostuvo el equilibrio; quedando en posicion de acróbata con un pié en el aire.

—Perdone el tio Cosme—profririó Juan poniéndose como una amapola—No habia reparado. . .

—Pues tened otra vez mas cuidado y no seais aturdido. Juan no contestó.

IV

—Estoy contento de vos tío Cosme. El cuarto no puede ser mejor—decía el hombre de la capa pascándose á grandes pasos por la pieza.

—Me alegro señor Caballero que os guste; pues lo que deseo es, que mis huéspedes no tengan queja de mi servicio—replicó el maese saludando.

—Y decidme tío,—prosiguió el viajero—¿en qué departamento se ha alojado la dama que ha. . .

—Es vuestra vecina señor Caballero.

—¡Oh! Con que esa pieza que está alumbrada es la suya?

—Sí, señor.

Si el tío Cosme hubiera sido mas perspicaz, le hubiera llamado la atención el estremecimiento que recorrió el cuerpo del huésped al oír la respuesta y ver la mirada siniestra que lanzaron sus ojillos grises.

—Creo que estareis conforme con lo que os he dado—dijo despues de un momento de silencio.

—Oh, sí; sois espléndido como un príncipe. Podeis mandar, hacer y deshacer que nadie os dirán nada. Aquí teneis la llave—continuó sacando de su mugrienta faltriquera un llavín mohoso y de forma extraña—Aquí teneis la llave de la puerta que dá á la callejuela.

—No olvideis de avisarme si esos enmascarados. . .

—Perded cuidado: esos hombres no me inspiran confianza. Encargaré á mi mujer que no los pierda de vista.

—Bien hecho: en tiempos de revolucion todas las precauciones son pocas. Y esos malditos huelen á legua á revolucionarios. Os digo esto, porque me interesais de veras, tío Cosme.

—Gracias Señor Caballero; al menor movimiento que hagan les pongo un puñal al pecho y vereis como confiesan sus inicuos planes.

—Magnifico, tío Cosme,—magnifico; sois hombre de talento!—esclamó el viajero batiendo palmas.

—Ya vereis, como los hago entrar en el camino de la razon.

—Contad conmigo para lo que gustéis. Mi bolsa está á vuestra disposicion y mi brazo.

—Gracias, Señor Caballero, gracias.

—Ahora, dejadme solo pues estoy fatigado y desearia recojerme.

El tío Cosme no se hizo repetir la *súplica* y se fué acompañando su salida con reverencias y cortesías.

—Al fin voy á vengarme!—decía el misterioso personaje mientras se quitaba

el embozo, arrojaba el sombrero al suelo y se despojaba de la peluca y patillas rojas que le disfrazaban y le desfiguraban completamente.—La tengo en mi poder. ¿Quién podrá salvarla, sustraerla á mi justa venganza? Nadie; ni el infierno me la arrebatará! Oh! oh! Tomás es hombre prevenido—el golpe es seguro. Mil vidas que tuviera esa mujer, no serian suficientes para saciar mi odio. Qué cinco años de martirios, de desesperacion, de rabia, no habian de tener al fin su término?

—¿Qué es el crimen?—continuó con una sonrisa terrible—Un castigo como otro cualquiera. Qué es la venganza? Un placer del corazon.

La sociedad condena á los que hieren con el puñal y no condena á esos monstruos que matan lentamente el corazon de una inocente virgen. La agonía del espíritu es la mas espantosa de las agonías.

MATILDE ELENA WUILL.

[Continuará]

ARCO-IRIS

Un autor que nos es muy querido, dice que la distraccion nos hace cometer equivocaciones y contrasentidos que nos ponen en ridiculo.

Ejemplo: Un comerciante, teniendo que firmar la partida de bautismo de su hijo, escribió: Pedro. . . y Compañía.

El mismo autor, dice tambien que la distraccion hace que descubramos nuestros sentimientos sin quererlo.

Ejemplo: cierta dama, referia delante de marido la destreza con que un galán se habia introducido en casa de la señora que amaba en ausencia del esposo. Pero mientras los dos conversaban, dijo ella, hé aqui que el marido llama á la puerta: Ahora, figuraos el embarazo en que me encontré *Tableaux. . .* para el marido.

JUAN.

No sabemos á quien pertenece el siguiente epigrama.

Propusieron á un discreto que de casarse trataba,
una loca, con gran dote
y, sin fortuna, una sábia.

Y él dijo: venga la rica,
que, si vamos á mirarlas,
la más loca y la más cuerda,
se diferencian en. . . nada.

Ha comenzado la exhibicion de fieras en la calle de la Florida, con gran contentamiento y regocijo de muchas gentes que economizan gastos de espejo con mirar á los animales,

El empresario ha hecho una erogacion inútil en el transporte de las fieras: en Buenos Aires podia haber formado la coleccion completa.

No sabemos cómo se gasta en una diversion que puede obtenerse gratuitamente.

Cuando escuché las notas de aquella musica divina, noté que en mi corazon vibraba con mas intensidad que nunca el eco de esa melodia infinita que forma el concierto universal de la naturaleza: el amor, poema de ternura que triunfa y se sobrepone á todas las contrariedades de la vida.

Despues. . . qué quieres? . . . No puedo olvidar que he nacido soltero. . .

Abri el Código Civil y lei de un golpe todo el capítulo sobre el divorcio.

A.

Antiguamente el vulgo, cuando oía decir: allí viene un sabio, se admiraba como un pequeñuelo cuando vé un globo aereostático hendir los aires.

Hoy dia, merced á los fuegos de Bengala y á los fosforos sordos, la sabiduria es la cosa mas vulgarísima del mundo.

A la prueba me remito: el chancho sábio que se exhibe en la calle de la Florida.

CRONICA DE LA SEMANA

FRAY MAMERTO ESQUITÚ—Este virtuoso y distinguido sacerdote catamarqueño no acepta el Obispado de Córdoba, fundándose en las mismas causas por las que no aceptó el Arzobispado de esta capital.

La católica grey pierde, con este motivo, un sábio y piadoso Director.

EN LA LIBRERIA DE IGON HERMANOS—Se vende la «Historia de una vocacion» perfectamente traducida por la inteligente Señorita Sara Navarro Viola.

OTRO CONCIERTO—La Sociedad Damas de Misericordia prepara otro concierto que tendrá lugar el martes próximo, en el Coliseum.

Tomarán parte en él, varios artistas ventajosamente conocidos de nuestro público.

Tambien, prestarán su concurso distinguidas señoritas de nuestra sociedad.

NOVENA—Sigue atrayendo bastante concurrencia la novena de ánimas que hace dias ha comenzado á celebrarse en el templo de la Merced.

DONACION—La sociedad de Beneficencia ha recibido, por intermedio del señor Juez Doctor Zavalia, la cantidad de 25,000 pesos importe de un legado en la testamentaria de Don Manuel Vegas, con destino al Hospital de mujeres.

LA BIBLIOTECA POPULAR DE BUENOS AIRES—Hemos recibido el tomo IX de esta importante obra cuya publicacion se hace bajo la direccion del ilustrado doctor don Miguel Navarro Viola.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO III

Véase el número anterior

—«Haciendo abstraccion de esta observacion última, como queda de todos modos una mitad sensible en cada ojo, la suma de la accion de las dos mitades es la accion de un ojo.»

—«Nó, porque no son como dos medios discos que juntados por la línea que representa el diámetro forman un disco, sino como dos medios discos superpuestos, cuya superposicion no representa mas que medio disco. Tiene Vd. dos mitades izquierdas de vision si duerme el lóbulo cerebral derecho, ó las derechas si duerme el izquierdo;—es decir, ó tiene Vd. sensible la accion izquierda ó tiene Vd. la derecha de cada ojo.»

—«Sería suficiente que yo viera á Niffleis izquierdo ó á Niffleis derecho entrar en mi Museo, sería suficiente, repito, para despertar la sensibilidad dormida, y ver la suma de los dos medios Niffleis ó sea Niffleis entero.»

—«Vd. Señor Burbullus, será muy sábio, podrá hacer que sus nervios ejecuten cuantas gimnásticas quiera; pero, por mi parte, sé terminantemente que ciertas leyes fisiológicas, ciertas leyes de la vida, son inviolables, y la del sueño es una de ellas.»

Burbullus hizo con el lábio un gesto de desprecio y dijo con énfasis y cierta vanidad de aristocracia intelectual:

—«Mi voluntad está mas arriba que todas las leyes de la vida;—y mis caprichos mucho mas arriba que mi voluntad.»

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR—HIPOCRATES Y BURBULLUS—UNA EXIGENCIA ESTÚPIDA, PERO FRECUENTE—LA ACADEMIA SENTIMENTAL DE ARCANGEL Y LAS CONSECUENCIAS DE UN VIAJE MÁS SENTIMENTAL AÚN.

Después que el Profesor Doctor Peter Burbullus, miembro de la Academia Imperial de San Petersburgo y de otras muchas

corporaciones análogas que constituyen la apoteosis de la civilizacion de las naciones me hubo explicado la mecánica de los nervios en su original teoria, guardó silencio.

Y si he dicho la mecánica, no se crea que es una inexactitud, al contrario: considero que es la única expresion posible que pueda aplicarse á los fenómenos que me había indicado, fenómenos que yo no acepto, como no acepto tampoco el medio de que se valen los Hurlandeses para matar el frío.

Una larga pausa me indicó que el sábio meditaba.

Yo también meditaba, no sobre las ventajas que pudiera reportar la práctica de tan extraña teoria, sino sobre aquel hombre tan sábio, aquel oráculo de la Zoología, que por un instante me obligó á creer que estaba sujeto á un acceso de locura.

¡Ah presentimientos! vosotros no sois tal vez sino la primera manifestacion de las verdades de la Naturaleza en el espíritu de los hombres!

¿Cómo era posible que un hombre que había hecho largos estudios sobre anatomía y fisiología, olvidara por un instante las leyes inviolables que rigen las fuerzas latentes y la fuerzas sensibles del organismo?

Sentado junto á la chimenea, con las piernas estiradas, los piés apoyados en la rejilla, acariciándose los largos vigotes, y mirando abstraidamente la llama por sobre los cristales de los anteojos, representaba con bastante naturalidad una persona mas ó menos razonable que trata de estimular una hoguera con las hojas de un libro que sabe nadie lecrá, ó que pretende arrancar, de las lenguas de fuego, que se levantan en el combustible, un consejo, un apoyo que los otros le niegan.

—«Señor Kaillitz! ¿quién fué Hipócrates?»

—«Ha habido varios Hipócrates.»

—«Me refiero al principal.»

—«Fué el padre de la Medicina; quizá el hombre de mas talento que ha vivido en el mundo, porque después de veintidos siglos, sus aforismos son aún motivo de controversias que dan por resultado admitir que Hipócrates no se había engañado; su obra

que es el cuerpo de doctrina mas monumental es aún la Biblia del médico moderno.»

—«Nó escribió Hipócrates mas que sus aforismos?»

—«Escribió tambien.

(vide Littre—«aforismos» y biografía de Hip.)

—«Bueno, veo que Vd. sabe quien es Hipócrates.»

—«Así lo espero.»

«Y si yo diera al mundo un aforismo, ¿podría parecerme á Hipócrates?»

—«In partibus.»

—«Hoy viene bien esa expresion; si fuera Lunes en vez de Martes tendria que decir . . . ¡jól! ¡jól! ¡jól! casi lo he dicho en castellano, pero, soy Ruso, y me detengo en el borde del abismo.»

El Profesor me miró con tanta malicia que casi, casi, le pregunté si había averiguado la causa de nuestra ida á Kurlandia.

—«Tiene Vd. algun aforismo, señor Profesor?»

—«Sí; tengo varios. Aforismo 1º *La Rusia es grande, mi casa es chica, Niffleis es un canalla, Rachkind es un imbécil, y yo desconfío de todos.*»

—«Lo que equivale al aforismo primero de Hipócrates que dice: *La vida es corta, el arte. . . .*»

—«No me interrumpa. Aforismo 2º *Cuando se someten los nervios á una gimnástica especial, es posible dormir por mitades de cuerpo.*»

—«¿Y el tercero?»

—«Será una consecuencia del buen éxito del segundo.»

Nueva pausa.

¿En qué piensas sábio loco ó loco sábio?

¡Ah presentimientos!

—«Dígame amigo Kaillitz, ¿que opina Vd. respecto del Profesor Niffleis?»

—«Señor, le contesté, mal puedo dar mi opinion respecto de ese caballero, á quien no conozco sino por haberle visto figurar en su aforismo primero, y un momento antes cuando el Lapon trajo las tres cajas de insectos.»

—«Pero . . . ¿y si yo le digo que es un bribon?»

—«Méenos aún, porque ahora me fija Vd. su plan de conducta.»

—«¿Cómo! ¿pone Vd. en duda mi veracidad?»

—«Nó tal;—pero ántes de considerar bri-bón á un individuo, es necesario tener prue-bas de su mala conducta, y no tengo inconveniente en decir á Vd. que el Señor Pro-fesor Doctor Peter Burbullus, ...»

—«Académico de San Petersburgo.»

—«Que el señor Peter Burbullus, aca-démico de San Petersburgo, será una no-tabilidad gloriosa, ó lo que se quiera, pero que, no obstante, no puede exigir de mí una opinion semejante desde el momento que me faltan antecedentes.»

—«¡Antecedentes! ¿Y quien se acuerda de antecedentes cuando soy yo quien digo que Niffleis es un canalla?»

—«Será lo que Vd. quiera, pero, por mi parte. . . .»

—«Usted debe creer lo que yo le digo, porque yo no miento; *Burbullus* significa «borbollon» ó «borboton», y aunque mu-chos alemanes me hacen farsa, sépase que yo soy un borbollon de verdades. ¿Quiere Vd. antecedentes? está bien, voy á dárse-selos, ¿No tiene frio? Venga, siéntese aquí junto á la chimenea. Yo nunca tengo frio pero me gusta mirar la llama.»

Acepté la invitacion del Profesor, y acer-cando una de las dos sillas que habia en el aposento, me senté á su lado.

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

LA PRIMAVERA

BALADA ESCANDINAVA

Mira: ya han vuelto las golondrinas;
la primavera se anuncia ya:

brotan los árboles;
todo renace. La primavera
de mis afectos, cuando vendrá?

Surje del fondo del crudo invierno,
como una diosa, la creación.

No hay nada pálido
salvo mi frente; sólo está triste
de honda tristeza mi corazón.

Ah! yo detesto la primavera,
cínica burla de mi dolor.

Las noches lóbregas
son preferibles, porque no tienen
hipocresías ni falso amor.

Las golondrinas llegan cual nuncios
de gratas nuevas: vengan en paz!
pero los pájaros
que roncós graznan en la tormenta,
esos no adulan: me quieren más.

Año las nieblas, sombras sin día,
noches sin astros, días sin luz.

Busco la atmósfera
sin voz, sin écos, para envolverme
con el olvido de su capuz.

La luz, el día, la voz, los écos,
son ilusiones que pasarán. . .

En el crepúsculo
de la esperanza, sólo se agolpan
sombras que vienen, sombras que van.

A. N. V.

ELENA

(DE EDGARD POE)

I

Te ví—una sola vez—hacen ya varios años;
no debo decirte cuantos, mas, no son muy
numerosos.

Era en Julio, á media noche; la luna en
su plenitud, que, elevándose como tu alma,
buscaba un camino para subir rápidamen-
te al cielo, esparcía con un cendal de luz
suave y argentada, la quietud y el sueño
sobre los erguidos rostros de mil rosas que
ornaban un jardín encantado, al cual solo
de puntillas osaba agitarla brisa;—esparcía
sus rayos sobre los erguidos rostros de las
rosas, que, en cambio de este amoroso res-
plandor, exhalaban sus perfumadas almas en
una muerte de éxtasis;—esparcía sus rayos
sobre los erguidos rostros de las rosas, que
sonreían muriendo en este jardín encanta-
do por tí, por la poesía de tu presencia.

II

Vestida de blanco, completamente, te ví
recostada sobre un banco de césped sembra-
do de violetas, mientras que la luna espar-
cía sus rayos sobre los erguidos rostros de
las rosas y sobre el tuyo, erguido ¡ay! en la
aflicción.

III

Sin duda fué la suerte, quien en esa no-
che de Julio, á media noche,—sin duda fué
el Destino. . . . (también se llama Tris-
teza. . .) quien me aconsejó detenerme
delante de la verja del jardín, para respirar
el incienso de las adormecidas rosas. Nada
se ojitaba;—en el aborrecido mundo todo
dormía;—¡menos tú y yo! (Oh! Cielos! Oh
Dios! cómo late mi corazón al unir estas
dos frases: menos tú y yo.)

Me detuve—miré—y en un instante todo
desapareció. (¡Ah! acordaos que el jardín
era encantado!) El resplandor de perla de
la luna se estinguió: ya no ví los bancos

de césped y musgo, los tortuosos senderos,
las afortunadas flores, los plañideros árbo-
les; hasta el perfume de las rosas murió
entre los brazos de las enamoradas brisas.
Todo—todo se desvaneció—excepto tú—
excepto menos que tú—excepto el alma que
brillaba en tu mirada dirigida hácia el cie-
lo.—No ví mas que tus ojos,—para mí el
mundo estaba en ellos. No ví mas que tus
ojos, nada más que tus miradas durante mu-
chas horas—nada mas que tus ojos hasta el
momento en que descendió la luna. ¡Qué
extrañas historias del corazón leía en el
cristal de esas celestes esferas! ¡Qué seren-
idad en el mutismo de este océano de or-
gullo! ¡Qué ambiciosa audacia, pero qué
potencia de amor!

IV

Mas, he ahí que la querida Diana desapa-
reció por el Oeste, en una franja de nube
donde dormitaba el trueno; y tú, como un
fantasma, perdiéndote entre los árboles te
ocultaste á lo lejos. *Solo quedaron tus ojos;*
no quisieron irse—se quedaron por siempre
jamás. Alumbrando en aquella noche mi so-
litario sendero hasta el umbral de mi mora-
da no me abandonaron despues (como lo
hacen mis esperanzas) Me siguen—me
guían á través de los años. Son mis dueños
y entretanto yo permanezco su esclavo. Su
mision es iluminar y abrasar; mi deber
valerme de su claridad para salvarme,—
purificarme en su llama eléctrica,—santifi-
carme en su morada elísea. Gracias á
ellos la Belleza (que también es la Esperan-
za) inunda mi alma; brillan en lo mas
alto del cielo;—son las estrellas delante de
las cuales me arrodillo en las tristes, silen-
ciosas veladas de mi noche; mientras que,
aun apesar del resplandor del medio día,
las veo: dos estrellas de Vénus que cente-
lican dulcemente, sin que pueda estinguir-
las el sol.

CARLOS M.

LOS CHINAMPAS

A. H

La ciudad de Méjico, cuna de Montezu-
ma, presenta en todas sus perspectivas de
luz un aspecto encantador.

Las torres de sus iglesias cuando el sol
baña sus cúspides, sus frescas cascadas cuyas
vertientes se precipitan de alturas conside-
rables, y cuyas cristalinas aguas de pinto-
resco efecto van á morir á mansos lagos,
cuya superficie sirve de espejo al astro de
la noche y al millon de estrellas que la

acompañan, asemejando perlas engarzadas en un círculo esmaltado de celeste, ó azul oscuro á veces, y los cisnes de nítido plumaje, cunades y mil otros pájaros que rizan el cristal de los lagos hacen de Méjico la emperatriz de las ciudades del nuevo mundo.

Las plantas oriundas de ese suelo feliz al que la mano de Dios parece haberse complacido en dotar de tanta riqueza, es lo mas bello, lo que mas encanta al viajero. Sus abundantes minas de plata y la fertilidad de su suelo hicieron que Humboldt dijese de la ciudad mas antigua del continente Americano, que era el pueblo mas bello que edificaron los Europeos en ambos hemisferios.

Pero no solo esto seduce en Méjico: su clima es delicioso, y sus hijas de tez aterciopelada, nacidas bajo el sol ardiente de los trópicos, en cuyas venas circula fuego, y cuyos ojos negros como las tempestades que rugen en el alma de los desgraciados despiden luces magnéticas, no tienen rival en el mundo pues unen á sus naturales costumbres algo de las tradicionales de los Españoles á cuyo gobierno sometiera Hernan Cortez á la ciudad de Méjico, la que despues de trescientos años de esclavitud reconquistó su libertad independizándose de la España en 1821.

Nada hay, seguramente mas hermoso que la puesta del sol, que la hora del crepúsculo en Méjico, cuando las familias en las azoteas de sus casas con frente al río y á los lagos admiran el panorama precioso que éstos presentan y sobre cuyas superficies flotan islas conócidas con el nombre *Chinampas* que hombres de la primitiva raza Méjicana cultivan.

Muchos árboles prestan sombra al *chinampa* é infinidad de plantas aromatizan con el perfume de sus flores, el ambiente que respiran las parejas que pasean por el lago, á la luz de la melancólica viagera de la noche.

En el medio mismo del *Chinampa* una choza en forma de colmena sirve de abrigo al moreno, su propietario, que se libra de los rayos ardientes del sol del medio dia. Todo seduce en Méjico; pero esos pampines surcando las azulinas ondas de los lagos á á la hora de siesta encantan, pues parecen puestas allí por la misma mano de Dios.

Los árboles proyectan con su tupida fronda una sombra que invita á la meditación, á la poesía y al amor, á los recién casados, en cuyas solas miradas se lee la fogosidad de sus almas, la vehenencia de sus afecciones.

¡Ah! Méjico; si un día el cielo me depara la felicidad de visitarte en compañía de aquella á quien he consagrado la admiración de mis recuerdos, los instantes todos de vida, pasearía en un *chinampa* sobre tus rizantes ondas y contemplaría esas *Hortencias* sin rival y de tan variados matices, que son las reinas de tu vergel.

Entonces bajo los rayos de tu sol abrasador esperaría tranquilo los celages que anunciarán mi ocaso, pidiendo á aquella que tanto amo con el mismo fervor con que la demandé su cariño, me permitiera confundir el polvo de mis huesos, Méjico con la tierra de tu suelo.

LUIS J. ALBERT.

Agosto 30 de 1878.

CANTARES

DE UNA ODRA INÉDITA TITULADA:

«EL LIBRO DEL PUEBLO»

Cuando yo era muchacho
Bajaba al río
A pescar mojarritas
Con gusanillos,
Hoy que soy hombre
Me agrada mas la pesca,
De corazones

Me pide Lola dos duros
Para pagar no sé qué,
Y le mando dos amigos
Con que. . . ¡figúrese usted!

Se pueden atar dos cuerpos,
Se pueden unir dos lágrimas,
Se pueden. . . ¡ah! no se pueden
Unir jamás nuestras almas.

Tu padre agonizaba
De hambre y de frío
Mientras tú entre los brazos
De un hombre rico
Te adormecías
Sin pensar en el pobre
Que se moría.

Ayer se cayó una teja
Del techo de un campanario
Y casi mató una vieja
Que iba á rezar el Rosario.

Tus ojos son azules
Como los cielos
Y tus labios rosados
Como el infierno. . .

¡Eres muy linda
Pero tienes un primo
Que me fastidia!

A las brillas del Plata
Nos hallamos una tarde:
Lo que pasó entre nosotros
Hizo temblar á los sauces!

Los pobres trabajando
Ríen y cantan;
Trabajando se olvidan
Penas y lágrimas.

Ya no suena mi guitarra
Porque sus cuerdas se han roto:
¡Cuántas mujeres murmurán
Por que lo han perdido todo!

Las lágrimas del pueblo
No hay quien las pueda cantar:
¡El pueblo tiene alegrías
Que dán ganas de llorar!

SALVADOR MÁRIO.

CAIN

XI

(Conclusion)

Javier habia vuelto tambien á su carpa y es de imaginarse la clase de pensamientos que cruzarian en aquel momento por su inteligencia.

Al dia siguiente, cuando se hiciera pública la deshonra de su hermano, cuando un castigo terrible le fuera aplicado—el fusilamiento quizá—que haria él? Algo de aquella ignominia no le pasaría á él mismo? el apellido que llevaba, no quedaba cubierto para siempre con un borron de infamia? Que hacer? A quien acudir en aquel caso? A quien pedir aquellos malditos trece mil pesos? Interponer su influencia, ademas, hacer valer la estima en que se le tenia, para adquirir ese dinero, no era, en cierto modo, sancionar el crimen, disculparlo?

Batalla siniestra.

El noble coronel, no pudiendo estar dentro de la carpa, sintiendo que se ahogaba en ella, salió fuera y comenzó á andar, á andar, de un modo vago, por entre el campamento.

Por una estraña casualidad, Miguel, el amigo del Capitan, hacia lo mismo por su lado.

El generoso jóven estaba oprimido, aterrado por lo que habia hecho Manuel,

Cuanto mas reflexionaba, mas culpable le encontraba y sostenia dentro de sí, otra batalla no menos terrible que la del Coronel.

Salvar á su amigo, era su idea fija. Pero como? Era posible salvarlo? Era lícito interesarse en que aquel crimen quedara oculto, sin hacerse cómplice del criminal?

Y aquellos dos hombres—el uno por salvar la honra del hermano, que era su propia honra—el otro por salvar al amigo, paseaban así, de aquel modo, librando en sus almas una lucha tremenda, cuando un incidente fué á cambiar momentáneamente la faz á sus pensamientos.

Sin quererlo, sin saberlo indudablemente, ambos se habian acercado á la tienda del capitán y los dos, pudieron ver que el asistente, le ensillaba á toda prisa el caballo.

Donde iba Manuel? Qué pensaba hacer?

La carpa del joven Ayudante quedaba como á cincuenta pasos de la del capitán; y el coronel, que se habia detenido un momento, distinguió de repente á Miguel, en la oscuridad; vió que daba órdenes á su asistente y comprendió que el joven iba á seguir á su hermano.

Inconscientemente casi, siguiendo en aquellos dos hombres el hilo de sus ideas, el coronel concibió la posibilidad de hacer lo mismo por su parte y yendo hasta su tienda, montó tambien á caballo.

El capitán salió de su carpa y sin permitir que el asistente le acompañara, emprendió el camino hacia el Norte, en direccion al estero «Bellaco», que dividia transversalmente los dos ejércitos.

El coronel vió poco despues al Ayudante Mayor que le seguia, por el Oeste, tratando de no ser notado. Entónces, él hizo lo mismo por el Este, tratando á su vez, de no ser visto por ninguno de los dos.

La marcha era lenta, pues habia que darse á conocer á los puestos avanzados.

De aquellos tres hombres, solo uno sabia quizá á donde iba: el capitán Manuel Fuentes.

Los otros dos le seguian por un fenómeno que es explicable en psicología. Muchas veces, creyendo perseguir un pensamiento, se persigue al objeto que lo hace nacer.

XII

El campamento del ejército aliado, quedaba del estero «Bellaco», como quince cuádras, distancia casi igual á la que habia del estero, al campamento paraguayo.

El capitán llegó al estero y durante algun tiempo buscó uno de los pasos conocidos. Lo encontró y vadeó el agua, siempre á caballo.

Hasta allí, la idea que llevaba el Capitán habia sido un misterio para el Coronel y el Ayudante. Pero luego que le vieron pasar el estero, se apresuraron cada uno de su lado.

El capitán, luego que se vió en la otra márgen, abandonó el paso tranquilo con que habia hecho andar á su caballo y de repente, se lanzó á la carrera en direccion á la guardia del ejército paraguayo, que estaba oculta por el bosque de palmas.

Repentinamente el mismo pensamiento se desveló para el Coronel y el Ayudante—el mismo pensamiento terrible cruzó ante ellos, como un relámpago.

Miguel se adelantó y vadeó el Estero antes que el Coronel.

Espoleó su caballo y echó á correr trás del Capitán. Pero este habia hecho ya gran parte del camino y solo se hallaba á seis ó siete cuádras del bosque de palmas.

Sin embargo, corrió desesperadamente y cuando ya le faltaba poco para alcanzarlo, un ginete se interpuso de imprevisto en su camino.

Era el Coronel.

—Atrás! le dijo con voz sombría.

—Déjeme Vd. Coronel! exclamó el Ayudante, revolviendo el caballo.

—Voy á salvar á su hermanol

—Atrás! repitió Javier, pálido como un espectro. Y con una voz en que la mas terrible decision se mezclaba á una desesperacion infinita, agregó:

—Un Fuentes no vive deshonradol

Miguel enmudeció y una lágrima, resbaló lentamente por su mejilla.

Allá á lo lejos, se dejaron oír algunas detonaciones y todo volvió á quedar en silencio.

XIII

El Coronel salia dos horas mas tarde de la tienda del general Mitre, con quien habia tenido una conferencia secreta. Se hubiera podido notar que estaba hondamente conmovido. Al retirarse, le estrechó las manos con efusion, diciéndole:

—General, debo á Vd. mas que la vida.

XIV

Al dia siguiente se derramaba en el ejército, la noticia de la muerte del Capitán Fuentes, acaecida, la noche anterior, en una sorpresa.

El Batallon á que habia pertenecido, quedó pago á las ocho de la mañana, es decir, tres horas antes del célebre combate de Tuyutí.

Cuando Miguel supo esto último, comprendió lo que habia pasado y fué á ver al Coronel.

—Manuel podia estar ahora entre nosotros...le dijo con un tono de amargo reproche que no pudo contener.

—Nunca! contestó Javier palideciendo. El general Mitre que por salvar mi honra ha echado un velo sobre la memoria de mi hermano muerto, hubiera mandado fusilar al Capitán Manuel Fuentes.

CÁRLOS OLIVERA.

Agosto 30 de 1878.

CANTARES

El rubor que en tus mejillas
Se mira, de cuando en cuando,
Es como el rojo que vemos
En una nube... prestado.

Cuando doblen, de seguro
Sé que ha muerto un gran señor:
Al pobre siempre le falta
Para doblar un doblon.

Por soñar con tus caricias
Que solo durmiendo sienta.
La vida pasar quisiera
Años tras años durmiendo

Las esperanzas endulzan
Muchos dolores del alma,
¡Ay de los pobres que sufren
Dolores sin esperanza.

Si no fueran femeninas
La ilusion y la esperanza,
No podria el desengaño
Presentarlas como falsas.

PATRICIO GALLO.

Salta 1878.

REMINISCENCIAS DE VIAJE

Hoy dia, merced al vapor aplicado á la locomocion, los viajes están al alcance de las fortunas mas modestas, con lo cual queda dicho que la modestia en este como en los demás casos, es siempre obligatoria y nunca espontánea.

El que no ha viajado no puede escribir para el público; porque hoy los viajes están de moda y por lo general el lector en cuenta de muy mal gusto todo artículo escrito en castellano, comprensible, claro y exento de metáforas traídas de los cabellos.

Muchas veces he oido, á personas sensatas, es decir, que lo parecían, esclamar despues de haber leído un artículo que lo habian comprendido: «Peste contra el autor y qué cosas tan sabidas escribe, ¡vaya! si

yo me pusiese á la tarea, otro tanto haría.»

Empero, cuando la decoracion cambia y el autor trasporta la escena de la accion que narra á un país lejano y salpica su escrito con algunos latinajos y otras citas en idioma extranjero, entonces el lector que se ha quedado como estoy yo ahora (tres de la tarde) en ayunas, dice con toda la fruicion del escolar que sin saber sumarse sale distinguido en su exámen de matemáticas: «¡Que artículo! este siquiera se puede leer; es encantador el estilo; ¡como no! si el jóven que lo ha escrito ha viajado por París. . . »

Estoy en una República, lector, y por ende y aunque no quiera, tengo que decir amen (palabra latina), á todo lo que la opinion pública tiene á bien sancionar ó mejor dicho, á todo lo que le hacen sancionar.

Así que, apoyo con toda mi influencia, que no es poca en casa de mi abuela, la opinion de que á nadie le es permitido, á no ser un granuja audaz, escribir para el público, sin ántes haber viajado.

El respetable público que, aunque yo convengo de mil amores en que lo es, suele á veces no pagar las suscripciones, por lo cual se esplica que yo á las tres de la tarde esté todavía en ayunas,—preguntará si mi individualidad ha viajado, á lo que responderé, que sobrada razon me asiste para propinar beleño al lector, porque, modestia á la espalda, estoy cansado de viajar . . . en tramway.

Y si el lector me apura por citas en exótico idioma daré una muestra de mis conocimientos filológicos recordando un viaje que hice á Florés y otro que efectué á Barracas.

Del primero recuerdo, que unos vascos decian en una cancha de pelota: *Arremisaia*, lo que vertido al argentino quiere decir: esta tan asendereada pelota que vá del uno al otro lado como bola sin manija es el pueblo que se deja estropear, y lo que es mas inaudito aun, que permite que lo aligeren do peso y . . . pero me apecho de que el lector puede empezar á reflexionar en lo lacónica y elocuente que es la jerga vasca y por tanto aquí suspendo la traduccion, que por sabido lo tengo, que desde el momento en que el lector reflexiona perdido y por siempre se queda el autor. Sin embargo y dicho sea de paso,—mal deben reflexionar los lectores, siempre ilustrados para los demagogos, cuando tantos periodistas chillones sacan la panza de mal año en estos tiempos de . . . chanchos sabios y mujeres pintadas.

Peró, vamos al segundo: creo, que dije

que habia sido en Barracas, y esto no lo estrañe el lector, porque como he viajado tanto no es nada raro que me confunda.

Pues bien, era en el punto que dije y de un grupo de bachichas salió esta voz, que hirió mis oidos: *Murra*, vocablo que traducido libremente significa: son ménos las piedrecillas de la ribera que los puñetazos que lleva recibidos por hora el sentido comun.

Ahora que creo haber dado pruebas de mi competencia como viajero, voy á charlar un poquito sobre otras cosas que he visto, y mucho, acerca de las que no he visto, y espero ver nunca, aunque viva mas que una solterona, que segun malas lenguas lo propalan, viven doble, embutien-do por arte de birlbirloque medio siglo largo en veinticinco primaveras mas fijas que el mismo sol.

Cuando abandoné mis país. . . digo, cuando salí de mi casa para tomar el tramway, mi primer afán fué conocer á ciertas personas que habia oido ponderar muchísimo.

Así fué, que me lancé por los Estados Unidos, por Europa, es decir . . . por las calles de estos nombres, en procura de la Caridad, del Patriotismo, de la Ciencia y de mil otros nombres que apuntados llevaba en mi cartera; empero y por desgracia nunca pude toparme de manos á boca con tan conspicuos personajes.

En cambio, la caridad al ausentarse, sí es que alguna vez vió entre nosotros, lo que no puedo afirmarlo porque no lo sé de cierto, habia dejado sus asuntos á cargo de sus parientes, segun me informaron.

Tuve ocasion de hablar con algunas hermanas de esta señora y al despedirme salí como habia entrado: con una mano atrás y otra delante; cosa muy ajustada á la buena lógica, porque como es sabido, la caridad bien entendida empieza por casa y yo era un estraño, aunque estraño que no habia comido ese dia.

Lo que hasta entonces habia hecho, se lo juro á Vd., amigo lector, por mi estómago que es lo que mas aprecio el hombre, —esa vez me persigné, que bienes en poder de parientes son peores que de difuntos y mas presto corren burro. Y no fué por esto solo (voto á tall) sino al palpar como se reproducia la familia. . . . Con esta celeridad, no me maravillaría, á fé, que le resucitasen á la caridad el dia menos pensado, una docena de abuelas, que donde hay plata hay milagros, hay amor y hay patriotismo del mas puro y acendrado que se conoce.

Seguí en mi mania de buscar cosas que de oidas solo conocia y me largué con toda mi inocencia á buscar la amistad. Gasté seis pares de botines y al fin conseguí hallar el rastro de sus huellas. ¡oh, sublime amistad, tú coincides en mi memoria con una tenacidad tal de asociacion con el primer préstamo de dinero que hice, que difícil me será relegarte al olvido!

Busqué la ciencia y no sé si ella misma ó alguna otra desalmada que tomaba su nombre, tuvo en mala hora la ocurrencia de atajarme el paso.

A puñados y como mejor pude me introduje algo de ella en las células del cerebro. Despues supe . . . tanto como antes. Pero miento, que adelanté algo, porque aprendí un nuevo idioma en el tecnicismo científico para esplicar el dolor. . . aunque el mal no diferió, por esto, ni un ápice de su intensidad.

Busqué . . . ¿pero, que no he buscado ya? Ah! lo que no amo ni odio y lo que es al propio tiempo mi tormento de todas las horas: la mísera vida, que con todas sus pompas y todas sus glorias no alcanza á compensar el martirio horrible de hablar media hora con un zonzó.

DA FREITO.

PAJINAS DE UN LIBRO

FEDERICO RUCKERT

Federico Rückert, nació en Schweinfurth (Baviera) el 16 de Mayo de 1789; estudió en la Universidad de Jena, y tomó allí mismo el grado de profesor en 1811. En breve dejó el campo de la enseñanza por el de la literatura, y en los años de 1815 á 1817 se distinguió como uno de los principales redactores del periódico el *Morgenblatt*. En 1818 hizo un viaje á Italia, y se detuvo algun tiempo en Roma, en donde hizo un estudio especial de los cantos nacionales. Regresó luego á Alemania, y se fijó en Coburgo, en donde se casó. Los bienes de fortuna que adquirió con su mujer le permitieron dedicarse con independencia á la vida literaria. Habiéndose ocupado en el estudio de las lenguas orientales, especialmente del árabe y del persa, aceptó en 1836 una cátedra en la universidad de Erlangen. El rey de Prusia, Federico Guillermo le llamó á Berlin en 1830, en donde desempeñó hasta 1849 el doble cargo de catedrático y consejero íntimo del monarca. En 1849 se retiró nuevamente á la vida privada.

Las poesías de Federico Rückert se distinguen por la elegancia de su estilo y la facilidad y armonía de sus versos. Este poeta maneja la rima, el asonante y la aliteración con una destreza prodigiosa, y juega con las mayores dificultades de la lengua y del ritmo. Publicó su primera colección de *poesías alemanas* (*Deutsche Gedichte*; Heidelberg 1814) con el pseudónimo de *Friedrich Reinmar*, ó sea *Reinmar de la localibre*. Forman parte de esta colección los *Sonetos acorazados* (*Geharnischte Sonette*), los cuales respiran odio contra el extranjero que trató de subyugar su patria. Des, pues de la derrota de los franceses, Rückert, para emplear la expresión poética de un contemporáneo, despojó su lira de la cuerda de bronce, y dió á luz la *Corona del tiempo* (*Kranz der Zeit*; Stuttgart, 1817), en que dominan los sentimientos tiernos y eróticos. Publicó después las *Rosas orientales* (*Oestliche Rosen*; Leipzig, 1822), que es una imitación libre de las *Gacelas* persas; los *Cuentos y narraciones de Oriente* (Stuttgart, 1837, 2 tomos); las *Oraciones y meditaciones orientales* (Berlin, 1837, 2 tomos), *Rosetein y Sarah*, historia heroica (Erlangen, 1838; Stuttgart, 1846); *La Sabiduría de los Brahmines* (Leipzig, 1839), etc. Todas estas obras fueron inspiradas por los estudios hechos por Rückert en los idiomas orientales, con cuya exuberancia no deja de tener muchos puntos de contacto su estilo tierno y florido. Ha dado á conocer también, por medio de traducciones fieles y literales, las obras de varios autores persas, indios y árabes, cuales son las *Metamorfosis de Abon Said* (Stuttgart, 1826, 2 tomos; 3.ª edición, 1844); el cuento indio *Naly Damajanti* (Frankfurt, 1828; 3.ª edición 1845); *Hamasa, ó los antiguos cantos populares arábigos* (Stuttgart, 1846, 2 tomos); *Amvilkais, el rey poeta* (Ibid., 1847).

Además de sus poesías y traducciones, Rückert ha escrito una comedia política en tres actos, *Napoleon*, y varios dramas que no han añadido hoja alguna á la corona de laurel que ya ceñía su frente; sus títulos son: *Saul y David* (1845); *Heródes el magno* (1844); *El Emperador Enrique IV* (1845); *Cristóbal Colon* (1845). Por último; en 1839 publicó una *Vida de Jesús*, que no es más que un resumen de los cuatro Evangelios. Federico Rückert falleció en 31 de Enero de 1866.

Estos datos pertenecen al Sr. Jaime Clark, traductor de la siguiente composición.

LEYENDA BRAHMINA

Puede más que la codicia
En el hombre la ambición;

De un árabe esta noticia
Refiere antigua canción.

Hassan, le dijo un amigo,
La yegua á robarte van.
Antes lleve mi enemigo
A mi mujer, dijo Hassan.

Invencible en la carrera,
Rauda como el aquilón,
Cifra en su yegua ligera
El árabe su ambición.

Y á la cama de su tienda,
Para más seguridad,
Aquella noche á su prenda
Encadena su ansiedad.

Pero estando Hassan dormido,
El ladrón se deslizó
Junto á su lecho, y sin ruido
Soltó la yegua y montó.

Alerta, grita, en buena hora
Logré tu yegua robar;
Prueba Hassan tú mismo ahora
Si se la puede alcanzar.

Hassan á sus deudos llama,
Y al ladrón siguiendo van
Como persigue á la llama
El soplo del huracán.

Diéronle caza sin tregua,
Y alirla ansioso á coger,
Se acuerda Hassan que la yegua
Iba su fama á perder.

Si te alcanzo, se decía,
Vencida al fin quedarás;
Si te dejo, yegua mía,
Ya de otro dueño serás.

Mas huye, corre ligera;
Que te roben veces diez
Prefiero á que en la carrera
Te alcancen sólo una vez.

Y de una treta se acuerda
Para hacerla desbocar:
Pícala la oreja izquierda,
De pronto empieza á gritar.

Que en tal parte la picaba
Cuando, acosado tal vez,
A desplegar la exitaba
Su indómita rapidez.

No en vano Hassan aconseja,
En daño propio, al ladrón;
Pronto atrás á todos deja,
Rauda como el aquilón.

Tu yegua al ladrón regala,
Mírale ya donde va.
Si tú mismo le das alas,
¿Quién alcanzarle podrá?

La tribu así le critica;
Y él con profundo dolor,
La he regalado, replica,
Pero he salvado su honor.

Me servirá de consuelo
Saber que robada fué,
No vencida; en rauda vuelo
Ni yo mismo la alcancé.

FEDERICO RUCKERT.

LAS FIESTAS EN LA RECOLETA

La lectura de un artículo publicado en el «Album del Hogar» del penúltimo Domingo que se registra bajo este mismo epígrafe, hizo sujerir de mi imaginación las ideas que trataré de apuntar aquí, aunque de una manera incompleta.

Al autor del referido artículo ha filosofado á través de un choppe, y no es de extrañar que la lógica deducida después de todo lo que vió, sea la que de una manera tan poco sensata estampó en las columnas de «El Album», para engañar de ese modo su conciencia y la de los lectores que hubieren profanado la morada de los que fueron, concurriendo á esa orgía inmoral y sacrilega que se llama *Fiesta de la Recoleta*.

En efecto; nada hay tan profano, ni que relaje mas el sentimiento del pueblo, que ese torneo del placer y la locura, llevadas á su mas alto grado de manifestación.

Hay relajación de sentimientos, asistiendo á esa fiesta, porque todo aquel que contemple, aún á la distancia, esa mansión silenciosa de los muertos, debe, naturalmente experimentar en su alma las tristes y dolorosas emociones que se producen al mirar de frente á esos mudos sepulcros que guardan restos tan queridos; una madre, una esposa, un padre, hermanos, parientes y amigos.

Hay profanación de lo sagrado, porque nadie tiene derecho á interrumpir ese silencio funeral que caracteriza al templo de las tumbas, como no sea para orar y elevar al trono de Dios una plegaria religiosa por el descanso y perdón del que fué.

—Nada existe que merezca mas nuestro respeto y reverencia que el monumento denotador del *no ser*, del que existió, por mas que no lo simbolize sinó una tosca cruz.

La Fiesta de la Recoleta es una aberración que si bien obedece á la eterna Ley de los contrastes humanos debe desaparecer para honra de nuestro pueblo y por amor á la humanidad:—su sostenimiento será siempre una negación absoluta de todos los

sentimientos nobles y elevados, á la vez que, para aquellos que no nos conocen bien, una idea de atraso y de barbarie, que la culta sociedad Bonaerense debe rechazar, contribuyendo por su parte á la completa estincion de esa fiesta en el bajo de la Recoleta.

Es tiempo ya que ese espectáculo corruptor de la moral, del decoro y de las buenas costumbres desaparezca.—Basta ya de cometer el sacrilego crimen de querer mezclar á los muertos en los festines de los vivos.

De la sociedad entera, y de las autoridades respectivas, debe esperarse que esa fiesta se hará en lo sucesivo en cualquier otro sitio que no sea la Recoleta, pues sobran lugares aparentes para ello, en la ciudad de Buenos Aires.

BERNABÉ Z.

Octubre 24.

ARCO-IRIS

TELÉGRAMAS DE CHILE

Al "Album del Hogar"

Octubre, 1º

Gran julepe—Todos tiemblan
Pensando en apresamiento;
Pueblo culpa á Presidente,
Presidente culpa á pueblo.

Octubre, 1º

Jabon abundante—listos
Como dos mil cargamentos;
Cien toneladas por hora
Hace fábrica Gobierno.

Octubre 2.

Desde el dia que apedrearon
Estátua pueblo porteño,
Chilenos vueltos estatuas:
Feas estatuas del miedo!

Octubre, 2.

Todo pronto—nada falta,
Hombres, cañones, dinero;
Solo valor no se tiene,
Mas pronto vendrá do Imperio.

Su correspondsal.

COMO SE PIDE

Por el correo hemos recibido las siguientes líneas:

Señor Director:

Ruego á Vd. publique la adjunta. Charla que, hace dos noches, escuché á dos

interesantes niñas de esta sociedad, en la calle de la Florida.

S.S.

Una Suscritora.

CHARLA

—Alcira mial

—Cuanto placer de verte, querida Ernestina!

—Que andas haciendo?

—Buscando algun lindo género de primavera para hacerme un traje.

—Has estado en la Ciudad de Londres?

—Sabes ya que no he viajado por Europa, cuando mas me he alejado de Buenos Aires ha sido para ir á Montevideo.

—Ya empiezas con tu costumbre, te hablo de la tienda de Londres. ¿Has visto las novedades que tiene?

—Ahl si, pero no he encontrado una á mi gusto.

—Que descontentadiza eres! pues, hija, allí hay para todos los gustos y á precios muy equitativos.

—Como te digo, para mi no he hallado, querida Ernestina, ¿quieres acompañarme?

—Con placer, y si gustas iremos á la tienda de Martinez y Hurtado, que han sacado lindísimas telas.

—Vamos.

—Te has fijado, Alcira, como se usan los sombreros de ala ancha?

—No me digas, mujer, es una exageración, vamos á parecer pájaros.

—Mira estas dos lindas niñas que vienen por la vereda de enfrente.

—Si, son Lola G. y Sylvia L.; esta última está en capilla; se casa muy pronto con un distinguido caballero de la provincia de Córdoba, llamado J. R.

—Es posible? me alegro mucho, será una linda pareja. Estuviste en el concierto donde cantó Lola G.?

—Sí y me gustó muchísimo su voz. Conoces, Alcira, estas dos niñas de luto? que linda es la mayor, parece una virgen!

—Son las señoritas Inés y Mercedes A.

—Ahl me han dicho que el Dr. D. está entusiasmado con la primera.

—Como no, si se casa muy pronto con ella.

—Se acredita de buen gusto, el inteligente doctor. A propósito de casamientos, ¿sabes que debe unirse con el lazo indisoluble el 6 de Noviembre la simpática Luisa C. con el joven A. L. y en el mismo mes María R. con A. N.

—Que sean felices! pero dime algo de tí, adorada Ernestina, ¿siempre enamorada del interesante poeta?

—Este amor, alma mia, irá conmigo hasta la eternidad.

—Que entusiasmo, Ernestina!

—Mira, no toques esa cuerda porque me hace mal efecto, me duele el corazón.

—Y tu eres la que cantabas victoria, por no haberte herido con su flecha el travieso niño?

—Es cierto.

—Aquí viene á pelo lo que dice mi abuela «á cada santo le llega su día.»

—Quienes son estas preciosas enlutadas que atraviezan la calle?

—Sofía y Adela Z. La primera es una consumada pianista, y esa otra rubia es la que tiene medio loco á nuestro amigo M. S.

—Tiene buen gusto, Manuelito.

—Si es mas graciosa y espiritual que una andaluza.

—¿Quién?

—Magdalena L. que viene lindísima.

—Yo creí que hablabas de Manuel; pues querida lo de graciosa y espiritual convengo, pero en cuanto á linda no soy de tu opinion.

—Que importa que no lo sea si vale mas que muchas bellezas.

—Y á propósito—¿qué piensa el inteligente literato?

—Piensa que cada día lo enloquece mas.

—Ja, ja, ja, si él te oyerá!

—Asististe el domingo al Concierto de la Opera?

—Sí, y me entusiasmó hasta el delirio Maria Zavalia, en la Sonata de Bethoven con el señor Gaito.

—Que monada! y tan joven que ha llegado á ejecutar la música clásica con tanta perfección!

—Sabes lo que sentí? que no cantara esa noche la señorita de Lumb; tiene una voz tan dulce, que me parece estar en el cielo oyendo á los ángeles, cuando escucho su canto; dá con tanta pureza las notas altas que asemeja una lluvia de brillantes cayendo en una urna de cristal.

—Entretenidas en nuestra conversacion hemos pasado la tienda adonde nos dirigiamos.

—Retrocedamos, no es mas que media cuadra.

A LA SIN RIVAL PORTEÑA

Ayer se me acercaron

Veinte porteñas,

Y á pedirme un bombito

Para una tienda

En que se vende

Lo que vale cien pesos

Por treinta y siete.

Dicen, no sé si es cierto,
Que allí se encuentran
Elegantes vestidos
De rica seda,
Lindos sombreros,
Cintas, tules y adornos
De ínfimos precios.

También me han garantido,
No sé si mienten,
Que son tan generosos —
Los dependientes,
Que á la que gasta
Veinte pesos, un traje
Le dan de llapa.

No es esto solamente
Lo que me han dicho
Y que lleno de asombro
Yo lo he oído:
Es que esos mozos,
Sin cobrar nada, sirven
También de nóvios.

Con que, lectoras bellas,
Id á la tienda
A averiguar si es cierto
Lo que se cuenta.
Quereis el nombre?
«La sin rival portañá»,
Calle Buen Orden.

No tengo de ella mas que una mirada: lo
suficiente para que el anhelo de mi alma no
cese ya, porque en el fulgor de sus ojos he
entrevisto cien auroras de ventura.

Cuando la veo sonreír (aunque la com-
paracion lo peque por poética) me parece
que se está disolviendo en mi boca un pa-
cuccito de dulce de coco.

Viste de negro y su frente inspirada des-
cubre que tiene el alma blanca.

No hay música comparable á la de su voz;
solo una cosa presiento mas dulce: el arpe-
jio que produciría el chasquido de un be-
so, en su boquita de coral.

Quizá mañana me toque partir: ¿qué
me importa que la mar esté embravecida ó
en calma, cuando mi corazón está libre del
naufragio?

Los mudos no saben decir, *te amo*, pero
saben amar; así yo, si supiera hacer versos
le diría cosas muy lindas, pero no la ama-
ría mas.

Estas líneas en el momento de escribir-
las nada valen; dentro de poco serán ines-

timables: sus ojos se habrán posado sobre
ellas, y un mar de esa luz que ha llevado á
bonancible puerto de esperanza el alma
mia, las iluminará, dándoles un valor que
no tienen.

RECETAS

Pertencen las siguientes recetas al fes-
tivo escritor español Manuel del Palacio:

Para hacer académicos
Un sillón de terciopelo
Tomarás;
Media vara sobre el suelo
Lo pondrás;
Un señor muy estirado
En la mesa sentarás,
Y tendrás
Un ingenio tan menguado. . .
Como todos los demás.

Para hacer un erudito
Dos dracmas de latin, una de griego,
Una mesa de pino,
Y diez libros en pasta y pergamino,
Pondrás de la ignorancia al lento fuego;
Revuélvelo con clásicos autores,
Y cuando esté templado,
Dálo á beber á un viejo desdentado
Y . . . ¡erudito! diránle los doctores.

Para hacer un valiente
Júntame, en una pieza,
Descaro, insensatez, miedo, pobreza;
Algo de odio á la vida
C de ambicion astuta y desmedida,
Y yo con todo te daré un valiente
De tan duras entrañas,
Que el mundo llenará con sus hazañas. . .
Siempre que haya delante quien las cuente.

Para hacerse querer
— Hablar bien de todo el mundo,
Mentir siempre y adular;
Ser el primero en gastar
Y en amor ser el segundo.
Con acento furibundo
Suspirar por el ayer,
Y girar como veleta;
Esta es la mejor receta
Que hay para hacerse querer.

Para morir se
No comer, comer mal ó comer poco,
Abrir el alma al entusiasmo loco,
Querer y odiar de veras,
Del estudio gozarse en las quimeras;
Ser pobre y ser honrado
Y jamás transigir con el malvado;
Recetas son seguras,
Para morir, cómo se vive, á oscuras

VALOR CHILENO

La Revista del Sur, de Concepcion, (Chi-
le) le dirige innumerables impropiedades al
señor Bilbao. Le llama traidor á su patria,
calumniador, infame, etc. etc. y concluye
por . . . ocultar el nombre del autor de tal
hazaña!

REALIDAD

Hoy todo es realidad; cesó el misterio
De ejercer su destino transitorio;
Ya no se usa decir que el consistorio
Del Supremo Hacedor sea un imperio;
Han entrado ya en pleno magisterio
El vapor, el cañon y el abalorio:
Tráncase, baila y juega en un *velorio*
Y á dos pasos tambien del cementerio!
Oh! mundo miserable! por mas sério
Que te pongas, con todo lo irrisorio
Que se anida en tu dúplice hemisferio,
No alcanzarás el fin que yo me glorio:
Propender al sagrado ministerio
De cambiar la verdad por lo ilusorio!

Buenos Aires, Octubre 27 de 1878.

PABLO DELLA COSTA.

CRONICA DE LA SEMANA

JUANA MANUELA GORRITI—La distingui-
da escritora argentina con cuyo nombre en-
cabeza mos estas líneas, nos ha favorecido,
desde Lima, con algunas de sus valiosas
producciones.

Empezaremos á publicarlas en el próxi-
mo número.

CAIN—Esta composicion fué la presenta-
da al Concurso Literario de Mercedes, con
el lema: «Sed como el sándalo que perfu-
ma el hacha que le hiere.»

NOVENA—Mañana se dará principio en
Santo Domingo á la novena de San Martín
de Porrado.

FIESTA—En el teatro de la Opera tendrá
lugar una fiesta, el 10 del corriente, cuyo
producto se destinará al aumento de los fon-
dos que se recolectan con el propósito de
erigir una estatua al General Lavalle.

NOVELA—Se nos ha asegurado que nues-
tro inteligente amigo Da Freito está escri-
biendo una interesante novela, titulada:
«Mis amores con Elvira.»

MES DE MARIA—El 7 del corriente, á las
7 de la mañana, empieza en la iglesia de la
Concepcion el mes de Maria. Habrá plá-
tica todos los dias.

JULIO SANDOVAL—Desde el Mártes se en-
cuentra en esta ciudad este inteligente jó-
ven, hijo de la distinguida escritora argen-
tina Juana Manuela Gorriti.

Lo saludamos.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DE HOGAR

DOBLES

Dobles, dobles! Qué triste es el gemido
De esa campana que llorando está;
Es una voz que desolada y hueca
De tumba en tumba sollozando vá.

Es voz de muerte cavernosa y fria
Que estremece de duelo el corazon;
Rueda sobre las flores del sepulcro
Y se hunde entre las grietas del panteon.

Se pierde como el eco de otros mundos
Y vuelve triste vibracion á dár;
Recorre el templo, la desierta nave,
Y al pié resuena del sagrado altar.

Allá en la cruz de la elevada torre,
Sobre el blanqueado campanario está,
Una ave negra, que se queja y llora
A cada voz que la campana dá.

Oh! qué tristeza! . . . el corazon se oprime,
Todo al espanto del dolor se agranda;
Parécenme fantasmas los cipréses
Que sobre el mármol de las tumbas andan.

Y tengo miedo . . . el sepulcral redoble
Parece que las sombras alineára,
Y que en el seno de los tristes nichos
El suspiro de un alma se anidara.

Es una procesion de sombras vagas
Que al compás de los dobles van marchando;
Son gigantes que pueblan el vacío
Y van las nieblas del abismo alzando.

Ah! qué triste este sitio! . . . esta campana,
Las cruces, los sepulcros, todo lloral . . .
El ave de la torre . . . hasta las flores
Que se entreabren al beso de esta hora!

Hay un suave balance entre el follaje
De las tuyas que inclinan su cabeza,
Y en el reposo eterno de las tumbas
Hay un sello supremo de belleza.

Ya no tengo terror! . . . cesó el lamento,
El lúgubre gemir de esa campana;
Nada interrumpe el tétrico silencio
De la verdad de la existencia humana!

Viene subiendo, tras espesas nubes,

La blanca luna y la brillante estrella;
En cada cruz del cementerio, un rayo
Quiebra su lumbré cariñosa y bella.

Baña, al pasar, con resplandores suaves,
Las bóvedas, la torre, el campanario;
Ella ilumina, silenciosa y muda,
El soberbio sepulcro y el osario.

Todo es silencio. . . el ave no se queja;
Cesó con la campana su sollozo;
La brisa apenas un rumor levanta
Que no interrumpe el funeral reposo.

Rumor de alas, de armonías vagas
Se escuchan susurrar en la espesura,
Y una forma, un vapor, un ángel triste
Se inclina sobre cada sepultura.

Son ángeles que bajan de los cielos,
Por permission de Dios sobre la tierra;
Son ángeles que lloran y se quejan
Sobre la tumba que su amor encierra.

Así tambien cuando mi alma triste
Cansada de este mundo alce su vuelo,
En forma de esos ángeles que lloran,
Vendré á velar tu sueño desde el cielo!

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

Noviembre 2 de 1878.

RECUERDO Y OLVIDO

Nada le es tan facil al hombre como ol-
vidar la brevedad de su vida y limitado po-
der. Erés el rey de la creacion, le dice la
inferioridad de los demas habitantes de la
tierra.

La industria exclama: soy tu vasalla. Las
artes, nos has formado.

Ya qué has llamado, entra, le dice la
ciencia con severidad, y el entusiasmo huma-
no exaltado por victoriosas conquistas que
no creyó realizar, llega á imaginar que no
hay límites para sus aspiraciones y va, solo
Dios sabe adonde se detiene el delirio de la
mente humana cuyo vuelo se remonta á lo
infinito de la perfeccion.

Y no obstante, cuan lentamente ha mejo-
rado su condicion! Cuantos siglos han pa-
sado, y cuantas generaciones se han extin-
guido para que nosotros gozaramos el fruto
de sus afanes!

Qué torrentes de lágrimas y de sangre,
qué poema de dolores no ha costado la mas
insignificante ventaja que hoy poseemos!
Y cuanto habrá de trabajar la generacion
presente para desembarazar el camino que
debe recorrer la que ha de sucedernos y esta
á su vez para la que ha de venir en pos!

El hombre ha cambiado la faz de la tierra,
doquiera dirige la vista encuentra testigos
de su poderío, la electricidad y el vapor,
extinguendo aquella la distancia y condu-
ciendo este á la civilizacion, son trofeos del
mas inmarcesible triunfo; el mar que se resis-
tia á su paso conquistador, hoy se vé inva-
dido sin que su potente grandeza arredre
al invasor, que hallando pequeña la tierra
para contenerle y anhelando otros mas di-
latados mundos, dirige los ojos al espacio so-
ñando dominar el aire como el vapor.

Con inaudito valor ha saltado las barreras
de lo imposible y con la palma de la victoria
se yergue sobre las ruinas del atraso, mientras
entona cánticos de alabanza el amor de sí
mismo, á cuyo arrullo se adormece el ven-
cedor.

Pero, la experiencia ese poderoso auxi-
liar del tiempo, enseña al hombre que es
peligroso disfrutar demasiado de la victoria
y que son dificiles de descifrar por su ama-
rga significacion los sueños que, como el del
rey babilonio, contienen gigantes de oro y
hierro sostenidos en plantas de barro.

Y pues hace desvalido sin que su voluntad
sea consultada para enviarle al mundo, al
cual apenas llega se ve obligado á cargar el
terrible peso de las necesidades y comen-
zar la jornada de la vida, que el paso del
tiempo convierte en polvo, le enseña que la
suprema voluntad no quiso hacerle mas po-
deroso y aun le redujo á mayor flaqueza,
poniendo vallas insuperables á todo humano
arrojo, doquiera encamina sus pasos.

Ave errante que cruza el espacio de lo
infinito como la viajera golondrina los soli-
tarios mares, en busca de calor y armonia;
nave sin brújula abandonada á merced de
encontradas olas: caravana perdida en el
desierto; columna de humo que el aire des-
vanece, tal es si bien se mira, el hombre

Empero, como sería superior á sus fuer-
zas la vida que recibe, Dios ha equilibra-
do los males de la criatura escribiendo en

su corazón: Cree, y poniendo en su mente el olvido; el hombre olvida y se somete á esas leyes inmutables que le rigen; cree y prepara esas grandes obras cuya realizacion conduce á los pueblos que la ejecutan al apogeo de la civilizacion.

Aunque lloraron, creyeron los que fortalecieron con su sangre á la vacilante libertad que debia triunfante recorrer el mundo. El hombre para concebir todo lo grande, todo lo bello, para hacer con valor su penosa travesía, necesita creer que desde la inmensurable altura le mira con atencion, quien despues de dar movimiento á los mundos, observa como el tiempo le obedece, hundiendo y sacando de la nada pueblos y generaciones.

Si llegara un dia en que se apagára el fuego sacro de la esperanza y solo existieran cenizas donde debia alumbrar la purísima luz de la creencia de un mas allá que los ojos no ven: ¿Qué seria del hombre? ¿qué de la sociedad? ¿El mundo avanzaria? No. Muerta el alma, moriria el hombre porque sus vidas van unidas, porque son gemelos cuya naturaleza no sufre separación; porque ni los soñados adelantos de una civilizacion adelantada, ni los perfeccionamientos prodigiosos de la industria, ni las portentosas concepciones del arte, podrian llenar el vacío que en el corazón deja la idea de la nada y entonces la tierra presentaría las soledades de la luna ó la animacion de los círculos que visitó Dante.

MATILDE CUYÁS.

Montevideo, Noviembre de 1878.

AMBICION

SONETO DE TEÓFILO GAUTIER

Poeta!—el alma henchir con voz sonora;
las turbas arrastrar con sus pasiones;
grabar en bronce todas sus acciones;
brillar sobre el mortal á quien se adora;—

De un paso ir del poniente hasta la aurora;
regir á una treintena de naciones;
ver que no caben ya sus ambiciones;
ser Napoleon, y más!—Ser en buen hora

Dante, Shakespeare, Dios! Palpar que es nada
todo! Llenar de tí la tierra inquieta
para sentir tu corazón vacío!—
Qué colmará del alma desolada
el hondo abismo?—vencedor! poeta!
—El fuego de un amor igual al mío!

A. N. V.

CORRERIAS Y MODAS

Todo tiene su explicacion en este mundo lleno de alegrías y de tristezas, desde las cosas mas sencillas hasta las mas importantes, desde la primera lágrima de amor que perfuma la fresca mejilla de una niña encantadora y la acaricia con el rocío fecundo del sentimiento, hasta el carrito de la tienda *Ciudad de Londres* que se desliza gallardamente por las calles de Buenos Aires, dirigido por la respetable señora *Vinidad*, disfrazada modestamente de conductor.

¿Porque desapareció la pobrecita Carmen de las columnas del *Album del Hogar*?

Por muchas razones, contándose entre ellas un pequeño paseo al mas solitario y pintoresco pueblito de nuestra campaña.

¿Que puedo decir á mis bellas lectoras de semejante correria?

¿Que los verdes panoramas de la campaña invitan constantemente á muchos hombres á fijar su residencia en ella?

¿Que la grave monotomía de la vida campestre puede hacer pensar á gentes que nunca se han preocupado de hacerlo?

Bahl . . . Todo esto es demasiado sabido. Básteme decir que desde hoy vuelvo á hacerme cargo de mi seccion, con mas decision y valor que un respetable ciudadano chileno en dia de manifestacion iconoclasta!

Llegué á esta ciudad el Sábado de la semana pasada, dia memorable en que la humanidad cristiana aparta la vista de las cosas transitorias de este valle de lágrimas, para engolfarse en la contemplacion de esemisterio sublime que se llama la eternidad.

Nadie hay en la tierra que no tenga una ilusion perdida en los dinteles del sepulcro: allí, donde termina la vida del bullicio para los que se van y comienza la vida solitaria del recuerdo para los que se quedan: allí, donde se extingue la actividad pasajera del mundo y nace la vida radiante de la inmortalidad.

Estuve, pues, en el triste é imponente cementerio de la Recoleta, donde los fúnebres cipreses conservaban quizás en el misterio de su follaje las alegres músicas de la danza con que se divertieron los concurrentes á las fiestas de Octubre.

No pude menos de observar que la lujosa tienda de la *Cruz* habia realizado su negocio y disculpen mis lectoras este recuerdo, teniendo en cuenta que la presente seccion se ocupa de modas.

Las avenidas de la ciudad de los muertos presentaban el golpe de vista de una animacion inusitada, recorridas por compactos

grupos de damas y caballeros lujosamente vestidos de negro.

Las puertas de las tumbas estaban abiertas y adornadas profusamente con un verdadero diluvio de flores.

¡Qué contraste tan conmovedor ofrece la lozanía de las flores depositadas sobre el mármol de un sepulcro! Asalta á la mente el horrible recuerdo del martirio de Tántalo condenado á desear eternamente, sin conseguir jamás la realizacion de sus dolorosos anhelos!

Pero, en fin, lectoras, hagamos á un lado las cosas tristes.

El dia de difuntos ha pasado como todos los años.

Los cristianos hemos oído tres misas, los cementerios han recibido la ofrenda piadosa de los vivos, los artículos de luto han subido en las tiendas de la calle Florida y las gentes han vuelto naturalmente al vaiven tumultuoso de las pasiones de la vida.

Hagamos nosotros lo propio y ocupémonos de otra cosa.

Por fin se acordaron las bellas hijas de Buenos Aires del Paseo de Julio, donde las apacibles y tranquilas tardes de verano invitan á recoger las auras del Plata é inspirarse en las meditaciones propias de las almas poéticas, en esa hora privilegiada en que la diosa de la dicha ó del recuerdo acaricia suavemente el corazón.

A mi regreso lo he hallado como en otros tiempos: ocupado por una multitud brillante de lindas niñas y de caballeros galantes.

En estos tiempos las diversiones son pocas y las gentes que tienen oportunidad de hacerlo, se pasean á fin de matar el tiempo.

Hoy la seccion mas leída de los diarios nos anuncia las funciones de la compañía dramática que trabaja en la Alegría, la exhibicion de la señorita Marcelina, muger microscópica y la exposicion de fieras en el Circo de los señores Cooper y Bailey, que siempre estaban por dar la última funcion y que por fin se han ido á darla á otra parte.

La primera tiene sus aficionados especiales, la segunda merece la atencion de los que quieren ser maridos económicos y la tercera ofrece animales sábios en exhibicion.

Estos no deben llamar mucho la atencion, porque son conocidos en todas partes, ménos en Buenos Aires.

De manera que el Paseo de Julio es el centro de reunion de las bellas y de los elegantes.

Sin que esto se relacione con el párrafo

anterior, yó hé seguido tambien la corriente de la moda y asistido al paseo favorito.

Allí he visto á Matilde T. . . , contemplando el azul del cielo menos diáfano que el limpido espejo de sus ojos; á Felisa A. . . , á quien se acuerda la palma de la belleza en Buenos Aires por muchos de los que la admiran con entusiasmo; á Anita L. . . , cuyos ojos negros y rasgados tienen mas poesía que las tardes de primavera; á Maria H. . . , Matilde M. . . , Adela J. , Angela y Maria U. . . , Estela R. . . y otras muchas que dan á las risueñas avenidas del Paseo la alegría de otras épocas en que fué el *rendez-vous* de la juventud y de la hermosura.

En cuanto á los caballeros, como siempre: abundantes y contentos, vestidos con una rigidez británica y haciendo jugar una varita entre las manos con aire protector.

Sin que lo qué vá en seguida tenga tampoco nada que ver con lo anterior, diré tambien que he visto en los paseos, al alegre Julio Sandoval, recientemente llegado de la ciudad de los Reyes.

Dicese por ahí que en Lima ha quedado alguien sumamente triste con la ausencia de nuestro amable huésped, mientras que por estos mundos se ha contentado tambien alguien.

Como me lo contaron, lo cuento.

Para la próxima, quedan citadas todas mis amigas, á quienes anuncio públicamente mi regreso.

Será inútil que se presenten sin novedades.

Se despije de sus amables lectoras, con el cariño de siempre—

CÁRMEN.

DE HEINE

La noche se extendía
en mis ojos, y como
si dentro de mi boca hubiera plomo,
enervado yacía
en mi tumba. Después de haber dormido
por tiempo indefinido,
sentí al fin que mis miembros se animaban
y desperté con ligereza, cuando
me pareció que estaban
á mi ataúd llamando:

—¿No te levantas, pues, Enrique? el día
eterno resplandece,
los muertos resucitan y aparece
la bienaventuranza y la alegría.

—No me es posible, respondí á su ruego:
no puedo, amada mía.

—¡Enrique! con mis besos, con mi amor,
me dijo, te daré luz y consuelo
y verás á los ángeles del cielo
y del cielo verás el esplendor.

—Yo no puedo, mi amada, levantarme;
una palabra tuya proferida
causó en mi corazón tan grande herida
que no deja un momento de sangrarme.

—Pondré en tu pecho, Enrique,
mi mano de manera
que el dolor dulcifique
de esa palabra infiel que te vulnera.

—¡Oh! no puedo, no puedo, vida mía:
otra herida me hiciste
y una bala de plomo en la cabeza
tengo desde aquel día
en que á mi amor arrebatada fuiste.

—Tambien, Enrique, con mis propios rizos
la sangre contendré que salir deja
tu grave herida y calmaré al instante
el dolor incesante que te aqueja.

Suplicaba la voz de una manera
tan dulce y lisonjera,
que ya no pude resistir más tiempo,
y al ponerme de pié
se abrieron mis heridas,
brotó un caño de sangre. . . y desperté.

MANUEL MARIA FERNANDEZ

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM
DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALE-
JANDRO MAGARIÑOS CERVANTES)

(Continuacion)

D. Pedro de Madrazo, una de las figuras contemporáneas mas notables en la literatura Madrid, nació en Roma.

Y tantos y tantos otros, por no citar los antiguos.

¡Qué elocuentes ejemplos para algunos Aristarcos atacados por el vil gusano de la envidia y

Metidos á criticar

Lo que no saben leer!

VIII

En la literatura del Plata es muy frecuente el nombre de los Varela; D. Juan Cruz, D. Florencio, D. Luis, D. Mariano, D. Héctor, D. Juan C. y D. José Pedro, todos son notables en la prosa y en el verso; queremos ocuparnos hoy del último.

El autor de los *Ecós perdidos* en cuyo volumen campean bellísimos versos como el

canto á Lord Byron por su entonación é imágenes atrevidas, sino por la pureza del ritmo, figura en el *Album* con cuatro composiciones de las cuales la mas incorrecta es el *Índice del hombre*: en esta especie de escala prosaica de la vida no hay poesía alguna; ha desaparecido por completo el estro que agitó las fibras del corazón del poeta cuando escribía estas estrofas:

*¡Que lindos son tus ojos y que lindo
El color de tu tez inmaculada!*

¡Que suave es el calor de tu mirada!

¡Que puro debe ser tu corazón!

¡Como adornan tu cuello nacarado

Las ondas de tu negra cabellera!

¡Como en tu sien hermosa reverbera

La poética luz de la ilusión!

¡Ah! ¡dichoso el que pueda un solo instante

Ocupar tu sencillo pensamiento;

El que aspire el aroma de tu aliento

Y beba la ambrosia de tu amor;

El que haga que tu frente se colore

Con el santo rubor de la inocencia;

El que pase á tu lado la existencia

Oyendo palpar tu corazón!

(Pág. 226)

Por mas que tenga el defecto de aconsejantar corazón con amor, pues suele con frecuencia caer en ese error el joven Varela á quien si como amigo no queremos silenciar defectos, como críticos los reprobamos.

Creemos que sea hija de una mala interpretación dada á la escuela moderna por los poetas de nueva generación. Si bien el romanticismo ha roto la cadena de la esclavitud estética, también es cierto que si el pensamiento libre se desborda en un mar de caprichosas formas, acabaremos por no entendernos; y el día en que no sepámos á qué atenernos en materia de versos, vale más romper la péñola, arrojar la lira, y renegando de la *sensiblería* y de la *libertad rítmica*, penetrar de nuevo en el augustó templo de la clásica Grecia.

En *La Argentina* (pag. 205) damos á conocer algunas poesías nuevas del Sr. Varela; entre nuestros numerosos materiales para las siguientes series de aquella publicación, tenemos esta otra poesía inédita; titúlase *El masacre de Scio* (Trad. de Bryant:).

Dice así:

No lloreis por los mártires de Grecia!
La sangre por los Turcos derramada
No ruega en vano, cuando pide al cielo
Contra el alevé criminal, venganza!

Si entre las llamas que el espacio alumbran
A torrentes la sangre se derrama,
Por cada gota se alzará un guerrero
Para morir ó libertar su patria!

Por cada cuerpo que al océano caiga,
Pastorrajado á la legion marinal
Millares de enemigos, de banquete
Servirán á las aves de rapina!

Y ordenará la Grecia austero rito,
Que conserve ese día en su memoria,
Hasta que el último eslabon de hierro
De su cadena, para siempre rompa!

Victor Hugo decia en una carta al jóven
Varela:

«He leído sus poesías y puedo decirle
que es V. poeta—Creo no equivocarme en
esta opinion porque el herrero debe entender
en su oficio.

«Veo por ellas que es el alma de la Fran-
cia la que palpita en vd.—Para mí, pues,
no es vd. un ciudadano de Montevideo; es
un compatriota que esparce en aquellas
lejanas regiones el espíritu de la Francia
liberal.»

«Continúe vd. porque aunque no tan vas-
ta ni tan eficaz como la de los escritores
franceses, es noble y grande la mision de
los escritores americanos.»

Después del autor de las *Orientales* no me
es permitido añadir una palabra—*Magister dixit.*

Fermin Ferreira y Artigas es otra de las
notables figuras del *Album*. Una sola com-
posicion, de las seis con que aparece, bas-
taría para conquistarle la inmortalidad—
la titulada *inmortalidad*.

*Virtud, valor, talento! que de un nombre
Haceis un timbre de eternal ejemplo;
Vosotros deciais triunfante al hombre,
De la inmortalidad al sacro templo!*

¡Qué idea sublime de la dignidad humana
tenia el infortunado Ferreiral! Leámos la
cuarteta final:

*Bendito del que al polvo ha descendido,
Con el alma grande, exenta de vileza;
Bendito del que á tiempo ha comprendido
Que la existencia en el sepulcro empieza!*

(Pág. 195.)

Compárese esa espontánea y profunda
idea arrancada al alma del poeta cristiano,
con esta de Henrique Heine, traducida lí-
bremente:

«Ohtumba, tu eres paraíso de los oídos de-
licados que temen el rumor populachero de las
turbas! Buena es la muerte, y, sin embargo,
valiera mas no haber nacido.»

Como dice Castello Branco, muy opor-
tunamente, «los últimos versos del brillan-
te humorista formáronse en su espíritu en-
golfado en un abismo de dolor:» efectiva-
mente, cuando Heine escribía su *Lázaro* la
ceguera y la parálisis le atormentaban;—
y, sin embargo, como dice él, cuanto vale
tener,

*Virtud, valor, talento! que de un nombre
Haja otro timbre de eternal ejemplo!*

XI.

Quisiéramos hacer un análisis de todas las
composiciones del libro que tenemos delan-
te, pero ni disponemos de tiempo suficiente,
ni nos perdonarian los lectores que nos
hayan acompañado hasta aqui, el que para
dar noticia de una bella produccion no nos
hayamos separado ni un ápice del objeto pri-
mordial y siempre en el cansado y poco poé-
tico lenguaje que nos caracteriza en esta
clase de trabajos.

Podríamos ocuparnos extensamente del
autor del *Charrua*, obra de mas mérito que
muchas que conocemos en América y oímos
elogiar todos los días siendo *malas paro-
dias algunas y que pasan por originales!* el
Coronel Bermudez.

*Ya no oye del combate en que impaciente
Azuzó su bridón; lidió esforzado:*

El soplo de la muerte lo ha doblado.

(Pag 26.)

Miguel Herrera y Obes con sus *sombras*
no es menos afortunado que el anterior,
aunque Bermudez es de mas aliento y de
una profunda intuicion que tal vez haya re-
parado poco en el bello drama que hemos
citado

L. Vicente Lopez con su *Himno al mar* es
verdaderamente,

*El hombre, que no cesa
De crecer en grandeza,*

(Pag. 29.)

aún que los críticos tengan que disimular
los consonantes como en la presente mues-
tra, que comparada con las bellezas de la
composicion bien puede dedicársele los dos
últimos versos con que finaliza:

*Es una pobre gota desprendida
Del insondable mar del infinito!*

Llegamos á la página 30 y nos hallamos
con un viejo conocido; del poeta Berro no
podemos decir mas de lo que hemos consi-
gnado en *La Argentina*. Tres poetas de este
apellido figuran en el *Album*, los tres con-
temporáneos, los tres parientes y los tres
de índole distinta.

En nuestro concepto D. Bernardo Berro
y D. Aurelio son mas que poetas, escelentes
versificadores, respetando sin embargo en
lo que vale la opinion del Dr. Magariños,
sobre el último, que hemos leído en uno
de los tomos de la Biblioteca Americana.

La flor del desierto de Enrique de Arras-
caeta,

*Une al suyo su destino,
Y su buen ó mal camino*

Vá con él.

(Pág. 35.)

BENIGNO T. MARTINEZ.

(Continuará)

PÁGINAS DEL CORAZON

Hoy se agitan en torno de mi frente
Las sombras del dolor y mi desgracia,
¡Hoy he vuelto á vivir, porque hoy ha muerto
Mi única esperanza!

¡Hoy he vuelto á vivir; porque he apurado
La copa rebotante de mis lágrimas,
¡Hoy he vuelto á vivir; porque he sabido
Que esa mujer, no me ama!

Me ha engañado la luz de sus pupilas,
Me ha engañado la voz de sus palabras,
Pero sé mi infortunio; me lo ha dicho
El silencio de su alma.

¡Hoy he vuelto á vivir; porque me envuelve
Otra vida infeliz y ante mi planta
Se extiende otro camino!... ayer de flores!
Hoy de espinas y zarzais!

RAMON OLIVER.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO IV.

Véase el número anterior

—«El Profesor Niffleis,» dijo Burbullus,
mirando en torno suyo,—ha nacido en Me-
mel ¿sabe V. donde está Memel?»

—«No soy muy fuerte en Geografía, Se-
ñor, pero. . . .»

—«¿No le he dicho que cuando no sepa
una cosa me la pregunte?»

—«Es cierto.»

—«¿Y porqué no me ha preguntado don-
de está Memel?»

—«Porque yo sabía.»

—«Ah!»

—«Memel es una ciudad situada á los
55° 42' de latitud Norte y 18° 45' de lon-
gitud oriental del meridiano de Paris. Colo-
cada á orillas del Báltico, ó mas bien en el
Curische-Haff, es la ciudad mas septen-
trional y oriental del Imperio de Alemania.
Por su situacion geográfica parece que Me-
mel debiera pertenecer mas bien á la Ru-
sia que á la Prusia»

—«¿Eh? ¿qué es eso?»—dijo el Profesor
haciendo un gesto.

—«Si, señor,» le contesté un tanto entu-
siasmado ya,—«el rio Niemen desemboca
en el Curische-Haff, y sus aguas azotan el
flanco oriental del Curische-Nehrung.»

—«¿Y qué hay con eso?»

—«Que aquel rio forma el lado meridio-
nal de lo que podría llamarse el triángulo
que representa la porcion de territorio en
que está edificada la ciudad de Memel, ter-
ritorio cuya costa no es sino la continua-
cion de la de Curlandia.»

—«De todos modos cree Vd. que debe pertenecer á la Rusia?»

—«Sí, señor.»

—«¿Sí, eh? pues yo no diría jamás eso al Czarski me encargara del arreglo de una cuestion de límites con los Alemanes, porque, aunque Memel, geográficamente, debiera pertenecernos, basta que sea la ciudad en que ha nacido Nifflis, para que yo no desee su anexión á mi patria. ¿Sabe Vd. la latitud y longitud de todas las ciudades y pueblos?»

—«No señor.»

—«¿Y como sabe la de Memel?»

—«Porque alguna vez he estado allí.»

—«Bien, todo eso que Vd. me ha dicho nada me importa; Vd. comprende que siendo yo natural de Curlandia, y viviendo á pocas leguas de Memel, tengo más motivo para saberlo que Vd. que es Argentino; pero vamos al caso. Nifflis nació en Memel, y Memel tuvo la desgracia de haber dado nacimiento á Nifflis. Este se educó en la Universidad de Königsberg, y recibió, á los veintidos años de edad, el título de Doctor en Ciencias. A los veintiocho años se casó,—mal hecho—un naturalista no debe casarse jamás—eso queda para los otros. . .»

—«Pero señor, usted mismo. . .»

—«Vd. no tiene que meterse en mis asuntos domésticos. Un día se le ocurrió á nuestro fantástico Emperador dotar á la ciudad de Arcángel con una Academia oficial. ¿Sabe Vd. también la longitud y latitud de Arcángel?»

—«No con mucha precisión, pero sé que está situada en la margen derecha del Dwina, cerca de la embocadura de este en el Mar Blanco, y que sus habitantes reciben el sol en un ángulo de 64° y algunos minutos.»

—«¡Jó! ¡ol! ¡ol! vaya una manera original de dar la latitud de un país. Arcángel, en otro tiempo, respecto de su comercio y de su civilización, era el San Petersburgo de la Rusia Septentrional.»

—«Yo también sabía eso, Señor Burbullus.»

—«Y á mí, ¿qué me importa? Allí, pues, en Arcángel, fué donde el Gobierno ruso resolvió fundar una Academia Oficial que se instaló frente por frente del palacio arzobispal en el año 1871, el día 30 de Diciembre. Hacía bastante frío ese día, pero el Emperador quería someter á una ruda prueba á los Académicos. El Emperador sabe que yo soy un hombre competente en eso de fundar Academias, y de instalarlas frente á los palacios arzobispaes; por eso fué que, entre todos los Rusos que hay en

Rusia, fuí yo el único indicado para llenar este cometido. Yo lo conocía á Nifflis antes de esto. Pero un amigo mio, muy sabio, aunque no tanto como yo, me escribió una carta de recomendación, en la que me decía que Nifflis era un joven sabio, muy distinguido, y me pedía le hiciese nombrar miembro de una de las Facultades de la Academia de Arcángel. ¿Sé? y me adjuntaba algunos trabajos científicos de Nifflis, por los cuales deduje que era un biólogo y un anatómico de primer orden. Le acepté. Pero yo en Curlandia soy lo que Bismark en Alemania, y si Bismark es hoy el Vice-Emperador en su país, yo no soy menos que él en el mio bajo el punto de vista científico;—y si yo hubiera nacido entre los tegumentos de Bismark me habría quitado el Vice, porque la firmeza de mi carácter y mis principios de dominación, políticamente hablando, no me permitirían reconocer superiores. Le diré algo mas, yo me considero superior á Bismark, por que él no ha llegado aún al pináculo de sus aspiraciones, mientras que yo ya he comprado todo el papel en que voy á escribir la Fauna Rusa. Por eso el Emperador, cuando me escribe oficialmente, dice en el epigrafe de sus notas: *‘A más ilustre de los Rusos y al más sabio de los hombres, Profesor Doctor Peter Jampol Braunú Burbullus, Académico de San Petersburgo, Director científico de la extinta Academia de Arcángel y autor de la Fauna más notable que se vá á escribir’*, todo lo cual no es más que una farsa del Emperador.—Director de la Academia, la dirija desde Mittau, y entretanto los Académicos se morían de frío. ¡Jó! ¡ol! ¡ol! qué lindo! ¡qué espectáculo tan gracioso debe ser el de un Académico que se muere de frío en Arcángel! No hacían nada sino estudiar en sus domicilios propios, y como en Invierno, allí, no se puede salir mucho á la calle, cuando llegaban por casualidad á la Academia, no encontraban un solo estudiante. Esto no podía continuar así. Era necesario que los Académicos emprendieran correrías lejanas y que aprendieran á no tener frío. Nifflis era el que daba el mal ejemplo. Inmediatamente le di orden de salir en una expedición científica por las riberas septentrionales de la Rusia, á pié, con todos sus colegas, pnesto que, siendo necesario comenzar mis trabajos, y habiendo sido poco explorada esa porción, ellos eran quienes debían hacerlo. Debían salir de Arcángel, costear el Mar Blanco, y llegar hasta Zolotutka; obedecer rigurosamente todas las escotaduras de la costa sin internarse mucho, estudiar bien el golfo de Tcheskaia

para establecer allí un puerto Artico.»

«Pero,» continuó diciendo el Profesor Burbullus, «aquí hay un mapa; de este modo podrá Vd. seguir bien todos los accidentes. Debían, por fin, llegar á Ponstozersk, donde terminaría la excursión. El 15 de Enero de 1872 los Académicos me enviaron una nota en la que me comunicaban que al día siguiente se ponían en marcha. Así lo verificaron.»

—«Y qué objeto se proponía Vd. ó el gobierno ruso al fundar ese puerto en el Golfo de Tcheskaia?»

—«Muchos; primero, aclimatar á los Académicos; segundo, castigarles por su negligencia; tercero, establecer el primer eslabon de una cadena que debía terminar en el mismo polo.»

—«En el mismo polo!»

—«Sí; esa idea me ha dominado desde hace muchos años, pero creo que por fin la he desechado. Mi objeto,—porque era mio, no del Emperador,—era aprovechar las diversas islas perdidas en el Artico para convertirlas en depósitos y gradualmente, invernando hoy en esta, al año siguiente en otra de latitud mas elevada, llegar al polo.»

No dejó de agradarme la idea del Profesor, pero veía tanta maldad en su conducta con los pobres Académicos que, eslabonando las ideas, como él queria eslabonar los invvernaderos Articos, deduje que en mi vida había tratado un hombre mas loco ni de corazón mas malo.

—«¿Y qué resultó de la expedición?» le interrogué con cierta curiosidad.

—«Lo que yo esperaba. El día 15 de Febrero recibí una nota escrita por Nifflis, y firmada por todos ellos, en la que me decían. . . pero, voy á hacer ver á Vd. la nota.»

El Profesor sacó de un pequeño armario una caja en forma de in-folio. en cuya cubierta pude leer, en caracteres rusos:

DOCUMENTOS

RELATIVOS Á LA ACADEMIA IMPERIAL DE ARCÁNGEL

—«Este. . . no; este otro. . . tampoco; ah! aquí está,» dijo despues de examinar minuciosamente el contenido. «Dice así:

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

HASTA EL CIELO!

Cesaron ¡oh mi Dios! las alegrías
Del amor terrenal con sus anhelos,
Y ya empezaron á correr los días
Del santo amor que seguirá en los cielos!

Ya no podrán borrar tiempo ni suerte
La imagen inmortal que el alma encierra....
Yo te amaré del seno de la muerte,
Como tú me amarás desde la tierra!

Sí, me amarás! La dicha no se olvida
Ni el inmenso dolor de nuestra historia....
Al decirnos adios en esta vida
Nos citamos tú y yo para la gloria!

JUAN CLEMENTE ZENÉA (1)

LA ROCA DEL RECUERDO

—Amas?
—No
—Y tienes alguna religion?
—Sí. La del deber, la de lo bello.
—Nada mas?
—Nada mas.
—Pero en fin, habrás amado alguna vez?
—Sí. Una sola.
—Y ya no amas, ni aún el recuerdo?
—No, porque es un recuerdo amargo.
—Hay recuerdos amargos que nos son queridos.

—Las ilusiones perdidas. . .
—Los poemas que tienen su mundo en el imperio del corazón, no mueren.

—Y como se consiguen esos poemas?
—Amando.
—Y tu amas?
—He amado siempre.
—Y ahora?
—Continúo amando.
—Y siempre á una misma persona?
—Siempre.

—No comprendo. En la vida se tienen ilusiones, es cierto, pero pasan, como pasan las nubes, como pasa la hermosura, como pasan los años. Los ideales se vislumbran: tienen por vida un segundo. Tu amas, dices. Y bien, es que ese hombre á quien amas ha permanecido siempre el mismo para tí? El ideal que él encarna, no ha perdido ningún encanto para tu alma, en tantos años?

—No, no tuvimos tiempo ninguno de los dos. . . La flor de nuestro amor, murió inmaculada.

—Entonces. . .

—La muerte nos hizo felices. Él murió con esperanzas; yo tengo por religion, el poema de su recuerdo. Comprendes que pueda ser dichosa con ese amor?

—Quizá, dijo S. . . El mundo de la imaginación y del sentimiento, es mas rico en

felicidad que el mundo de la tierra. ¡Cuántos seres hay, que como plantas exóticas, vegetan entre sus semejantes, amarrados por la cadena de la vida á la roca de un recuerdo amargo!

CARLOS OLIVERA.

Octubre 5 de 1878.

PARÁBOLA

Iba un pobre hombre por un camino, mas bien arrastrándose que andando, tal era la postracion en que lo habia sumido la sed, el hambre y el poco y mal dormir.

La tierra en su marcha incesante iba en ese momento á presentar su opuesta faz al sol.

La otra mitad, no tardó en quedar sepultada en oscuras brumas y con ella nuestro hombre.

«¿Dónde iré!» se dijo, y espaciando su mirada en lontananza descubrió el indeciso titilar de una luz lejana.

Levantóse y prestándole ánimo la esperanza de mitigar sus necesidades se dirigió con acelerado paso hácia la luz que habia columbrado.

Como andaba bastante ligero, presto llegó, y quedó sumamente complacido al observar que el pequeño punto luminoso que le habia servido de guia se habia transformado, una vez salvada la distancia, en lámparas de equisito gusto cuyo mágico resplandor iluminaba tibiamente el interior de un soberbio palacio.

Lleno de encojimiento ante tanto esplendor, llamó tímidamente, golpeándose las manos.

A recibirle salió el dueño de casa. Nuestro pobre diablo le impuso de su situacion con palabras entrecortadas.

El magnate que estaba contento porque una de sus hijas iba á casarse al siguiente día de una manera bastante ventajosa, lo acogió benévolamente y lo hospedó en una habitacion contigua al comedor.

Nuestro hombre cerró las puertas, y rato despues dormia profundamente en el cómodo lecho que le habian preparado.

El dueño de casa olvidó presto á su huésped y siguió entretanto con los preparativos para el siguiente día.

Ya el sol doraba las campiñas y las hébras de su luz se quebraban en las elevadas cumbres tachonadas del avaro musgo, que parece complacerse ocultando á la avaricia humana los tesoros que la aurifera mole aprisiona en su seno colosal.

Todo, en fin, era bullicio, vida y movi-

miento en la naturaleza, contrastando con el silencio que reinaba en la morada del magnate.

Y esto queda explicado, diciendo, que todos los habitantes del palacio habian ido á la cercana iglesia á presenciar las bodas de la hija del magnífico señor de aquellos contornos.

Solo habia quedado en la suntuosa morada, nuestro pobre diablo; pero este aún dormia.

Mas como ninguna de las cosas que al hombre atañen es eterna, nuestro hombre despertó al fin.

Vistió nuevamente sus andrajos del día anterior y deseando respirar un aire mas puro que el de su habitacion, abrió una puerta.

Dió la casualidad que fuese esta la que daba al comedor.

La mesa en este estaba servida esperando á los novios y demás convidados.

¡Qué alegria! ¡qué sorpresa la de nuestro hombre!

«¡Oh!» exclamó, «todo, todo lo han hecho para mí», y ébrio, delirante, de emoción y de hambre se abalanzó á la mesa repitiendo como un insensato: «¡para mí! ¡para mí!»

La casa de bodas es la naturaleza, y el mendigo el hombre que en su insania y demente orgullo, cree, que el universo, el sol y esos millones de astros y de estrellas que se reparten el dominio del espacio han sido hechos. . . para que recree su vista. ¡Oh! si los gusanillos del sepulcro hablaran, ellos nos dirian que nosotros habíamos sido creados para servirles de alimento!

Lector: nunca digas ¡para mí! que así habla la bestia humana.

Si quieres ser hombre, interpreta á la pródiga naturaleza que en el bosque, en el aire, en la luz y, sobre todo, en el latir presuroso de los corazones jóvenes, eternamente murmura: ¡Para todos!

DA FREITO.

ITU IMÁJENI

A MI IDOLATRADA AMIGA ADELA CASTELL

Llega á mis manos tu suspirado retrato, esa imagen adorada que mi corazón reclamaba con ardiente anhelo.

Oh! Adela mia, porque no tienen el don de la palubra, esas imágenes queridas? Pór qué no responden á las confidencias intimas de nuestra alma? . . .

Tu retrato, es hoy mi fiel é inseparable compañero; que de cosas no le cuento!

Ya que no me es posible reclinar mi si-

(1) Esta composicion fué escrita en las paredes de la prision por el desventurado poeta cubano, poco antes de ser fusilado.

en debilitada sobre tu tierno corazón, consuélome comunicando á tu imagen querida las penas de mi alma, los dolores de mi corazón.

Y parece á mi imaginacion ardiente, ver en esas expansiones, que tus bellos y negros ojos, se animan y adquieren una espresion triste y melancólica y hasta creo haber visto oscilar, entre tus sedosas pestañas, dos tiernas lágrimas, cual gotas de rocío próximas á desprenderse del cáliz de una flor primavera, que, mustia y abatida por la fuerza de los rayos solares ó ya por el fiero huracan que doblega su tallo, siento sin embargo, revivificarse y fortalecer por ese dulce rocío que le devuelve su anterior frescura y lozanía.

Paréceme tambien, que tu elevado y alto seno, se agitación sensiblemente, bajo los encajes que lo cubren, por los impulsos violentos de tu corazón, á causa de las dolorosas sensaciones que mis palabras os han ocasionado.

Y creo ver, que con amorosa, solícita y tierna compasion tiendes tus brazos, estrechándome para confundir mis lágrimas con las tuyas!

Oh! mi adorada Adela, que hermosa y seductora me pareces así!

Tu cabello sedoso y naturalmente rizado flota sobre tu espalda con encantador desorden, y entre sus rizos vense, olorosos jazmines y perfumados nardos.

Tu rostro virginal de una hermosura suprema; trazado al parecer por el pincel del gran Ticiano, está revelando toda la belleza de tu alma y los nobles sentimientos que atesora tu corazón.

Que dicha tan inmensa, tan inefable esperimento al estrechar contra mi corazón tu adorada imagen.

Oh! mi Adela amada, ya que no es posible imponer al destino nuestra voluntad de vivir juntas, seguiré, mientras llegue ese anhelado instante cifrando mi dicha en comunicar á tu bella y poética imagen las afecciones dolorosas que oprimen mi corazón.

¡Quiera Dios que llegue pronto el suspirado día en que pueda confiar á tí misma lo que mi corazón hace hoy á tu preciosa imagen y que nuestras almas confundidas en un tierno abrazo, vuelvan á encontrar la tranquilidad perdida, en los tortuosos senderos de la vida!

LOLA LARROSA

Bs. As., Noviembre de 1878.

EL OPIO DE LOS CIVILIZADOS

Existen muchas personas que califican á los chinos de estúpidos é incapaces porque no saben vivir sin hartarse de opio.

Y sin embargo... ¿quién es el que en esta vida no toma su dosis de opio?...

El opio se toma de varias maneras, y vamos á señalar algunas, demostrando así la verdad de nuestro aserto.

EL OPIO EN HOJAS

Yo tengo un amigo comerciante, conocido por *El hombre jovial* á causa de su constante y habitual alegría.

En los dias mas aciagos de su vida, en medio de las grandes crisis políticas que tanto afectan al comercio, se le ha visto siempre conservar su buen humor.

Hay dias, sin embargo, en que está triste, muy triste; dias, en que, él mismo lo confiesa, no hay nada que pueda hacerle vencer su melancolía. Esos dias son los festivos.

En tales dias su periódico no sale; ha perdido el estimulante que le es tan necesario, le falta alguna cosa, y esa cosa es todo. Tú mismo, querido lector, ¿no estás suscrito á algun diario?

De fijo que si. Pues bien decia yo: tomador de opio en hojas.

EL OPIO Á DOS MANOS

Yo he oído hablar de una célebre actriz que durante muchos años necesitaba todas las noches, para dormirse, cierta dosis de opio, que tomaba en el teatro en aplausos, y tanto era así, que el día que tuvo que privarse de ella, murió.

Cómicos, cantantes, bailarines, oradores, gimnastas... No concluiría nunca si tratara de enumerar los que toman el opio á dos manos, y que necesitan de los aplausos para vivir.

EL OPIO EN CINCO ACTOS

Ahí, teneis, queridos lectores á mi amigo Juan.

Juan es poeta, y uno de los mas decididos fumadores de opio que yo conozco.

Este toma el opio en tragedia.

Pasa todo el día encerrado en su gabinete corrigiendo y aumentando el precioso manuscrito sin el cual no podría vivir.

Los perfumados vapores de su obra se le suben al cerebro; tiene visiones agradables y sueña que se halla ya, aclamado como el primer poeta del siglo.

Dejemos dormir á ese mortal afortunado, que demasiado pronto despertará.

¡Duerme, Juan; duermes en paz, querido amigo!

EL OPIO EN GALANTERÍAS

La respetable viuda de R... recibe todos los jueves: brillante y concurrida está la reunion.

Los espaciosos salones de su casa en la calle de Reconquista están llenos de gente: por todas partes se ven circular hermosas damas y apuestos caballeros.

Carolina, la hija única de la señora de R..., hace los honores de la fiesta.

Carolina pasa de los cuarenta años y es fea, pero tiene catorce millones de dote, y pollos y gallos acuden solícitos á su lado como las moscas á la miel, murmuran á su oído frases de amor y la dicen que es hermosa.

Carolina se sonríe, el opio ha producido su efecto, y aquella noche se duerme soñando que es efectivamente hermosa, y que su belleza es la envidia de las mujeres y la admiracion de los hombres.

Dejadla dormir que bien pronto el espejo la despertará; pero llegará el jueves siguiente, y volverá á tomar el opio de la adulacion.

La sociedad actual hace un gran consumo de esta clase de opio.

EL OPIO EN CIRCULARES

¿Y el opio de la política?...

Van á verificarse unas elecciones, y el candidato escribe la siguiente carta-circular:

«Electores: hijo del país, he vivido siempre á vuestro lado, y conozco vuestras necesidades y vuestras aspiraciones.

«Nada teneis, y por consiguiente todo lo necesitáis.

«Yo me comprometo á que veais cumplidos todos vuestros deseos; si me habeis el señalado honor de elegirme vuestro representante.

«Vuestro afectísimo, etc.»

Apenas terminada, esta circular produce su efecto. El candidato se vé ya sentado en los escaños del Congreso.

El Diputado B... le estrecha la mano y le hace mil cumplidos con el objeto evidente de atraerlo á su partido.

Un periódico, en un arranque de entusiasmo, le compromete á aceptar una cartera en la combinacion ministerial que esta próxima á formarse.

Después de algunas dudas y vacilaciones, acepta la cartera.

Dejad que el opio produzca su efecto; pronto el infeliz se verá derribado por su contrario, pero lejos de desmayar, se entregará otra vez al opio de una nueva candidatura.

REFLEXIONES

Los chinos no conocen mas que una clase de opio: el opio de adormidera.

Las naciones occidentales, mucho mas civilizadas, conocen: el opio del amor, el opio de la ambicion, el opio del vicio, el

opio de la adulacion, el opio de la gloria, el opio de la vanidad. . . .

Pero no creo necesario continuar enumerando las distintas clases de opio que se conocen en los países cultos: lo dicho basta para demostrar qué lugar ocupa el sueño en nuestra vida.

En su consecuencia, respetemos las costumbres y preocupaciones de cada país, no nos burlemos de los chinos, y... ¡viva el opio!

JOSÉ BUSTILLO PEREZ,

ARCO-IRIS

ESTRELLA!

¿A donde vés, alma mia, cuando en la noche serena, en la noche serena y solitaria, te levantas sobre el lodo de la vida;—y sueñas, sueñas con lo imposible, con lo que no es dado espresar al humano language?

Nada hay sobre la tierra que alcance á torcer la armonia sublime de las leyes de la naturaleza; lo que ha sido ayer, es hoy y será mañana, obediendo siempre á la presión irresistible que le imprime su destino, desenvolviéndose constantemente en el camino de la fatalidad que domina todo cuanto existe. El detalle es deleznable y muere, —pero el conjunto es inmortal.

La existencia humana está sujeta tambien á leyes inexorables: el demagogo ladra á la luna y el miope de la inteligencia gruñe contra el sentido comun, asi como el filántropo combate el suicidio en nombre del instinto de propia conservacion.

La ley de mi corazon es el amor de una misteriosa *Estrella* de bonanza que ilumina las sendas de la vida como una cascada de luz—¿qué fuerza de atraccion encadena mi pensamiento al destino de su vida?—¿por qué su alma, toda claridad, se enlaza con la mia, toda tinieblas?

Hay misterios que resisten á la inteligencia, pero que se explican por el latido del corazon;—pregúntale al mio por qué se estremece de ternura al solo acento de tu voz! —interroga al tuyo porque palpita al unisono con la queja de mi amargura!

El amor es la última antorcha que se apaga en el camino de la vida. Cuando se extinguen todas las luces que simbolizan una esperanza, todavia queda una brasa entre las cenizas.

Oí *Estrella*! Los libros me llaman,—los libros son unos insolentes: quieren dividirse contigo mi pensamiento!

Au revoir—

ANASTASIO

JURAMENTO

A: E.

En la primera página de mi alma,
El libro de mi vida,
He escrito enternecida
Una ostrofa de amor—Es un poema
Que con fé y esperanza allí he grabado
Cual inmortal emblema
De la eterna pasion que te he jurado.
Inmortal es el alma—Asi como ella,
Será inmortal el sentimiento mio,
Y aunque impía la suerte
Quiera un dia borrar mi humilde huella
De este mísero suelo,
Te habré amado en la tierra hasta la muerte,
Y aun para amarte mas buscaré el cielo!

RICARDO

El espíritu del hombre es una lira que solo la mujer sabe pulsar; por eso cuando ella me mira, siento un concierto en el alma.

Desde que amo me falta tiempo para pensar en ella: ¡cielos! ¿en qué se ocuparán los que no aman?

Le debo un recuerdo, le debo un suspiro, y talvez una lágrima. . . pero digo mal, que solo se debe lo que se puede pagar: inspirada por el amor, ella me ha dado todo eso.

La aurora, el trino de los pajarillos, la fronda embalsamada, las cascadas formando fuentes de espuma. . . todo esto es muy bello, pero no me basta para encontrar adecuada comparacion á sus encantos peregrinos.

Quisiera ser poeta para decirle cosas muy lindas, tan lindas como el detalle de sus formas que es el límite de lo bello.

Los acordes arrancados á la lira del sentimiento solo pueden escucharse con los sentidos del alma.

Asi cuando ella está pesadosa, aunque yo no la vea, mi alma entera se arrasa en lágrimas.

Diosa de mi culto: Adios! y que en las tristezas de la existencia te conforte la certidumbre de que á todas las horas, en alguna parte, los labios que saben la oracion de tu nombre, murmuran los votos mas ardientes que hayan brotado jamás de pecho humano por tu felicidad completa en esta vida.

SEÑOR DIRECTOR:

Mi amigo: Estoy muy enojado por la noticia que dá, en la crónica de la semana, en el número anterior, de que yo estoy escribiendo una novela con el título de *Mis amores con Elvira*.

Esá noticia no tiene ni puede tener fundamento;—primero, porque yo no sé novelar, arte difícil y por otra parte reservado á ingenios superiores;—y segundo, porque yo no he tenido amores con dama que se llame Elvira, ni tampoco, hasta la fecha, con mujer alguna: mi mamá aun no me ha otorgado el permiso necesario. . . pero si alguna de sus bellas lectoras quiere dispensarme el favor de amarme, puede V. decirle, que le corresponderé á hurtadillas de mi mamá, y que, si ella lo desea, no opondré resistencia caso que se le antoje robarme.

Rectificada la noticia que ha dado margen á estas líneas, se complace en saludar al travieso Director—

DA FREITO

CRONICA DE LA SEMANA

DIRECCION—Desde el Miércoles de esta semana se han agravado las dolencias que aquejan al Director del *Album*.

En consecuencia, la Direccion se encuentra provisionalmente á cargo de varios amigos y continuará de esta manera, hasta tanto pueda volver el señor Mendez á su puesto de labor.

APERTURA—Hoy debe tener lugar la apertura de la Exposicion de horticultura, á la cual se prepara á asistir una numerosa concurrencia.

La exhibicion durará una semana.

ALMANAQUE SUD-AMERICANO—El Almanaque Sud-Americano correspondiente al año entrante, contiene muchas cosas interesantes en materia de literatura, pues trae composiciones inéditas en prosa y verso, pertenecientes á los principales escritores americanos y españoles.

Como se sabe, este popular almanaque se publica bajo la direccion del apreciable literato D. Casimiro Prieto.

NUEVO PERIÓDICO—Hoy debe aparecer un nuevo periódico con el título: *El Centinela*. Deseamos prosperidad al vigilante colega.

NUEVA COLABORADORA—En otro lugar publicamos un bello artículo debido á la inteligente señorita Matilde Cuyás, autora de una produccion dramática que se representó con mucho éxito, en esta ciudad.

Aún cuando la nueva colaboradora nos pida la reserva de su nombre, la direccion interior del *Album* se ha perinitida no acceder á un desco, inspirado por la escisiva modestia de aquella distinguida señorita. El artículo nos ha sido enviado desde Montevideo, donde se encuentra actualmente su autora.

Esperamos que la señorita Matilde Cuyás continuará favoreciendonos con su colaboracion

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

LA AMÉRICA Y VICTOR HUGO

Si hubiera en el mundo un hombre que se atreviese á negar la ley eterna del progreso; desconociendo de esta manera una condicion esencial de la naturaleza, la simple comparacion desapasionada entre el presente y el pasado, bastaria para hacerle volver de su ceguedad.

Lo que en otras épocas era patrimonio esclusivo de las clases privilegiadas, hoy se encuentra al alcance de todos los hombres que tienen carácter y una cabeza regularmente organizada:—la ciencia ha franqueado ya el recinto misterioso del santuario y esparciéndose por las mas apartadas comarcas de la tierra, dejando de ser una inspiracion sobrenatural para convertirse en una verdad constatada por la experiencia.

Gutenberg arrebató el monopolio del alimento moral á los hombres que vivian infatigados en el silencio de sus meditaciones egoistas: la invencion de la imprenta ha traído consigo la promesa de una gran conquista, que se va desenvolviendo á medida que transcurre el tiempo:—la llegada de una época en que el mayor número de individuos tenga conciencia plena de su personalidad.

En el estado actual de nuestra civilizacion, han desaparecido muchas desigualdades, muchas preocupaciones y muchos errores, aun cuando lo que queda por hacer constituye todavia una obra colosal.

¿Quién ha sido el autor de esta revolucion que ha quitado á los hombres el derecho de esclavizar á sus semejantes, que ha nivelado todos los derechos bajo la égida suprema de la ley y que marcha en camino de borrar las últimas preocupaciones y exhibir la verdad desnuda ante los ojos de los que piensan?

¿Quién ha llevado á la vieja Europa á los campos de batalla, levantando la bandera de la igualdad y del derecho contra las rancias tradiciones de un absolutismo fundado en muchos años de esclavitud?

¿Quién ha separado á la América del resto del mundo en el terreno de las instituciones políticas, arrojando violentamente á los reyes y fundando el gobierno republicano sobre la base de la fraternidad y de la justicia?

¿Han sido acaso los escritores franceses, ó los americanos, ó los alemanes, ó los hombres de pensamiento que viven en alguna otra region del Universo?

Ni los unos, ni los otros, considerados aisladamente: todos ellos y todos los hombres del mundo que piensan y sufren por el progreso y por la emancipacion de la conciencia humana!

El pensamiento que vivifica, la idea que fecunda y fortalece á las sociedades en la realizacion sucesiva de sus anhelos, no puede encerrarse dentro de los límites estrechos de una localidad determinada.

En el triunfo y en la derrota, en el momento de las grandes victorias como en las épocas dolerosas de tribulaciones sin nombre, que enlutan al género humano, el pensamiento y la conciencia son siempre solidarios.

La abolicion de la esclavatura será siempre una gloria para la humanidad entera, así como la historia de la inquisicion proyecta sombras de ignominia sobre las páginas de la historia.

No hay ciencia ni civilizacion alemana, ni francesa, ni americana: todo pertenece á la humanidad!

Victor Hugo, sin embargo, en una carta que encontramos publicada en el número anterior de este semanario, dice precisamente todo lo contrario:—*afirma que la mision de los escritores franceses es mas vasta y eficaz que la de los escritores americanos...*

¿Por qué?

Simplemente porque á Monsieur Victor Hugo se le ha ocurrido decirlo así, cediendo á un rasgo desmedido de pequeña vanidad nacional, tanto mas imperdonable cuanto que se trata de un hombre á quien el mayor número de las gentes concede la talla de grande.

La propaganda del pensamiento americano es tan grandiosa y tan fecunda como la que inician los hombres de cualquier

otro pais del mundo, siempre que ella se inspire en la cruzada de regeneracion y de progreso que constituye la ley eterna de la naturaleza humana.

El privilegio de las razas y de las nacionalidades está hoy sepultado en el polvo del olvido y los que sueñan todavia con éson quizás los que tienen un concepto mas pobre de la dignidad del hombre:—Bismarck no ha hecho mas que dar nueva forma á los utopias de Aristóteles.

Victor Hugo, pues, ha dicho una pobre cosa.

Y téngase presente que no queremos extendernos en consideraciones históricas porque de lo contrario recordariamos que la declaracion de los derechos del hombre proclamada por la Revolucion de 1789 que forma la gloria de la patria de Victor Hugo, se inspiró en el ejemplo de los Estados-Unidos de Norte América.

Los habitantes de esta parte del mundo se adelantaron entonces á la Francia en la realizacion de una gran conquista y Francia la recogió justamente.

¿Porqué? Porque el pensamiento es solidario y porque todos los triunfos pertenecen á la humanidad.

¿Acaso Camilo Desmoulins hizo por Francia sus esfuerzos de gigante en el vigésimo de la revolucion?—No! Todos los mártires del derecho se han sacrificado por causa del Hombre, sin distinciones raciales de razas, de territorios, ni de nacionalidades.

No nos sorprenderia que Victor Hugo modificase sus opiniones á este respecto.

¿Porqué? Porque Victor Hugo mald hace tiempo á Voltaire en nombre de los errores sombríos del dogmatismo, para conocerle despues todo; sus méritos en el Centenario que solemnizó últimamente Francia entusiasmada.

Todo esto sucede necesariamente cuando no se tienen ideas definidas en ciertas materias.

Despues de impugnar la falsedad, se permite hacer un voto lleno de sinceridad.

Si es verdad que las circunstancias han hecho caer la bandera de la democracia en los pies de un Emperador durante los últimos ensayos democráticos de la not

opio de la adulacion, el opio de la gloria, el opio de la vanidad. . . .
Pero no creo necesario continuar enumerando las distintas clases de opio que se conocen en los países cultos: lo dicho basta para demostrar qué lugar ocupa el sueño en nuestra vida.

En su consecuencia, respetemos las costumbres y preocupaciones de cada país, no nos burlemos de los chinos, y... ¡viva el opio!

JOSÉ BUSTILLO PÉREZ,

ARCO-IRIS

ESTRELLA!

¿A donde vés, alma mía, cuando en la noche serena, en la noche serena y solitaria, te levantas sobre el lodo de la vida;—y sueñas, sueñas con lo imposible, con lo que no es dado expresar al humano language?

Nada hay sobre la tierra que alcance á torcer la armonía sublime de las leyes de la naturaleza; lo que ha sido ayer, es hoy y será mañana, obediendo siempre á la presión irresistible que le imprime su destino, desenvolviéndose constantemente en el camino de la fatalidad que domina todo cuanto existe. El detalle es deleznable y muere, —pero el conjunto es inmortal.

La existencia humana está sujeta también á leyes inexorables: el demagogo ladra á la luna y el miope de la inteligencia gruñe contra el sentido común, así como el filántropo combate el suicidio en nombre del instinto de propia conservación.

La ley de mi corazón es el amor de una misteriosa *Estrella* de bonanza que ilumina las sendas de la vida como una cascada de luz—¿qué fuerza de atracción encadena mi pensamiento al destino de su vida?—¿por qué su alma, toda claridad, se enlaza con la mía, toda tinieblas?

Hay misterios que resisten á la inteligencia, pero que se explican por el latido del corazón;—pregúntale al mío porque se estremera de ternura al solo acento de tu voz! —interroga al tuyo por qué palpita al unísono con la queja de mi amargura!

El amor es la última antorcha que se apaga en el camino de la vida. Cuando se extinguen todas las luces que simbolizan una esperanza, todavía queda una brasa entre las cenizas.

Ohi *Estrella!* Los libros me llaman,—los libros son unos insolentes: quieren dividirse contigo mi pensamiento!

Au revoir—

ANASTASIO

JURAMENTO

A. E.

En la primera página de mi alma,
El libro de mi vida,
He escrito enternecida
Una estrofa de amor—Es un poema
Que con fé y esperanza allí he grabado
Cual inmortal emblema
De la eterna pasión que te he jurado.
Inmortal es el alma—Así como ella,
Será inmortal el sentimiento mío,
Y aunque impía la suerte
Quiera un día borrar mi humilde huella
De este mísero suelo,
Te habré amado en la tierra hasta la muerte,
Y aun para amarte mas buscaré el cielo!
RICARDO

El espíritu del hombre es una lira que sólo la mujer sabe pulsar; por eso cuando ella me mira, siento un concierto en el alma.

Desde que amo me falta tiempo para pensar en ella: ¡cielos! ¿en qué se ocuparán los que no aman?

Le debo un recuerdo, le debo un suspiro, y talvez una lágrima. . . pero digo mal, que solo se debe lo que se puede pagar: inspirada por el amor, ella me ha dado todo eso.

La aurora, el trino de los pajarillos, la fronda embalsamada, las cascadas formando fuentes de espuma. . . todo esto es muy bello, pero no me basta para encontrar adecuada comparación á sus encantos peregrinos.

Quisiera ser poeta para decirle cosas muy lindas, tan lindas como el detalle de sus formas que es el límite de lo bello:

Los acordes arrancados á la lira del sentimiento solo pueden escucharse con los sentidos del alma.

Así cuando ella está pesadosa, aunque yo no la vea, mi alma entera se arrasa en lágrimas.

Diosa de mi culto: Adiós! y que en las tristezas de la existencia te conforte la certidumbre de que á todas las horas, en alguna parte, los labios que saben la oración de tu nombre, murmuran los votos mas ardientes que hayan brotado jamás de pecho humano por tu felicidad completa en esta vida.

SEÑOR DIRECTOR:

Mi amigo: Estoy muy enojado por la noticia que dá, en la crónica de la semana, en el número anterior, de que yo estoy escribiendo una novela con el título de *Mis amores con Elvira*.

Esa noticia no tiene ni puede tener fundamento;—primero, porque yo no sé novelar, arte difícil y por otra parte reservado á ingenios superiores;—y segundo, porque yo no he tenido amores con dama que se llame Elvira, ni tampoco, hasta la fecha, con mujer alguna: mi mamá aun no me ha otorgado el permiso necesario. . . pero si alguna de sus bellas lectoras quiere dispensarme el favor de amarme, puede V. decirle, que le corresponderé á hurtadillas de mi mamá, y que, si ella lo desea, no opondré resistencia caso que se le antojé robarme.

Rectificada la noticia que ha dado margen á estas líneas, se complace en saludar al travieso Director—

DA FREITO

CRONICA DE LA SEMANA

DIRECCION—Desde el Miércoles de esta semana se han agravado las dolencias que aquejan al Director del *Album*.

En consecuencia, la Direccion se encuentra provisionalmente á cargo de varios amigos y continuará de esta manera, hasta tanto pueda volver el señor Mendez á su puesto de labor.

APERTURA—Hoy debe tener lugar la apertura de la Exposicion de horticultura, á la cual se prepara á asistir una numerosa concurrencia.

La exhibicion durará una semana.

ALMANAQUE SUD-AMERICANO—El Almanaque Sud-Americano correspondiente al año entrante, contiene muchas cosas interesantes en materia de literatura, pues trae composiciones inéditas en prosa y verso, pertenecientes á los principales escritores americanos y españoles.

Como se sabe, este popular almanaque se publica bajo la direccion del apreciable literato D. Casimiro Prieto.

NUevo PERIÓDICO—Hoy debe aparecer un nuevo periódico con el título: *El Centinela*.

Deseamos prosperidad al vigilante colega.

NUeva COLABORADORA—En otro lugar publicamos un bello artículo debido á la inteligente señorita Matilde Cuyás, autora de una produccion dramática que se representó con mucho éxito, en esta ciudad.

Aún cuando la nueva colaboradora nos pida la reserva de su nombre, la direccion interior del *Album* se ha permitido no acceder á un desco, inspirado por la escueta modestia de aquella distinguida señorita. El artículo nos ha sido enviado desde Montevideo, donde se encuentra actualmente su autora.

Esperamos que la señorita Matilde Cuyás continuará favoreciéndonos con su colaboracion

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

LA AMÉRICA Y VICTOR HUGO

Si hubiera en el mundo un hombre que se atreviese á negar la ley eterna del progreso; desconociendo de esta manera una condicion esencial de la naturaleza, la simple comparacion desapasionada entre el presente y el pasado, bastaria para hacerle volver de su ceguedad.

Lo que en otras épocas era patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas, hoy se encuentra al alcance de todos los hombres que tienen carácter y una cabeza regularmente organizada:—la ciencia ha franqueado ya el recinto misterioso del santuario y esparciéndose por las mas apartadas comarcas de la tierra, dejando de ser una inspiracion sobrenatural para convertirse en una verdad constatada por la experiencia.

Guttemberg arrebató el monopolio del alimento moral á los hombres que vivian infatuados en el silencio de sus meditaciones egoistas: la invencion de la imprenta ha traído consigo la promesa de una gran conquista, que se va desenvolviendo á medida que transcurre el tiempo:—la llegada de una época en que el mayor número de individuos tenga conciencia plena de su personalidad.

En el estado actual de nuestra civilizacion, han desaparecido muchas desigualdades, muchas preocupaciones y muchos errores, aun cuando lo que queda por hacer constituye todavia una obra colosal.

¿Quién ha sido el autor de esta revolucion que ha quitado á los hombres el derecho de esclavizar á sus semejantes, que ha nivelado todos los derechos bajo la égida suprema de la ley y que marcha en camino de borrar las últimas preocupaciones y exhibir la verdad desnuda ante los ojos de los que piensan?

¿Quién ha llevado á la vieja Europa á los campos de batalla, levantando la bandera de la igualdad y del derecho contra las rancias tradiciones de un absolutismo fundado en muchos años de esclavitud?

¿Quién ha separado á la América del resto del mundo en el terreno de las instituciones políticas, arrojando violentamente á los reyes y fundando el gobierno republicano sobre la base de la fraternidad y de la justicia?

¿Han sido acaso los escritores franceses, ó los americanos, ó los alemanes, ó los hombres de pensamiento que viven en alguna otra region del Universo?

Ni los unos, ni los otros, considerados aisladamente: todos ellos y todos los hombres del mundo que piensan y sufren por el progreso y por la emancipacion de la conciencia humana!

El pensamiento que vivifica, la idea que fecunda y fortalece á las sociedades en la realizacion sucesiva de sus anhelos, no puede encerrarse dentro de los límites estrechos de una localidad determinada.

En el triunfo y en la derrota, en el momento de las grandes victorias como en las épocas dolorosas de tribulaciones sin nombre, que enlután al género humano, el pensamiento y la conciencia son siempre solidarios.

La abolicion de la esclavatura será siempre una gloria para la humanidad entera, así como la historia de la inquisicion proyecta sombras de ignominia sobre las páginas de la historia.

No hay ciencia ni civilizacion alemana, ni francesa, ni americana: todo pertenece á la humanidad!

Victor Hugo, sin embargo, en una carta que encontramos publicada en el número anterior de este semanario, dice precisamente todo lo contrario:—*afirma que la mision de los escritores franceses es mas vasta y eficaz que la de los escritores americanos...*

¿Por qué?

Simplemente porque á Monsieur Victor Hugo se le ha ocurrido decirlo así, cediendo á un rasgo desmedido de pequeña vanidad nacional, tanto mas imperdonable cuanto que se trata de un hombre á quien el mayor número de las gentes concede la talla de grande

La propaganda del pensamiento americano es tan grandiosa y tan fecunda como la que inician los hombres de cualquier

otro pais del mundo, siempre que ella se inspire en la cruzada de regeneracion y de progreso que constituye la ley eterna de la naturaleza humana.

El privilegio de las razas y de las nacionalidades está hoy sepultado en el polvo del olvido y los que sueñan todavia con éson quizás los que tienen un concepto mas pobre de la dignidad del hombre:—Bismarck no ha hecho mas que dar nueva forma á los utopias de Aristóteles.

Victor Hugo, pues, ha dicho una pobre cosa.

Y téngase presente que no queremos entendernos en consideraciones históricas porque de lo contrario recordariamos que la declaracion de los derechos del hombre proclamada por la Revolucion de 1789 que forma la gloria de la patria de Victor Hugo, se inspiró en el ejemplo de los Estados Unidos de Norte América.

Los habitantes de esta parte del mundo se adelantaron entónces á la Francia en la realizacion de una gran conquista y Francia la rogó justamente.

¿Porqué? Porque el pensamiento es solidario y porque todos los triunfos pertenecen á la humanidad.

¿Acaso Camilo Desmoulins hizo por Francia sus esfuerzos de gigante en el vigilio de la revolucion?—No! Todos los mártires del derecho se han sacrificado por causa del Hombre, sin distinciones raciales de razas, de territorios, ni de nacionalidades.

No nos sorprenderia que Victor Hugo modificase sus opiniones á este respecto.

¿Porqué? Porque Victor Hugo maldecia hace tiempo á Voltaire en nombre de los errores sombríos del dogmatismo, para conocerle despues todo: sus méritos en Centenario que solemnizó últimamente Francia entusiasmada.

Todo esto sucede necesariamente cuando no se tienen ideas definidas en ciertas materias.

Después de impugnar la falsedad, se permite hacer un voto lleno de sinceridad.

Si es verdad que las circunstancias han hecho caer la bandera de la democracia sobre los piés de un Emperador durante los últimos ensayos democráticos de la no-

Francia, quiera el destino que antes de terminar el siglo, nos sea dado saludar á la Francia Republicana, comprometida hoy ante el mundo en su tercer esfuerzo de regeneracion política y social!

ANASTASIO.

APOSTASÍA

A MI AMIGO PEDRO M. GOMEZ

Ah, qué horribles! La noche de la tumba
No infunde mas horror

Que las sombrías horas del recuerdo
De mi infeliz pasion.

Hundo en ellas la luz del pensamiento,
Para mirar del sol
El rayo que ha robado de mi alma
El celeste calor.

Y surge de las sombras, macilenta,
La pálida vision:
La mujer que el secreto de la dicha
A mi oído contó!

Ya su frente no ostenta la aureola
De la casta ilusion,
Y su rostro de nieve no se enciende
Al fuego del rubor!

Se eleva de sus ojos hasta el Cielo
La triste irradiacion,
Parece que temiera la mirada
De los ojos de Dios!

Aquel nido de perlas escondidas
De su boca en la flor,
Como brillantes gotas de rocío
En un clavel punzó;

Aquel nido de tiernas armonias,
De aroma embriagador,
Donde, al arrullo de amorosos besos,
Mi lábio se durmió;

En la sombría boca de una tumba,
Exhalando el rumor
Que produce un gusano: ¡la conciencia
Que roe al corazón!

Si veo en las horas del recuerdo
Al ángel que arrancó
Entre las flores de su blanca frente
El jazmín del candor.

Si surge del fondo del abismo
En que su mano hundió,
En su blanca corona de azahares,
Las rosas del pudor.

Si llega hasta el borde de mi lecho
Mi eterna aparicion.
Virgen, que su velo de pureza
En el altar rasgó!

Ah! qué horrible es saber que sobre el lábio
Que nos juraba amor,
Rueda del alma la blasfemia impía,
En vez de la oracion!

G. MENDEZ.

Buenos Aires, Abril 2 de 1877.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO IV.

Véase el número anterior

«Ponstozersk, Febrero 15 de 1872»

«Señor Profesor Doctor, Peter Jampol Brañú
Burbullus, Director científico de la Academia Imperial de Arcángel.

«Hemos cumplido fielmente las órdenes que se nos han dado respecto del estudio minucioso de la costa septentrional de la Rusia, desde Arcángel, hasta el pueblo que indica el epígrafe de esta.

«Nuestros trabajos, señor Director, pueden resumirse de la manera siguiente:

«1537 ejemplares de la Fauna de esta region, (736 especies).

«826 ejemplares de la Flora (134 especies)»

—«¿Y cómo podían tomar esos vegetales y esos animales cuando las nieves espesas...?»

—«Déjeme Vd. terminar;—no me interrumpa.

«que nos han sido regaladas por un «jóven Inglés que hace años vive en Ponstozertk'...

—«¿No vé Vd?» dijo el Profesor encolerizándose como tenía costumbre, según me dijo después, cada vez que leía esa nota, «¿No vé Vd? se les encomienda una exploracion científica y permiten que un jóven inglés maniático que se va á vivir cerca del polo les regale yuyos y animales! Oh! con razon digo yo que Niffleis es un bribon. Pero, continuaré leyendo:

«Observaciones meteorológicas, de hora en hora, sin perder una sola; topografía, geografía, geología, mineralogía, astronomía, etc., etc.»

—«Pero, señor Burbullus, se me ocurre que esta expedicion ha sido hecha durante una larga noche, porque en aquellas altas latitudes, ésta dura tres meses en las que no se vé sol, y aunque la oscuridad no es completa...»

—«¡Jó! jó! jó! entonces qué merito hubiera tenido hacer las exploraciones de día? pero, continuaré leyendo:

«No podemos volver. El frío, los ma-

los alimentos nos han molestado sobremanera, y todos estamos enfermos.»

—«¿Y cómo llegó á manos de Vd. esa nota?»

—«Por el Lapon de Niffleis, cara de mammoth.»

—Ah!

—«Si, porque al llegar al Golfo de Tcheskaia lo hallaron cazando osos blancos, y en el momento en que algunos de estos animalejos...

—«Animalejos!»

—«El volumen y la fuerza no hace al caso;—cuando alguno de estos animalejos, decia, le iban á rodear y á destrozarle, aparecieron detrás de unas rocas los Académicos de Arcángel.»

—«Y le salvaron ¿no es eso?»

—«Es claro;—y desde entonces el Lapon no quiere separarse de uno de sus salvadores;—por eso en toda la comarca no se le conoce con otro nombre que con el de «Lapon de Niffleis.»

—«¿Y por qué no volvió alguno de los profesores?»

—«Porque no tenía mas que un trineo.»

—«Precisamente por eso?»

—«Nó, porque era el trineo del Lapon,—y además, estando todos enfermos, como Vd. ha visto, no podian salir de Ponstozertk.»

—«Y qué fin tuvo la exploracion?» pregunté no sabiendo que decir.

—«Tuvo el fin que yo preveía; fué necesario que un buque de la Marina Imperial, saliendo de Arcángel, llegara hasta Ponstozertk y recojiera a los exploradores, para traerlos presos á Kurlandia.»

—«Presos!» dije espantado; «¿y cómo vinieron?»

—«Por mar hasta Arcángel; de Arcángel á Riga en tren. Yo me trasladé á Riga y los hice conducir custodiados á la isla de Oesel (Asno) oh! para un Académico debe ser terrible vivir en una isla de éste nombre. Allí debian ocuparse en coleccionar toda clase de animales, hasta que el Emperador supiera lo ocurrido y resolviera en consecuencia.»

—«¡Presos!» murmuré entre dientes.

—«¿Cómo no?» desde el momento que Niffleis y sus compañeros eran unos bribones.»

—«No veo la razon.»

—«Yo si la veo. Puesto que no habian cumplido las órdenes que recibieran. Si yendo á Ponstozersk se enfermaron todos, ¿qué esperanzas podiamos concebir, yo y el Emperador de poderlos considerar como los descubridores del Polo?»

—«Todo hubiera sido quizá muy sencillo

enviando á los exploradores en verano, de día, y no en invierno, de noche.

—«¿Sí eh? ¿pues nose le 'ocurrió á Niffleis lo mismo?»

—«Era lo natural.»

—«No era lo natural, no señor. Lo natural era que obedecieran las órdenes superiores. Por eso digo que Niffleis es un bribon y un canalla, y que sus cólegas, á quienes él desmoralizó, son unos canallas y unos bribones. ¿Le parece á Vd. ahora que hay antecedentes?»

—«Absolutamente ninguno. Todo lo que Vd. me ha dicho y me ha leído me convence por completo de todo lo contrario.»

—«¿Qué audacial!» exclamó Burbullus haciendo retemblar la casa con el puñetazo que dió en la mesa.»

—«¿Y qué hicieron los Académicos en la isla de Oesel?»

—«Elevar memorial tras memorial al Emperador que no podía ocuparse de Académicos, tanto menos, cuanto que creía que la Academia seguía funcionando regularmente en Arcángel. Así son los gobiernos! Aquellos memoriales no llegaban, pues á sus manos y entretanto Niffleis y sus compañeros sufrían toda clase de privaciones en la isla, porque yo tenía interés en castigarlos! Les escribí al cabo de dos meses que podían volver cuando quisieran, y si lo hice, fué únicamente obedeciendo una nota pretenciosa del Emperador, en la que me ordenaba ponerlos inmediatamente en libertad. En esa nota les decía yo que eran unos bribones, y especialmente á Niffleis que era un canalla.»

—«Y ellos, ¿qué contestaron?»

—«¿Qué quería Vd. que contestaran?—nada. Llamé despues á Niffleis y me vino á ver. Le recibí bien y me recordó que 'no esperaba de mi tan buena acogida,' porque al fin yo soy un hombre de buenas maneras, y de educacion esmerada. Le dije que por mi parte habia olvidado todo lo pasado, y que seríamos tan amigos como antes. Además, el sábio de Königsberg, que me lo recomendó, aunque á mi lado es un átomo, podría hacerme pesar una culpa que yo no tenía. Desde entonces Niffleis y yo vivimos en pasable armonia.»

—«Y la Academia de Arcángel ¿cómo acabó?»

—«Ah! olvidaba. Cuando volvieron los exploradores dije al gobierno que ó desterraba á Niffleis y á sus compañeros, ó yo renunciaba. Ahora vendrá bien alguna expresion de su país; ¿cómo contestan los Argentinos á un individuo que, segun ellos, pide algo desatinado?»

—«Lo mandan á paseo.»

—«¿A paseo?»

—«Sí, señor.»

«Bien pues, cuando puse esa disyuntiva al Emperador, me mandó á paseo.»

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

MÁRMOL.

¿Veis ese mármol palpitante, ó Lydia,
En sus finos contornos tan correcto?
Pues á fuerza de ser noble y perfecto
En vez de admiracion causara envidia.

Quien le censura con sutil insidia,
Sin poder precisar nunca el defecto;
Quien á las obras del cincel afecto,
De sus mismos primores se fastidia.

«Aquí está, dice, el genio comprimido
En el molde de un arte cuyo encanto
Brilla cual luz fosforescente y fátua»...

¡Oh, dejádle pasar! No ha comprendido
De lo sublime el gran secreto: en tanto
Augusta en su beldad se alza la estatua.

C. G. S.

Noviembre 6 de 1878.

UNA TUMBA PREMATURA

La luz brillante de una hermosa vida
acaba de extinguirse para siempre.

Fernando Centeno, la inteligencia vasta é ilustrada, el espíritu viril y generoso, no existe ya. En la risueña aurora de su existencia, cuando todo á su paso le sonreía, vino la muerte y á su soplo helado su cabeza cayó doblegada para no levantarse jamás!

Ya no volverá á resonar en la Cámara Provincial de Diputados, esa voz juvenil pero vibrante y enérgica que se alzaba siempre en defensa de los derechos del pueblo; ni en el seno de su dulce hogar se hallará tampoco al hijo tierno y respetuoso, al hermano cariñoso y bueno, aquel que en las vicisitudes de la vida llevó la frente erguida y tranquila, porque grande y tranquilo era su corazón.

Centeno era uno de los mas nobles representantes de esa jeneracion ilustrada, gloriosa esperanza para la patria, que se levanta con radiantes luces en la frente y grandes sentimientos en el alma; en sus cortos años habia conseguido ya fijar dos reglas invariables para su conducta: el honor y el deber; por eso le estimaban todos cuantos le conocian, y hoy lamentan su pérdida irreparable todos los que le apreciaban.

Ah! triste es la muerte en todas las épocas

de la existencia, porque arrebató á la sociedad y á la familia seres útiles y queridos pero mucho mas dolorosa es en la juventud, cuando parece que solo por una aberracion incomprensible, pudieran asimilarse las lúgubres perspectivas del no ser á los risueños panoramas de la primavera de la vida.

Cuando acontece algo así, toda la elocuencia de la palabra es débil para expresar las amargas y misteriosas reflexiones que asaltan la imaginacion, y solo es dado inclinarse reverente ante los supremos designios del Creador.

Al trazar estas rápidas líneas no nos ha guiado otro propósito que deshojar la incolora flor de nuestra dolorosa emocion ante la tumba prematura del que en su breve peregrinacion por la tierra llevó el nombre dulce y simpático de Fernando Centeno.

Eterna paz para su espíritu en las alturas y acá en el mundo, consuelo para la solada familia!

M. D.

Noviembre 2 de 1878.

ESA CANCION!

Conozco esa cancion Ecos perdidos
Sus notas son de plácidas historias,
Que á sus dulces y lánguidos sonidos
Desde mi edad de fáciles victorias
Están acostumbrados mis oídos.

Una noche—¿te acuerdas?—recorrias
Las teclas de marfil; tierno, amoroso,
Mirándome en tus ojos me veias,
Y tú con el intérprete armonioso
Los misterios del alma me decias.

Sentado junto á tí, mi pensamiento
De la existencia mísera y precaria
Las cuñitas olvidó, y un vago acento,
Preludio de una mística plegaria,
La fibra estremeció del sentimiento.

Despues, dichosa, angelical, serena
Alegraste mi hogar con tu sonrisa. . .
Y esa cancion que de pesar me llena,
Que viene en alas de la errante brisa
Y en las bóvedas cóncavas resuena.

¿Qué cosas al espíritu agitado
No dirán esas voces gemidoras?
¿Qué no dirán al pobre encarelado
Hablandole en las ansias de estas horas
De alegres tiempos del amor pasado?

Le dicen ay! que su infortunio es cierto,
Y que antes de que el mísero sucumba
Bien puede el corazón reposar yerbo,
Cual reposa el cadáver en la tumba,
Porque es verdad q' su esperanza ha muerto!

JUAN CLEMENTE ZENEA

«EL ALBUM DEL HOGAR»

Este imponente semanario de literatura que se publica actualmente en Buenos Aires dirigido por el inteligente y desgraciado poeta Entre-Riano Gervasio Mendez, cada día se hace más acreedor al aprecio y protección del público, por las preciosas poesías y brillantes trabajos literarios con que en todos los números adorna sus columnas. —En él colaboran una gran parte de los más conocidos poetas argentinos, y varios inteligentes jóvenes que son una alegre y risueña esperanza para el engrandecimiento y adelanto de nuestra naciente literatura nacional. —Sin temor de que se nos tache de exagerados, podemos dar á esta publicación el título de verdadera joya literaria.

No hay que extrañar la brillante aceptación que ha tenido este semanario, si recordamos que en sus páginas escriben los conocidos poetas Gutiérrez, Coronado, Guido y Spano, Obligado y tantos otros literatos que con el orgullo y la gloria del Parnaso Argentino.

¿Qué podríamos decir de Gervasio Mendez, ese tierno cantor de las penas, después del juicio crítico, que personas más competentes que nosotros han hecho de sus bellas producciones?

¿Quién no conoce sus versos; á quién no le es simpático, el nombre del poeta parálisis, y quién no se ha enternecido con la relación de sus desgracias?

Prescindiendo del mérito literario del *Album del Hogar* este semanario es digno de merecer la protección del público cualquiera sea por no defraudar las esperanzas el que solicita el apoyo de sus compatriotas en su lacónico y expresivo programa. —Hélo aquí:

«Fundamos dice, esta publicación con el propósito de proporcionarnos la subsistencia.

No pisamos el campo del periodismo con la esperanza de conquistar laureles para nuestra patria ni para nuestra frente; llamamos á él, cansados con la carga de la vida y débiles para la lucha que solamente ceptamos obligados por el irresistible poder de la necesidad.

No tendrán más mérito nuestros trabajos que ser el fruto de los pocos momentos de descanso que nos conceden nuestros dolores físicos y morales.

Este es nuestro programa.»

Y bien. ¿Han respondido dignamente sus compatriotas al llamado del poeta entristecido?

Contesten por nosotros todos los agentes del *Album del Hogar* de Concordia, Vic-

toria, Nogoyá, Gualaguay, y demás pueblos de la Provincia.

No hace mucho tiempo que en carta particular decíamos á un amigo tratando de Gervasio Mendez.

«Mientras que la prensa de la Capital de la República unánime ha pedido apoyo y protección para el bardo Entre-Riano; mientras el pueblo porteño respondiendo á tan justo llamado corre generoso y humanitario á mitigar las penas del que canta su martirio desde el lecho del dolor; Entre-Ríos su provincia natal, o por lo menos es indiferente á la desgracia del poeta, no ha hecho absolutamente nada por dulcificar su amarga vida.

Queremos creer que la época de la efervescencia electoral de los partidos políticos en que se encuentra dividido el pueblo Entre-Riano, sea la causa de tan inexplicable indiferentismo.

Grande, inmensa, debe ser no lo dudamos la gratitud de Mendez, hacia el pueblo porteño, —Porque en efecto, en el instante en que la prensa de Buenos Aires daba á conocer al público las primeras producciones del poeta, al mismo tiempo que escribía la relación de sus desgracias y dolores; ese pueblo generoso y caritativo se apresuraba á levantar suscripciones, improvisaba conciertos, nombraba comisiones para que solicitasen de las diferentes compañías que trabajaban en aquellos teatros, una función de gracia para el desvalido bardo, y todos á paría, público y artistas se disputaban la honra de acercarse al lecho del dolor con el óbolo de la caridad.

Felices los que pueden hacer el bien y gozar de esa inmensa satisfacción que experimenta el corazón humano después de practicar una noble y generosa acción.

Entre tanto recomendamos á los amantes de las letras el *«Album del Hogar»* con la seguridad de que su amena lectura les dará momentos de verdadero placer.

(De EL FERRO CARRIL de Concordia)

MAID OF ATHENS

BYRON

ZOE MOU, SAS AGAPÓ—MI VIDA, YO TE AMO

Virgen de Atenas, antes que me ausente el corazón devuélvele á mi pecho; ó si en abandonarle así consiente, guárdalo todo. A darte me aprovecho mis votos. La partida ya sonó!

Zoe mou, sas agapó.

Por tu flotante cabellera undosa que mece cada viento del Ejeó; por tus pestañas, cuya franja airosa

me besa sin sentir; por el flameo, gacelal que en tus ojos relució:

Zoe mou, sas agapó.

Por esos lábios que rozar ansío; por ese talle estrecho que cimbreo; por esas flores que hablan lo que el frío no alcanza de mis versos; por la idea de tristes goces que el amor me dió:

Zoe mou, sas agapó.

No tarda ya mi adios, virgen de Atenas! Llévame dulcemente en la memoria, que aunque marchó á Stambul, mi amor, (mis penas, todo queda á tu lado. Yo en mi gloria, piensas que deje de adorarte? No!

Zoe mou, sas agapó.

A. N. V.

LA CARIDAD

I

Dos jóvenes van del brazo por una de nuestras más centrales calles.

A poco andar un pobre los detiene y balbucea con voz entrecortada:

—¡Una limosna, que me muero de hambre!

Nuestros jóvenes se hacen los desentendidos y prosiguen su camino.

De pronto uno de ellos, esclama, dirigiéndose á su compañero:

—Alberto, mira que bella morochal

—¿Cual? ¿aquella que vende allí cedulillas?

—Precisamente. Me gusta mucho: vamos á comprarle, ¿quieres?

—Como gustes.

Después de esta resolución los dos jóvenes se acercan á las bellas vendedoras. Un diálogo se entabla, y de un lado habla la presunción y del otro contesta la coquetería.

Rato después los jóvenes se retiran y un candoroso ciudadano de esos que aun creen en los sofismas de los demagogos, que ha estado observando todo esto, murmura:

—¿Qué jóvenes tan caritativos!

II

—Diego ¿cayó ya la costurera?

—Aun no, pero el negocio anda muy adelantado

—¿Y como diablos, vas á entenderte con dos queridas?

—Es que quebré con la otra.

—¿Con Aurelia?

—Sí.

—¿Y que hará ahora, sola y con tres hijos?

—Bah! no te aflijas por tan poco, que no faltará un zonzó que la mantenga

—¿Y porqué la abandonaste?
—Se estaba poniendo ya muy fea, y con sus estúpidos celos se hacia insufrible.
—¡Pobre!

—Compasivo estás hoy. Hablemos de otra cosa: ¿vienes al Club?

—¿Al baile de la caridad? ¡ya lo creol se lo he prometido á Clarita.....

Pasan unas horas y ambos vuelven á encontrarse en la boletería del Club. El seductor, el que abandonó á sus tres hijos, entrega cincuenta patacones por su entrada y los que lo ven, dicen:

—En practicar la caridad de esa manera consiste la virtud.

III

El señor de X... está muellemente repantigado en un sillón: delante de él su cobrador.

—¿Cómo ha ido hoy la cobranza? profiere, dirigiéndose á su dependiente.

—Regular, señor.

—¡Ah tunos! No me les perdone V. ni un día.

—Así lo hago, señor.

—¿Y aquella vieja maldita?

—Ah! la viuda llorona que ha quedado con mas hijos que una coneja?

—Sí, la misma.

—Ayer, se le cumplieron los cuarenta días y hoy la hice deshalar.

—Buéno; puede V. retirarse.

El magnate enciende un habano y coje un periódico. Léamos con él:

FILANTROPIA. El señor de X.... esa providencia de los menesterosos ha acreditado ayer, una vez mas, sus generosos sentimientos en pró de la humanidad doliente; donando la suma de tres mil pesos moneda corriente, al Hospital de etc, etc.

IV

En una casa de suburbios, una pobre familia se sienta á la mesa.

El gefe de ella parte con su esposa y sus pequeños hijos el único pan que tiene, reservándose para sí el pedazo mas pequeño.

Llaman á la puerta, implorando una limosna.

El trabajador abandona su asiento y sin que se aperciba la demas familia coje su pedazo de pan y lo depone en la mano escuálida del mendigo.

Una persona que pasa, apercibiéndose de la insignificancia del óbolo, dejá escapar esta frase:

—¡Qué hombre miserable!

V

Un hombre sin trabajo, camina por una calle.

Una viuda con dos huerfanillos le ataja el paso solicitando una limosna.

Nuestro hombre dá vuelta la cara y dos lágrimas brotan de sus ojos.

¡Tambien él carece de lo mas necesario! Oh! si un pintor de génio lo hubiera visto, habria conquistado para el lienzo la imágen de la caridad maniatada.

Por desgracia, casi siempre la adversa suerte, arroja la piedra de la impotencia y la desesperacion en el camino de los sentimientos levantados.

VI

Yo, que he observado todos estos cuadros, y visto como engañan las apariencias en el mundo, me dirijo camino de mi casa, con el corazón ateneado y la cabeza presa de la mas ardiente de las fiebres.

Me siento delante de mi rústica mesa de pino y del querido estante de mis libros bajo el mas pequeño de todos ellos.

Es el Evangelio segun San Marcos.

Abro una de sus páginas y leo estos cuatro versículos:

«41 y estando sentado Jesus delante del arca de la ofrenda, miraba como el pueblo echaba dinero en el arca: y muchos ricos echaban mucho.

42 y como vino una viuda pobre, echó dos blancas, que son un maravedí.

43 Entonces llamando á sus discípulos les dice: De cierto os digo que esta viuda ¡o!re echó mas que todos los que han echado en el arca.

44 Porque todos han echado de lo que les sobra; mas está de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su alimento.»

Yo voy mas allá que Jesus, y digo, que aquel que no echó dinero; pero que echó toda su intencion, fué el mas caritativo.

Porque si nada echó, fué porque nada tenía; y el sentimiento que le causaron las desdichas de la viuda y el hambre de los huerfanillos, vale mas ante el altar de la dignidad humana, que todas las hipocresias por mas necesidades que remedien.

VII

Una dama á quien aprecio muchísimo penetra á mi habitación en este momento.

Por encima de mi hombro lee lo que estoy escribiendo.

En mis pulmones siento el latido de su corazón: ¡ahí, y no en los bolsillos, es donde reside la caridad!

DA FREITO.

REVELACIÓN

Vestía la mañana

Las régias pompas que adornó el Oriente,
Y la brisa temprana,
Besando tiernamente
Los tibios resplandores de los cielos,
Vino á orear mi frente,
Cansada y abatida
Por algo que amargaba ayer mi vida.

Cruzaba el prado ameno,
Bajo un cielo sereno,
Donde las flores, al sentir mi paso,
Y al mirar mi embarazo,
Simulando un rubor que no sentían,
Y que envolvió el perfume,
—Como coqueta que miró al araso
Los dijes del galán que la presume,—
Miraban mi dolor y sonreían.

Un canto quejumbroso,
—Como el susurro leve de las aguas
De un arroyo ondulado,—
Partió de la espesura
Tan triste y melodioso,
Que vino á despertar, en su porfía,
La creciente amargura
De que estaba inundada el alma mía.

Algo, como un acento enternecido
De la ondina que canta
En el lago azulado que levanta
La espuma en que hasta ahora se ha dormido,
Repercutió en mi oído,
Y dentro el alma, con acorde suave,
La nota planífera,
De dichas mensajera,
—«Te amo, me dijo, y para tí he vivido!»

PABLO DELLA COSTA.

Noviembre 12 de 1878.

HISTORIA DE UNA VENGANZA

Yo la he sufrido.

Nadie se compadeció de mí. Llamada en la cruz del sacrificio, soporté sin quejarme las incaduras de las espinas que me despedazaban el corazón.

Una esperanza solo alimentaba en mis horas de angustias. La de vivir para vengarme.

La hora de las represalias ha llegado; ¿temblará mi brazo al herir? No; cuando el odio guía nuestras acciones se desafia hasta la misma muerte!

El cordero se ha convertido en león, y no parará hasta desgarrar con sus dientes el corazón de su presa.

Los golpes dados á la puerta del cuarto interrumpieron al hombre misterioso.

Este en vez de correr á abrir, apagó la luz.

Volvieron á llamar de un modo extraño
Ah! Es Tomás!—esclamó y abrió sin vacilar.

Un hombre penetró.

V

—Aqui me teneis—dijo el recién llegado, dejándose caer en una silla y quitándose la capa. Pero estamos á oscuras—prosiguió—y ya sabeis que tengo horror á las tinieblas.

—El huésped restregó una cerilla y encendió la luz.

—Hó! exclamó mirando á su amigo—y las patillas?

—No hacen falta ahora, luego tal vez....

—Todo vá bien?

—Si.

—La viste á ella?

—Si; dijo con voz ronca el hombre misterioso.

—Cual es su habitación?

—Habla, despacio: que pueden oírnos. Es nuestra vecina.—

El recién llegado dió un brinco en su asiento al oír esto.

—No hagan perder tiempo—profriró, esta misma noche, es preciso que termine todo. Mañana tal vez fuera tarde. Y su mujer es un demonio, bien lo sabes y pudiera escapársenos.

—Ah! no, el tigre las tiene en sus garras y no las soltará.

—Tendrás arreglados los papeles. . . .

—Hélos aqui, y el hombre misterioso al decir estas palabras entregó á su cómplice una voluminosa cartera de cuero de Rusia.

—Gracias, Roberto, seré digno del precioso tesoro que me confías. Mañana mismo Isolina sabrá quien es su padre, y también el nombre del infame que la sacrificó para cubrir su deshonra.

—En ti confío.

—Ahora siéntate y escribe.

—El qué?

—Una carta que voy á dictarte.

—Para Isolina?

—Si.

—Ni hagas tal cosa.

—Tomás, es una súplica la que quiero dirigirle.

—Yo se la diré, ella es buena y cumplirá tu voluntad.

—Como quieras, y el hombre misterioso inclinó la frente con resignación sobre su pecho.

Tomás la miraba con un sentimiento mezclado de compasión y cariño.

—En que piensas Roberto? profriró pasándole su mano sobre el hombro de su amigo

—En la hija de mi corazón,—contestó este con los ojos arrasados de lágrimas.

—Tomás se quedó pensativo.

—Que hora es? preguntó Roberto levantándose de un modo nervioso.

—Las nueve menos cuarto.

—Hasta las doce hay que esperar.

—El que ha guardado diez años bien puede esperar tres horas.

—Pero es que el demonio de la venganza me atormenta Tomás. Mira, tengo el corazón empapado en hiel y quisiera como Neron que la humanidad tuviera una sola cabeza para cortársela!

MATILDE ELENA WUILLI

(Concluirá)

A UN ARTISTE

I

Il est un langage de flamme
Que nul jamais n'a défini,
Verbe qui palpite dans l'âme
De Mozart et de Rossini.

Voix d'en haut qui charme et caresse
Ses élus-quel que soit leur sort
Qui remplissait de sombre ivresse
Bellini-l'amant de la Mort.

Source d'harmonie éternelle
Qui jaillit du fond de nos cœurs;
Interprète, toujours fidèle,
De nos plaisirs, de nos douleurs.

Art sublime, qui nous enlève
A la froide réalité,
Et nous fait planer, comme en rêve,
Au dessus de l'humanité.

II

Mais la note ardente ou discrète,
Œuvre de l'esprit créateur,
Sera incomprise et muette
Sans l'artiste révélateur.

Ceux dont la voix mélodieuse
Des sons possède le trésor,
Ceux dont la levre harmonieuse
Sait épeler le livre d'or,

Dieu les a jetés sur la terre
Pour nous instruire et nous charmer,
Pour nous dévoiler le mystère
Dont il voulut s'environner.

Pour semer dans la foule avide
Les germes du bien et du beau,
Pour montrer la route splendide
Où brille un idéal nouveau,

Pour enflammer notre héroïsme
Aux heures de l'adversité,
Et retremper notre civisme
Dans le flot de la liberté

III

Inspire-toi d'un noble exemple,
Toi, qui pars, joyeux pèlerin,
Frapper é la porte du temple
Où l'on adore l'Art divin.

Va boire á la source féconde
Où Tamberlick s'est enivré,
Nourri de doctrine profonde
Prends ta place au banquet sacré.

Nos vœux, sur la terre lointaine,
Suivront tes pas avec amour;
Et quand le temps, où tout s'enchaîne
Sonnera l'heure du retour,

Comme aujourd'hui, toujours constante,
Tu trouveras, dans l'avenir,
Dans nos cœurs l'amitié fervente
Et nos deux mains pour l'applaudir.

FELIX F. CASEMATOR

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES)

(Continuacion)

D. José Sierra y Carranza se halla representado en el *Album* con verdadera profusión y casi paternal cariño del Editor. No otros que hemos navegado á la falda del *Lambaré*, que hemos mirado con tétrico terror el Naranjo al pié del que el Dr. Francia sacrificaba á todo un pueblo, que hemos penetrado en los hediondos calabozos en que Fernán Caballero puso fin á sus días para que el tirano no derramase su preciosa sangre; contemplé, por fin, aquellas varoniles mugeres tan bellas como degradadas por la educación jesuítica, envueltas en su blanco *tipoy* que me recordaba la túnica del mártir del Golgotha! Por eso comprendemos á Sierra en su composición *A una paraguaya*, cuando la dice:

*Imágen de tu patria desolada,
Ahí vas con paso dolorido, incierto,
Resto de otra muger, virgen violada,
Noble señora ayer, sierva hoy ajada,
Cargando en vano un corazón que ha muerto.*

Esa estrofa carece de verdad en los conceptos que apunta. ¿Esa *virgen violada* es la Patria? Oh, no se diga que la nobleza se encerraba ayer en esa muger!; no se diga que hoy es la sierva ajada, cargando en vano un corazón que ha muerto. Solo en vano pudieran llevarse un corazón inerte!

Por lo demás no carece de mérito la composición aunque deseáramos ver suprimidos

todos esos *guayes* de la estrofa octava. Nemandiá es digna rival de la anterior.

Las demás composiciones son *fugaces* y muy adjetivadas.

El Progreso es la primera composición del joven don Luis Melián Lafinur, de quien con otro motivo hemos dicho: El joven crítico, con una modestia que mucho le honra, hace un análisis de la poesía del Dr. Magariños—*El rayo de la nube*—presentando sus bellezas. Los que hayan tratado al Dr. D. Luis Melián Lafinur, cuya modestia corre parejas con su privilegiada inteligencia, no podrán por menos que reconocer que por sus venas corre la ilustre sangre de su inolvidable tío, el poeta argentino del mismo apellido.

Volviendo á la citada composición de Lafinur se reconoce desde los primeros versos que es la obra de un poeta abezado en las luchas de la democracia y por consiguiente amante de la libertad en todas sus manifestaciones; por eso exclama:

En las ideas, es que quisiera
Tus puros rayos ver esparcir;
Esa es la obra que ha tiempo espera,
Ese es el campo de combatir.

Son los ateos, son los tiranos,
Los que á tu impulso deben rodar:
Son los fanáticos, seres enanos,
Los que tudebes anonadar.

Salve lo! progreso, que el mundo aclama,
Como la gloria del porvenir,
Sueño hoy hermoso, verdad mañana,
Que yo en mi patria veré lucir.

Ojalá no se equivoque el noble poeta y que vea colmados sus deseos en la patria de los Treinta y tres.

Juan Zorrilla de San Martín es otro de los poetas que por su importancia merecen algunas líneas. El autor de las *Notas de un himno* parece haberse familiarizado con aquellas tres musas de que ha venido acompañada la poesía, según la expresión de Nodier.

Con veintiuna poesías competidoras en bellezas y fuerza lírica figura el Sr. Zorrilla pero nos estraña sobre manera que se haya olvidado el compilador del *Credo...* del joven poeta, que, á nuestro parecer sintetiza la obra del mismo.

La fé del alma, la fé inquebrantable del cristiano resplandece pura y divina como la idea de Cristo en las siguientes estrofas que no se desdenaría de firmar Fray Luis de Leon.

Yo alzo la voz, Señor, alzo la frente;
Y entre el silencio y la quietud inmensa,
Llego tranquilo hasta besar tu mano...

¡Paso hasta mi señor!... ¡Yo soy cristiano!
Con la sangre de un Dios hasta Dios llego;
De pié sobre los mundos humillados.

En su brazos me entrego;
Con el sello del Cristo sobre el lábio,
Con solo mi bautismo
Orgulloso me siento ante Dios mismo.

¡Dios en mi corazón, Dios en mi frente!
Siento bullir la fé en mi pensamiento:
Mi corazón se expande....

Por la primera vez mi canto siento
Grande nacer y levantarse grande.

Canto mi fé, orgulloso,
Y quisiera á mi voz dar la pujanza
Del rujido furioso

De la fiera que el circo estremecía
Y con robusta garra ensangrentada,
Al mártir la corona le ceñía;

La entereza sublime
De la virgen cristiana que, serena,
Realizando los mitos lejanos,
Pisa radiosa la sangrienta arena.

Señor: yo creo en tí, tu nombre adoro;
Prosternado venero tus misterios;
Mi razón, de tus dogmas tributaria,
Se doblega ante Tí, forma tu coro
Y ansía, cual la débil porcelaria,
Oír la tempestad, grande, sin vallas
Y pelear en el mundo tus batallas.

La luz de tu doctrina
Que, en el Calvario, confirmó tu Cristo
Con su sangre divina,
Deslumbró mi razón; mi fé te ha visto
En el nuevo Sinaí velar tu frente,
No en medio del volcán impetuoso
Y ceñida de rayos la cabeza,
Sino con nube de dolor sublime,
Oprimida la frente de tristeza,
Seco el lábio que al mundo bendecía,
Y aterida la frente ensangrentada
Con la helada aridez de la agonía

BENIGNO T. MARTINEZ.

(Concluirá)

ARCO-IRIS

Luz, cielo, espacio... todo era ayer pequeño para la ansiedad del alma mía: hoy le basta á su anhelo la suave luz que despiden dos ojos negros.

Si mi amada tuviera ojos azules podría compararlos con el color del cielo, pero ella los tiene negros y solo puede decir, que para mí, el cielo es negro.

Si á la mente humana le fuera dado concebir algo mas grande que el espacio,

yo abandonaría á las ondas del aire para que la llevase hasta su oído de nácar y rosas, esta frase, esta cadencia: mi amor por ella.

Cuando en lóbrega noche, brotan cascadas de luz al través de sus pestañas de seda, se me figura que la aurora anuncia su proximidad; y cuando en la mas juvenil mañana de primavera sueño descubrir una lágrima ondulando por su mejilla, me parece que las penumbras se van y la tiniebla pavorosa me circuye.

Si perdiera la vista no me parecería una gran desgracia; porque cuando cierro los ojos, veo los suyos.

Dicen algunos que el hombre no tiene misión sobre la tierra.

Los que eso dicen, es porque ignoran el lenguaje en que está escrito el libro de la naturaleza.

La luna en el hálito mas suave de sus rayos, las flores todas en sus perfumes mas gratos, los pajarillos en sus trinos mas cadenciosos y la mujer en sus afares y suspiros... todo este raudal de inspiración sublime, murmura con las fuentes y susurra con la brisa: la misión del hombre es amar eternamente.

Con la siguiente composición nos ha favorecido el inteligente director de la *Alborada*, periódico literario que se publica en la ciudad del Paraná.

Agradecemos muy cordialmente al colega su recuerdo.

PÁGINAS RIMADAS

EL SAUCE DE LA TUMBA.

Hay un árbol misterioso,
Símbolo de desventura,
Que junto á la sepultura
Se inclina siempre lloroso.

Melancólicas plegarias
Y doloridos lamentos
Arrancan tristes los vientos
De sus ramas funerarias.

Es el sauce de la tumba;
Vela el sueño de la muerte.
Negra y fúnebre es su suerte...
Llorar siempre al que sucumbió

Cuando este mundo de miserias lleno
Triste abandone tu infeliz cantor,
Cuando en los brazos de la hambrienta muerte
Te dé mi eterno y postrimer adiós,
El sauce entonces inclinará sus ramas
Y velará mi sueño en el panteón.

Cuando el recuerdo de tu amado borre,
De la mente, traidor tu corazón,
Cuando sobre mi tumba solitaria

No llores, ni deshojes una flor,
Llorará el sauce gotas de rocío
Y velará mi sueño en el panteón.

BELISARIO LAPALMA

Muchas veces sucede que un escritor humorístico, creese con el ingenio agotado y se pone á pintar monos al márgen del papel que tiene por delante.

Y esto sucede, en nuestra opinion, á causa de que se pretende encontrar bien lejos una cosa que retoza al rededor nuestro.

Nosotros ahora, deseamos escribir un suelto muy gracioso y para evitarnos el rubor que nos causaria nuestros menguados conocimientos en el dibujo, vamos á permitirnos contar al lector discreto, algo íntimo que se relaciona con los entre telones del *Album*.

Es el caso, que cuando la direccion titular pasó á manos de la accidental q' al presente regentea, este semanario, bajo inventario, puede decirse, empezamos á recibirnos de los originales que habia reservados.

Habiamos creído terminada nuestra tarea cuando se nos indicó un cajón enorme colocado debajo de una mesa.

Fuimos á él, y ¡oh espanto! estaba lleno de versos.

Pero no tengan cuidado nuestras bellas y poéticas lectoras, que aunque hay personas que atentan á su buen gusto, aquí estamos nosotros para contener á esas fieras y decirles: *Tate, tate, folloncicos, et cetera*.

PENSAMIENTOS

Cuando de lejos miro
flotar gallarda
al aire de la noche
tu leve falda;
¡Náufrago en pena,
sueño que es de socorro,
la blanca vela!

Te di flecha labrada
de plata pura;
la pusiste en tus trenzas
negras, profundas;
¡Dándome en cambio,
de tus ojos traidores
lluvia de dardos!

J. M. MARIN.

Diálogo entre dos dandys:

—Ponte delante de mí, Alejandro, pues allí viene mi sastre y no quiero que me vea; le debo un pico de quince mil pesos.

—¡Ah querido! el mismo servicio te iba á pedir, pues le debo otro pico de veintidos mil.

C.

Don Macario, que vive en la calle pero la calle no importa, es un señor muy poco tilántropo y dias pasados previno á su

portero, que es un gallego algo..... vamos, algo dormido, que cuando viniera un pobre á pedir limosna le echara una peluca.

Anteayer entró Don Macario á su cuarto de vestirse, y se quedó asombrado al echar de menos algo que le hacia mucha falta.

Manda llamar al portero y le pregunta: —¿Dime Santiago, que has hecho de todas las pelucas que habia aquí?

—Es que señor han vinidu unos cuantos pobres y á cada junu lejechaduma peluca.

El pobre portero fué despedido.

C.

A. E. T. D.....

Oh! Qué noche tan terrible aquella! . . . Son los ojos fijos en la esfera del cronómetro que impacible seguia su monótono tic-tac; yo aguardaba una hora que debia decidir de mi destino.

Y el reloj proseguia su marcha isócrona con la pausa desesperante de la fatalidad. Y esperaba, esperaba..... y los sollozos de mi alma dolorida apagaron el golpe metálico del martillo que dió las ocho! Yo no oí nada; pero por los latidos de mi corazón comprendí q' todo habia concluido para mí.

El tañido lúgubre de una campana que doblaba á muerto, erizó los cabellos de mi frente húmedos con el sudor de la agonía.

Oh! exclamé elevando los ojos al cielo con religioso temor, esa campana al doblar por el alma de mi alma, doblaba tambien por mí porque desde este momento mi corazón ha muerto para siempre!

M. E. W.....

Á ELVIRA.

—Eres un ángel.

Tu hermosura enjendra en mí, admiración y respeto. Admiración porque mi espíritu tiende á lo bello como á un polo de perfección y de dicha; respeto porque eres pura como las flores y las gotas de rocío.

Tu alma se trasparenta á través de tus ojos, los mas bellos que haya visto yo jamás. Será un sueño lo que pasó entre nosotros?

Tu recuerdo me envuelve como un perfume. Toco mi corazón y me parece que cada uno de sus latidos es una letra: escucho su silencioso lenguaje y las letras van formando sienpre un mismo nombre: el tuyo.

Te extraña acaso que te hable de tu?

De tú tambien se habla á Dios.

—No me olvides y seré feliz.

El amor sonríe en nuestro camino. ¿Por que ahogaremos los deseos de nuestro corazón?

Adios. Hasta dentro del plazo que te prometí.

C....

CRONICA DE LA SEMANA

GERVASIO MENDEZ—El Director titular de este semanario se halla al presente algo mejorado de las dolencias que lo obligaron á abandonar accidentalmente la direccion de *El Album*.

Llevamos esto, con verdadero placer, al conocimiento de los numerosos lectores de esta publicacion, porque es probable, que desde el siguiente número, vuelva este á quedar bajo la competente direccion del señor Mendez.

FERNANDO CENTENO—El artículo necrológico que publicamos en este número á propósito del malogrado joven Centeno, pertenece á la bien cortada pluma de una joven y modesta escritora.

El trabajo á que nos referimos debió aparecer en el número anterior, pero la falta absoluta de espacio, pudo mas que nuestras buenas disposiciones al respecto.

Pedimos, pues, por este retardado involuntario, disculpa á su autora.

NUEVO LIBRO—Se anuncia la próxima aparición de las obras completas hasta 1879, de nuestra colaboradora la conocida escritora señora Josefina Pelliza de Sagasta.

Las obras completas, constarán de dos tomos en 8º mayor, de 500 páginas, mas ó menos, cada uno.

Esta obra, contendrá:—dos preciosas novelas, fantasías, artículos literarios y algunas poesías inéditas, tituladas: *Pasionarias*.

El libro además llevará el retrato de su autora y será precedido de algunos juicios notables que sobre las producciones de la misma han emitido distinguidos literatos sud americanos.

Por ahora nos limitamos á anunciar la próxima aparición de las obras de tan fecunda y galana escritora.

En oportunidad anunciaremos los puntos de venta, creyendo con esto hacer un servicio á los amantes de la buena literatura.

SONETO—El que publicamos en este número, titulado *Mármol*, pertenece á la pluma del distinguido poeta, Carlos Guido y Spano.

Con esta, son dos las composiciones inéditas con que se ha servido favorecernos el señor Guido. Le agradecemos la distincion que le merece *El Album*.

A UN ARTISTE—Esta composicion de nuestro colaborador señor Casemayor fué compuesta con motivo de un beneficio dado por varias sociedades francesas.

No hemos titubeado en publicarla, porque, aparte de su mérito literario, suponemos que ninguna de nuestros lectores ignorará el francés.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLÉ 517

EL ALBUM DEL HOGAR

EL CANTO DE LA EXPÓSITA

MARTÁ

Sola á este mundo he venido
Con mis tristes pensamientos,
Jamás nadie me ha querido
Y siempre sola he sufrido
Sin amor y sin afectos.

Sola mi llanto he vertido
Y nadie me ha consolado;
Ay! todos me han despreciado
Y jamás nadie me ha amado
Por que una huérfana he sido.

Nunca mi voz inocente
Llamó madre á una mujer,
Pues es tan triste mi suerte
Que llevo sobre mi frente
El ultraje de mi ser.

En todas partes befiada,
Fuí con escarnio cruel
Del mundo siempre apartada,
En hiel el alma anegada
He vivido lejos dél.

¡El mundo, miseria y lodo,
Mezcla de vicio y orgullo!
Ríe con frialdad á todo
Y se preocupa tan solo
De la crítica al murmullo.

Mundo necio, mundo vano,
No comprendes la virtud!
Merechazas inhumano....
El pobre no tiene hermano,
Ni quien lllore en su ataúd.

Las hilachas haraposas,
De mi raída pobreza,
Valen mas que las lujosas
Galas superfluas, cuantiosas
Con que cubres tu impureza.

¿Me dices, oh mundo vano
Que soy un ser desgraciado!
Y no me tiendes la mano
Y te apartas inhumano
Gritándome siempre airado:

Tu nombre es desconocido,
Te llamas á secas Martá,

La piedad te ha recojido,
No tienes un apellido. . . .
Aparta, cunera, aparta!

¡Pobre de mí! ¿dónde iré
Sin el aprecio social?
Dadme, señor, mucha fé,
Que no resbale mi pié
En el camino del mal.

Yo, culpa no he cometido,
Soy pura, ileso es mi honor,
Pero el mundo pervertido
Me acusa de haber nacido
Fruto de impúdico amor.

Me acusa de haber nacido
De algun mundano desliz,
Y el mundo falso y mentido
Lega en el eterno olvido
A la huérfana infeliz.

No importa! yo te perdono,
Y en mi ignorado retiro
Ante mi Dios, por tí abono,
Que en mi alma no cabe encono
Por que de arriba te miro.

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

EL TIPO MAS ORIGINAL

Véase el número anterior

CAPITULO V.

UN PASEO Y SUS PERIPECIAS—EL PODER
DE UN VIOLIN.

Muchas veces en la Naturaleza se observan fenómenos extraños, aberraciones aparentes, que los pueblos, ó mas bien los hombres de saber, cuando su inteligencia se agita en el estado metafísico del progreso, explican por la intervencion de fuerzas abstractas, lo que equivale á no explicar absolutamente nada.

Entre estos fenómenos puede colocarse el que se observó el Miércoles 23 de Diciembre de 1874 en aquella provincia del litoral Báltico.

Hacia ya algun tiempo que el Invierno habia tendido su manto en la Curlandia, polvoreando sus sonrisas heladas en la region que el profesor Burbullus ilustra con sus excentricidades.

Aquel dia no me extrañó poco, al despertar, ver los rayos melancólicos de un sol congelado, derramar oblicuamente sus hebras de luz sobre la sábana nítida que cubría los campos y las colinas, y multiplicarse en las chispas de nieve que, cual un turbulento arrenal de luz, resplandecía en la atmósfera tranquila.

La Naturaleza pareció sonreír al sol antes brumoso;—algunos pajarillos agitaron sus cuerdas sonoras, y más de un capullo de nieve cayó, al disolverse, de la rama de un cedro, sobre el suelo nevado;—algunos escarabajos dejaron oír el zumbido monótono de su vuelo, y más de una mariposa sacudió al viento el polvo nacarado de sus alas. Los gérmenes vegetales, dormidos en su lecho cuticular, sintieron la fuerza germinatriz agitar por un instante su misterioso letargo, y quizá las violetas se estremecieron, al renacer sus aromas, como invitadas á perfumar con su soplo suave el ambiente bañado por los resplandores vivificantes del astro.

Y en aquel dia, yo ví que desde el fondo de los valles y de los campos y de las ramas de los cedros, se levantó al cielo como una inmensa vislumbre, como una reverberacion de hermosos resplandores;—y quizá algun palmípedo que en aquel momento se bañaba en rayos menos oblicuos, tendió su vuelo á las rejiones Árticas, como solicitado por la atraccion del Norte.

Aquel dia sonrió como una promesa de Primavera.

Ignoro si los meteorólogos Rusos han consignado aquel fenómeno en sus tablas oficiales, pero baste decir que el Profesor Burbullus no se alejó de sus aparatos sino durante un par de horas, como lo observé luego.

Tan hermoso dia invitaba á tomar un baño de sol, ese baño tan necesario como el de agua ó de aire puro,—y no pude menos de desprenderme del calor del lecho para lanzarme, cual atleta en la arena, á aspirar por todos los poros de mi cuerpo, aquel conjunto de efluvios saludables que durante algunos dias permanecieron ocultos sobre las brumas, como si un rencor inexplicable los mantuviera lejos del acceso humano.

Almorcé precipitadamente, y dije al criado que me preparara el trineo, lo que hizo en menos de diez minutos.

Este medio de locomoción no me desagradaba.

Un momento después oí los relinchos de mi caballito curlandés, impaciente por correr en dirección a lo del profesor.

No lo hice esperar mucho.

El paseo fué agradable. Aunque el viento era frío, se podía soportar.

Bandadas de aves marinas volaban hacia el Norte, haciendo caprichosas quebradas con su vuelo de zig-zag.

Volaban engañadas! ¿Y si el Profesor *Burbullus* me hablaba en aquel día en Ruso? También yo sería engañado como las aves marinas!

Llegué a la casa del sábio ruso, a quien vi cerca de la puerta principal observando un escarabajo que corría en el tronco de un cedro.

Llevaba su levitón verde con cuello y puños de color rojo, galera blanca, polainas amarillas, pantalón gris claro, una escopeta terciada a la espalda, un morral y municiones del lado izquierdo, una carpeta de artista a la derecha, un paraguas en la mano izquierda y especialmente un termómetro como escarapela.

(?)—*Bel giorno, mio caro, eh?* dijo sonriendo al través de su seriedad y de sus anteojos.

—*Bellissimo*, le contesté, *non aspettara, ve lo assicuro, questa delizia invernale nella Kurlandia.*

—*Per che? è un fenomeno assai volgare in questa terra di benedizioni e di dolce far niente. Volte che facciamo una passeggiata fino ai vicini colli?*

—*Sta bene.*

El lector comprenderá, por segunda vez, con cuanto placer escuché aquellas palabras. ¡Yo que creía que me hablase en Ruso! primero le habría consentido una conversación en Persa. . . que tampoco entiendo!

El profesor echó a andar con toda calma, explicándome la serie de fenómenos meteorológicos que habían precedido a aquel cambio.

—La Curlandia como V. sabe, ó debe saber, es una de las tres provincias occidentales de la Rusia, y tiene por límites, al

Oeste el Báltico, al Norte el Golfo de Riga y la Livonia, al sur la Provincia de Kowno, y al Este la de Witebsk.

En su totalidad, esta Provincia puede considerarse una llanura, y aunque es verdad que toda su porción meridional es una serie de colinas que dá brazos mas ó menos extensos hacia el Norte, estas colinas debieran mas bien llamarse *mesetas* como la del Aa en el Sud-este de Livonia y que V. habrá visto desde el tren, en la mitad del camino de Düna a Riga.

Estas colinas curlandesas que V. vé desde aquí, puesto que están a menos de una milla, son atravesadas por diversos ríos pequeños a la verdad, que corren en el fondo de pintorescos valles. Ah! cuantas veces, al venir el deshielo, he visto las espumosas aguas del Windau acariciar murmurando las riberas cubiertas de una vegetación vigorosa aunque pálida y joven.

Estas palabras que no esperaba oír de boca del profesor, me llenaban de contento.

—Es falso,—me decía a mí mismo,—el temple árido que se atribuye al alma de este hombre. «Aquí»—dije al Profesor—hay rasgos impregnados de una poesía, de un sentimiento profundo de la Naturaleza, contemplada a través de los anteojos bi-convexos del zoólogo.»

—Ah! no me culpe Vd;—en mí suele haber rasgos de poeta, que no puedo manifestar, por temor de que las gentes estúpidas atribuyan a mi ciencia la superficialidad de la de los fantásticos.»

—Pero señor, Goethe, Humboldt, . . .

—Sigamos nuestro camino. Estas colinas, decía, lo mismo que la llanura del Norte, están cubiertas de bosques espesos, donde algunos animalejos, que el vulgo llama feroces, habitan en solitaria paz.»

—No he visto uno solo hasta ahora.»

—Lo que puede explicarse por el frío; pero no extrañe V. verlos aparecer luego, invitados por el calor del sol. Las condiciones especiales de la Curlandia, hacen de esta Provincia una de las mas sanas de la Rusia, pero su clima es muy variable.»

Y durante algunos minutos, el Profesor continuó hablándome de latitudes y de topografía; me dijo que la línea isotérmica de la Curlandia era de 4 grados, lo que no dudo les dará a comprender que es un país bastante frío.

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

T E L A

Je n'étais qu'un enfant alors!

LAMARTINE, *lachute d'un ange*, 3^{ème} vision.

CANTO PRIMERO

I.

Ella me amaba; pero yo tenía un corazón de ógro todavía; y en mi cerebro el incansable enjambre de vagas ilusiones media la explosión de mis pasiones.

II

Era una jaula de pintado alambre el mundo para mí: como un canario, a través de los hierros envidiaba las luces, el crepúsculo, la vida; pensando con desden atrabiliario que todo se disipa, borra, acaba. . . pero también hallaba que el universo pródigo convida a solazarse en cármes floridos.

III

Trece años no cumplidos eran mi único dote de experiencia; y ya las pulsaciones de opuestas y violentas sensaciones colmaban mi existencia; soliendo verme Tela caviloso en medio del ballicio sin explicarse nunca su corazón celoso cupiese tanto juicio en una vida de afecciones trunca.

IV

No era muy linda Tela; pero tenía un no sé qué tan bello y una simplicidad tan adorable, que se estasio mi abuela—santa mujer de espíritu envidiable—cuando la presintió, como un destello de luz equinoccial, resplandeciente, pasar jugueteando por su lado lo mismo que una corza independiente que trisca sin recelo en el collado.

V.

Supe que ella me amaba, porque un día entre risueña y grave me lo dijo; y al ver que la alegría no iluminó mi faz de regocijo, confusa se quedó por un instante; mas presto reponiéndose triunfante—mujer como son todas—ocultó su emoción, y conversamos, con aire indiferente y petulante,

creo que hasta de Samos
de la estatua colosal de Rodas.

VI

¡Ah! desde entonces me esquivó con gracia,
despertando—talvez sin advertirlo—
mi vanidad, mi audacia;
zalamero, tierno como un mirlo,—
añorando estar enamorado y triste,—
e improvisaba amor con un acento
que en el mundo nadie se resiste,
y no vivir ateo al sentimiento.

VII

Qué grata es la mentira
con que se halaga un corazón de fuego;
y sin sentir se siente, y brota el ruego;
y atmósfera de besos se respira;
y busca nuestro espíritu sin norma
el ideal finjido—
de falsa luz al resplandor incierto
que la vision agranda ó la transforma—
para soñar dormido
lo que no es hora de mirar despierto!!

VIII

Me avasalló de un modo tan completo
mi juvenil, ardiente fantasía,
que, á su ilusion sujeto,
me convencí que estaba enamorado;
y á Tela mis promesas repetía
con tal asiduidad, tan animado,
que me debió creer—y me creía!

IX

Qué noche tan avara de belleza!—
la noche en que mis padres me dijeron,
con noble finjimiento de entereza,
que á continuar mi educacion y estudio
á Buenos Aires iba!
Mi corazón sus órdenes hirieron;
y la separacion—fatal preludio
de muchas desventuras—
cubrió con espantosa perspectiva
las ilusiones puras
de un alma esencialmente sensitiva.

X

Al ver secarse de dolor la palma
que alejan de su amante compañera,
me imaginé que la distancia fuera
el fúnebre sudario de mi alma.
—«Adios, Alfredo! Volverás?» me dijo
Y yo le dije:—«Adios! Apenas pueda.»
Pero en el mundo instable todo rueda:
no hay pensamiento ni cariño fijo.

Emprendí viaje con pesar sombrío,
llevando cien ideas de tristeza;
y aquel sueño de amor de mi cabeza
el vértigo me daba del vacío.

XI

Ella quedó llorando ciegamente
su huérfano cariño.
Después... Qué hubo después?—El mundo
(miente;
y el hombre es siempre un niño
que pasa retozando por la tierra
l lejos de los afanes de la vida,
ó en un desden, misántropo se encierra
con alma empedernida!

A. N. V.

(Continuará)

SIN NOMBRE

El escritor satírico no nace, lo hace el
mundo, lo improvisan las circunstancias.

Cuando emigra la virtud y la fidelidad
conyugal es objeto de mofa y el seductor
se vé aplaudido y envidiado; cuando el vértigo
de las malas pasiones arrastra en su
corriente á todo propósito de buena vida y
todo es delirio, frenesí y aturdimiento, él
aparece llorando en sus ilusiones perdidas,
la suerte que les espera á las generaciones
que vienen con el ejemplo que le legará la
tradicion bochornosa de la crónica contem-
poránea.

Llora por eso, pero cuando vé á los hom-
bres de rodillas, y desencadenada la orgía
en el alma, rie entonces, y convierte en
látigo con que flajela á la hipocresía, los
nervios que comprimen sus lábios.

Lo podeis ver: ahí vá, desencajado, lívida
la faz y con la muerte en el corazón.

A veces consigue hacer reir, y entonces
se permite hacer dolo; ¡pero que risa!.....es
el sollozo ahogado por el histerismo del sar-
casmo.

No puede tener un momento feliz; por-
que la experiencia de la vida es un teles-
copio que rasga todos los telones.

Su mirada no puede detenerse en la lu-
josa sala, vá hasta las demas habitaciones
donde observa la estrechez y la miseria.

En el baile, la hermosura no lo fascina,
porque el recuerdo importuno de los afei-
tes y los polizos le provoca náuseas y la
música voluptuosa no lo mareja, porque se
distrae viendo la imagen del hambre retru-
cada en la faz de los músicos y el sueño y
el hastio en la cara de casi todos los demas.
Al observar el dolor que proporcionan los
corsés y los botines ajustados á esos márti-
res de la vanidad, aprende, cómo todos los
triumfos del orgullo banal no alcanzan á com-
pensar una sola de las tiranías de la mo-
da; por eso viste como puede y se evita
las visitas del sastre.

Escribe poco, porque sabe que la pluma
es impotente para disipar errores cuando
otros hombres que tambien escriben, se man-
tienen defendiendo esos errores. Se irrita
cuando le llaman inteligente, porque como
todos, tambien tiene amor propio, y desea
ser el único, y en esta tierra está en la
conciencia de cada cual que todos son unos
sábios; por eso él, que sufre al pensar que
los hombres son sus semejantes desea ser
llamado estúpido para distinguirse de tanta
inteligencia..... surgida del bombo mático,
cuando no lo es de puño y letra.

El vé á los literatos y á los políticos, sacri-
ficándolo todo á su fama; pero el coraje se
le acaba y pierde los estribos cuando se le
aparece una literata: es cosa tan risible,
que se derrumba por su propio peso sin
necesidad de sátira: así cuando se sienta á
la mesa á falta de otro plato, suele exclá-
mar: ¡qué me sirvan una literata!

El penetra al templo y el armonium y el
incienso no lo perturban hasta el punto de
que se le pasen desapercibidos los trajes
provocativos y las miradas deshonestas.

El sigue á la muger con su mirada mas
compasiva y en las lecturas á que se entre-
ga lamenta la fragilidad de las costumbres y
al verla ociosa tiembla por la reputacion
del vecino.

El escudriña el pensamiento ajeno y vé
á cada cual pesaroso de su suerte y tratan-
do por todos los medios de salir de su esfe-
ra, y eso le dice que la sociedad está mal
organizada y que el hombre, inflamado por
el orgullo, es un demente que pospone su
tranquilidad al triunfo efímero que pueda
proporcionarle el desquite de una derro-
ta, sufrida en los torneos de la vanidad ó
del amor propio, humillado por el lujo aje-
no.

Así se explica que en las sociedades cor-
rompidas los hombres pidan al azar lo que
deberian exigir á su trabajo. El juego, esa
pasión funesta, será siempre poco flajelada:
una casa de juego, no es otra cosa que la an-
tesala de la Penitenciaría. El escritor satírico
puede defender el trabajo, fuente perenne
de virtud y halagos y mojar la pluma en
sangre para entenderse con el jugador, ene-
migo eterno de toda labor y de todo hábi-
to honesto, pero...pero cuando los gobier-
nos dan el ejemplo, él quisiera poseer algu-
nas amarillas para emigrar.

Cuando vé como riñen y pleitean los ciu-
dadanos, se acuerda de la jauría de curia-
les y del buche del avestruz que traga lo
mismo la carne como la piedra.

Cuando vé á todos correr, él se sienta,
porque el viaje de la humanidad es á la
tumba y esta siempre aunque no la veamos
está á dos pasos de nosotros.

En el rostro de los que arrastran lujosos trenes vé pintada la ansiedad, porque el día sábado se acerca; y cuando los carruages que lo salpican con lodo conducen pobres diablos, piensa que los frisones han usurpado el sitio que les corresponde á los que van dentro.

Y siguiendo por doquier las huellas de la vanidad, no se detiene á envidiar las satisfacciones que proporciona al aturdimiento y al amor propio, porque alcanza á su desenlace que es la desgracia inevitable, el deshonra y la impotencia rabiosa.

El vé, finalmente, el desmedido orgullo de los hombres y rie con desenfado, pero ay! para verter amargo lloro en seguida, porque ellos no vén, no quieren ver la nube de preocupaciones que los envuelve y los hace desgraciados.

El hastio, el desencanto, hacen presa de su corazon en horas calladas en que nada viene á interrumpir su dolor, pero aún en esa situacion de ánimo, si hace un esfuerzo, puede alcanzar á levantar la vista y mirar á los que pasan, arrancárles la careta y presentarlos desnudos á la mirada de todos.

Y si el primero que acierta á pasar es un demagogo, lo señala con el dedo y les dice á todos los que lo quieren oír:

—Ese es un farsante que dice lo que no siente. Es un demagogo: ¿y sabéis incautos, qué cosa es un demagogo? Es una crisálida que estorba, mariposa incompleta, que no puede volar á la copa del árbol del presupuesto. Su sofisteria, no es mas que el murmullo que producen dos álas impotentes al ensayarse.

Alguien dijo, que el estilo era el hombre, y el escritor satírico, parodiando esa frase, compone estotra: el estilo es la situacion personal del escritor; así él presiente á través del anónimo de los escritos patrioterros la imagen de la ambicion, y no pocas veces la del hambre; y en el período ampuloso y reposado de otro artículo, ariete formidable del principio de autoridad, descubre la mano que doce veces al año inscribe su firma en una planilla de sueldos.

El demagogo subvierte todas las ideas de órden y cuando merced á sus cábalas consigue trepar al poder, todo su afán y toda su actividad se malogra en la tarea de borrar con el codo lo que escribió con la mano.

El escritor satírico que siempre es un atrevido, al mirar las langostas que talan el árbol del presupuesto, regado con el sudor de los buenos, cree en la metempsicosis, porque en las langostas ha descubierto á los demagogos de ayer, y en su audacia temeraria pronostica que los demagogos actuales serán langostas mañana.

Y en estas evoluciones les sigue la pista, los cerca y los conduce á sus últimos baluartes: allí, todavía, jadeantes, todo revolcados, se acuerdan del comodín de su ignorancia y gritan con desahogada voz: ¡la libertad del sufragio!

¡Y bien! contesta el escritor satírico: ¿qué teneños con eso?... hagamos abstraccion de la ninguna preparacion del bajo pueblo, que jamas podrá opinar sin muletilla; no pensemos en que habrá siempre boletas para el mejor postor; olvidémonos de la influencia fatal que ejercen los servicios prestados; no mentemos para nada otras mil cosas que podríamos presentar, y concedamos que el pueblo elija libremente. ¿Cual seria el resultado?... Un gobierno de opinion.... ¿y para este parto de los montes tanta gritería? ¿No dá acaso lo mismo llamar á la majada con una citacion ó con el ladrido de un perro?

La opinion es cuando ménos el entusiasmo y el entusiasmo es enemigo de toda razón.

El sufragio libre, esa panacea de los farsantes y de los ilusos no resuelve los problemas sociales, que surgen de este, que reclama las luces de todos los pensadores: la felicidad del hombre.

El escritor satírico, al estudiarlo en el escenario grandioso de la naturaleza solo vé esta epopeya fatal: la batalla por la vida.

Entónces él, al ver estas democracias grotescas, rie y dice: aquí no hay mas que un objeto: regularizar la lucha por la existencia.

Y como le consta, porque ha estudiado las costumbres de su patria, que los que dirigen en ella la opinion pública son unos pocos, no tiene inconveniente en enrostrarles su desmedido amor propio que los ciega y les hace creer, que solos, pueden realizar la obra colosal de la felicidad de todos, cuando unidos y despojándose de la vanidad que los empujaba podian dar cima á la obra redentora porque todos suspiran.

El gobierno de las sociedades es cosa muy seria y exige el concurso de todos, pero en el Japon, que es de donde se nos ha enviado estos datos, se cree que es condicion indispensable para servir á un pais el tener un puesto rentado: sino se le tiene ¡viva la demagogia! ¡abajo el poder!

Entretanto las brasas quedan y la autoridad al terminar su período vendrá á echar mas combustible á la hoguera.

¡Desgraciados de aquellos pueblos en que no hay escuelas para morigerar el orgullo y todos nacen príncipes herederos!

DA FREITO.

PÁGINAS DEL CORAZON

(FRAGMENTO)

¿Te acuerdas de esa noche misteriosa
En que la luna con su rostro pálido,
Nos enviaba al través de la ventana
La dulce luz de sus plateados rayos,
Y que yo te miraba y te decia:
«¡No me olvides jamás querida mia!»

¿Te acuerdas que al mirarme divisaste
Sobre mi triste párpado una lágrima,
Y que tambien llorando me dijiste
Con todo el fuego del amor del alma:
¡Yo te he de amar hasta la tumba helada
Por las cenizas de mi madre amada!

¿Que has hecho, dime, de ese amor tan puro?
¿Que has hecho de la fé de tu promesa?
¿Será posible que profanes, niña,
El nombre santo de tu madre muerta?
¿Para qué me juraste siempre amarme
Si mas tarde debias olvidarme?

¿Porque me prometiste amor eterno
Si debias faltar á tu palabra?
¿Porque fingir un inmortal cariño
Y empañar con el llanto la mirada,
Si nunca el rayo del amor sin calma
Brilló mujer en el cristal de tu alma?

Oh! no es posible que el recuerdo olvides
Del ser querido que meció tu cuna
Y estampó sobre el cielo de tu frente
Sus besos de cariño y de ternura.
¡No es posible que borres nuestra historia
Sin borrar de tu madre la memoria!

¡Me han mentido, talvez, me han engañado!
No puede ser que tu alma, hermosa mia,
Profane las cenizas de una madre
Que te ha dado la esencia de la vida,
Porque para ultrajar la sepultura
Es preciso tener una alma dura!

RAMON OLIVER.

JULIO Y ZULIMA

A MI AMADA AMIGA MERCEDES DE LASTRA

Julio era un jóven esbelto, alto, elegante, dibujábase en su rostro cierta expresion de languidez que lo hacia mas amable y simpático, su mirada era dulce y expresiva, un gracioso bozo negro y fino adornaba su boca algo gruesa, su negra cabellera era sedosa y naturalmente rizada, su tez fina y delicada, aunque ligeramente atezada.

Contaba 21 años, habia vislumbrado ya los primeros albores de la vida juvenil, se hallaba en aquella edad terrible y peligro-

sa en que el corazon y la cabeza luchan ardientemente tratando de imponerse uno á otro, esa edad de ilusiones y encantos que á veces suelen convertirse demasiado pronto en amargas decepciones, demostrándonos así la realidad de la vida, que nosotros no podemos aun apreciar, pero que sin embargo presentimos con cierta inquietud y zozobra, en nuestras horas de reposo y meditacion.

Julio poseía un corazon intrépido, noble, entusiasta, que lo impulsaba poderosamente á rendir un culto fervoroso y ardiente al amor, á cuya influencia irresistible no pueden oponerse los jóvenes de su temple y carácter.

El gallardo Julio amaba con febril pasion á una mujer, mas bien dicho, á un ángel, digno de él.

Julio amaba á Zulima con mas amor que el zorzal sediento amala cristalinas aguas del arroyuelo, con mas ternura que una madre amorosa á sus hijos, con mas anhelo que el ave aprisionada ama la libertad.

Si gallardo y elegante era Julio, mucho mas lo era Zulima; tenía á la sazón diez y ocho años, tres ménos que Julio.

Zulima era lánguida y esbelta como los lirios del arroyo, flexible como los juncos de su jardín, y dulce como los primeros resplandores de la aurora primaveral: no hay palabras bastante bien coloridas para poder pintar las gracias de su rostro, el brillo y lucidez de sus magníficos y aterciopelados ojos, sus dientes blancos como el diáfano rocío, ni sus cabellos suaves y finos como la seda.

Poseía los sentimientos de un ángel, y la belleza de un querube.

Ambos jóvenes se amaban con delirio y nunca el uno se veía sin el otro; si por la ribera se descubría paseando á Julio, en seguida veíase aparecer á la hermosa Zulima arrastrando por entre las margaritas del campo su larga falda de muselina blanca.

Si envuelta graciosamente en su negro velo entraba Zulima al Templo, al llegar á la pila de agua bendita, hallaba á Julio allí, que la ofrecía galantemente el agua bendita, gozoso de presentarle aquel homenaje de su cariño; y por la noche, cuando Zulima descansaba en su lecho, virginal, Julio, pulsando la *guitarra* con maravillosa inspiracion cantaba tiernas trovas de amor, que la encantadora niña escuchaba dulcemente arrobada.

El amor que se profesaban ambos jóvenes habia nacido en Setiembre, el bello mes de las flores y en la que la Naturaleza empieza á engalanarse esplendorosamente.

Por eso sin duda aquel amor era tan

puro y hermoso como la estacion deliciosa en que habia germinado.

En Setiembre parece que los arroyos corrieran mas dulcemente por las campiñas floridas, por eso quizás aquel amor era tan dulce como el murmurio de esas tranquilas aguas.

En Setiembre se observa que la faz del cielo es mas nítida y pura, por eso quizá aquel amor estaba revestido de tanta pureza y castidad.

En Setiembre las golondrinas, los jilgueros y todas las avecillas entonan alegres himnos de amor, por eso aquellos jóvenes se amaban tanto como las tórtolas, los jilguerillos y como todas las aves que forman sus nidos en la espesura fresca y lozana de los bosques.

Pero. . . ¡oh dolor! . . . ¡Las flores se marchitan; los arroyos se secan; el cielo se cubre de negros nubarrones, y, las aves mueren al tiro del fiero cazador. . . !

Nada hay duradero en este mundo, y la felicidad de aquellos jóvenes desapareció como el sol desaparece, por la noche, de los campos que ha alumbrado con su luz vivificante y vigorosa durante el dia.

Zulima fué arrancada violentamente, por una mano cruel, del lado de su amado Julio.

Zulima no tenia padres, vivia en compañía de un anciano tío, hombre avaro y sin corazon despojado de todo sentimiento noble y digno.

Comprendió, el tío de Zulima, que esta y Julio se amaban con idolatría, y esto le desagradó en extremo, pues aquella union no correspondia á sus fines, venia á desbaratar sus planes.

Pidió á Zulima que dejara de amar á Julio, pues no le convenia la union con este joven, por que era estremadamente *pobre de fortuna*.

La joven, que amaba á Julio por sus cualidades personales, y que no se contaba entre esos seres indignos para los cuales el interés está antes que el amor, se indignó y contestó resueltamente que antes preferia la muerte á renunciar al amor de su noble Julio.

Aquella negativa tan terminante, exasperó al viejo avaro, quien amenazó á la niña con llevarla lejos de aquel lugar; y poner todo género de barreras entre ella y su amado; mas todo fué inútil—Zulima se mantuvo firme á su amor.

El perverso tío, se dispuso á realizar sus amenazas, y un dia tío y sobrina desaparecieron sin saberse hasta hoy la suerte que le cupo á la hermosa cuanto infortunada Zulima.

Julio comprendió entónces cuanto amaba á Zulima, al perderla para siempre. Su corazon quedó herido de muerte.

Al perder á Zulima, sintió que el amor que le profesaba aumentaba con fuerza, sintiendo en su noble pecho los terribles efectos de aquel amor desventurado.

Creemos que cometen un error gravísimo algunos, padres incautos que quieren separar con frias reflexiones á sus hijos del objeto á quien se inclinan, no consiguiendo otra cosa que encender en ellos mas y mas la llama abrasadora del amor, que sin oposicion alguna tal vez llegara un dia á extinguirse bajo el manto del hastío, de la monotonía, ó de tantas otras causas que inesperadamente suelen sobrevenir.

No por esto desconozco el deber sagrado que tienen los padres de aconsejar á sus hijos en esas grandes decisiones del porvenir, y estos el de escuchar y atender esas reflexiones y consejos con el respeto y afeccion que deben inspirarnos siempre los autores de nuestra existencia.

Me he referido á las escepciones.

Así pues, al ver Julio que le habian robado á su única dicha en la tierra, á aquel sér divino y celestial por quien su alma sentia la mas ardorosa pasion, sintió oprimirse el corazon de una manera horrible y un abatimiento profundo se apoderó de todo su espíritu.

Una tristeza roedora inundó su corazon. No era posible resistir tanto sufrimiento.

Al cabo de muy poco tiempo de la desaparicion de Zulima, Julio sucumbió de dolor.

Semejante al tierno y gallardo lirio á quien el huracan troncha por su tallo, descendió al sepulcro llevando en su pecho la imágen adorada de la que fué su ventura!

LOLA LARROSA.

Buenos Aires, 1878.

LA GUIRNALDA

(DE LUDWIG UHLAND)

Iba una niña las pintadas flores
Cogiendo que adornaban un verjel,
Cuando salió de la sombría selva
Bellísima mujer.

Con voz amiga se acercó á su lado,
Y una guirnalda le ciñó á la sien;
—Aún no florece, pero dará flores,
No te la quites, pues.

Creció la niña, y cuando á solas iba
Vertiendo tiernas lágrimas tal vez,

Empezó la guirnalda en su cabeza
Capullos á tener.

Y cuando vino el prometido esposo,
Y ardiente la estrechó á su pecho fiel,
Se convirtieron los capullos todos
En un florido Edén.

De tanto amor el fruto codiciado
Cual tierna madre no tardó en coger:
Doradas frutas la guirnalda rinde,
Más dulces que la miel.

Y cuando el bien amado en tumba fría,
En hondo sueño, sepultado fué,
Flotaron místias hojas con el pelo
En torno de su sien.

En breve la pusieron yerta y fría,
Ceñida la guirnalda, al lado de él,
Y ved ¡oh maravilla! la guirnalda
Volvió á reverdecir.

Traducción de JAIME CLARK.

DIÁLOGO DE AMOR

—¿Con que la amas mucho, querido
Cárlos?

—Oh sí, muchísimo.

—Y piensas que nunca la olvidarás?

—Nunca!

—Y dices que hace mucho tiempo que
no la ves?

—Dos años cumplen hoy!

—Y como sin verla puedes estar tan tran-
quilo?

—Porque me basta saber que la amo
para ser feliz.

—Y si su belleza se hubiera marchitado,
si su rostro pálido y transfigurado no te
ofreciera aquellos encantos de la primera
vez, la amarías aun?

—Lo juro!

—Eres muy niño, amigo Cárlos, eres muy
niño, creedme. Ese amor que tú supones
impercedero, ese sentimiento desinteresado
y puro, que se alimenta de su propia ilu-
sion y se recrea y adormece en el hala-
go de las delicias que se forja, no tiene mas
duracion que lo que tarda en desaparecer
el brillo de una luciérnaga; mañana, tal vez,
ya se habrá desvanecido, y acaso deje me-
nos rastro sobre tu corazon, que la quilla
del navio sobre la superficie de las olas!
El amor que tu imaginas no existe, es un
imposible, el sueño vaporoso de una noche
de delirio! El amor verdadero, el único
capaz de llenar las condiciones de nuestra
naturaleza imperfecta, es aquel cuyos afectos
se hallan tan íntimamente ligados con
el objeto que los produce, que á la mas
mínima alteracion de este se modifica la
esencia de aquellos. Así pues, si por una

casualidad que no está muy distante, lle-
gara á perder parte de sus atractivos aque-
lla que te ha inspirado esa pasion tan vio-
lenta, tu interés hácia ella languideceria
en relacion á la pérdida experimentada.
Suponed por un instante, que esa mujer
que ayer encontraste espléndida de her-
mosura, inmaculada en la flor de su ino-
cencia, se presentara hoy á tus ojos; mar-
chita, haraposa, degradada en su condicion
moral; suponed, que todo aquello que sirvió
en ella para despertarte sentimientos de
admiracion y respeto, hoy solo os los pro-
voca de odio y desprecio; suponed por úl-
timo, que esa muger que se presenta envi-
lecida por haber cedido al impulso de mi-
serables pasiones, fué la misma que dos
años antes prestó juramento de conservarte
intacto su amor y su pureza; decidme, que-
rido Cárlos; ¿tu corazon no estallaria enton-
ces en medio de la indignacion mas pro-
funda, arrancando del altar de sus senti-
mientos ese falso ídolo, que traicionaba su
adoracion?

—No Alejandro, no le arrancaria! Tu
no conoces todavia los arcanos del amor y
acaso ignoras uno de sus dones mas precio-
sos! El amor que yo siento, no es el sueño
vaporoso de una noche de delirio, como tu
le llamas; es el amor verdadero, el único
acreedor á semejante título; el que tu concibes
es la pasion relajada de los sentidos ejer-
ciendo su imperio sobre lo que tiene el alma
de mas puro y mas grandioso, es la
mezcla monstruosa, el vínculo despreciable
entre los deleites materiales y las purísimas
idealizaciones del espíritu! No, el amor no
desaparece con el objeto amado, el ideal no
se destruye con la caída de los elementos
que te formaron; vive en el alma eterna-
mente vivificado por el fuego de la memoria,
se agiganta cada vez mas ante el culto de
esa alma que le adora, le sublimiza y acaba
por confundirle en el éter impalpable de
su inmaterialidad!

¿Veis ese hermosísimo paisaje que se dila-
ta á nuestra vista hasta desvanecerse en
el lejano límite del azulado horizonte? pues
bien, cuando el riquísimo folleaje que le
adorna haya caído marchito al desapacible
soplo del otoño, cuando los arroyos de esas
praderas engalanadas de flores, se deslizen
solitarios sobre un suelo sin yerba, ahogan-
do sus murmullos bajo un susurro de hojas
secas y amarillentas, entonces, digo, noso-
tros que conservamos la imájen de su pri-
mera impresion, vendremos á este mismo
paraje y sobre la misma roca en que ahora
reposamos, podremos levantar en nuestra
mente, aun delante de los despojos que nos
rodeen, el delicioso paisaje que nos sorpren-

diera en un dia. Así se conserva en el alma
la imájen de la mujer amada, siempre pura,
siempre divinizada por los deslumbramien-
tos del recuerdo. Y cuando el soplo de pasio-
nes impuras nos arrebatara su inocencia y
hermosura, cuando ella deja caer sobre su
seno la gota de lodo que la deshonorra, enton-
ces, nuestro espíritu, sumergiéndose en las
profundidades del pasado, busca afanoso la
imájen de aquel primer tipo que le im-
presionó, y replegado y silencioso lesigue
adorando en el misterio de su felicidad.

E. SAENZ.

Noviembre 18 de 1878.

A UN LUCERO

SONETO

Siempre me dices, cándido lucero,
que nadie por tu lumbré ha suspirado;
que la suerte fatal, te ha condenado
á vivir sin un dulce compañero.
¡Fuente de claridad! ¡rico venero
de la luz mas hermosa que ha brillado!
Yo me siento en tus llamas abrasado,
por tí suspiro, y de ternura muero.
Como la sombra de tu ser, camino,
haciéndote sin tregua compañía,
Y que mi amor desdeñas, imagino.
No prolongues mas tiempo mi agonía;
ven, y confunde tu esplendor divino
con el fuego que alienta el alma mia.

FEDERICO UTRECH.

LA POESÍA

Y LOS POETAS URUGUAYOS

(CON MOTIVO DE LA APARICION DEL ALBUM
DE POESÍAS, EDITADO POR EL DR. D. ALE-
JANDRO MAGARIÑOS CERVANTES)

(Conclusion)

Con la transcripcion que hemos hecho de-
jamos determinada la índole poética del bar-
do oriental, empero debemos no olvidar que
no por eso olvida la patria en cuyas compo-
siciones rivaliza con Adolfo Berro; en el
género erótico es como todos los demás jó-
venes de la época, mucha sensibleria, poco
serio, como que es la obra de los primeros
años.

Para terminar este largo análisis del
Album de poesias uruguayas debemos citar
con respeto los nombres de Alcides é Isi-
doro de Maria, Mondoza, Montes, Moratorio,
Noguera, Odicini, Otero, Piñeiro, Pereyra,
Nuñez, Perez Nieto, Ramírez (Carlos y Gon-
zalo) Rosende, Roxlio, Salterain, de Sau-

tiago, Torres, Vasquez y Vedia, casi todos pertenecientes á la nueva generacion y que son á nuestro juicio verdaderos poetas por el pensamiento y por el ritmo perfecto en algunos, como en Montes por ejemplo, que es quizá de los mas correctos entre los citados.

X

Réstanos dedicar la última palabra al digno compilador de la obra, nuestro muy querido amigo el Dr. Magariños Cervantes.

La obra que hemos analizado se halla á la venta en todas las librerías de ambas Repúblicas del Plata y ella tiene por objeto contribuir á levantar un Monumento á la Independencia de la República vecina. ¡Alguien opina que actualmente se espera un movimiento literario sorprendente entre nosotros! Sentimos deveras no estar acordes con semejantes opiniones; nosotros vemos nacer y morir muchas publicaciones de importancia—¿Porque? dicen que por el indiferentismo del pueblo; nosotros decimos por la incuria de los Gobiernos—¿Como así?—Comprendemos que la Europa que tiene naciones de 18 á 40 mil habitantes tengan lectores suficientes para sostener las Empresas, como sucede en Norte-América, pero entre nosotros se hace tan necesaria la protección oficial á las obras de ingenio como el ambiente á las flores, como el aire á los pulmones. Los Gobiernos que saben lo que tienen entre manos procuran por todos los medios posibles que las naciones pequeñas se conserven á la altura de las grandes por su cultura y progreso material—¿Se consigue esto con el *consejo* del Dr. Avelleda, formando sociedades cooperativas? *Risum tepeatis!* Lo que podemos asegurar á nuestros lectores és que todos los Representantes de las Naciones extranjeras en Montevideo se han suscrito al *Album de poesias*, cuyo producto se destina, como ya hemos dicho, á levantar un Monumento á la Independencia—¿Que han hecho los Gobiernos Americanos?

Pero la situación moral de estos países y el objeto de la obra recopilada por el Dr. Magariños está perfectamente detallado en la Epístola final. (Página 521 á 541.) Los sentimientos, las ideas que guiaron al gran patriota estan diseñadas con harto seguros trozos en las siguientes líneas tomadas de un discurso en el banquete inaugural del Jurado nombrado para examinar los proyectos presentados para el Monumento; dice así:

Las generosas ideas, los elevados sentimientos siempre encuentran eco en todos los nobles corazones. Por eso vemos hoy aquí reunidos no solo á nuestros compatriotas, sino tambien á otros inteligentes compa-

ros, cuyos ojos se abrieron á la luz en las opuestas riberas del Atlántico.

Humildes obreros de una idea humanitaria, y la llamo así porque la independencia de un pueblo interesa á toda la humanidad como que trae al congreso de la civilización un nuevo agente libre y responsable, fraternizamos en la religion del arte y en el santo amor de la patria, y talvez unas mismas esperanzas nos animan y unos mismos dolores y preocupaciones nos aquejan.

En Europa como en América el vendaval de los trastornos políticos, la lucha de encontradas ideas, intereses y pasiones, sacude y conmueve el edificio social hasta en sus cimientos.

En todas partes el futuro se presenta como esfinge aterradora, y cada pueblo tiene que resolver los áridos problemas que aquel plantea, so pena de ser devorado por el monstruo.

De su acertada solución depende la felicidad que anhelan, fascinador miraje que huye á medida de que nos acercamos á él, y que no pocas veces abre un abismo debajo de nuestros pies!

Tal es la dura, pero fecunda ley del progreso humano.

La desgracia que parece ser nuestro lote desde que el primitivo Adán, el primer rebelde, prefirió á una sonrisa de Eva las delicias del Paraíso, como si el hombre por instinto se rebelase contra todo intelecual y la obligación impuesta, bajo cualquiera forma que revista, le sea soberanamente antipática, venga de donde venga: la desgracia, decia, abre á la fé el alma de los pueblos como el corazón de los individuos.

Tan desgraciado es el hombre que solo conoce el precio del bien cuando lo pierde, y animal de tan poco escarmiento que solo al verse presa del infortunio, siente despertarse sus adormidas creencias.

La doble necesidad de explicar lo inexplicable, y de esperar aun cuando sea ilusoria, la esperanza, prestan alas á su espíritu para remontarse hasta el lumínar de la eterna verdad y de la eterna justicia;—grandiosa realidad ante la cual desaparecen como ligeras nubes que deshace el viento las mentidas glorias y las efímeras grandezas que no han sido conquistadas á la sombra de una inmortal bandera.

La historia da irrecusable testimonio de esta verdad consoladora: y ahí estan los treinta y tres esclarecidos varones de la epopeya uruguaya, para enseñarnos con su ejemplo que á pesar de engañosas apariencias, el triunfo en definitiva pertenece á los que luchan por la verdad y la justicia, rayando el heroísmo de los que por ellas comba-

ten en las fronteras de lo sobrenatural y milagroso.

El Niágara como el Tequendama y otros grandes rios, antes de llegar á las rocas donde sus aguas destrenzadas se desprenden en bramadora catarata posee bajo las apariencias de la calma, una irresistible potencia de atracción. En la inmensa sábana brillante y tersa como una lámina del bruñido acero, todo lo que cae es arrastrado por la corriente.

Así bajo la tranquila y engañosa superficie de los sucesos que forman la trama ordinaria de la vida, la fuerza oculta de las ideas se abre paso á través de la indiferencia, del silencio ó del olvido, por no decir de la hostilidad, del ultraje y la calumnia: y arrastra al fin en su irresistible cauce, no ya á los hombres de buena voluntad, que desde el principio las acogieron con amor, sino hasta á sus mismos detractores, confundidos ante el aplauso de la multitud, que estalla á veces imponente y gigantesco como el estruendo de la sublime catarata!

Saludo alborozado este acto, porque no he perdido todavía la fé en los grandes destinos que la providencia reserva á este hermoso pedazo del Eden americano, y porque sean cuales fueren las dudas y desfallecimientos que á veces nos asaltan, se retempla mi espíritu y siento reavivarse la llama que arde inextinguible en mi corazón, al recordar los hechos de tu corta pero gloriosa historia ¡oh patria de Lavalleja y Garzon, de Suarez y Vilardeból!

En la victoria y en la derrota, en los días prósperos y en los adversos, en el bien y en el mal, siempre tuvo para tí mi lira himnos de triunfo, gritos de ira y de dolor, palabras de esperanzas y de consuelo.

En nuestros vírgenes bosques el hacha del leñador vá despojando sin piedad al frondoso sauce, hasta de sus últimas ramas: queda solo en el invierno el tronco destrozado, triste imájen de la muerte; pero llega la estación propicia, y á los primeros rayos del sol primaveral, sube la savia arrebatada y viste al desnudo esqueleto de ramas, y de hojas y de flores que brotan con doble vigor y le devuelven mas espléndida su corona de verdura.

A la sombra de esos árboles, feos estacones meses antes, abrumado por el calor, buscando abrigo bajo su rumorosa techumbre donde no penetran los rayos del sol, muchas veces en las ardientes horas del estío, sentado á la márgen del caudaloso arroyo que murmuraba á mis pies, he dejado caer la cabeza entre mis manos, y he meditado largas horas en los golpes del destino que, ora abaten, ora enalzan á los pue-

blos, siendo todo y todos instrumentos en la diestra del que todo lo puede para sus juicios impenetrables.....

1 Brindemos, señores, por el acierto del Jurado, y porque nos sea dado asistir á la inauguración del monumento, viendo tranquila, próspera, feliz, á la República; en el pleno ejercicio de sus libres instituciones, rivalizando sus hijos en la noble tarea de hacer fecunda la paz por el trabajo y el severo cumplimiento de sus deberes; y brindemos también por los iniciadores de la idea que nos tiene aquí reunidos y por todos los que han cooperado y cooperen á la realización de tan oportuno y patriótico pensamiento.

Después de esas bellas frases no nos queda mas que felicitar al amigo por la doble empresa que ha realizado y á la República vecina por la honra que le cabe al tener en su seno hijos que valen tanto.

BENIGNO T. MARTINEZ.

Uruguay, Octubre de 1878.

ARCO-IRIS

NADA MAS

A....

Aquellas flores que te envié, dijiste,

Atadas con mi pelo,

Acaso, nada del amor de mi alma

A tu alma le dijeron?

Aquellas flores que me enviaste atadas

Con tu oscuro cabello,

Herir mi corazón con sus espinas

Fué lo que hicieron!...

G. M.

Buenos Aires, 1878.

Los días de verano se dignaron al fin visitarnos: pero como nadie está satisfecho con su suerte presente, ya se dejan oír por todas partes las protestas contra el calor: no hay otro remedio para el caso, que escribirlas en el agua.

Mis vecinas han empezado á asomar sus divinos palmitos al traves de las rejillas de sus ventanas.

Algunas de ellas ya han estreado en sus trajes los colores simbólicos de la inocencia.

Otras ¡pobrecitas! están de luto. ¡Maldito color negro! solo puedo verlo con agrado en las guedejas y los ojos de mi amada. Le tengo tirria porque apaga los contornos de la forma, y la silueta fugitiva del talle cimbrador escapa á la mirada, perdiéndose en la monotonía de la tiniebla.

Un saco blanco y levemente oprimida la cintura con una franja rosada, rosada como mis ensueños... lectoras amadas, vecinitas mías, si os veo así y con un jazmin del cabo en la cabeza, me desmayo tres veces en un segundo.

Quando esto me sucede el médico me receta agua con azahar y yo le contesto: Doctor, qué mejor azahar que el aliento de mi novia.... cuando come pastillas de menta.

Amo el verano porque es la estación en que la mujer se nos revela mas poética.

Sentada á la ventana aspira el aura leve entibiada en su tránsito por el suspiro del anhelo ajeno.

Pero en medio de este raudal de poesía, cuantas veces al pasar por una reja no han herido mis oídos frases por este estilo:

—Mamá, porque no mandas á comprar queso gruyère?

Sin que este suelto tenga ninguna correlación con el anterior, no sé porque fenómeno de asociación de ideas, acude á mi memoria el nombre de San Servando.

¿Coro:is ese santo, lectoras? Pues es el abogado de las enfermedades de los piés.

Apostaría mi vida á que mas de una lectora romántica ha fruncido el ceño al leer el suelto que antecede.

—Qué hombre tan bárbaro! habrán dicho.

Pues señor, yo no quiero merecer tal concepto de mis bellas lectoras y paso á enmendar la plana.

Aquí vaporosas y aereas lectoras; vosotras, ángeles que habeis descendido del cielo para endulzar las tristezas de la existencia; lirios del valle, sensitivas de invernáculo, oid: el celestial abogado para las enfermedades del corazón, ¿sabeis quién es? Es... que no se me vaya á desmayar una romántica! están ya preparadas? pues allá vá: es S. Piato.

Qué él favorezca á todas mis lectoras son mis votos, y no los hago extensivos á mis vecinitas, porque ninguna de ellas tiene corazón.

LAS RUBIAS

Ellas!... son ellas la visión primera

Que sobre el polvo de la tierra se alza

Para inundar el corazón de ensueños,

Para postrar en oración el alma.

Ellas!—la forma, la primera forma

Que dió el poeta á la ilusión soñada;

Ellas, la tarde, la serena tarde;

Ellas, la fé, la religion, la lágrima!

Como la luna, pensativa y triste,

Los horizontes inflamados salva,

Ellas, la frente levantada al cielo,

Sobre el incendio de la vida pasan.

Y si al reclamo del amor descenden,

La antorcha inclinan de la fé sagrada,

Para bajar al corazón del hombre

Como la estrella de la tarde baja!

GABRIEL.

Buenos Aires, Noviembre 20 de 1878.

A ELLA

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, aunque en Buenos Aires sucede siempre lo primero y nunca lo segundo.

Señorita: algun día me ha de pagar Vd. la negativa del abanico. Por ahora, son vanos sus rigores: todavia me queda la cinta de Carnaval!

Ha llegado la hora suprema.

Si no tiene Vd. algunas ocupaciones mas graves de carácter gastronómico, hágame Vd. el favor de acordarse de mí, especialmente á la tarde, cuando irradian desde el cielo los suaves resplandores de aquella estrella divina que sonríe á nuestro amor.

Nada mas, por ahora....

EL MISMO.

CRONICA DE LA SEMANA

DIRECCION—La de *El Album del Hogar* vuelve á quedar desde el número próximo, nuevamente, á cargo de su propietario señor Mendez.

AGENTES Y SUSCRITORES MOROSOS—Hay algunos agentes y no escasos suscritores de este semanario que se resisten al pago de las suscripciones.

Esto parece increíble, máxime cuando *EL ALBUM* es el mejor periódico de su índole entre nosotros y su costo mensual solo de diez pesos moneda corriente.

Que sirvan estas líneas de primera amonestación á tan generosos protectores de nuestra naciente literatura!

TELA—Empezamos hoy la publicación de este poema del joven Navarro Viola.

En otro lugar encontrará el lector el Canción primero, cuya lectura recomendamos.

TRANSCRIPCIONES—Nuestros respetables colegas de la prensa de Buenos Aires, nos honran frecuentemente con la transcripción de artículos y composiciones poéticas que ven la luz pública por vez primera en las columnas de este semanario.

Bien es verdad que la competencia de las personas que nos favorecen con su colaboración, explica esa conducta de nuestros colegas.

El Nacional, La Tribuna, La Libertad, El Pueblo Argentino y El Siglo adornan á menudo sus columnas con trabajos de los señores Guido Spas o, Navarro Viola y otros, transcribiendo además las traducciones especiales que publica este semanario.

Agradecemos á los colegas esta deferencia, pero suplicamos á algunos de ellos, que tengan la bondad de hacer constar la procedencia de esos trabajos.

Es necesario separar la cortesía del comunismo....

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLÉ 517

EL ALBUM DEL HOGAR

TE ACUERDAS?

El baile estaba espléndido—recuerdas?
Deslumbrante el salón;
La atmósfera impregnada de perfumes
Y suspiros de amor!

Era un cielo: sus nubes—los vestidos
De nevado crespon;
Sus astros—las hermosas que danzaban,
Y tus ojos, el sol!

Allí te ví... y, por la vez primera,
Mi corazón tembló!...

¿Qué fué lo que te dije y me dijiste
Que te llamé: «mi Dios!»

¿Qué abismo la pupila de tus ojos
A los míos abrió,
Que las sombras del vértigo envolvieron
La luz de mi razón!

Ah! yo no sé lo que mi lábio dijo...
No recuerdo qué habló...
Solo sé que tenía toda el alma
Pendiente de tu voz!

Y que al querer huir de aquel abismo
Que mi vida absorbió,
Sentí que hasta su fondo, hecho pedazos,
Rodaba el corazón!

G. MENDEZ.

(Del *Almanaque Sud-Americano*)

LA MUJER LITERATA

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

AL SEÑOR DA FREITO

Tengo el coraje de tocar esta delicada cuestión, porque va en ello la reivindicación de una ofensa que, quizá obedeciendo solo á una ligereza, ha podido estampar el autor de un artículo «Sin nombre», dado á luz en el número pasado del «Album del Hogar.» No voy á hacer la defensa de la mujer argentina como literata, no; voy solo á levantar un derecho y un timbre de respeto que lleva, y al que es acreedora, la mujer que obedeciendo á una pasión noble escribe y dedica los instantes que otras más frívolas ocupan y llenan con bailes y diversiones falaces y que ésta, cumpliendo el

mandato supremo que Dios puso en su corazón y en su inteligencia, dedica al estudio y á las letras.

¿Por qué se le acusa, por qué se le burla á la mujer escritora? porqué se injuria la inteligencia, se ultraja el talento, se escarnece el alma de un ser superior y dotado de tan bellos y grandes sentimientos como los que abraza el corazón del hombre?

Ah! es triste y profundamente desconsolador saber que en el alma y en el pensamiento de un hombre, se abraza la intención de la burla para un semejante á quien Dios le prodigó todo lo bello y sublime que guarda la Creación en sus obras más perfectas.

El señor Da Freito, á quien suponemos un escritor sesudo por cierto sabor de refinado escepticismo que satura sus escritos, por ciertos cuadros sombríos y descarnados cuyo bosquejo, por demás amargo; solo puede perfilar la pluma y el pensamiento mojado en lágrimas y ante tristes y dolorosas realidades de la vida—el señor Da Freito, conocedor profundo del corazón humano, ha burlado á la mujer y ha hecho una injuria á su talento.

Porqué se le quiere restringir á la mujer? acaso es inferior en aptitudes y sentimientos al hombre? No tiene un alma y un pensamiento que Dios suele alumbrar con la chispa divina? ¿por qué entonces se quiere apagar esa luz, abatir ese espíritu, eclipsar esa alma que vibra al unísono con todo lo grande y lo sublime—esa alma que se siente capaz de la bravura del héroe—de los arranques divinos del lirismo, de subir hasta Dios, de tocar el cielo y esperar con el mismo derecho que los hombres tienen, una corona para su sien y una palma para adornar su rumbo?

Nadie entonces tiene derecho para burlar á la mujer; nadie, señor Da Freito, porque usted mismo no sería capaz, no es capaz de sostenerse en ese terreno del sarcasmo donde ha caído, porque, seguras estamos, el recuerdo de alguna digna escritora argentina, que ha de ser madre y esposa á la vez que literata haría arrojar la pluma y olvidar la burla.

Sin embargo, esperamos tranquilas su actitud—estamos seguras de vencerlo con

la fuerza irresistible de la verdad y el respeto que la mujer inspira en general—la cuestión traída al terreno templado donde no se anida el agravio trae necesariamente la luz, y entonces es fácil deslindar personalidades y evitar confusiones.

La figura desconsoladora del filósofo, del escéptico, del ente descreído que tan bien nos pinta vd. en su artículo «Sin nombre» nos descorazona, porque vemos en ese escritor saírico, improvisado por las circunstancias al mismo Da Freito. Y llora y desprecia y acaba por reírse ante lo más bello y digno de respeto: la mujer con talento! A la verdad que aquella burla en los lábios del filósofo, también nos arranca á nosotras una sonrisa de lástima, pero es una sonrisa velada por el misterio, sonrisa oculta y cuya descifración nadie alcanza.

Porqué pierde los estribos su tipo, señor Da Freito, cuando después de ver cruzar ante él todas las corrupciones de la vida, vislumbra la figura de la mujer escritora? ¿qué le arranca ese grito destemplado y sin eco, ese grito estúpido en que pide que le sirvan una literata? ¿pues qué, son tan abundantes en este país? á fé mía que no lo sabía, y voy á decirle á Vd. mi error; creía que más abundantes eran los *pichones de literatos* que las mujeres de talento, que honran realmente la tierra en que nacieron. Ah! señor Da Freito, qué mal terreno ha pisado vd.! Cuidado con las literatas...

JUDITH.

F É I

Ah! no me dejes naufraga y sola,
Sin rumbo, errante, sin ilusión;
Si me abandonas, que haré en la tierra,
Sangrando siempre mi corazón!

Ven, no te apartes
Del alma mía,
Te necesito
Para vivir;
En noche negra,
Triste y sombría,
Si tu me dejas
Quiero morir!

Morir, Dios mio, sin la esperanza,
Sin la esperanza de renacer
En otros mundos, en otro Cielo,
Donde se pueda tambien querer.

Ah! qué es la vida
Sino nos cubren
Las blancas alas
De la ilusion?
Gajo de adelfa
Que el lábio chupa,
Mientras muriendo
Vá el corazon.

Ah! nó, dejadme morir soñando
Con blandos sueños de amor y fé;
Dejad que sueñe, dejad que crea,
Con la esperanza me adormiré.

Dejadme el rayo
Que me ilumina
De esa celeste
Blanca ilusion;
Ah! si me quitan
La luz del alma,
Se hunde en la niebla
Mi corazon.

Qué es la creatura cuando le falta
La aureola bella de la virtud?
Es flor, es astro que cae y se hunde
Bajo la loza del ataud!

No se levanta!
Ya desquiciada
Como una estrella
Que se apagó,
Tiembla en el lodo
Mústio, sin brillo,
Rota la aurcola
Que Dios le dió.

No la sonrie ya la esperanza,
Duda, vacila, y en nada cré,
No tiene fuerzas para la lucha
Porque el pecado mató su fé.

Oh! cuán distinta, levanta airosa
La mujer pura su frente á Dios!
Ella conserva dentro del alma
La flor intacta de la ilusion!

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

Noviembre 24 de 1878.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO V.

Véase el número anterior

Por mi parte, no me interesaba tanto en aquellos detalles desde el momento en que había descubierto una veta preciosa en el Profesor, y que era necesario explotarla á todo trance.

—«¿Qué distancia hay de aquí al Windau?»—le pregunté, para tratar de hacerle volver sobre «las espumosas aguas acariciar murmurando las riberas».

—«Doce millas,—pero ahora el Windau esta helado, jój! jój! No será seguramente la misma Náyade la que canta ahora.

«Cuando yo llamaba las ondinas del Windau, esperaba que pasase el Invierno. Jój! jój! Cómo quiere Vd. que respondan ahora, si el hielo las congela y adormece?»

—«Pero á lo menos conservará Vd. algun recuerdo, alguna página..»

—«Sí, y Vd. la verá; pero mucho silencio, eh?»

—«Señor,»—le respondí, —«no es más profundo el luto de la infeliz Polonia...»

—«Polonia! Polonia! ¿cómo se atreve Vd. á hablar de ese modo en Rusia?»

—«En Rusia, como en todas partes, he acostumbrado decir siempre la verdad. En mi país, aunque no valgo gran cosa, he preferido perder notables relaciones antes que adularlas;—y como la adulacion es la mentira, puede Vd. deducir los consuelos que uno reporta adulando.—¿Qué composicion considera Vd. que es la mejor?»

—«¡Cómo! la composicion espiritual de los adulones ó la de los que no lo son?»

—«No señor, su composicion literaria.»

—«Ah! creo que es la que en un momento de fantasia titulé «La Ondina del Windau».

No se si seria debido á la influencia del dia tan bello, ó al idioma que hablábamos—el italiano,—que el profesor manifestó arrancarse el antifaz de zoólogo; pero, puedo asegurar que estaba realmente admirable.

Nos hallábamos ya muy cerca del término de nuestro paseo, cuando vimos una mariposa diurna volando en direccion á nosotros.

La fisonomia del Profesor mudó de aspecto,

—«Ah!»—exclamó haciendo un gesto tal que si la Ondina del Windau no hubiera estado congelada en Rusia habría despertado—«ah! es la primera vez en mi vida,»—dijo en el idioma de Dante,—«que salgo de mi casa sin red de mariposas y sin caja;... pero...me queda el recurso del sombrero.»

La mariposa que parecia un tanto entumecida, se acercaba al Profesor Burbullus, quien la esperaba con el sombrero en jaque, como el que juega al volante y espera la paloma que le arroja el contrario.

El Profesor Burbullus tan diestro en el manejo de aquel nuevo instrumento, como el mejor Ruso puede serlo, hizo una cabriola grotesca en el aire, levantó el sombrero, tomó la mariposa, la hizo caracolear dentro de aquel y con una rapidez pasmosa lo

volvió á colocar en su cabeza, haciéndome notar que «la necesidad es madre de la invencion y que, si su substancia espiritual no fuera tan sutil y tan perspicaz, habría perdido aquella especie desconocida de Lepidóptero,» porqué á mí, «pobre ignorante, á pesar de sus buenas disposiciones» no se me habria ocurrido «un expediente tan propio, en casos de apuro, como el sombrero de copa alta para cazar mariposas de especie desconocida.»

Por mi parte, trataba de ocultar la risa debajo de la capa de pieles.

—«Pobrecita, eh? apenas has tenido tiempo para darte cuenta de lo que te ha pasado,»—dijo el Profesor Burbullus, como dirigiéndose á la mariposa que tenía dentro del sombrero;—«te voy á matar, eh? ¿cómo quieres que te mate, ¿te pincho primero el torax y despues te echo benzina, ó quieres que te eche la benzina primero? ah! quieres que te deje morir de hambre mas bien? ó quieres qué ya medio muerta de hambre te pinche y te ahogue con la esencia y de ese modo sufrirás tres tormentos? ¡qué prefieres? que te deje volar—eh? Ah! te gusta? nó? No mi hijita, no vas á volar!»

Continuamos caminando, yo riendo y Burbullus conversando, diré, con la mariposa.

De pronto se detuvo.

—«Sr. Kaillitz, Vd. vé que traigo el termómetro como escarapela, eh?»

—«Sí, señor.»

—«Y si me saco el sombrero para medir la temperatura, se me vá á volar la mariposa.»

—«Es verdad,»—dije sonriendo.

—«Bueno, entónces, lea Vd. por mí en la tabla graduada.»

El Profesor se agachó y leí en voz alta:

—«Bajo cero: trece grados y ...»

—«La fraccion! la fraccion! eso es lo que me interesa!» exclamó el Profesor.

—«Señor,»—le dije, —«la distancia de un grado á otro es de un milímetro próximamente.»

—«Y bien? ¿no se divide, ó no se puede dividir el milímetro?»

—«Si señor.»

—«Pues entónces, divídalo.

Leí nuevamente:

—«Bajo cero: trece grados y nueve décimos.»

—«Oh! eso es muy fácil, para saber que hay trece grados y nueve décimos no necesito ver el termómetro: me basta tocar el cañon de mi escopeta. Divida V. el grado en centésimos.»

—«Trece grados y noventa centésimos.»

—«Bueno! ahora sí.»

No pude menos de sonreír. Burbullus había cometido una distracción de sábio. Nueve décimos ó noventa centésimos es la misma cosa.

—«La temperatura baja. Cuando salimos de casa había trece grados y ochenta y siete centésimos bajo cero. Voy á explicar á V. algo respecto de la mariposa que no me permite sacarme el sombrero.»

Entonces el Profesor me dijo que las Mariposas «llevan en Zoología el nombre de *Lepidópteros*, de *pteron*, ala y *lepis*, *lepidos*, escama, lo que significaba *escamas en las alas*» porque, si se observa este polvo de las alas de los *Lepidópteros* con el microscopio, se ve que se presenta el aspecto de pequeñas escamas de variadas formas.» Me explicó también «los principales rasgos de la Fauna Lepidopterológica de Rusia, la que, por cierto, no puede competir con las tropicales, porque parece que estas escamas de las alas de las mariposas tienen el poder de descomponer la luz y de apropiarse todos los matices de sus colores primitivos, siendo tanto mas vivo el colorido de las alas cuanto mas tropical es el punto en que esta descomposición se verifica.» Me indicó también «cierta relación que existe entre los matices de las flores de un país y los de las mariposas que vuelan sobre ellas.» Teorías;—cuestión de geografía distributiva de animales y de plantas. Se extendió en la clasificación de estos «lindos animalitos», me señaló los caracteres del género á que pertenecía la nueva especie que debía á su «perspicacia» y no á la mía, todo lo cual le dió motivo para extenderse acerca de «las pretensiones de ciertos entomólogos que, sin objeto plausible, multiplican los géneros, mientras que otros crean un género nuevo sin tener mas que una especie; lo que sirve solamente para mortificar á los que, como él, no quieren especializarse porque tienen bastante talento para saber de todo.»

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

LA PRIMERA LÁGRIMA

Has llorado recién—¿Porqué has llorado?...

No me digas que no:

Lo estoy viendo en tus ojos, lo estoy viendo
En tu mismo rubor.

La mujer es pimpollo á los quince años,

—Quince años cumples hoy,—

Y, sabes?—en las flores no hay mas lágrimas
Que el rocío de Dios!

Empero, no te aflijas; de ese llanto
Conozco la razón:
Una noche de insomnio, una quimera
Celeste que pasó!

El alba en el espíritu; las sombras
Girando en derredor;
Un raudal que de súbito despierta
La sed del corazón. . .

¿Y por eso has llorado?—Así es la vida
En su primer albor:
Un crepúsculo azul donde batalla
La noche con el sol.

No te asuste la lucha: veras luego,
Del cielo en la estension,
Desplegarse en las nubes las banderas
Del astro vencedor.

Seca pues en tus ojos esas lágrimas
Que la ansiedad vertió;
Para vencer las sombras de la vida
Hay un astro,—el amor!

Guarda el llanto en tus párpados de rosa,
Que es tesoro de Dios,
Como esconde las gotas del rocío
En su seno, la flor.

No lo viertas en vano, porque un día,
Ay! un día sin sol. . .
Pero, á qué entrístecerte?... ¡no mas penas!
¡Quince años cumples hoy!

RAFAEL OBLIGADO.

EL OBRERO DEL PORVENIR

I.

¡Ya vencen las sombras! El sol poniente
se hunde en los confines de la Pampa, seme-
jando rozar con el borde del Globo.

Las tinieblas invaden la llanura y los
moribundos fulgores van á anidar. por un
instante, en las copas de un grupo de ár-
boles: oasis de luz en aquel desierto de
sombra.

Es la hora misteriosa de la plegaria. Todo
permanece envuelto en la oscuridad; reina
el silencio.

Más este se interrumpe por un rumor
creciente que viene del Oeste. Al acercar-
se se distingue el galope de un caballo.
Llega al centro del llano y se detiene; se
oye el tascas del freno. En seguida vuelve
á oírse en la misma dirección, hasta dete-
nerse junto á los árboles.

El ginete se adivina; sigámosle.
Diana ha reemplazado á Febo; su luz pá-
lida permite distinguir claramente los ob-
jetos á larga distancia.

El caballo, libre de sus arreos, padece tran-

quilamente. El hombre, sentado al pié de
un árbol, mira con extraña persistencia un
punto en el horizonte del Este. Cruzado
entre sus rodillas tiene un sable, y todo el
uniforme, del kepi á las polainas, está
cubierto de lodo: es un soldado, un ve-
terano.

La respiración es fatigosa, el rostro pálido,
la mirada sombría.

Permanece un instante absorto, pero
luego se levanta con viveza; sus facciones
se contraen, sus puños se crispan. Ha sen-
tido el contacto de algun reptil ponzoñoso.
Mas, nó, vuelve á permanecer inmóvil y su
vista á clavarse en el mismo punto que
antes.

En la dirección de su mirada se nota un
bulto negro é informe; parece moverse len-
tamente; sin embargo, por instantes van
siendo mas rápidos sus movimientos, ma-
yor su tamaño, mas distinta su forma.

Diez minutos despues se vé claramente
que es un ginete; un ginete que viene sobre
una flecha viviente, en línea recta hácia la
arboleda.

Ya se distinguen los vivos colores de su
uniforme; es tambien militar. Un minuto
más y pasa, desapareciendo á lo lejos.

Pero el soldado, abandonando rápida-
mente su sitio, salta al borde del camino
por donde llegara.

Estiende el brazo y le grita:

—¡Comandante Perez, aquí estoy!

El interpelado sujeta trabajosamente su
cabalgadura, algunos pasos mas allá, vuel-
ve las bridas y se detiene junto al primero,
esclamando con acento colérico:

—¡Ya lo sospechaba!

Y añadió:

—¡Desertor! No tenias escape y antes de
caer atravesado por los sables de las patru-
llas vienes á entregarte implorando mi per-
don, mas no lo esperes.

—Ni lo espero, ni lo pido.

—¿Entónces, qué pretendes?

—Lo justo. Lo justo es la libertad. Soy
voluntario. Tres años he estado á vuestro
servicio; ahora solicito la baja y no se me
concede. ¿Y sabes porque la he solicitado?

—¿Y sabes porque no la he concedido?

—Desearia ignorarlo. Soy un mísero gau-
cho que tiene la audacia de pretender ins-
truirse mas que los de su clase, debí decir,
mas que los de su casta; que lleva su inso-
lencia hasta querer ser honrado, prefiriendo
la muerte á ser cómplice en los robos
que cometéis.....

Una detonación apagó las palabras del
soldado. El Comandante, sacando una pis-
tola, le habia hecho fuego á quema-ropa.

Disipóse al instante la nube producida

por la deflagración de la pólvora y volvieron á verse, inmóviles, los dos hombres: dos estatuas, la una sobre el pedestal del poder, la otra sobre el del honor.

Pálidos eran sus rostros, centelleantes sus miradas.

La situación no se prolongó mucho.

—Comandante,—dijo el soldado,—vuestro baía acaba de matar la consideración que aún os guardaba. ¡Sois un cobarde!

—¡Miserable!—rugió este.

E irguiéndose en los estribos, dió un salto de fiera, cayendo con la espada desnuda sobre su adversario, que también le esperaba, sable en mano.

Se entabló la lucha. Semejante al fluido eléctrico, circulaba la ira por los aceros.

¡Horrible fué el combate! solo duró un segundo.

El pesado sable de caballería, cual ligero florete, pasó, á la altura del corazón, el pecho del Comandante, que, tambaleándose, cayó de espaldas.

La sangre salió á chorros.

Ni un grito. Ni un gemido.

El rostro del soldado se contrajo, tomando una expresión dolorosa, y por un movimiento instantáneo sacó un pañuelo, rasgó su camisa y anudándolos hizo una venda.

Aun brotaba la sangre. Púsose de rodillas á restañarla y cuando hubo terminado pasó la mano sobre el corazón del herido; ya no latía; á lo menos funcionaba tan débilmente que era imposible notarlo. El cuerpo estaba inmóvil y glacial.

El herido levantóse pausadamente, enjugó con la manga el sudor que corría por su rostro, y, después de arrojar un profundo suspiro, exclamó:

—¡Qué peso tan enorme tiene un muerto!

Permanecía como atontado, fijando en el suelo una mirada estúpida, cuando sintió una brusca sacudida. Al mismo tiempo una voz ronca, le dijo:

—¡Desertor! ¡Asesino!

Al volver la cabeza chocó contra la boca de un revólver. Tenía delante un oficial de su cuerpo que llegó atraído por el disparo del comandante.

—¡Preso, ó te hago estallar el cráneo!—dijo.

El soldado no hizo ningún ademán hostil, ni intentó la menor resistencia. Solo murmuró:

—¡El teniente Morgan!

Dejóse atar los brazos á la espalda y subir al caballo del herido.

CARLOS MONSALVE.

(Continuará)

F E L A CANTO SEGUNDO

I

A manos fui de los jesuitas—cuervos que en infecunda contracción prolija apachugar me hicieron de Nebrija con las rimadas reglas y los verbos.

Supe moral por Urcullú; la lengua en Herranz y Quirós profundizaba; y en los compendios de Duruy buscaba tu ley, humanidad! con torpe mengua.

El ideal soñé de las edades; y por castigo de mi mente inquieta, Melendez fué mi único poeta—un soso rimador de nimiedades.

Tánta lección de sacristán palurdo á gritos rechazaba mi conciencia, y mi razón pugnaba sin clemencia contra las imposturas y el absurdo.

II

Así perdí los años mejores de la vida en un colegio; y mis recuerdos íntimos, crecientes como las armonías de un arpejo, con pensamientos de ambición extraños brotaban en los claustros absorbentes.

III

Ya para nada me ocupaba de ella. No puedo asegurar que la olvidara, porque su nivea frente de Carrara dejó por largo tiempo en mi memoria una indeleble huella.

Pero, atendida y vista mi singular predilección notoria por toda frente bella, es natural que insistiera en que pensaba, si queréis, muy poco, por no deciros nada, en esa Fela que me tuvo loco y que era ciertamente una monada.

IV

Pronto salí de mi niñez; ó al menos, robustecí mi inteligencia joven.

Qué dan los años, llenos de veleidad; aunque á la vida roben hondos misterios y del orbe arranquen esos secretos que la mente pasman? Huya volando el tiempo! ni se estancuen las horas sobre mí!—No me entusiasman tampoco los achaques de experiencia; que en materia de amor, el niño tiene el fuego inspirador de la inocencia—la clásica inocencia!—que proviene del alma confortada de esperanza: en él palpita la verdad, la ciencia;

y el hombre, envejeciendo, sólo alcanza la perfección del arte.

V

Poniendo en punto aparte la cuestión si la amaba ó no la amaba, confiésole, lector, que rato á rato del alma su impresión se me borraba.

Me llamarás ingrato, puede que con razón; pero confío que en este asunto puramente mío me otorgues el derecho de defensa que la constitución me garantiza; y antes, lector, de condenarme—piensa que á veces el recuerdo martiriza.

VI

La iba olvidando; pero, cómo?—Vaya! como se olvida todo:—ola deshecha en la desierta playa, ó límpido arroyuelo que va á perderse en cenagoso lodo y no refleja más la luz del cielo.

VII

Mucho tardé en amar—os lo aseguro; y hallé tanta mujer, bellezas tantas cruzando mi camino—unas con seno impuro, otras con rostro y magestad de santas,—que, pronto á cometer un desatino de aquellos que se llaman garrafales,—víme á los quince años no cabales espuesto á convertirme en libertino.

VIII

De serlo alguna vez no desespero; que al observar la atmósfera cargada de batería eléctrica, prefiero que se desencadene la tormenta, y la naturaleza, equilibrada por la tonante conmoción, se sienta en su vital acción rejuvenecida.

IX

Mucho tardé en amar. . . Qué tonterías comete el hombre sin querer! no es cierto?

Un corazón que ha muerto en su mejor edad á los placeres para vivir de eternas fruslerías;—que del amor dudando y las mujeres—ecéptico infernal y volteriano—en la mujer que adora pone la digna fé de su consuelo, hasta quebrar su orgullo soberano y su ambición sin ley;—y que devora su llanto, sus torturas, su desvelo, venciéndose á sí mismo!—Señor! Señor! invoco tu ayuda, porque toco el fondo de tinieblas del abismo!—

A. N. V.

(Continuará)

LA GUERRA!

Ayer fui á visitar á un sujeto de mi relacion, y aunque dicen que hay crisis, yo no la siento, porque con toda regularidad pago.... visitas, única cosa que puede abonar quien no tiene mas entradas que las de su frente.

Salió á abrirme una sirvienta, vasquita muy bonita, dicho sea en honor de la verdad; y como donde hay miel hay moscas, en el cuarto de Anacleto, que así se llama mi conocido, estaban tambien de visita varios individuos, sumando tres por cuenta redonda.

A todos ellos me los presentó el bueno de Anacleto.

Uno era un jóven de temperamento muy fogoso, el otro un alférez, y el de mas allá un honrado comerciante en lonas para carpas, proteccionista en economia política, por mas señas.

A poco de internarnos en el sombrío piélagos de una conversacion capaz de hacer atentar al mas valiente contra el sentido del oído, se empezó á hablar de las probabilidades de una guerra nacional.

—Señores, les dije, la guerra no resuelve nada.

—Si señor: ella salva el honor.

—Ahí esta la aberracion que resulta de hacer consistir el honor en un fantasma del espíritu, que la razon en vano se esfuerza por comprender.

—Esas son palabras: ¡viva la guerra!

—¡Vive! ¡vive! contestaron varias voces, casi en coro.

—Si solo son palabras las que digo, benditas sean ellas, que tienden á impedir el atraso, la barbarie y la desolacion en el hogar, viejo tronco que eternamente reverdece en virtudes.

—Preferimos no tener hijos, á darles padres sin honor.

—Reniego en nombre de los dogmas de la razon de ese honor que arroja á la matanza y hunde en la miseria á dos naciones: si la guerra adjudicase el triunfo al pueblo que le asiste la justicia, todavia, pero cuando la palma ni siquiera la consigne el mas valiente, ganándola por el contrario aquel que lo protege mas la suerte ó tiene mejores armas ó hace uso de ruinas y arteros medios.... oh! convengan Vds., á la postre, que la guerra es bestial y es absurda.

—Es que estamos seguros del triunfo.

—Esas son bravatas que se oyen las víperas de la pelea en uno y otro campo.

—V. es un traidor; no corre sangre argentina por sus venas.

—Señores, no estoy acostumbrado á que se me insulte: buenas noches!

Y salí: cuando iba por el zaguán oí que se decía, que yo debería ser algun vendido al gobierno, porque en la opinion de tan belicosos señores, el gobierno, tambien, traicionaba á la patria, porque.... porque no habia declarado la guerra.

—Para qué diablos servirían los gobiernos, no pude menos de pensar, si todas las cuestiones hubiesen de dirimirse por las armas?

Pensado lo cual, tomé por esas calles, direccion de mi casa y firmemente dispuesto á no hacer mas visitas en mi vida, mientras la opinion pública se mantuviese enardecida por guerreras ideas.

Llegué á mi casa: allí, ya mas serenado, pensé nuevamente en la reunion de la que un momento ántes habia formado parte, en el cuarto de Anacleto.

—¡Eureka! me dije, golpeándome la frente: ya me sé porque quieren la guerra y quienes son los que la desean: ¡ah, corazón humano! ¡corazón..... inhumano!

El jóven aquel de la reunion representa á su generacion; es la juventud, la inesperienza, el entusiasmo: el alférez representa á los militares, ellos quieren grados, gloria, fama: el comerciante... el comerciante sabe que la ley permite personeros y suspira por la ocasion, á la que pintan calva, para vender sus pelucas: ¡cuántos comerciantes no hay entre nosotros!

La única que no es oída ni atendida es la asenderada razon: su fulgor sublime está entoldado por las nubes de la preocupacion.

Y los que la defienden como nosotros, se ven obligados á limitar su propaganda á la reducida esfera de la teoria: ¡triste suerte la del escritor de convicciones!...

Si la guerra viene, seremos los primeros en ofrecer nuestra carne al cañon enemigo: es siempre tan impetuosa la corriente de las preocupaciones contemporáneas que nadie puede resistir su empuje asolador!

Allá iremos confundidos con la juventud, mientras el libro donde se halla el geroglífico de la felicidad de la patria, quedará cerrado y apolillándose en la solitaria biblioteca.

Allí iremos sin reflexionar, y solo porque se nos dice que la patria pelagra y cuando los ácordes majestuosos del Himno de Mayo, ahoguen los sollozos de las madres y el grito de los niños.

Allá iremos, y si la suerte nos dá el triunfo será amargado seguramente por la guerra que habrá hecho la cobardia y la ambicion, que siempre queda en el interior del país, como los cuervos sobre la osamenta,

desgarrando las entrañas de la madre patria.

Los órganos de publicidad irán allá y nos contarán el entusiasmo de los ciudadanos en tono épico, pero... otra cosa es con guitarra, como dicen nuestros paisanos.

Y tan es así, que vamos á permitirnos referir al lector un caso histórico para rematar estas líneas.

La nacion estaba empeñada en una guerra, que no queremos recordar por mas de un motivo.

Los gobiernos de Provincia cumpliendo órdenes del Ejecutivo Nacional, habian encargado á los comandantes militares de los distritos de campaña la movilizacion de la guardia cívica.

Uno de estos comandantes, una vez cumplido su cometido pasó una cuenta detallada de gastos, en la que se encontraba esta partida:

Por cuerdas para atar voluntarios, pfts. 30

Y entónces los diarios no se cansaban de ponderar el entusiasmo que enardecia todos los pechos: ¿no será ahora lo mismo?

¡Cuidado, mucho cuidado con los comerciantes!

DA FREITO.

TRISTEZA

A EVANGELINA

Si amé creyendo, si aspiré el perfume
De la casta virtud; si sentí lágrimas
Que aun abrasan mis pálidas mejillas,
Para volver al corazón ahogadas:

Si amigo del placer, busqué la ausencia
Para medir la soledad del alma,
Con toda la tristeza del recuerdo,
Con toda la expresion de la esperanza;

Si estremecido me lancé al torrente
Que en el mar de la gloria se derrama,
Y allí, pedazos hecha mi barquilla,
Sangrando el corazón, volví la planta:

Si la idea de Dios rodó en mi frente
Para alzarla despues en mi palabra;
Si he clavado en el polvo la rodilla,
Levantando en silencio mi plegaria:

Si entre las sombras de una noche densa,
Encerrado en mi mismo, se agitaba
Mi pensamiento en spledad sombría,
Y horas inmensas de dolor pasaban:

Si busqué con el alma temblorosa
Sobre el fango del mundo una guirnalda,
Para orlar una frente pensativa
Que al triste arrullo de mi amor irradia:

Si hubo arrugas tempranas en mi frente
Y tristeza de duelo en la mirada,
Si soy, ó fuimisantrópo, ¿qué importa,
Si todo era por tí, luz de mi alma!

Hoy, que en el lecho del dolor me siento,
Tu imagen nunca el corazón aparta:
¡Bañada por oleajes de tristeza
Te adivino en mi noche desolada!

JOSÉ IGNACIO PÉREZ

Noviembre 20 de 1878.

HISTORIA DE UNA VENGANZA

(Continuación)

—Diablo! me infundís miedo. ¿Qué os ha hecho la humanidad para que queráis descaezarla? Si una mujer os ha ofendido, castigadla y... en paz.

—¡Oh! ya vereis como me vengol

—Muy bien; estais en vuestro perfecto derecho y yo soy el primero en hostigaros para que laveis con sangre la ofensa que se os ha inferido.

—Dime, Tomás, cómo se llamaba aquel rey que á la mañana siguiente mandaba asesinar la mujer que le habia proporcionado una noche de solaz?

—Si la memoria no me es rebelde, creo que Chahriar.

—Chahriar!—eso es, no me acordaba. Chahriar, amigo mio, era un hombre justo.

—Le llamais así por su justicia salomónica?

—De ninguna manera; qué digno de admirarse hay en las acciones de ese *falso sabio*, como le ha calificado Lamartine?

—Mucho bueno y mucho malo, pero dejando á un lado á Salomón ¿pensais hacer lo que el Sultán de las Indias?

—Si pudiera ¿quién lo duda?

Tomás iba á contestar, pero la detonacion de un arma de fuego heló las palabras en sus labios.

—Habeis oido? exclamó Roberto poniéndose apresuradamente las patillas y la peluca.

—Que se maten; no os movais—le dijo Tomás colgándose de su brazo.

—Pero...

—Lo que sea sonará. Ciertamente estoy que son viajeros que los lobos han sorprendido.

Esta reflexion pareció razonable á Roberto que se volvió á sentar.

Un grito agudo, penetrante, que parecia partir de la pieza contigua, que hizo palidecer á Tomás y lanzar una blasfemia á

Roberto se escuchó en el silencio de la noche.

—Algo extraordinario ocurre; voy á ver lo que es; profirió Roberto dirigiéndose á la puerta.

—Id con cautela, le observó Tomás, y apagó la luz.

Roberto bajó rápidamente la escalera y se encontró con maese Cosme que discutía como un bachiller con uno de los enmascarados.

—Sí, sí,—decía el honrado hostelero—sois conspiradores y no os quiero en mi casa. Marchaos, porque de lo contrario doy parte al alcalde.

—Entrad en razon, buen hombre, nosotros...

—Nada, nada, marchaos ú os denunció.

—Mañana nos iremos—suplicó el enmascarado.

—No; idosahora mismo.

—Pero eso es imposible, ved como está la noche,—llovizna, ventisca...

—Poco me importa.

—Y si os pagaramos el triple por la posada?

—No quiero nada, idos.

El enmascarado giró sobre sus talones, abrió la puerta que daba á la calle y despidió un silbido extraño.

El tío Cosme corrió á un rincón y tomó una escopeta.

—¡Ah! ¡ah! bribones queriais sorprenderme; ya vereis como os castigo; y le descendió un tiro á boca de jarro.

El enmascarado estiró los brazos, se llevó la mano al corazón y cayó al suelo bañado en sangre.

—Unol—dijo con acento sombrío Roberto.

Aun no habia concluido de proferir estas palabras, cuando sintió posarse sobre su hombro una mano.

Volvió rápidamente la cabeza y se encontró con Tomás.

—Cometeis una imprudencia;—le dijo con enojo.

—Nadie me ha visto: ¿pero decidme, qué pasa?

—Que maese Cosme ha despachado al otro mundo á un hombre.

—Es posible y por qué motivo?

—Después os lo contaré todo. Ocultaos que siento pasos, la detonacion ha atraído á la gente.

En efecto, la posada se vió invadida de curiosos.

—Un hombre muerto!

—Y quien es el asesino?

—Llamemos á la justicia.

—Socorro!

Estas y otras exclamaciones se oyeron, al mismo tiempo que dos gendarmes, penetraban en el establecimiento, teatro de aquel suceso hasta cierto punto trágico.

VI

—Ahora es tiempo—le dijo Tomás á su amigo: aprovechaos de la confusion que yo procuraré que dure el *sumario*

Roberto no contestó; estrechó la mano de su compañero y subió los tramos de la escalera de dos en dos.

Se encontró delante de la puerta del cuarto de la jóven desconocida.

No golpeó.

¿Qué lo detenía?

¿Qué temía?

¿Qué era lo que pasaba en el corazón de aquel hombre?

¿Qué lucha sostenía consigo mismo?

El amante ofendido, el esposo ultrajado, el genio de las represalias; porqué vacilaba en abrir aquella puerta?

¿Era acaso que pensaba en su hija, en la cándida é inocente Isolina?

MATILDE ELENA WUILL

(Continuará)

ARCO-IRIS

Invitadas á los exámenes de la escuela que rejentean las ilustradas señoritas de Porcel de Peralta, nos ha sido muy grato conocer el grado de verdadero adelanto á que han llegado esas niñas; causando admiracion á los señores examinadores el despejo y confianza de las alumnas para las esplicaciones demostrativas en sus ramos de enseñanza.

Los mapas hechos por dichas niñas, bajo la sola direccion de las jóvenes maestras, honran á éstas y dan una idea del adelanto intelectual que va alcanzando la mujer. Son esos mapas trabajos notables, artísticamente iluminados con variados tintes y representando las Repúblicas Sud-Americanas, la Oceania y otros puntos europeos.

Dignas de un sincero aplauso de admiracion y respeto, son las inteligentes educacionistas de la escuela que nos ocupa.

Con maestras así, puede llegarse á realizar la educacion perfecta en las clases primarias y aun superiores. Reciban las señoritas de Porcel de Peralta nuestros sinceros parabienes, así como las niñas que están bajo su direccion, especialmente las señoritas de Carriego y Guienes que obtu-

vieron la clasificacion mas alta, con una felicitacion honorifica de la mesa examinadora.

TJERITA.

**

LAS MORENAS

A GABRIEL

He leído tus versos—Son muy bellos,
Como todas las notas de tu arpa;
Es sensible que ideas tan brillantes
No encierren de verdad una palabra.

Decir que la belleza de las rubias
Fué del poeta la ilusion soñada,
Llamarlas la pasion y la ternura,
La tristísima tarde y la plegaria,

Es pretender que créamos que el fuego
Ha tenido su origen en el agua,—
Que el llanto, la espresion del sentimiento,
Se revela en los ojos de la estatua.

Las rubias! esos seres sin pasiones,
Con la tarde y la luna comparadas!...
Las primeras, Gabriel, son lo insensible,
Y la tarde y la luna son la lágrima.

No, las rubias no son, son las morenas,
Las que llevan por siempre proyectadas
Las sombras de la tarde en sus cabellos,
Y el astro melancólico en sus almas.

ERNESTO.

Buenos Aires, Noviembre 28 de 1878

**

ANITA PORTELA

La hermosísima creatura con cuyo nombre encabezamos estas lineas, no existe yál

Ha desaparecido de este valle miserable, todo lágrimas, vicisitud y decepciones continuas, para ir á habitar aquel mundo que sonríe á los que saben cumplir con la mision que el Creador les encomendara y que aterroriza á los que desobedecen sus leyes inmutables!

Ha desaparecido del polvo de la tierra para ir á mezclarse con sus hermanos, los ángeles, que, ansiosos, la esperaban para presentarla ante las doradas gradas del trono excelso!

Allí está ahora Anita gozando de la envidiable tranquilidad y de las infinitas delicias y encantos que dispensa el Hacedor á los que cómo ella cumplieron sus preceptos divinos y supieron captarse su bondad sin límites por sus buenas obras y ejemplar conducta.

Si, allí está; deslumbrante de gracia y hermosura, orando por los que lloramos su pérdida irreparable.

C.

**

PENSAMIENTOS

La virtud del alma es una virtud sublime y que muy pocos la poseen.

Ejecutar la caridad por solo merecer el aplauso y los elogios encomiásticos de la sociedad, no es un acto de filantropia sino de vanidad y orgullo.

Los arranques del corazon, son los mas genuinos y de él parten las grandes virtudes que immortalizan á los hombres.

El que no tiene fé, no tiene creencias y por consiguiente es incapaz de nada noble.

Si el dolor subsistiera eternamente, la humanidad se revolveria en un mar de lágrimas.

La religion de los recuerdos es un culto sagrado, y que no admite otro ídolo.

M. E. W.....

**

A C....

Amo las flores, porque me parece que me revelan que existe en el caliz de ellas el horóscopo de este dulce y apacible cariño que le profeso á.....

Si me veis absorbido en larga contemplacion, si os acercais y poniendo vuestra mano en mi frente la sentis presa de la fiebre, traedme la flor que me recuerda mis amores y me vereis sonreír.

La víspera del primer dia que fui desgraciado por mi cariño, ví marchitarse rápidamente la sensitiva que tenía en mi ventana. Al otro dia la regaba con mis lagrimas. Por ellas, en la misma maceta, nació un trébol. En misterioso language me dijo al oído—Resignacion!

HOPE.

**

A una interesante señorita, en cuyos ojos parece que han hecho nido los astros, le ha dedicado un amigo nuestro los siguientes bonitos pensamientos:

Cármel!

Cuando era niño, sin lagrimas que empañaran la pupila de mis ojos, sin sombras que ajitaran la tranquilidad de mis sueños,

sin contrastes que entristecieran el horizonte de mis dias, y sin nubes que velaran el cielo de mis años; abrí por vez primera, ese libro escrito por los hijos del desierto, en cuyas frentes morenas chispea el fuego de la voluptuosidad, y la espresion íntima de la ternura: ¡Cármel! yo te lo juro, sentí que mi alma se desprendía lentamente de su centro; que mi corazon, niño aun, abandonaba su lecho de flores místicas, confundido ya, con el aroma vaporoso de esos sueños, y que mi fantasia triste, sin alas, intentaba crear un fantasma digno de esas horas ardientes, de esos instantes de vértigo en que fueron escritas esas páginas orientales, esos cánticos sublimes, esas imágenes voluptuosas de las mil y una noches.....

Entonces fué cuando sentí un vacío inmenso en mi corazon, entonces, cuando palpé en esa noche, eterna hermana de la ansiedad, esas sombras que agitan el sueño, esas tardes que velan los dias, esos contrastes que inquietan el alma, esas nubes que oscurecen la dicha.....y pronto, muy pronto para mis años, adiviné la niebla, presintiendo el abismo.....

Ideas oscuras cruzaron por mi frente..... y lágrimas de fuego bajaron á mi alma..... Mi corazon, pocos momentos; niño, habia cambiado y comencé á andar.

He leído el diario de tus recuerdos, y he vuelto á llorar! Cármel, yo sé que has contado horas eternas de amargura; sé que has amado con la espresion infinita de tu ternura, y que tu corazon rodeado de ese légamo que lo obstruye ha dado expansion á tus sentimientos, tus sentimientos á tus ideas, tus ideas á tus palabras y tus palabras, epopeya pálida de tus amores, ha creado el fantasma casto de tus sueños.....

¡Cuánto habrás llorado! sin tratarte admiré tu inteligencia en el centellar de tu pupila, tu corazon en la sonrisa de tus labios y tu alma hoy enferma en el fuego santo de tu mirada.... Nunca te podré olvidar.... Te quiero como á mis sueños, como á mis propias ideas,....como al fuego que se anida en mi alma....Te admiro como á mi propia virtud, te reconozco como á mis lágrimas.....

MALECK ADEL.

**

UN OBSEQUIO

El señor Bagley ha tenido la deferencia de obsequiar al director de este semanario, con algunos lápices.

Aquel caballero debe poseer un espíritu eminentemente armónico, porque el acto que nos ocupa revela una tendencia asaz marcada á completarse en sus obras.

Esta lijera consideracion necesita una explicacion por nuestra parte y pasamos á consignarla con todo placer, y es esta: el señor Bagley con el nectar de la *Hesperidina* hace que bullan en el cansado espíritu las mas juveniles ideas, y no contento con esto, facilita la paleta para dar forma gráfica al cuadro.

¡Viva el señor Bagley!

DIEGO.

CRONICA DE LA SEMANA

DIRECCION—Aliviados de nuestras dolencias, volvemos hoy á hacernos cargo de la direccion de este semanario, la que habiamos dejado encomendada á la inteligencia y buena voluntad de nuestro distinguido amigo Antonio Argerich.

DOS LIBROS INTERESANTES—Hemos sido obsequiados con dos interesantes libros: el poema gaucho titulado «Martin Fierro», cuyo autor es el popular poeta Dr. José Hernandez, y el Almanaque Sud-Americano, que se publica bajo la direccion del espiritual escritor español D. Casimiro Prieto.

Ambas obras son de muchísimo mérito. Las agradecemos.

DIPLOMA—Con un diploma de socio honorario y la nota que publicamos en seguida, nos ha favorecido la sociedad literaria «Mayo», establecida en la ciudad del Rosario.

Agradecemos tan honrosa distincion. Esta es la nota á que nos referimos.

Rosario, Octubre 30 de 1878

Al señor Don Gervasio Mendez.

Haciendo un homenaje merecido á las dotes intelectuales que adornan á Vd., la Sociedad Literaria «Mayo», en Asamblea Extraordinaria del 31 de Agosto del corriente año, ha acordado nombrarlo su Socio Honorario, lo que me es grato comunicarle por medio de la presente.

No es lo modesto de la Sociedad que hace esta clase de distincion, lo que debe valorar el mérito de su ofrenda, sino la espon-

taneidad de su accion, y el espíritu justiciero que la guia al tributarla.

El nombramiento de socio honorario hecho en su persona por la «Sociedad Literaria Mayo», que tengo el honor de presidir, lleva ese timbre como su único mérito.

Acompaño el Diploma que en aquel carácter acredita á Vd.

Dígnese Vd. aceptarlo, juntamente con las consideraciones distinguidas de mi aprecio.

G. ESCALERA Y ZUVIRIA.
Presidente

L. V. Gonzalez.
Secretario.

ALMANAQUE—El que han editado los Srs. Igon, para el año entrante, contiene bellísimos artículos literarios é infinidad de notables composiciones en verso. Apesar de esto, los editores cobran tan poco por él, que puede decirse que lo regalan.

ERROR—Fela, y no Tola, como equivocadamente apareció en el número anterior, es el nombre de la heroína que figura en el poema que estamos publicando, del inteligente joven Navarro Viola.

TRANSCRIPCION—He aquí lo que dice «El Siglo» al ocuparse de la lamentable pérdida del Señor Casemayor, uno de los colaboradores mas ilustrados y laboriosos que ha tenido este semanario:

El profesor Casemayor—Ayer de mañana á las cuatro y media ha fallecido en esta ciudad el señor don Félix Fausto Casemayor, profesor del Colegio Nacional.

El señor Casemayor muere á los 33 años, dejando su familia en el desamparo.

Desde 18 años dió pruebas de su inteligencia privilegiada. Consagrado al estudio, se formó un profesor muy notable. Era un literato y un filósofo á la vez que un hombre científico.

Ha publicado algunas obras dedicadas á la enseñanza.

Fué un profesor muy estimado aquí y en el Uruguay, en los buenos tiempos de aquel célebre Colegio.

«LA BIBLIOTECA POPULAR»—Recibimos el tomo X de esta importante obra, cuya publicacion se hace bajo la direccion del Doctor Navarro Viola.

Contiene variadas y notables producciones.

EMILIO CARMONA—En breve verá la luz pública un importante trabajo histórico, cuyo autor es nuestro inteligente colaborador y agente en Tucuman, don Emilio Carmona.

RUBIAS Y MORENAS—Entre dos jóvenes poetase ha iniciado una polémica que pro-

mete ser interesante. El uno trata de probar la mayor belleza de las rubias, y el otro la de las morenas. No sabemos á cual de ellos darán nuestras lectoras el laurel del triunfo. En el número anterior se inició la discusion con una composicion titulada «Las rubias», á la que se contesta en este con la que en otro lugar publicamos, con el título de «Las morenas.»

ACADEMIA ARGENTINA—El ministerio de Culto é Instruccion Pública ha puesto á disposicion de la Academia Argentina todas las obras duplicadas que existen en la Biblioteca Nacional y las que en adelante adquiera ese establecimiento. Esta resolucion del Dr. Lastra es tanto mas digna de encomio cuanto que la Academia Argentina es nuestra primera corporacion literaria, y la única de su género que mantiene cange de libros con diversas asociaciones americanas.

PEDIMOS DISCULPA—Hace algunos dias, fuimos invitados á tomar parte en la Conferencia literaria que tendrá lugar el 8 del corriente, á beneficio del Hospital Español.

Nuestras dolencias no nos han permitido, esta vez, la satisfaccion que en otras hemos experimentado, al poder contribuir al alivio de los que sufren.

Deseamos que las distinguidas personas que nos han honrado con la invitacion á que nos referimos, no atribuyan á sentimientos egoistas la causa que nos ha impedido, no solamente que cumplamos un deber, sino tambien que hayamos experimentado una satisfaccion.

CORRERIAS Y MODAS—Por haber llegado tarde, no publicamos las que nos ha enviado nuestra inteligente colaboradora Carmen.

Las publicaremos en nuestro próximo número.

Estan sabrosas.

NOVENA—Hoy empieza, en el templo de la Merced, la novena de la Purísima Concepcion.

EL ALMANAQUE SUD-AMERICANO—Asombrosa es la aceptacion que ha tenido este libro. No hace quince dias que se halla en venta y la edicion está casi agotada.

Nos alegramos.

CON MUCHO GUSTO—El Administrador de este semanario nos pide la publicacion del siguiente:

PERMANENTE

Se ruega á D. Pedro Narizant, residente en el Rosario, se sirva abonar los números del «Album del Hogar», que le hemos remitido, ó en su defecto, devolverlos á esta Administracion: Temple 517.

El Administrador.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

LA MUJER

En la naturaleza y la civilizacion

(ESTE SÍ QUE TIENE NOMBRE)

Judith, la entusiasta Judith, ha bajado al radio del combate á campear por los respetos de las literatas: *Da Freito* á fuer de hombre bien criado se inclina con respeto, recoge el guante y hace su cortesía.

¿En guardia! mi señora Doña Judith, que *Da Freito* hará lo posible para que no le sucedalo que al general Holofernes.

I

¿Qué lugar le corresponde á la mujer en el banquete de la moderna civilizacion?

Para evitarnos de toda contestacion *á priori*, vamos á sentar las bases,—á grandes rasgos,—en que reposará inmovible toda nuestra argumentacion sucesiva.

El individuo ménos observador encuentra en toda la naturaleza el desarrollo de la ley constante, fatal, inmutable, y eterna del progreso.

Llega un momento en que nuestro planeta empieza á enfriarse y la ley fatal insinuando en sus evoluciones, lo adorna con una flora y una fauna embrionaria, que llevando en sí el germen fecundo de la perfectibilidad pasa de lo monótono y de lo incoloro á revestir los caracteres de formas variadas, y á medida que mas se solidifica la masa gaseosa, las hebras de luz del astro rey, encontrando ménos densidad en la atmósfera, rasgan las nieblas é iluminan el cuadro, refractándolo con todos los colores del prisma en la tersa superficie de los lagos y en la retina fosforescente de nuestros progenitores, que, con las fauces dilatadas y haciendo rebramar al eco con sus tremendos alaridos, pregonan, declarada por siempre, la lucha por la existencia, en nombre del espíritu de conservacion.

El mas bien constituido predomina, la seleccion natural hace lo demás y aparece la pareja humana, no en un eden como suponen los mas, sino en rededor de una naturaleza que parecia le era hostil; pero el

hombre en su primera cuita sintió en sus sienies inusitado goce, inusitada pena, y llevándose la diestra á la abrasada frente, la aureola de la idea resplandeció magnífica, descomponiendo por primera vez, como una flecha de luz, las tinieblas del mundo moral.

Las cosas no son grandes por sí mismas, sino por su utilidad y las circunstancias: así la época cazadora,—primera etapa de la civilizacion humana,—la primera flecha, el primer aparejo, la primera hacha de sílex, son creaciones sublimes, miradas bajo el filosófico aspecto que merece toda iniciativa, todo movimiento inicial.

¿Qué era la mujer entonces? Un animal sin costumbres y sin ideas, que á veces para saciar su hambre se comía á su propio hijo. ¿Y el amor? el amor..... el amor era el desfreno, la violencia, el encuentro accidental.

Llegó un dia en que no hubo ni caza ni pesca y el hombre fué al bosque y empezó la vida de la observacion, que es el camino de la verdad y de la dicha.

Encontró un cerbatillo con hijos y otro y otro; dominó con el cayado á estas razas, dóciles y las redujo al estado de domesticidad. Nemrod vaga por las campiñas apacentando el ganado y pasa del estado cazador al periodo pastoril: la mujer lo sigue con la planta ensangrentada y el hijo á la espalda: es aun muy desgraciada, pero algo ha mejorado en condicion, y ha mejorado por este solo hecho: porque la humanidad huella ya la segunda etapa de la civilizacion.

Sin embargo, aun el hambre suele visitar la tribu, que rendida y cansada, vá de pradera en pradera, buscando cristalinas fuentes y abundoso pasto.

Vuelve el hombre al bosque y medita. Derepente coje una fruta y arroja la simpiente. Algunos dias despues observa maravillado que la semilla se ha abierto y empieza á germinar. Prosigue en la observacion y esta dá por resultado la tercera etapa de la civilizacion, pasando el hombre del periodo pastoril al estado agrícola.

Por primera vez se radica y la posesion y el cultivo de la tierra dá de hecho nacimiento á la propiedad.

Entonces es que levanta su rancho, tem-

plo de virtud y foco único de donde surgirán en lo porvenir todas las acciones que enorgullecerán á la humanidad de su naturaleza generosa.

Todos los dias sale al campo: el arado surca la tierra y el sudor de su rostro la riega. Pero á todo esto ¿cómo es que hay fuego en el rancho, estando tan lejos su dueño? Cantemos el hosanna; la mujer ha llegado á puerto de salvacion: ¡está en su casa y sus hijos la rodean!

Queda pues contestada *á posteriori* nuestra proposicion: las evoluciones de la civilizacion en el tiempo y en el espacio determinan su esfera de accion á la mujer en el hogar doméstico.

Si sale de ahí retrograda al estado pastoril; es decir, se convierte en oveja descarriada.

Ahora bien: asistimos á los albores de nuestra civilizacion contemporánea. Del hogar surgen los vínculos de familia, esta se estiende y forma la sociedad. Nuevas necesidades dan vigoroso impulso al progreso y aparecen una mañana contruidos los muros de la ciudad. ¿Qué viene despues? despues.... la lucha por la existencia mucho mejor regularizada: los *factotum* se van, para ceder su puesto á los especialistas que aparecen con el advenimiento de la division del trabajo, que es la mas alta expresion de la inteligencia humana aplicada al bienestar de todos.

El que se queda en el hogar se muere de hambre: es menester pues, como ántes salir fuera á buscar el alimento: ahí están uno enfrente del otro,—la mujer y el hombre,—ambos desean salir, pero uno solo lo consigue: la naturaleza ha hablado, á la vez, por la boca de un niño y en la debilidad de su obra mas delicada, y ha retenido á la mujer en el hogar, con toda la fuerza de sus fullos, que son inapelables.

Entonces la humanidad que empieza á pensar, comprende que el camino de la felicidad consiste en no oponerse á las tendencias de la naturaleza; así cada cual hace práctica la division del trabajo y concurre en su esfera al órden social, segun sus disposiciones naturales, su fuerza y su talento.

Y en este reparto fatal y necesario ¿quién corresponderá el arreglo del hogar,

la crianza de los niños, su educación etc.?

La respuesta fluye espontánea y no hay necesidad de consignarla.

Pasemos, ahora, al presente, ó sea al grado mayor de civilización á que ha llegado el hombre.

Puede decirse que á esta época pertenecen los esfuerzos del ingenio humano, que ha dado por resultado, las ciencias, las artes, y en pocas palabras, el progreso material, intelectual y moral contemporáneo.

Como elaboramos, sin sentirlo, una nueva época, es consiguiente que nos vaya un poco mal,—porque á la manera del primer rancho de la época agrícola, que fué, puede decirse, la piedra fundamental de las ciudades todas, nosotros, mal grado nuestro orgullo, no somos mas que la crisálida rudimentaria que lleva en sí el germen de la mariposa, que allá en los venideros siglos tenderá magestuosa el vuelo,—rasgando nieblas de preocupaciones,—hasta conseguir posarse en la suspirada flor y libaralli, libar eternamente, la verdad, esa esencia de la naturaleza.

Así, observando los matices variados que presenta esa vida moderna de que somos actores al mismo tiempo, vemos que la humanidad en su peregrinación civilizadora, suele equivocar el rumbo.

Ideas falsas de gloria se apoderan del ánimo, y la actividad de generaciones enteras se malogra estérilmente.

Estas quimeras repercuten en el hogar y todos á porfía, hombres y mujeres, empiezan á hablar de derechos, olvidando que cada uno de estos, por lo ménos trae consigo aparejados dos ó mas deberes.

La mujer, que en todo este período ha mejorado notablemente en su condición, ha ocupado mucho de su tiempo en atender á sus encantos; los poetas y todos los hombres en general la cantan alabanzas. Todos sus actos causan placer y admiración, cosa muy justa por otra parte, cuando aquellos son buenos; pero lo que ignoran los inespertos, es, que á medida que mas alaban la modestia en el sexo opuesto, esta se desnaturaliza y concluye, desvaneciéndose, como una nube herida por un rayo de sol.

Surge entonces la galantería, este fraude hecho al sentimiento, y el amor sufre su eclipse.

La mujer sale del hogar y la adulación la marea, la desconcierta y acaba por transformarla en un ser híbrido.

¿Y de todo esto qué resulta? Ah! es triste el decirlo: resulta la virtud de convención.

Pero... advertimos que vamos estendiéndonos mas de lo que nuestro propósito exigía.

Resumemos, pues.

Hemos visto como la naturaleza, las evoluciones de la civilización y la división del trabajo, que es la base del orden y del bienestar en toda sociedad, le dicen á la mujer, señalándole el hogar: ¡esa es tu esfera de acción!

Pues bien: ¿quiere mas? Ancho campo tiene abierto á la actividad de su espíritu en los estantes de las bibliotecas. Sature su inteligencia con conocimientos sólidos para mejor cumplir su misión, sin bulla, sin estrépito, con la abnegación que es de esperar de su noble corazón, y entonces... entonces enseñe la virtud, no con la pluma, sino con su conducta en el hogar!

DA FREITO.

F E L A

CANTO TERCERO

I

Qué fué de aquella blonda criatura,
lirio sobre el sendero de mi vida?
aquella fresca y pálida hermosura
con la esperanza de mi vida unjada?

Talvez está soñando una diadema
para ceñir su frente de alabastro,
en tanto que al rencor del anatema
de vil superstición la planta arrastro.

Ya veis—el huracán mi sien azota
con el furor salvaje de la Pampa:
sobre las grietas de mi alma rota
el desaliento su pisada estampa.

Yo sigo el rumbo de la vida ingrata;
no debimos hallarnos en el mundo:
ella es virtud; su esencia se dilata,
y en su perfume mis recuerdos hundo.

Aléjese de mí: yo no podría
huir de tanto hechizo que la adorna
cuando de amor vencida el alma mia
á la acritud de sus dolores torna.

II

Acabo apenas de escribir la oda—
me place así llamarla—que antecede;
la cual con el carácter se acomoda
y la indole sombría que reviste

mi pensamiento triste,—
cuando llega el cartero, que no puede
más á tiempo venir. Es de mi abuela
la carta; de una boda—
mirad qué mucha discreción me encarga—
en ella el gran secreto me revela.

III

Lo sé, mujer—crístall la senda es larga;
y te quebraste, Felal!
Mi alma sus escrúpulos descarga;
la frase envenenada del sarcasmo
satura de apatía mi entusiasmo!

IV

Tales son! el cariño de la infancia,
el fruto de la dulce inesperienza,
no obtiene más constancia
que otra pasión vulgar y deleznable!
Te alcanzo á concebir, jenial tendencia
del corazón: tu fuerza es el olvido;
tu arma el fingimiento inagotable! . .

V

Perdon por el acceso de demencia.
La gente pensaría que me ha ido
á fondo la noticia de esa carta,
y que los torvos celos
mi mente han confundido
haciendo traicionar lo que escondía.
De la verdad mi pluma no se aparta,
porque la desespera el disimulo
lo mismo que la baja hipocresía;
y con esos reproches que acumulo
sobre una frente de mujer, increpo
á cuantas otras á mí paso he visto,—
y de Satan la tentación resisto
hoy que á la cumbre del Parnaso trepo,
mártir de amor—como si fuese Cristo.

VI

Fuera locura, sinrazón, quejarme.
Volviendo sobre mí, recapácito:
es preferible que mi ardor desarme
y olvide lo pasado.
Cuándo le he sido fiel?—Si puse el grito—
de vanidad hinchado—
en las estrellas, al saber su boda;
ella debió ponerlo veinte veces
desde que no nos vemos,
pues de antemano le pagué con creces—
versátil y voluble como es moda—
los desencantos de rigor extremos
que me pudo causar su matrimonio.
La quise yo jamás? En testimonio
de mi sinceridad, que al cielo clama,
enamorado hasta los huesos ando;—
y el hombre sólo ama
una vez con afecto y con idea.—
Porqué habia de estar en mi pensando?
O Felal no reclama
nada mi corazón: la paz desea.

VII

También los hombres tienen el olvido
para cubrir miserias;
y de la vida en las mezquinas ferias
su bálsamo han vertido;

han consolado el llanto y los dolores
del alma que sufria,
con la verdad—amor de los amores,
quesurje en el crepúsculo del día.

VIII

No creo en el amor que el alma engaña:
es la verdad que la verdad empaña,
es la contradiccion, es el sofisma!
No creo en la mujer que vive huraña
al númen elocuente
cuya impulsión abisma
á la razón—verdugo del creyente—
del alma en las perennes ilusiones! . .
Esa pasión—virtud de las pasiones—
es el sosten de la existencia humana:
por ella el hombre es hombre, y como un astro
llena de claridad la tierra vaia;
sin ella pasa sin dejar ni el rastro
del caracol baboso. . .

IX

Ah! no entregueis, como la pobre Fela,
vuestro primer anhelo generoso,
vuestro primer afecto,
á la incansable veleidad de un niño!
El grito que el espíritu desvela
y el himno de los dioses predilecto—
unísona cadencia de dos notas
compendios del amor y del cariño—
para él son voces de expresión vacías
que pasan—blanca turba de gaviotas—
lanzando sobre el cielo de su suerte
las ágras, destempladas armonías
de sus graznidos, présagos de muerte.—

A. N. V.

SIN NOMBRE

Suele acontecer que en una reunión
donde varias personas departen tranquila
y alegremente, solo con el objeto de pasar
distraidamente el tiempo, llega un nuevo
contertulio que reclama la atención general
hacia un suceso aciago que vá á referir;
la conversacion se interrumpe y al interés
fija su imperio donde momentos antes rei-
naba la indiferencia. Enterado el auditorio
del acontecimiento, ninguno deja de conde-
nar su parte mala aunque cada cual, segun
sus ideas y opiniones, difiera algun tanto
en sus apreciaciones; pero sobreviene otro
concurrente que relata el mismo hecho
dándole un colorido mas sombrío que el
primero, pues la sensación desagradable
que ha sufrido al saberlo ha despertado su
indignación de tal manera que la calma no
puede acallarla.

Casi todos participan de la misma pasión
que el ardoroso narrador y si alguno se
atreve á disculpar ciertas circunstancias
que no se conocen bien y que pueden aten-
tuar la gravedad del delito, pronto le hacen

enmudecer las acaloradas objeciones de los
que ya apasionados vén desencadenarse
tempestades allí, donde solo se agrupan
nubes. Si á lo malo del suceso se une la
parcialidad con que lo contó el uno, y se
agregan ciertos detalles que silenció el
otro por creerlos de poca monta, ó por no
pasar plaza de indiscreto, las palabras que
se emplearon y la animosidad que causó
se tendrá que, una sociedad de hombres
apacibles se ha convertido en una reunión
de individuos excitados, los cuales, un hecho
culpable, hánlo convertido en criminal.

Quizá esos mismos hombres en otras oca-
siones han apurado su criterio para aten-
nuar hechos igualmente culpables que el
que con tanto rigor han condenado; pero
aquellos interesaban sus convicciones é
ideas, y era preciso apoyarlos en la razón
para que fueran mejor recibidos de la publi-
cidad; este, por el contrario, sin causa ni cir-
cunstancia que le favorezca en el tribunal
que ha de juzgarle ha llegado directamente
al corazón sin que le haya detenido en su
camino el recuerdo de consideración algu-
na y como una vez avivada la chispa esta
produce el incendio, agitándose la animo-
sidad, ha huido la razón.

Frecuentemente acontece igual cosa en
esa reunión que se llama sociedad, donde
debido á la parcialidad tantos nombres se
elevan á la altura, y donde tantas reputa-
ciones bajan de sus pedestales, donde tan-
tas acciones se agravan y donde tantos he-
chos se atenuan, sin que muchas veces haya
razón de menoscabarlas en tanto grado ni
enzalzarlas hasta tan elevado punto. Asi
como aquel, que al contemplar un lienzo
donde el artista todo lo ha hecho admirable-
mente excepto la colocación de las figuras,
se siente embargado del sentimiento, al ver
imperfecta una obra tan bella cuyo mérito
lo ocultará siempre la sombra de un defecto,
asi al que contempla el gran lienzo del
mundo le embarga el pesar de ver colocados
por la parcialidad los hombres y las cosas,
que, como la figura del pintor, no ocupan
el lugar que debieran.

MATILDE CUYÁS

Montevideo Nov. 28 de 1878.

(Continuará)

RUBIAS Y MORENAS

LAS RUBIAS

A. ERNESTO

Te conozco poeta, sé que tienes
Como las rubias, luminosa el alma...
¡Y has podido en tus versos deprimirlas,
Tú, el cantor de la fé y de la esperanza!

Nó, tú no eres tú mismo!—No hay incienso
Ni destellos de Dios, en la palabra
De quien niega la luz como el abismo
Que en insondable oscuridad se arrastra!

Mas, qué extraño? ¡icantas las morenas,
Que son la eterna negación del alba,
El luto de los ángeles, la sombra,
La encarnación vivaz de la borrasca!

¿Dónde está la ternura de sus ojos,
De esos ojos que miran con la llama
De la pupila negra y reluciente
Como el carbón que de la fragua salta?

¡Cuán diversas las rubias!—sus pupilas
Tienen algo de estrellas solitarias,
Y condensan la bóveda del cielo
En el círculo azul de la mirada.

Son estatuas,—me dices—no lo niego;
Sí, que Dios cinceló.....pero, qué estatuas!
¡Alabastro viviente!—el alabastro
Con la divina irradiación del alma!

GABRIEL

**

Las rubias son hermosos pedazos de már-
mol. Las morenas, una chispa del incendio
colosal en que se abrasa la naturaleza en-
tera: el amor! Las primeras viven para ser
amadas: las segundas necesitan amar para
vivir.

Las unas tienen la majestad altiva é in-
diferente del orgullo; las otras se caracteri-
zan por la modesta humildad de la violeta.
Aquellas piensan—estas, sienten.

Una rubia es una camelia: flor sin perfu-
me! Una morena tiene en el fondo del alma
una fragancia mas pura que la del resedá:
el aroma suavísimo del sentimiento!

La mirada de una rubia exige vasallaje
y admiración: los ojos de una morena res-
piran amor y caridad.

El corazón de la primera es un elástico
que se comprime y se estiende siguiendo
los movimientos calculadores de la cabeza:
el de la segunda es un palacio de ilusiones
que solo abre la llave del sentimiento.

Las morenas aman una sola vez en la vida:
las rubias se dejan adorar mientras viven.
Las primeras tienen bastante fibra en el
corazón para permanecer por toda una
eternidad, de rodillas ante el altar tristísi-
mo de los recuerdos: las segundas dicen:
el Rey ha muerto, viva el Rey!

La rubia es una realidad; la morena, una
ilusión. Aquella es una mujer—esta, un án-
gel. ¿Qué piden los sueños de la primera?
Alegria bulliciosa, triunfos efímeros, victo-
rias de salón, adoración servil en la con-
ducta de todos los hombres.—La segunda es
todo amor, abnegación y sacrificio.

La rubia es un fragmento de hielo, una roca, un cuerpo—la segunda es una estrella, una flor, una esperanza.

La rubia es el bronce con la vida del arte: la morena es el alma con la vida de Dios.

La primera es un ave sin alas para salir de la tierra.

La segunda es una escala de luz que lleva hasta el Cielot

ALFREDO.

Ahí vá: lleva en la frente la luna, en los ojos el cielo y ondulando á merced del aura, la cabellera suelta á la espalda, que semeja una cascada de luz serpenteando al través de linfas de oro.

Es el ideal: al mirarla, se concibe el enlace del sentimiento y la razón.

Es la estética animada, el sueño de gloria del artista y del poeta, la lozana y eterna inspiración.

Es, en fin, algo mas que un ángel: es una rubia!

ALBERTO.

Sus palabras son cantos de ternura, sus suspiros himnos de pasión, y su alma, la lira única, donde se interpretan los acordes del sentimiento.

Ondea triunfante el misterio en las ondas caprichosas de su cabello y en sus ojos arde la lumbre de mil soles.

Si no fuera por ella, jamás habríamos concebido el amor.

Pero... ¿quién es? Es... la que ha inspirado esta epitalámica frase: *Mi negra!*

LIVIO.

CORRERIAS Y MODAS

—Oh, señoritas! Al fin me es dado experimentar la dicha de encontrar á ustedes nuevamente reunidas, despues de una desercion de tanto tiempo! Supongo que trataran ustedes de compensar las faltas que han cometido, con un verdadero prodigio de novedades para esta seccion.

—Ante todo, una protesta.

—Tiene la palabra la señorita Celina.

—Se trata de levantar un ultraje gratuito inferido á la dignidad de la mujer que se sacrifica generosamente por el brillo de la literatura, alternando las pesadas ocupaciones del hogar doméstico y de la vida de la familia con los dulces y poéticos placeres de la inteligencia; se trata de protestar contra la conducta de un hombre

audaz y descomedido que ha pedido. . . nada menos. . . *que le sirvan una literata!*

—Es verdad!—prorrumpió la asamblea casi en coro—El señor *Da Freito* nos ha ofendido gravemente al reirse de las mujeres literatas; es necesario escarmentarle una vez por todas, para que en adelante aprenda á proceder como se debe.

—Pero, señoritas—observó Ana con mucha gravedad—yo creo que el señor *Da Freito* se ha burlado de aquellas de nuestro sexo que padecen de achaques literarios —¿tenemos derecho nosotras á darnos por ofendidas? ¿somos acaso literatas?

La bulliciosa concurrencia enmudeció como por encanto; mis encantadoras amigas se miraron las unas á las otras, inclinaron graciosamente la cabeza; volvieron á mirarse y mi cuarto se convirtió en algo parecido á un recinto parlamentario.

¿Quien pondría el cascabel al gato? La situación se hacía difícil, de manera que, en mi carácter de directora, juzgué conveniente variar de conversacion.

—Hablemos de otra cosa, señoritas—dije —¿qué opinan ustedes sobre la polémica literaria que acaba de entablarse entre los caballeros Gabriel y Ernesto, á propósito de rubias y morenas?

—Oh! en cuanto á eso no cabe duda—se apresuró á decir Celina acariciando suavemente las hebras de oro de sus divinos cabellos—Gabriel tiene razón. Lo he conocido inmediatamente apesar del seudónimo; es un poeta jóven y delicado, cuyos cantos han resonado mas de una vez en las ondas tranquilas del Paraná.

—Niego que Gabriel tenga razon—murmuró Sara, mientras su semblante morenito se coloreaba con un vivo carmin—la victoria es de Ernesto, á quien he adivinado tambien apesar del antifaz: es el poeta mas querido de la sociedad de Buenos Aires.

—La palma perténece á Gabriel!—gritaron las rubias en coro.

—Falso!—prorrumpieron las morenas—es de Ernesto!

—Las rubias son las mas bellas: honor á su valiente defensor!

—Vivan las morenas! Es necesario mandar á Ernesto una corona de laurel en prueba de la simpatía del bello sexo.

Agité la campanilla en vano: aquello amenazaba tomar proporciones serias.

—Calma, señoritas—dije—todo puede resolverse pacíficamente. Es necesario estar moralmente ciega para negar la eterna ley del progreso: los adelantos de la humanidad han cambiado completamente las condiciones de la guerra moderna. Antiguamente, los combatientes, al fin de la jornada,

tenian que dividirse necesariamente en dos campos: vencedores y vencidos. Hoy todos somos vencedores: Gabriel tiene razon, segun las rubias; Ernesto es invencible, segun las morenas. Pasemos á otra cosa.

—Han de saber ustedes y las lectoras todas de esta seccion, que la ciudad de Lóndres se ha convertido en una verdadera romería, con motivo de haberse recibido los géneros y trajes hechos para la estacion de verano. Hay crisis para todo, menos para vestirse bien.

—Tambien hay sederias blancas para casamientos; única especialidad en Buenos Aires, segun dicen. A propósito, anoche me han contado que acaba de deshacerse un casamiento, á consecuencia de una gran infamia.

—Creo innecesario agregar que cometida por el novio. . .

—Es claro: en vísperas de la boda se supo que el candidato—un elegante caballero alemán—era casado en Europa. La pobre niña se encuentra hoy afectada por una enfermedad mortal.

—¡Ah hombres! Cuando se cansarán de ser infames!

—En cuanto á los trajes, se parecen á los alcances intelectuales de muchos hombres y se armonizan perfectamente con las exigencias de la estacion: son cortos. Así lo dice la moda del dia y las publicaciones ilustradas que traen las últimas novedades.

—Por lo que respecta á diversiones, en la Opera se ha organizado una compañía para la temporada de verano: la componen algunos artistas que se encuentran accidentalmente en esta ciudad. Las sociedades carnavalescas se ponen en movimiento á fin de presentarse dignamente en las fiestas del año próximo: en fin, parece que algo se hace á fin de salir de la monotonía de estos tiempos.

Todas mis amigas se retiraron firmemente convencidas de la justicia de la defensa en favor de las mujeres literatas.

CARMEN.

A LA NOCHE

Noche, bajo el secreto de tu sombra
Siente un placer desconocido mi alma,
La dicha de esa paz que no se encuentra
En el bullicio de la vida humana.

Tu eres la cariñosa y tierna madre,
Que á mi afligido corazón acalla,
Y el abrasado llanto de mis ojos
Secas con el aliento de tus auras.

Tu eres la misteriosa y casta virgen,
Que en el idioma de los cielos me habla,
Y el vuelo de mi errante fantasía
Hasta la esfera del Señor levanta!

Aquí, en la soledad de mi retiro,
Dulce consuelo los pesares hallan,
Y ofrece cada sombra de tu seno
Tumba segura para cada lágrima!

Aquí, en la magestad de tu silencio,
Voz de infinito á mis oídos canta;
El eco de otra vida que no muere,
Rumor de otra existencia que no acaba!

Por eso busco, en mi dolor profundo,
Bajo el secreto de tu sombra vaga,
La dicha de esa paz que no se encuentra
En el bullicio de la vida humana!

E. SAENZ.

Noviembre 30 de 1878.

EL TIPO MAS ORIGINAL

CAPITULO V.

Véase el número anterior

Algo más me dijo el Profesor, pero, nada nuevo le oí. Todo aquello era cartilla vieja para mí, que en otro tiempo había iratado categorías análogas.

Entretanto nos acercábamos á las colinas.

Numerosas personas, de una aldea próxima, seguían la misma dirección, invitadas, como nosotros por aquella tibieza efímera del sol de invierno.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, tomaban el baño de sol:—cual tenía una sonrisa, cual un respetuoso saludo para el Profesor.

El hombre más ordinario cuando está en su museo, metido entre sus colecciones, es el hombre mas galante y fino cuando anda fuera;—si un aldeano le saluda á la lijera, tacándose el gorro ó el sombrero, el Profesor Burbullus inmediatamente se quita el suyo, y haciéndole describir un arco de noventa grados, cuyo radio es el brazo, alhaga al más flemático Curlandés.

En aquel paseo, el Profesor Burbullus no fué el mismo de siempre, porque:

—«Si me quito el sombrero,»—decía «se me va á volar la mariposa.»

Entre aquellas personas, divisamos una, de regular estatura, mirada viva como el resto del rostro, bien abrigado con una especie de capa con mangas, y gorro de pieles. Yo conocía aquel rostro.

—«Aquel es el Profesor Niffleis;—no sa-

bía... creía que estaba en Mittau. No hay un hombre mas friolento en toda la Rusia...» dijo Burbullus algo turbado.

—«¿Porqué dice V. eso?»—le pregunté.

—«Porque es un bribon, como se lo he probado ya, leyéndole los documentos de la Academia de Arcángel.»

En aquel momento Niffleis dió vuelta y vió al Profesor Burbullus—oh desdicha!—y le saludó cortesmente con el gorro.

Burbullus, entretanto, olvidando la observación que me acababa de hacer respecto de su urbanidad, levantó el sombrero y... claro está... la mariposa salió volando.

—«*Per Cristo, Bacco.....accidentel!*»—exclamó lleno de ira—«*questo Niffleis...*»

Y colocándose el sombrero en la cabeza con toda furia dió un sordo puñetazo en la copa de aquel, de manera que se lo hundió hasta algo mas de las orejas. La vista, empero, quedó libre.

Con el calor de la cabeza, la mariposa se había puesto un tanto más ágil, y había podido continuar su vuelo con más rapidez que antes.

Burbullus corrió detrás de ella, y hacincabrielas en el aire, profesor y mariposa incitaban la hilaridad de una concurrencia no afecta, ni predispuesta, ni educada para ocultar sus sentimientos.

Niffleis se acercó al sábio y le preguntó en Ruso algo que no oí:

—«*Non capisco* (no entiendo)» contestó el profesor, dando un salto más-ágil que los otros.—Y la genté reía y reía.

Niffleis sonrió al oírle y dijo:

—«*Aveva dimenticato il giorno!*» (había olvidado el día.)

La mariposa volando, y Burbullus saltando de trecho en trecho por tomarla, y maldiciendo al gobierno Ruso, á los militares, á Niffleis, á los poetas y hasta aquella gimnástica que los imbeciles tomaban á jarana, y que sólo tenía por objeto perseguir «un noble fin científico,» llegaron á la choza de un aldeano, que, sentado junto á la puerta, reía como un condenado ante el espectáculo agitado que le presentaba el «sábio profesor doctor Peter Burbullus, de la Academia Imperial de San Petersburgo, lo que el mencionado aldeano no sabía, por lo cual tenía la audacia de no contener la risa.» La mariposa entró en la choza, y el profesor con un gesto terrible dijo al aldeano:

—«Cierre la puerta!»—pero como emplease el idioma que en aquel día le tocaba, el puisano no entendió, pero el gesto era bastante imperativo para adivinar la orden.

—«Quién es usted para ordenarme tal cosa en mi casa?»—dijo mirando al profe-

sor con soberano desprecio, de los piés á la cabeza.

Burbullus cerró la puerta con toda cólera, y se quedó encerrado con la mariposa.

Un momento despues salió con la cara risueña y manifestando victoria.

Llevaba las manos por detrás, prendidas una de otra como dos eslabones de cadena de ancla.

El aldeano ha referido más tarde á algunos amigos, que cuando el profesor salió de su choza, dijo:

—«Aun cuando pasara el Emperador de Rusia no le saludaría,»—lo que no es sinó una calumnia del aldeano, porque siendo Miércoles, el profesor hablaba en italiano, idioma que el aldeano no entendía, y para haberle entendido hubiera sido necesario que el profesor hablara en Ruso, lo cual era imposible, siendo Miércoles.

El profesor se acercó á mí, que en aquel momento había trabado conversacion con el Dr. Niffleis.

—«¿Viene vd. con nosotros á las colinas?» preguntó el señor Peter, dirigiéndose al profesor Niffleis.

—«No hay inconveniente.»

—«He recibido las cajas que me ha enviado con el Lapon, su criado. Son dos cajas.

—«Tres,»—dijo Niffleis.

—«Digo á Vd. que son dos, y contienen insectos que no valen nada.»

—«¿Cómo? no valen nada! si entre ellas había lo menos cien especies nuevas, de las trescientas que le remittí.»

—«Dioscientos he recibido, aunque venga Vd. con sus dos mitades derecha é izquierda y sus cuatro principios: el espiritualiforme, el materialiforme, la vida y la materia.»

Niffleis me miró azorado, como preguntándome si el profesor se había vuelto loco.

—«Ah! nó, nó!»—exclamó Burbullus precipitadamente, «olvidaba que ahora no se trata de teorías importantes.»

Niffleis le hizo notar que no le entendía; que se trataba únicamente de determinar si él le había remitido dos ó tres cajas, con doscientos ó con trescientos insectos.

—«Dioscientos,»—repitió con energía el autor en perspectiva de la Fauna Rusa.

—«El Lapon me habrá robado la otra,»—dijo Niffleis encolerizado.

—«Cara de eso tiene,»—contestó el profesor en tono de profunda convicción.

Entretanto la bruma acariciaba la falda de las colinas y el sol, que ya declinaba,

invitábanos á volver precipitadamente á nuestros respectivos domicilios.

—«*Súbite, súbito!*» exclamó el profesor.

Niffleis nos dijo que su casa estaba más próxima, y que, si queríamos, podríamos esperar en ella.

Y corríamos, corríamos, como la liebre que persiguen los galgos.

Niffleis se dirigió á su casa.

Burbullus y yo seguimos corriendo.

Cuando llegamos á la morada-museo del Académico de San Petersburgo, el cansancio de la carrera nos extenuaba.

El secretario trajo una docena de botellas de cerveza, lo que nos devolvió un tanto la serenidad.

Una niebla interior me subía á la cabeza y veía arroyos y ríos, fuentes, lagos y mares de cerveza, colinas y montañas de tocino, como en los tiempos mitológicos de la Laponia. Entre esas colinas y montañas, veía gigantescas moscas y titánicos Dermestes, perseguidos por millares de Profesores Burbullus, que corrían, saltaban y se abollaban el sombrero, que cerraban el ojo derecho, y gritaban á otros millares de Profesores Niffleis que porqué no veían más que Niffleis izquierdos.

Luego la vision desaparecía, y me encontraba contemplando estantes, en los cuales había muchas curiosidades, especialmente tres cajas de lata con cien insectos cada una, y un hombre parecido al Profesor Burbullus que tomaba una de las cajas y la escondía debajo de su cama, y después de este procedimiento, la vision que representaba al Profesor Burbullus, se acostaba en un sofá y cerraba el ojo derecho. . . en seguida se me presentaba la niebla y unos ojos idénticos á los del Profesor Niffleis que parecían querer arrancar con sus destellos el ojo izquierdo abierto de la vision que representaba al Profesor Burbullus, . . . y la noche se acercaba trayendo cadenas de acero cubiertas de hielo, aprisionaba las luces del día y tendía un manto negro en la Naturaleza. . . , entonces no veía nada.

Luego despierto sobresaltado, me pongo de pie, y veo dos cajas de lata en un estante del salon contiguo, y sobre el sofá del aposento en que quedara dormido, al verdadero profesor Burbullus, con el ojo izquierdo abierto y el derecho cerrado.

—«*Jó! jó!*» exclama, —«he estado ensayando por cuarta vez mi teoria. Durante cinco minutos he podido dormir de un lado, el izquierdo, y después me he dormido del derecho, sin poder despertar el otro. He dicho que todo es cuestion de ginnástica de los nervios—y quien puede dormir cin-

co minutos, puede muy bien dormir después cinco horas.»

—«Señor Burbullus, es hora de retirarme.»

—«No, porque el bosque vecino está lleno de lobos, y puede V. sufrir algun descalabro en su integridad orgánica si cae en manos de estos animalejos.»

—«Es absolutamente necesario partir.»

—«Digo á Vd. que no es posible.»

—«Pero señor, alejándome del bosque como he hecho siempre que he venido.»

—«Es indiferente: los lobos tienen buen olfato.»

—«Y no habría medio alguno de ahuyentarlos?»

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

UNA CITA

Ni una rosa me dá de esas que adornan
Su cabello rizado;

Le pido una mirada, y me la niega,
¡Y aún la sigo amando!

Le pido una sonrisa, solo una,
De sus purpúreos labios,
Y me dice: «cuidado que nos miran:
Tenga mucho cuidado.»

En la última noche que nos vimos,
Al pedirle sumano,
Tambien me la negó, porque creía
Que estábamos mirando.

Su amor he de probar, díjeme al punto,
Y yo buscaré acaso
Un sitio donde nadie nos escuche,
— Por sombras resguardado.

Anoche la dí cita. Venga un beso,
La dije, á tanto agravio,
Y la ingrata sonrió para decirme:
«¡Si Dios está mirando!»

R. T. EZEYZA.

Diciembre de 1878.

EL OBRERO DEL PORVENIR

I

(Continuacion)

El oficial palpó el cuerpo de éste.

—«*Muerto!*—dijo—«Dios no lo haya perdonado! Enviaré á buscarle en un carro. Mi amigo el mayor O'Connor le reemplazará y ascenderemos. Al matador, cuatro tiros, por fórmula, y . . . asunto concluido.»

Dicho esto se dirigió hácia el caballo y montando en él, con el preso á la grupa, desapareció á galope.

Por corto tiempo, el cuerpo inanimado quedó solo.

Un instante después aparecieron dos ginetes: en la Pampa el caballo es el complemento del hombre.

Al llegar junto á aquel las cabalgaduras se encabritaron, dando resoplidos. Detuviéronse.

—«*Algun muerto!*—exclamó uno de los dos.

—«Alguna res—observó el otro.

Se apearon.

El primero, llevaba chambergo negro y un paletó del mismo color, que caía hasta cubrir parte de dos enormes botas; el segundo, usando el traje nacional, revelaba al gaucho: eran amo y criado.

Al registrar los matorrales encontraron el cuerpo del Comandante.

No pudieron contener un movimiento de sorpresa, mezclado con un gesto indefinible.

—«*Perez!*—exclamaron, á un tiempo.

—«*Muerto ó vivo?*—preguntó ansiosamente el gaucho.

El interrogado descubrióle el pecho, examinó la herida, cercioróse si el corazón latía, si el aparato respiratorio funcionaba y volviéndose hácia su criado, dijo:

—«*Vivo.*

—«*Muerto!*—murmuró éste con voz ronca y sacando un puñal avanzó un paso.

Aquel le detuvo, diciéndole:

—«*En vain!*

—«*Doctor,*—replicó el gaucho,—nuestro derecho es matarle.

—«*Jamás!* Por mucho que nos haya perseguido, por mas mal que nos haya causado, nuestro deber es salvarle.

Le hizo la primera cura.

—«*Sanará?*—preguntó su acompañante.

El doctor movió la cabeza, con aire de duda y dijo:

—«*No lo sé. En casa lo asistiremos.*

Colocaron al herido sobre un caballo y encamináronse hacia el sud. Marchaban paso á paso, escogiendo el terreno para evitar los sacudimientos demasiado bruscos.

Una hora mas tarde llegaron cuatro soldados y un sargento, en un carro tirado por dos robustos caballos.

Buscaron largo rato el cuerpo de su jefe, mas todas sus pesquisas fueron inútiles. Unicamente hallaron un charco de sangre y un pañuelo empapado en élla.

Viendo que todo era infructuoso se disponían á irse cuando los detuvo un jóven que se acercaba corriendo; el traje en

desórden, el rostro pálido y cubierto de sudor.

Era el hijo del Comandante.

—¿Qué ha sido de mi padre?—preguntó con voz entrecortada.

—Lo ignoramos,—contestaron.

—¿Cómo? ¿Dónde está?

—Lo hemos buscado, pero en vano,—dijo el sargento.—He ahí el sitio donde cayó, la sangre está, mas, él ha desaparecido.

—¡Imposible! ¿Habeis registrado los alrededores?

—Palmo á palmo. Solo encontramos el caballo del matador. Por mi parte, creo que algun transeunte se lo habrá llevado.

—¿No hay alguna huella que nos guíe?

—Demasiadas, puesto que es este un camino muy frecuentado, lo cual solo sirve para desorientarnos.

El joven arrojó una blasfemia. En seguida dijo:

—¿Quién es el asesino?

—Juan Garcia. Será fusilado.

—Antes.....¡lo juro por el cadáver de mi padre!.....mi puñal le habrá partido el corazón!

CÁRLOS MONSALVE.

Bs. As., Noviembre de 1878.

(Continuará)

EL ÁNGEL GUARDIAN

DEDICADO Á MI ADORADA MADRE

Existe un ángel divino, aunque de forma humana, que guía anheloso nuestros pasos, con cariñoso afán, por la espinosa senda que cruzamos en este mundo, sembrada de abismos y precipicios.

Un ser, como aquellos celestiales, cuyas néveas y puras alas jamás rozaron el lodo de la tierra, un verdadero ángel tutelar, que Dios ha puesto á nuestro lado para que nos conforte, aliente y sostenga en el árido camino de la vida y nos sirva de consuelo en las amarguras y decepciones á que nos hallamos siempre expuestos.

Su amor es infinito, no tiene término ni límites, es un amor purísimo que reúne á la fragancia exquisita de los nardos, la aromática suavidad de los jazmines y los deliciosos perfumes del Eden.

Ese ángel cariñoso y encantador, jamás nos abandona, porque teme, con justísima razón, que las espinas de las rosas que adornan nuestro camino nos hieran con zafia cruel; teme, que el envenenado aguijón de algun reptil oculto entre las bellas flores que guarnecen la senda de la vida juvenil, nos ocasione alguna herida grave, ó quizás

una muerte prematura; y cuán solícito es su anhelo á cada paso sus sedosas alas de armiño se plegan con temor sobre nuestras cabezas para sustraernos de algun peligro.

Nuestro ángel guardian no descansa un solo instante; él vela nuestro sueño, unas veces tranquilo, otras agitado.....

Cuando al tomar una flor de las que hallamos en nuestro trayecto, que ha cautivado nuestro cariño, ó escitado nuestra admiración sus brillantes colores, con sus hojas delicadas, frescas y suaves, encontramos que carece de fragancia y que al tocarla un agudo dolor nos hace exhalar un ay! Entonces nuestro ángel tutelar corre presuroso, é instintivamente, sin preguntarnos siquiera la causa de nuestro sufrimiento, dominado solo por el eco lastimero que ha penetrado hasta lo íntimo de su corazón, atrae junto á su seno nuestra cabeza que oculta entre sus blancas alas.

Tristes acentos y á veces amargas lágrimas vierten nuestros ojos al ver la desilución de la hermosa flor, que creíamos inofensiva, pero. . . ved, qué fenómeno tan sorprendente, las lágrimas que silenciosas ruedan por nuestras mejillas, conviértense en perlas de gran pureza y cesan como por encanto su ardor al sentir el contacto de aquel seno casto y amoroso!

Oh, poder del amor divino!

El dolor, que ántes se reflejaba en nuestro semblante angustiado, se ha trocado en una dulce y triste melancolía, un rayo de resignación y de esperanza brilla en nuestra frente, nuestro corazón late á impulsos de la esperanza divina y de la fé celestial. . .

Volvemos á proseguir nuestra marcha interrumpida, animados de nueva vida, seguidos siempre del ángel guardian.

¿Quién es este ser venturoso y providencial que nos alienta y sostiene en todos los percances de la vida?

¿Lo conocéis?

Su belleza es suprema, porque es celestial.

Su dulzura es infinita, porque procede de las purísimas fuentes del amor divino.

Su bondad, incomparable, porque recibe su inspiración de *Maria*, Reina de los ángeles, la mas perfecta personificación moral.

Su amor no reconoce límites, porque ama tanto como los ángeles del cielo á su Creador.

Su ternura, es tan sublime que parece que Dios se hubiese empeñado en perfeccionar hasta el último grado ese sentimiento, el mas delicado de nuestra alma y el que mas nos aproxima á la Divinidad.

Oh! ¿no habeis reconocido todavia la imagen que os presento?

¿No os lo revela vuestro corazón?

Decid, lectora, ó lector benévolo, quién es ese ángel de tan divinas perfecciones, ese guardian de celestes armonías?

El ángel bendecido, glorioso é inmaculado, ¿sabeis cual es?

¡Nuestra madre!

LOLA LARROSA.

Diciembre de 1878.

ARCO-IRIS

A E....

Qué habia en el fondo de tu negra pupila, que así quemaba la carne de mis párpados?

Qué notas extrañas, eran las que modulaban tus lábios, que aun despues de *tanto tiempo* resuenan en el fondo de mi alma?

Ay! no lo sé; nunca me lo he podido explicar; pero al recordarte siento, una alegría mezclada de tristeza.

Alegria, porque tienes mi compasion, y tristeza porque jamás te volveré á ver.

Piensas tu alguna vez en mí? Imposible; tu no tienes corazón, ui sabes lo que es sufrir. Yo me equivoqué al darte mi cariño; y hoy, pago el error quemando el incienso de los recuerdos ante el altar de la indiferencial

Celui qui sait sentir, sait tout—dice Lamartine; he ahí explicado mi afán por recordarte: sé sentir y me basta....

No te aborrezco, no te odio, pero tampoco te amo: tú..... tú.....no mereces la adoración de una persona como yo.

Tus pensamientos, tus tendencias, están muy por debajo de los míos. Sabe que tengo un gran predominio sobre mis pasiones aunque no te lo he manifestado durante el tiempo que duraron nuestras relaciones.

M. E. W.....

CHARADA

Cuenta la historia que en *prima y segunda*, hermosa isla del Mediterráneo, situada á la estremidad del golfo de Nápoles, vivió, por espacio de once años, uno de los Emperadores romanos, llamado Tiberio; y agrega ademas, que, seducida y alhagada por la

belleza y frescura deliciosa de aquel clima benéfico, abandonando su *prima* y *cuarta*, cruzó los mares, desafiando los peligros, una linda mujer, decidida á satisfacer un *primera*, *segunda* con *tercera*; el de visitar la hermosa y encantada isla y residir en ella por algun tiempo.

! Mas, oh dolor! cuando ya sus bellos é inquietos ojos, divisaban las elevadas torres de los magníficos palacios que Tiberio había hecho construir en aquella deliciosa mansión, una fuerte tempestad hizo emerjir entre las aguas espumosas, la fragil nave, que conducia á la hermosa viajera, desapareciendo para siempre de la superficie del Oceano.

He ahí una leccion, para la mujer *prima*, *segunda*, *tercera* con *cuarta* (el *todo*) y á lo que están espuestas muchas otras, que sin ir á la isla de *prima* y *segunda*, hallaron su muerte física ó moral, por solo satisfacer un *prima*, *segunda* y *tercera*.

LOLA LARROSA

Buenos Aires, Diciembre de 1878.

Las rubias y las morenas: hé ahí la cuestion de orden.

Nosotros en esta seccion ligera del *Album* queremos ser ménos y al efecto nos hemos procurado los siguientes pensamientos, que arrojan nueva luz en el debate.

—Me gustan las rubias, porque es el color del cognac.

Un inglés

—Me gustan las rubias, porque me recordan á mi finada esposa.

Un viudo

—Me agradan las morenas, porque mi negra es rubia.

Un yerno

—Amo á las negras, porque nunca me han vendido cedulillas.

Un dandy (de la Plaza 6 de Junio)

—Me gustan las rubias, porque sus cabellos son del color de las espigas.

Un candidato á diputado.

—Las negras.... si señor.... las negras, las negras y las negras.

Un orador

Me decido por las rubias; son del color el oro....y basta.

Un usurero

Hasta aquí los pensamientos: yo no me roununcio porque....porque estoy entre la spada y la pared.

Tengo una abuela rubia y una suegra negra: con que.... detente pluma!

DIEGO

ESTRELLA!

.....La desolacion de la naturaleza y la amargura del corazon me arrancan hoy de tu lado; pero el pensamiento domina la distancia, la palpitacion del corazon entristecido mantiene el recuerdo y el alma siente, siente con intensidad infinita la esclavitud dulcísima de tu amor.

El sentimiento es inmaterial como el alma: por eso el amor está en todas partes. ¿Qué importa la distancia cuando vela el pensamiento?

Todo lo azota la lluvia cerca de mí: el cielo está negro como el alma de los hombres y el viento helado como el corazon de las mugeres.

Que tristeza! La naturaleza inanimada tiene tambien sus horas de desfallecimiento que llegan hasta lo mas ínfimo del alma cuando se sabe interpretarlas.

Cierro los ojos y todo el cuadro se ilumina con tu imagen!

¿Piensas todavia en la caridad? Dios te ha dado un alma que tiene horror al lodo de la vida y piensas en el sacrificio de tus ilusiones como en el último refugio de la esperanza.

La abnegacion por la humanidad! Sacrificio estéril: la humanidad es el usurero que refresca sus fauces con lágrimas de la desgracia, el hombre que ríe del hombre, la envidia, el engaño, las pasiones, la batalla en nombre del interés propio:—la humanidad es una turba de cazadores de dólares.

Esa es la caridad con que sueñas: ya sabes lo que hay del otro lado de la medalla, —un corazon que ama y una alma que no vacila.

Que Dios ilumine tu conciencia!

*

CRONICA DE LA SEMANA

RUBIAS Y MORENAS—Esta cuestion, iniciada por dos jóvenes poetas, en las columnas del *Album*, se complica ahora con la presentacion de nuevos campeones que vienen á ampliar el campo del debate.

Esto nos determina á abrir una nueva seccion especialmente destinada á la publicacion de todo lo que se relacione con las rubias y las morenas.

● La recomendamos á nuestras bellas lectoras—está interesante.

•EL NATURALISTA ARGENTINO•—Se están publicando trabajos científicos muy importantes en esta revista mensual de historia natural que dirijen los aventajados é inteligentes jóvenes D. Eduardo L. Holmberg y D. Enrique Lynch Arribálzaga.

En estos dias debe aparecer una nueva entrega, ilustrada con grabados notables.

Los señores Holmberg y Lynch son dos de los pocos jóvenes argentinos que se han dedicado con especialidad á este género de estudios y merecen toda la proteccion del público para una publicacion que revela su laboriosidad y su inteligencia.

LABERINTO—Desde el número próximo, embelleceremos, nuevamente, este semanario con la seccion que, con el título con que encabezamos estas líneas, está á cargo de nuestro inteligente y espiritual colaborador Anastasio.

•EL ALBUM DEL HOGAR•—Nuestros apreciables cólegas *El Pueblo* de Paysandú y *La Voz del Pueblo* de la Concepcion del Uruguay, dedican palabras altamente honorosas al *Album del Hogar* y á sus colaboradores.

Les agradecemos tan honroso recuerdo.

FIESTAS—Ya se están haciendo preparativos para el adorno de la calle larga de Barracas durante las próximas fiestas de Santa Lucía.

Las comparsas carnavalescas serán invitadas á pasar por el Corso.

LA FIESTA DE LOS ESPAÑOLES—Hoy deben tener lugar las fiestas anunciadas con motivo de celebrarse el primer aniversario de la apertura del Hospital Español. Parece que estaran brillantes, á juzgar, por los grandiosos preparativos que se han hecho.

La parte religiosa comenzará por una misa cantada, en la que tomarán parte personas pertenecientes á diversas asociaciones españolas.

En seguida predicará el conocido orador sagrado don Laureano Veres Acevedo.

Habrán establecidas algunas carpas, donde se espondrán diferentes objetos cuyo producto se destina á beneficio del Hospital.

La conferencia musical y literaria que tendrá lugar por la noche en Colon, promete estar buena.

Tomarán parte en ella los señores Dr. D. Miguel Puiggari, D. Enrique Ortega, D. Manuel Barros, D. Arturo Ased, D. Cipriano Torrejon, D. Jacinto Albistur, D. Salvador Mario, D. Rafael Calzada, D. José M. Oller, D. Casimiro Prieto y D. Carlos M. de Egozcue.

Descamos un resultado inmejorable á los nobles hijos de la patria de Cervantes.

PERMANENTE

Se ruega á D. Pedro Narizano, residente en el Rosario, se sirva abonar los números del «Album del Hogar,» que le hemos remitido, ó en su defecto, devolverlos á esta Administracion: Temple 517.

El Administrador.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

LA MUJER LITERATA

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Creíamos que *Da Freito* contestaría nuestro artículo, pero nos hemos engañado. Su artículo «La mujer en la naturaleza y en la civilización» es solo una reseña histórica, donde nos habla y perfila á la mujer primitiva, salvaje, antropófaga, fiera, devorando su propia carne en la carne de su hijo. Esta forma *embrionaria* de mujer, que en nada se asemeja á la mujer redimida y engrandecida por la fuerza evangélica del cristianismo, es un diseño que está demás en la cuestión, de la misma manera que toda su brillante disertación sobre la creación del mundo antes del hombre, cosas todas muy bellas, pero pálidas, cuando se ha leído y estudiado á los grandes sábios en claras y magníficas descripciones como las de Laplace, Figuier, Pelletan y tantos que enumerar es cansado.

El objeto de la cuestión no era ese, ni menos el giro que le dá. Si el señor *Da Freito* conoce el modo de sentir y de pensar de Judith; si ha leído cierta *polémica* sostenida por ella hace algun tiempo, debe estar convencido que no ha sido su intento apartar del hogar á la mujer. Allí es su único punto, su solio, su altar, su mundo y hasta su cielo en la tierra; léjos de allí todo es mentira, hasta la gloria, una de tantas vanidades que ciegan á la humanidad.

Pero nadie habia hablado de hogar, de abandono de deberes, de emancipación en fin. Hubiase dicho solamente que la mujer con talento debe ser respetada y que tiene igual derecho que el hombre á esperar y á soñar esa aureola que se llama la gloria y que solo es capaz de alcanzarla el génio que el Creador, menos egoísta que el hombre, puso igualmente en el alma y en el pensamiento de éste, que en el alma y en el pensamiento de su obra mas perfecta: la mujer.

Porqué se ha de restringir á la mujer.

porqué se ha de abatir su espíritu, apagar su pensamiento con el sople mezquino del egoísmo? Porque no debe salir del hogar, se nos dice; porque no puede ser mas que esposa y madre, se nos argumenta—y acaso, contestamos nosotras, el ingenio, la recreación del pensamiento, que ilustra y engrandece, retrae y aparta del deber y del sagrado del hogar? acaso por escribir y por dar forma á sus ideas, que necesitan el espacio y la luz de un cielo mas ancho que la vulgaridad, olvida la madre á su hijo, la esposa á su esposo, la mujer las pequeñas y necesidades del hogar, las atenciones de la casa?

Cree el señor *Da Freito* que la mujer que dedica sus ratos de ocio á la literatura, no sabe manejar la escoba, la espumadera y la aguja, lo mismo que la pluma? Cree el señor *Da Freito* que la mujer escritora no suele ser nodriza tambien y que con la misma facilidad que lacta á su hijo—que espuma la olla de la familia, escribe un verso y redacta un artículo? ¿Quiere el señor *Da Freito* la prueba? Un discípulo de Pont Royal nos enseñó á decir y á probar, por que, de lo contrario, no tiene fuerza el aserto de nuestra palabra.

La mujer sin voluntad propia, la mujer máquina, sometida por los bárbaros, llevada á los mercados, vendida en ellos como dije—como cosa—considerada antes de la palabra cristiana como objeto—sin mas espacio que la esclavitud, sometida al poder del hombre salvaje que veia en ella un placer de los sentidos—vivía resignada, con la dulzura sublime que Dios la dotó, sin quejarse, esclava, amarrada al grillete con que el hombre bárbaro la sujetó.

Mas tarde la fuerza del evangelio, la alborada suprema del Cristianismo, iluminó el labio de su caída y la mujer se alzó—las puertas del Gimnasio se abrieron y la esposa dignificada traspuso el dintel; de aquí parte el aprecio que la mujer obtuvo sucesivamente. Mas tarde en la guerra y en todos sus actos la mujer compartió con el hombre, su compañero, no su amo—el lauro de la gloria y orló sus sienies y asombró al mundo—La civilización le señaló un puesto en el torneo del progreso y allí, de pie, con la frente alta, tras las paredes humildes

del hogar ó en el estruendo de los aplausos que los hombres sensatos le prodigan, ella se alza, sube como un astro y vá á fijarse en su puesto, sin que el egoísmo ni la mezquindad alcancen á nublar su brillo.

Sea dicho una vez por todas: la mujer literata, cuando no olvida el zurcido, el aseo y dirección del hogar, el amor á la familia y ama mas á esta que á sus papeles; cuando esa mujer, decimos, es literata sin ofuscarse con los aplausos; cuando su talento es igual á su espíritu y sabe pensar, despreciando la vanidad y el ensimismamiento; cuando esa mujer despues de ser esposa, madre y angel del hogar llega á ser escritora; yo digo y aseguro á Vd., señor *Da Freito*, que esa mujer es digna de aprecio, de profundo respeto y hasta de ayuda y simpatía.

Pretender que la mujer sea un ente, un mueble, es no solo un sarcasmo sino una infamia; nadie tiene derecho en la tierra para sofocar ese instinto sublime que la engrandece y eleva sobre el nivel de la vulgaridad.

Pedir igualdad de derechos entre el hombre y la mujer es un absurdo que hemos combatido con la energía propia de nuestro carácter; pretender emanciparla, es un desatino; ella esta emancipada por el empuje colosal del progreso; ha tocado ya el límite en sus pasos de avance intelectual; pedir mas, es ridículo; la mujer fuera del hogar no es muger, porque pierde los atributos delicados de su sexo; no es pues de allí de donde queremos apartarla—no, es solo de la injuria de la burla, de la intención maligna con que se le hace farsa cuando la muger toca con su frente la gloria y se alza con la corona fresca del laurel, despertando el egoísmo del hombre y la envidia de quien no la alcanza, ni la puede juzgar quizá.

No ha mucho un tal don «Nicostrato» escribía en un diario de Buenos Aires un artículo donde mas ó menos trataba á la muger como Vd. la trata—leímos y despreciamos, haciendo la siguiente reflexión: —O es un gran cretino quien esto escribe, ó es un ser inconsciente.

Concluio; por ahora previniéndole al señor *Da Freito* que conocemos el nombre

que encubre su pseudónimo; acepte nuestro artículo como un consejo; nuestra palabra es autorizada por los años, ya que no por la inteligencia.

JUDITH.

San Martín, Diciembre de 1878.

VOCES DE LA NOCHE

I.

—¿Qué dices en tu lánguido murmullo,
Suspiro melancólico del aura,
Que estremeces las flores en su tallo
En el silencio de la noche plácida?

—Soy la nota celeste, desprendida
De las cuerdas purísimas del arpa
Que vibra en los abismos del espacio:
Es mi murmullo trémula plegaria!

II.

—¿Qué dices en tu grito fragoroso,
Potente trueno que en el aire estallas,
Que al estampido de tu voz horrísona
La tierra se anonada?

—En el inmenso idioma de los ruidos
Mi voz al Dios del Universo canta,
Y, al resonar, mi pavoroso grito
Su grandeza proclama!

III

—¿Qué dices, mar inmensa, cuando agitas
Tus líquidas montañas,
O cuando ruedas con murmullo leve
Tus ondas argentadas?

—Murmuro la plegaria misteriosa
Que de mis senos se alza,
Cuando refleja en mi cristal la luna
Sus luces nacaradas.

IV

—¿Qué espresas con tu música divina,
Nocturno trovador de la enramada,
Que en el silencio de la noche inmensa,
Odas ó idilios en la sombra cantas?

—Con la armonía de mi voz melódica
Que los céfiro llevan en sus alas,
Entono la plegaria cadenciosa
Que en la hora de la sombra se levanta.

V

—¿Qué acento misterioso es el que escuchas,
Alma, cuando la noche se adelanta,
Y envuelta entre su manto tenebroso
Cruza el cielo de estrellas coronada?

—El acento divino que desciende
De lo alto de la esfera constelada,
En las desgracias de la vida triste:
¡El acento inmortal de la esperanza!

VI

Todo en la sombra de la inmensa noche
Odas, idilios ó plegarias canta,
Con voces misteriosas que el espacio
Hienden en alas de la brisa rauda.

El corazón las siente conmovido
Nacer, vibrar, desvanecerse rápidas,
O cruzar por los aires, como cruza
La visión inmortal de la Esperanza!

IDA EDELVIRA RODRIGUEZ.

Diciembre de 1878

LOS AMANCAES

A GERVASIO MENDEZ

Maria era hija del Cuzco.

Su choza, pobre y desmantelada, se alzaba en la cima de un cerro, cuya base lamian las aguas del Guatanay.

Huérfana á los doce años, habíase desarrollado á la sombra de los árboles que sembraban sus padres al rededor de su choza, en terreno hécho y preparado por ellos.

Los mismos la habían enseñado entre lágrimas y sonrisas á cuidar de un pequeño sembrado de amancaes.

Hasta la muerte de aquellos, Maria no hizo sino jugar en aquel paraje que perfumaba las cercanías.

Desde entónces los amancaes no adornaron sus cabellos; mas, se les veía en dos toscas cruces que se alzaban á orillas del río, donde ella craba á la puesta del sol.

Morena, de ojos y cabellos negros, gentil, vaporosa y con un aire melancólico, se la conocía por la hija de la tristeza.

Así, pasó seis años de su vida: compar tiendo sus cuidados, con los amancaes y las vicuñas, única herencia de sus padres.

Una tarde extraviósele una de estas y descendió al valle en su busca; mas perdida la esperanza de hallarla, tornó á sus lares, afligida y llorosa, viendo en esa pérdida un mal presagio.

Ascendía la cuesta que la conducía á su hogar y al volver el último de los recodos del camino que la permitía ver su puerta, se iluminó su semblante, lanzó un grito de gozo, y corrió hacia allí, desalada.

A su puerta la esperaba un joven de su raza, quien acariciaba entre sus brazos, la causa de su dolor.

Altivo, fuerte y simpático impresionó á Maria; y él, Yupac, se apasionó de la hija de la tristeza.

Esta, al principio, hizo por ahogar en su alma la inclinación que hacia él sintiera,

porque una voz misteriosa así se lo pedía; mas, poco duró esta lucha, pronto fué vencida, y aquella se manifestó sin límite alguno.

Yupac, habitante del valle, hizo frecuentes sus visitas á Maria, quien ya no fué sola á orar sobre la tumba de sus padres.

En breve debían desposarse.

Ella, la que se dormía con el último cantar de las aves, pasó, desde entónces, las noches en vela, escuchando las trovas, llenas de amor y de esperanzas, que su amante la enviaba al compás de la quena. Esas trovas que aunque llegaban á ella en sus últimos ecos, por la distancia de que venían, herían su alma, haciéndola estremecer por un sentimiento desconocido para ella.

Su rebaño se había dispersado.

Los amancaes florecían, unos para adornar sus cabellos ó el pecho de Yupac, otros para morir en su tallo, después de balancearse al impulso de la brisa.

La hija de la tristeza se llamaba feliz; mas una pena oculta la devoraba: empalidecía, extinguiéndose también el rojo de sus labios.

Aquello y esto hacia, por la ley de las compensaciones, que sus ojos adquirieran mayor brillo, día á día: en ellos se concentraba todo el fuego de su alma.

Su estado aterró á Yupac, quien ansioso inquiría la causa que ella no podía satisfacer.

Entre tanto, los indios que cruzaban por las orillas del río, hacíanlo con temor, porque al amanecer, un fantasma, cuyo vestido flotaba en el espacio, se deslizaba silencioso, y caía sobre la tumba de los padres de Maria.

Y ayes y sollozos, les traía la primara brisa de la mañana.....

Lució, por fin, el día coliciado por Yupac: Aquel en que Maria debía pertenecerle para siempre; aquel en que debía realizar las promesas que hiciera á aquella, en la época mas feliz de su vida.

Tres horas llevan de espera Maria y algunos de los suyos y Yupac no parece para llevarla á la iglesia del valle.

De pronto, un joven de la misma raza se deja ver en el camino de la choza.

Y un presentimiento doloroso invade el alma de Maria que salió á su encuentro..... Supo, que Yupac habia muerto al mediar de aquella noche en su pobre choza; que á la cabecera de su cama se halló: ¡narchito, un ramo de amancaes.

Y rodó sin sentido por el suelo.

Por cuatro dias luchó su naturaleza débil con la muerte y durante ellos fué presa del delirio mas espantoso.

RUBIAS Y MORENAS

LAS MORENAS

A GABRIEL.

Le cantas á las rubias y rentegas
Del color de tu tez americanal...
Ah! te burlas, Gabriel, de las morenas,
El tipo mas hermoso de tu patria!

¿No te acuerdas, poeta, de unos versos,
Escritos con el fuego de tu alma,
Mirra de tus creencias, que quemaste
A los piés de los hijos de la Pampa?

Nó, tu no eres tu mismo cuando niegas
Lo que ayer en tus versos ensalzabas:
La luz, el sentimiento, la poesia,
En las sombrías frentes de tu raza!
Han profanado el templo de lo bello
Las notas engañosas de tu arpa
Al llamarles carbon á las pupilas
Encendidas de Dios en la mirada.

ERNESTO

Buenos Aires, Diciembre 11 de 1878.

**

Yo soy defensor de la justicia y partidario de la belleza. Esto basta para significar que en la presente cruzada, estoy de parte de las adorables morenas.

En apoyo de mi opinion, cito la autoridad de Martin Coronado, el laureado cantor de la naturaleza americana, que ha dedicado bellas estrofas á las rubias y á las morenas, pero no con la misma inspiracion y el mismo fuego.

Al cantar á las primeras, la falta de verdad ha llegado á la conciencia del poeta y sus versos se resienten de debilidad y de falta de aliento. Aunque bellos, son pálidos al lado de los que dedica á las incomparables morenas.

Hé aquí la prueba:

Rubia, flotante, sobre su espalda,
Su cabellera busca un sosten:
Cabellos rubios son la guirnalda
Que de los ángeles ciñe la sien!

Esto es radicalmente falso. El hecho tradicional de que los angeles deben tener los cabellos rubios, es una invencion antojadiza de los pintores, confirmada por la audacia de los confiteros que dan ese nombre á la especie de ádeps con que adornan sus ramilletes.

Pero el mismo Martin se encarga de dar el triunfo á las incomparables morochas:

Escuchadme y temblad!... negra, luciente
Como bruñido ébano el cabello

Vela entre rizos su morena frente
Y cae serpeando á su torneado cuello!

Aquí hay inspiracion, fuego, verdad, colorido y conciencia plena de la justicia con que se canta á la belleza sin rival.

Vivan las morenas!

LUIS.

**

A ALFREDO

RUBIAS Y MORENAS. (1)

Porque al darte la pureza
De que es simbolo celeste,
Como á ella te hizo Dios
De oro y nieve.

BECQUER.

Reconozco como tú en las morenas, á la mujer ardiente, impetuosa, llena de promesas, de ilusiones y de esperanzas, leo en sus ojos negros y chispeantes, todo el ardor de un alma estremecida á la mas débil palpitacion del sentimiento; descubro en el fondo de sus corazones apasionados la eterna aspiracion hácia todo lo que contiene la vida de grande y de sublime; pero, esta exquisita sensibilidad que la caracteriza, esa facilidad que tiene para condensar en un segundo todas las emociones que pueden herir la fibra del sentimiento, la hace que sea mudable en sus aspiraciones caprichosa en sus deseos, y por consiguiente, inconstante en todas sus promesas.

Dices en uno de tus párrafos: «la mirada de una rubia exige vasallage y admiracion, los ojos de una morocha respiran amor y caridad.» Mas adelante agregas «la rubia es una realidad; la morena una ilusion. Aquella es una muger—ésta, un ángel.» ¿Como es, pues, posible que lo que nos inspira mas admiracion y respeto sea lo que mas participa de la materialidad? Pintas á la morena, llena de amor, rebosante de pasiones; la colocas al alcance de nuestros deseos y en seguida la llamas una ilusion.

Si tus contradicciones no fueran suficientes á demostrar lo erróneo de tus asertos, emitiría algunas otras razones. Sin embargo, no me es dado proseguir sin hacer constar, de paso, la impropiedad con que empleas uno de tus mas entusiastas epítetos á las morenas,—me refiero al de añ-

(1)—Regla de construccion gramatical: «Las palabras, por su naturaleza, deben guardar el orden siguiente: anteponer las mas nobles ó de mas gerarquía.» Ahora bien, hacemos notar que en todos los artículos publicados sobre este asunto, ya en pró, ya en contra, se ha colocado á las rubias antes que á las morenas; luego todos convienen en que aquellas son superiores á éstas—la discusion es imposible.

En este—Perdon, madre mia—decia—perdon! y tu, mi padre!... perdóname tambien! Ustedes saben cuanto le amé y cual, tambien, ha sido mi tormento desde entónces, y cual fué éste despues de mi primera reflexion.

La tierra que cubre vuestro sepulcro, está anegada por mis lágrimas; las huellas de mis rodillas, estan allí impresas.

Dicen que mi rostro no es el de Maria; que un fantasma vela al amanecer vuestro sepulcro... verdad... vuestra Maria, es hoy la hija de la tristeza, de la desesperacion y del remordimiento; un fantasma que se agita en este mundo de los vivos, para morir, viviendo, en la vida del recuerdo...

Tres meses han pasado.

Maria sabe que su amante fué asfixiado por el ramo de amancaes, que ella le diera en la noche, de la víspera de su desposorio.

Pálida y demacrada, se detiene distraida, en su paseo, en medio al terreno que fué de amancaes.

De estos, tan solo se alza uno, que ha principiado á marchitarse. Los demas han perdido su savia y con sus raices secas yacen esparcidos por el suelo.

En aquel se posa la mirada de fuego de Maria; sus miembros débiles se resisten á sostenerla... y... cae de rodillas, entreabriendo los lábios para dar paso á una expectoracion sanguinolenta... mas, la reaccion, aunque momentánea, se opera, y ella se sienta, rápida... la expectoracion vuelve... sus mejillas se tiñen de rosa despues de algun tiempo, y cae de espaldas sonriendo, y destroza en su caída el tallo que sostiene la única flor, que se enseña en el sembrado que sus padres la enseñaran á cultivar...

En la noche de aquella tarde un huracan destruyó la choza; y esto, visto por los del valle, se trasladaron al cerro para reconstruirla.

Pero al llegar á ella, vieron á Maria bella, rígida y yerta, en tierra, estrechando contra su pecho un ramo marchito de amancaes.

La sepultaron al lado de sus padres. Y es fama que á la hora de los fantasmas, dos voces: doloridas y llenas de pasion ambas; débil una y vigorosa otra, se dejan oír al compás de una quena, como elevadas del sepulcro de Maria, entonando cantos no comprendidos por los indios, quienes, aunque supersticiosos, los escuchan con gusto.

J.

Diciembre 5.

gel;—en vano he recorrido la innumerable jerarquía de ángeles, serafines, arcángeles, etc., etc., que describe Milton en su «Paraiso Perdido.»

En vano busco también en todas las obras que hablan del mundo de los seres imaginarios una sola que me represente un *ángel morcuno*. Es por lo tanto, querido Alfredo, una creación puramente tuya, lejí-tima, innegable, que te pertenece por derecho de invención.

Las rubias, comunmente acusadas de frialdad, indiferencia y orgullo, son poco conocidas. Se las desdénan porque se las cree incapaces de sentir pasiones; se las olvida porque jamás hacen ostentación de sus bellezas; aman poco, pero á menudo inspiran las pasiones más santas; son esquivas en su cariño porque no encuentran hombres que sepan corresponderlo á la altura á que lo mantienen.

Pero, á que tantos argumentos?

Dices que, «las rubias son hermosos pedruzcos de mármol.» Lamartine ha contestado por nosotros: «Solo las tintas del mármol son las que sientan bien á las estatuas vivientes; el alma, la pasión, la piedad, el entusiasmo y el pesar, tienen el color pálido.»

OMAR.

.....Acércate, mi morena idolatrada. Quiero mirarte de cerca y envolverme en la luz de tus pupilas, negras y poéticas como la noche, como la eternidad, como el misterio de emociones desconocidas porque anhela el alma mía en su infinita ansiedad de amor y de ternura.

Bezdigo á la naturaleza porque no ha coronado tu frente americana con una diadema de cabellos rubios,—no quiero que la pureza de tu pensamiento infantil se empañe con la proximidad del oro, ese eterno corruptor del sentimiento y de la conciencia humana.

Así, la fresca margarita blanca que ondea en tus cabellos negros como el ala del cuervo, luce como una estrella deplata poetizando la tristeza de un cielo de tempestad.

Tienes la lóbreguez del dolor en la noche de tus ojos y de tus cabellos—pero el dolor es poesía y también llevas el consuelo de la amargura en la expresión de la mirada y en el fondo del corazón, fuente de exquisita sensibilidad.

También me place que Dios no haya hecho azules tus ojos divinos, porque ese es el color de la nube ligera que se desvanece en el horizonte como la promesa de

una rubia—y de la onda de humo que pasa y se pierde fugitiva como un símbolo de inconstancia.

Eres morena, emblema de la vida y encarnación sublime de la patria americana,—tienes el fuego del astro que anima el brillo de tus ojos y alienta la existencia de la naturaleza entera.

Gabriel ha blasfemado de tí porque no te conoce!

ALFREDO.

A LA SEÑORA

JOSEFINA PELLIZÁ DE SAGASTA

Autora de los «Lirios silvestres»

Arpejo de una música celeste
Volcado en el rocío de una lágrima,
Con más dulce expresión que el sentimiento,
Con más fé que el amor y la esperanza,
Son tus lirios silvestres, blanca aureola,
Que sobre el cielo de tu frente se alza
Desprendiendo relámpagos de génio
Como oleajes de luz una mañana.

JOSÉ IGNACIO PÉREZ.

Bs. As., Octubre 3 de 1878.

EL TIPO MÁS ORIGINAL

CAPÍTULO V.

Véase el número anterior

—«Ah! sí, espere.»

El profesor se dirigió á la puerta y llamó con voz extérrica:

—«Bachkind! Bachkind!»

—«Voy señor,»—contestó el llamado, y entró en seguida haciendo reverencias.

—«¿Qué está Vd. haciendo ahora?»

—«Distribuyendo en la colección los insectos de la caja Núm. 3 que mandó ésta mañana el profesor Niffleis con el Lapon.»

—«Estúpido! Bachkind estúpido! ¿No sabe Vd. que esa caja lleva el número dos?»—exclamó el Profesor con la vista encendida, y levantando el tono al lirismo de la cólera.

—«Como el señor guste,» respondió Bachkind, repitiendo una reverencia de esas que sólo en Rusia suelen verse, de esas reverencias que el siervo hace al amo, cuando éste, allá en un acceso de republicanismoperiódico, dá de beber á aquel en su misma copa.

—«Deje Vd. eso, y tome su violín.»

Miré al profesor un tanto exasperado. Ideas raras se cruzaron la mente.

O Bachkind era un nuevo Orfeo y en-

cantaba á los célebres carnívoros con las delicias de su música, dejándolos petrificados, ó Bachkind tocaba tan detestablemente que hasta los mismos lobos surgen excesivamente amantes de la música y respetan al que toca, ó los lobos detestan la música y no pueden oír ni siquiera una melodía, ni un acorde siquiera, aunque este haya nacido en el alma de Beethoven.

Bachkind volvió bien arropado y trayendo su violín.

—«Toque Vd., para que oiga el señor Kaillitz, la *Casta Diva* de la Norma,»—dijo el Académico de San Petersburgo, con una seriedad digna de docente privado Alemán.

Bachkind se puso en postura y tocó.....sí tocó las 9 primeras notas de la más preciosa de las arias, pero al llegar á la nota novena, exclamé, extendiendo la mano al Profesor:

—«Hasta mañana, señor Burbullus; soy invulnerable. Si oyendo esta música hay en toda la Curlandia un solo lobo que me persiga, me entrego á sus fauces.»

—«Venga, amigo mío,» dijo el Profesor, llevándome afablemente de la mano, hasta el exterior de la casa—«¿Oye Vd.?» dijo señalando á los bosques.

—«Sí, señor, oigo los aullidos más espantosos que he oído en mi vida.»

—«Y aún se atreve?»

—«Soy invulnerable,» repetí.

Bachkind y yo subimos al trineo.

—«Bachkind,» dijo Burbullus, «puede Vd. quedarse y volver mañana con el señor Kaillitz.»

—«Magnífica idea. Señor Burbullus, hasta mañana.»

—«Hasta mañana,» dijo. «Este Kaillitz,» murmuró entre dientes, «sería capaz de acompañarme al Norte de Siberia si se me ocurriera hacer un viaje, á pié, hasta allí.»

—«Cuando Vd. guste, pero en trineo.»

Y acariciando ligeramente el lomo de mi caballito, este se alejó sobre la blanda nieve, arrastrando el ya pesado vehículo.

Pero no bien estábamos á unos quinientos metros de la morada de Burbullus, cuando sentimos, por detrás del trineo, una especie de gruñido desagradable.

—«Un lobo!» dije á Bachkind, —«voy á matarlo.»

—«Un lobo no es nada; deje Vd. que haya siquiera quinientos.»

—«Pero eso es un horror!»

—«Verá Vd. el poder de mi violín.»

Y á medida que adelantábamos, aumentaba el número de los gruñidos.

La sangre fría de Bachkind helaba la mía. Aquel hombre no podía ser un vertebrado.

do de sangre caliente, sinó un réptil, un pez, un insecto, un molusco, pero de ninguna manera un hombre con 37 1/2 grados centígrados en las axilas.

—«Pero hombre!» le dije por fin, no acostumbro á aquel séquito, «alguno de estos animales tendrá bastante audacia para devorarnos. Son ya más de cincuenta.»

—«Los lobos de Curlandia nunca atacan sinó en número de cien.»

—«Perol y cuando lleguen á ese número?»

—«Entonces les tocaré la *Casta Diva* de la Norma.»

Cinco minutos despues notamos un aumento considerable en las filas apretadas de los que nos seguian.

El látigo ya no acariciaba los lomos del caballito curlandés, porque el pobre animal, comprendiendo el peligro que le amenazaba, corría como una exhalacion sobre la sábana de nieve. El sudor cubría su cuerpo. El aire faltaba ya á nuestros pulmones. Los lobos, entretanto, abriendo sus bocas de abismo, y sacando jadeantes su larga lengua, nos miraban con ojos de cólera. Sus filasse apretaban más y más, y el fétido aliento de los carnívoros llegaba hasta nosotros. El caballo volaba.

—«Bachkind! Bachkind si no toca Vd. la *Casta Diva* ahora mismo, me veré en la necesidad de apretar el gatillo de mi revólver y matar uno de estos animales feroces, que se acerca tanto, que muchas veces me dá con el hocico en la espalda. Aquí hay ya más de cuatrocientos lobos!»

—«Se engaña Vd., el vértigo de la carrera quintuplica en Vd. los objetos. No hay ni noventa.»

—«Cosa extraña! aberracion de las civilizaciones! En un gobierno que como en el de Curlandia hay 448,300 cabezas de ganado vacuno, quizá otras tantas de la raza ovina, los lobos se pasean libremente por sus 421,300 hectáreas de praderas. Ya se vé, si en esta Curlandia, como en el resto de la Rusia, los ganados pastan libremente, y las tres cuartas partes de la poblacion, dedicadas al pastoreo, vigilan sus haciendas desde sus cabañas. Vaya una agricultura adelantada!»

—«Sr. Kaillitz, no nos culpe Vd.: *urbi et orbi manducatur phaseolos*, ahí pero olvidaba las prescripciones del profesor Burbullus» dijo Bachkind, mirando aterrado en derredor suyo.

—«Como!» exclamé olvidando los lobos que nos cercaban «¿teme Vd. más al profesor que á estos animales feroces que ya, ya van á devorarnos si la *Casta Diva*.....»

—«No, pero como hoy es Miércoles, no pue-

do hablar en Latin, sigamos conversando en Italiano como hasta ahora. A propósito, recuerda Vd. la fórmula dentaria de los lobos?»

—«Para fórmulas estoy yo!» exclamé haciendo rechinar los mios, cuya integridad era anormal, pero que, no obstante, produjeron un ruido tan desagradable, que Bachkind se estremeció.

—«Mandíbula superior, tres incisivos, un canino, seis molares, de cada lado; mandíbula inferior, tres incisivos, un canino, siete molares de cada lado, ¿tiene Vd. un lápiz para escribirla y de ese modo ya no se le olvidará?»

—«No toca Vd.?» preguntéle indignado.

—«Sí, ya;—estaba poniendo pes al arco.»

Y al decir estas palabras, en el momento en que uno de los lobos nos amenazaba enseñando su feroz y hermosa dentadura, cuya fórmula era exacta, Bachkind dejó oír una sucesión de notas, á la que el profesor había dado el nombre de *Casta Diva* de la Norma.

Efecto mágico! Aquella música salvaje, sin pausas, sin *crescendo*, sin tiempo de ninguna especie, sin melodía de ningún género, sin vida, sin alma, sin Norma..... aquel ruido que salía de un instrumento ingrato cuando no lo maneja un Paganini ó un Paul Julien, produjo una perturbacion tan extraña en las infernales legiones que nos perseguian, que no pude ménos que soltar una carcajada estentórea.

Los lobos hacian muecas espantosas, como si les pasaran por los dientes aceradas limas, como si un dolor agudísimo les quemara los nervios correspondientes en sus correspondientes alvéolos, como si una aguja de fuego penetrara por sus oídos y les tocara las doloridas muelas.

Bachkind impasible, agitaba sus brazos con movimientos irregulares, y á cada nota ó mas bien á cada desapacible ruido que producía el instrumento, las filas de la vanguardia retrocedian, cesaban en su progresion y eran empujadas por la retaguardia, furiosa, ávida, inmovible.

Pero cuando esta pasaba á ser primera fila, cuando los lobos venian á oír distintamente la divina profucion de Bellini transformada en infernal tormento, se retorcian, agitaban la cabeza cual briosos corceles, y contribuian á aumentar la confusion de los compañeros, con los que se entrelazaban, luchaban y retrocedian.

Yo era completamente inaccesible al tormento de aquella música, porque sentía ya en el estómago espantosos dolores, esos dolores de carcajada, que matan en medio del tormento más atroz.

Bachkind impasible.

—«Si ceso un momento!» me decía, «nos devoran; ahora sí que hay como quinientos. Ah! una idea: hoy es Miércoles. Voy á agregar á los afectos del instrumento, los maravillosos resultados del canto.»

No me era posible hablar. Con un gesto le pedí por favor que no cantara, porque me iba á morir.

Apreté el gatillo del revólver. La bala partió y al mismo tiempo un lobo, herido mortalmente en la cabeza, cayó de entre las filas.

Muchos se detuvieron un instante á devorar aquel cadáver, pero muchos, tambien, siguieron persiguiéndonos.

Escena de relámpago.

Entonces oí la voz de Bachkind que cantaba:

«Casta Diva ch'inargenti
Queste sacre antiche piante
A noi volgi il bel sembiante
Senza nube e senza vel.

Los lobos se detuvieron espantados.

Jamás he oído un concierto más atroz.

Las notas del violin, el canto de Bachkind, los feroces ahullidos ya lejanos de los lobos, el aire que me faltaba.....estábamos salvados.....caí desmayado en el fondo del trineo.

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

HEINE A MABLY

TRADUCCION

I

Las pasiones que empujaron
mi corazón á la vida,
en su atropellada huida
sólo cenizas dejaron.

Trasformóse en hombre el niño;
mi espíritu se hizo fuerte
Contra el huracan, que vierte
falsos rayos de cariño.

Con la cruz sobre la espalda
sigo la marcha, Dios mío!
el desengaño es tan frío,
y estoy del monte en la falda...

Voy trepando la pendiente
abrumado, pero firme;
y el sol viene á repetirme
lo que mi alma presiente.

Alegría y esperanza!...
Qué son al fin los amores,
Sinó deshojadas flores
de un prado de lejananza?

Si una mujer me ha robado

la tranquilidad del alma,
y me ha negado la palma
de su amor...todo ha pasado!!

No te apoque, ni hagas chico
de un amor en holocausto:
quedan la gloria y el fausto,
de que es el mundo tan rico.

III

Altivo piso el proscenio
de la vida. Dios es grande...
Ah! mi corazon se expande
y bulle en mi frente el jénio.

Tánto me mina la gloria
de la veleidad humana,
que irá mi nombre mañana
como un gran astro en la historia.

La inteligencia domina,
el talento nos absorbe;
mas donde el hombre se encorbe
hallará trozos de ruina.

Pon la mano en tu conciencia,
y meditando con calma
dime del fondo del alma:
qué vale la inteligencia?

IV

Dios es la fuente do brota
el sentimiento del hombre;
Dios es un arpa sin nombre
y la mujer es su nota.

Qué importa sobre la tierra
que brilles como luz fatua
y que te alcen una estatua
porque venciste en la guerra?

Y hemos visto, sin embargo,
grandes hombres de talento
sufocar el sentimiento
con un triunfo bien amargo...

V

Ay de ellos los que se encuentran
y pasan sin comprenderse—
ojos que miran sin verse!
pasiones que se concentran!

Ay de las notas perdidas
del arpa de Dios sin nombre!
Si hay sentimiento en el hombre,
Sois mitades desunidas!—

A. N. V.

LABERINTO

Teatros, bailes, paseos, plazas, calles, fiestas, correrías: todo lo encuentro lo mismo á mi regreso; los mismos frailes con idénticas alforjas.

Mujeres cristianas que aman á todo el mundo menos á sus maridos, maridos in-crédulos que dudan de todo el mundo menos de sus mugeres, candidaturas presidenciales que se proclaman de acuerdo con las inspiraciones del libro de caja, Ministros que nos prometen la edad de oro y que seguramente la encontrarán...para ellos!...—viejas, escribanos, anticuarios, filósofos, novelistas, literatos y estudiantes,—toda esta cofradia de gentes honestas y desocupadas continúa amenizando los pargos públicos con su interesante presencia. Looado sea Dios!

**

Pero el detalle que mas escita mi modesta atencion en medio de este torbellino de gentes que se cruzan y se atropellan en el presuroso viaje de la vida, es una muger hermosa vestida de blanco,—poco importa que sea rubia ó morena, porque en definitivo todas son mugeres, es decir, el mas bello defecto de la naturaleza, segun dijo no sé quien.

Una muchacha encantadora vestida de blanco, con un espléndido jazmin del cabo entrelazado en los cabellos y la cintura ceñida con un lazo azul ó rosado, es el límite extremo de la estética; la última expresion de la poesia y de la belleza:—es la Ofelia de Becquer, la Amelia de Schiller y la Haydée de lord Byron.

Todas las contrariedades del verano se compensan maravillosamente con la sola presencia de una Eva cándida y serena, envuelta en un ropaje de ilusion que la asemeja á una esperanza naciente.

Yo me contento humildemente con mirarlas de lejos, deslizando los piecitos diminutos sobre la calle de la Florida, como un cisne de nevado plumaje que apenas roza la plácida superficie de las aguas.

¿Que importa que no tengan corazon, si tienen los ojos brillantes, la frente pura y hermosa, la cabellera perfumada y ondeante y el andar majestuoso y altivo?

Cuando yo llegue á tener con que mandar al mercado, condicion indispensable para pensar en negocios de amor, procuraré hacerlo en verano, con tal de tener por novia á una muchacha que se vista de blanco.

**

Pero hablemos de todo un poco.

La conclusion de los tratados de arreglo pacífico con nuestros hermanos del otro lado de los Andes, marca una conquista de la civilizacion sobre la barbarie, del dogma de la fraternidad humana sobre ese

oprobio de la razon que se llama la guerra.

Parece, sin embargo, que no todos estamos de acuerdo en la apreciacion de este hecho que evitará la pérdida de muchas vidas preciosas á dos pueblos nobles que conservan en su índole y en sus instituciones las glorias y los anhelos de la América republicana.

¡Cuántos comerciantes patriotas y desinteresados han perdido la oportunidad de sacrificarse por la cosa pública con sus honestas proveedurias!

¡Cuántos demagogos atizadores de discordias fraticidas se han quedado con su concurso de valientes personeros y cuantos militares han perdido algunos grados!

En cambio, habrá menos viudas, menos huérfanos, menos sangre, menos carne de cañon y una ignominia menos sobre la frente de la humanidad.

Celebremos una victoria del progreso moral en medio de todas las aberraciones de la época y en medio de todos los porrazos que recibe á cada momento el sentido común.

**

Justicia al mérito.

Quiero recomendar eficazmente á mis bellas lectoras, al inteligente y joven maestro Ramon Parborell, que se ha dedicado al sublime arte de la música con toda la constancia del talento y con todas las ventajas inherentes á sus bellas cualidades naturales.

El maestro Parborell es un joven simpático y un artista de primer orden: su talento y sus maneras afables le hacen querido de todos cuantos le conocen.

La música vá mas lejos que la palabra inspirada del poeta: oyendo á Parborell, se comprende la superioridad de Donizzetti, de Rossini y de Gostchalk, sobre Byron, Lamartine y Alfredo de Musset.

Y á propósito, daré á mis lectoras una agradable noticia: la música sagrada que se cantará en el templo de San Ignacio durante la próxima Semana Santa, es composicion del distinguido maestro.

**

Mi honorable colega *Da Freito* se ha trabado en singular combate con la conocida y espiritual escritora Judith, á propósito de este problema formidable: si conviene ó no que las mugeres sean literatas.

En su primer artículo, el primero se ha mostrado un gastrónomo de primera fuerza, pretendiendo que le sirvan una literata, así no más, al natural.

La segunda defiende sus ideas con una vehemencia proporcionada á la fuerza de

sus convicciones: casi me ha hecho creer que tiene razon.

Pero... me parece mas conveniente meter violin en bolsa é irme con la música á otra parte.

La perspectiva de una discusion es desfavorable: tratándose de damas, el hombre galante lleva siempre el propósito premeditado de dejarse vencer.

ANASTASIO.

SU AMOR!

Como es casto su amor! Cómo se siente Vagar dentro del alma la esperanza!

—Murmullo de una fuente

Que el lábio seco á humedecer no alcanza;

Aspiracion ferviente

Que el cerebro del hombre la colora

Como una eterna aurora

Que disipa las nubes de su frentel

Cómo es casto su amor! Qué suave aroma

En su lábio he bebido—

Donde el aura ha vertido

Arrullos melodiosos de paloma,

Perfumes y sonrisas de los cielos,

Cantos del ave que en ligero vuelo

Vino á construir su pudoroso nidol

Cómo es casto su amor! Si la he mirado

Pasar jugando en el vergel florido,

Corriendo, ruborosa,

Detrás de la pintada mariposa

Que el beso de una flor ha adormecido—

Confuso, enamorado,

—Como aquel que presiente

Los nocturnos perfumes del ambiente—

Detrás de ella he corrido

A jurarle mi amor, enternecido!

Cómo es casto su amor! Cómo se lanza

Mi corazon al infinito espacio

Donde mora mi eterna venturanza!

Mirajes de topacio,

Y luciente esmeralda

Cubren bordando la lozana falda

Que mi vista descubre en lontananza!

—¡No se trueque mi suerte!

Pues mengua fuera que al caer vencido

No dijera á su oido:

—Te amo y te amaré.....hasta la muerte!

PABLO DELLA COSTA.

Diciembre de 1878

EL OBRERO DEL PORVENIR

II

(Continuacion)

El batallon á que pertenecian, estaba acampado á unos diez kilómetros, al Oeste de la arboleda. Allí se encontraba el teniente Morgan con su prisionero.

Este fué puesto *al raso*, hasta que se le sentenciase.

Así, con desesperante lentitud, con refinada crueldad, pasaron tres dias, minuto á minuto, segundo á segundo. Parecieronle al preso, tres eternidades de martirio.

La intemperie, el hambre y la sed, debilitaron su cuerpo; el desprecio y el insulto irritaron su espíritu. Vivía agonizando.

Por fin, los hombres del Consejo sentenciaron al amanecer del cuarto dia.

—La muerte,—dijeron.

Fué la única palabra de consuelo.

A pesar de la condena, permaneció en la misma situacion hasta la caida de la tarde, en que vinieron á conducirlo á una choza que se le habia preparado fuera del campamento. En aquella le esperaba un oficial que dió lectura á la sentencia, retirándose en seguida.

García quedó solo.

—Retroceder es imposible,—dijo,—el puente está echado sobre lo infinito.

Y examinó el sitio donde se encontraba.

Era un mezquino *ranchito* de doce metros cuadrados. Sus paredes de barro amenazaban desplomarse; por su techo de bálago, entreabierto en varias partes, se veia el firmamento; su piso de tierra era húmedo y cubierto de incrustaciones salinas.

Habíase improvisado ahí, algo como una capilla; la efigie de Cristo estaba sobre un altar cubierto con un paño negro y sirviendo de candelabros cuatro fusiles con las culatas clavadas en tierra. Fuera de eso, ningun otro objeto. Por todas partes, la choza desnuda y fria.

A la puerta dos centinelas inmóviles y silenciosos montaban la guardia, apoyados en las bocas de sus fusiles. Lo siniestro unido á lo lúgubre. El cuadro era completo.

Se ocultó el sol, dejando la cabaña sumergida en desoladora oscuridad; las velas chisporroteaban con ruido fatídico y sus débiles rayos luminosos parecían querer replegarse al foco de donde eran lanzados; las armas tomaban un aspecto fantástico, y el Cristo, á causa de la oscilacion de la luz, parecia retorcerse en el madero.

El reo, al trasladarse á este recinto, experimentó cierto bienestar relativamente á los sufrimientos anteriores. Mas, poco á poco, fué sintiendo la espantosa influencia de lo que le rodeaba. Sobrecojióle un estado de excitacion, y recordando las palabras del mártir del Gólgota, cayó de rodillas, exclamando:

—¡Dios miol! ¡Dios miol! ¿por qué me has desamparado?

CARLOS MONSALVE.

(Continuará)

ACORDES. . .

Si las palabras mueren en los lábios

Allí se enterrarán....

Los besos que te he dado yo en la boca

¿Dime, dí, dónde están?...

LEOPOLDO MARIA NESTEI,

HISTORIA DE UNA VENGANZA

(Continuacion)

No lo sabemos.

Gruesas gotas de sudor inundaban su frente; y su mano temblaba antes de levantar el pestillo.

Por fin se decidió.

Llamó.

Pasó un momento.

Abrieron.

Roberto se lanzó dentro de la habitacion de la dama; esta dió un grito al verle; pero era tarde.

Roberto la habia puesto una fuerte mordaza y la sujetaba con sus férreos brazos.

Era imposible huir, ni hacer el menor movimiento; porque á dos dedos de sus ojos brillaba la acerada hoja de un puñal.

Josefina cayó de rodillas.

VII

—Sí; sí; de hinojos es como debe permanecer el criminal ante su juez—la dijo Roberto con voz terrible. La hora ha sonado, Josefina, en el reloj del tiempo y vas á morir.

Ella hizo un movimiento de terror al oir estas palabras y trató de levantarse.

—Quieta ahí, ó te traspaso el corazon.—profriró Roberto posandose su mano sobre le hombro de la victima—Quiero que escuches una historia, que ya una vez en L...hubes de contarte—prosiguió él con una calma desesperante—y que un demonio invisible interrumpió cuando estaba en lo mas interesante.

Ella juntó las manos con desesperacion.

—Yo era un niño cuando te conocí: recién pisaba los dinteles del mundo y lo miraba todo bajo el prisma fascinador de la fantasía.

Poeta por el corazon, sofista como Werther con un ángel que aun no se habia presentado bajo la forma tangible de la criatura humana, pero que, sin embargo adoraba.

Un dia, un amigo mio me invitó para un baile de disfraz que se daba en casa del General Orsolani.

Yo no pensaba asistir, pero tanto insistió que le prometí que iria.

A las diez en punto, un coche se detenía delante de mi casa y de él se apiaba un hom-

bre que subió los tramos de la escalera de dos en dos.

Era mi amigo que venia por mi.

Subimos al carruaje y partimos.

Yo que jamás habia concurrido á esta clase de fiestas, y que me habia educado en un rincón de provincia me asusté verdaderamente al ver tanta profusion de luces y tantas mujeres bellas y elegantes.

—Oh! Qué delicioso es un baile de máscaras!—dije á mi compañero en voz baja.

—Te agrada?

—Infinito; creo que estoy en el cielo,.....

Aun no habia concluido de hablar, cuando una máscara envuelta en un dominó de raso blanco con adornos rosa se colgó de mi brazo y me arrastró entre la abigarrada muchedumbre.

No habia salido de mi asombro cuando me ofreció bailar una contradanza que en aquel momento tocaba la orquesta.

Acepté, embriagado de orgullo y vanidad pues la máscara se conocía que era una mujer hermosísima. Yo no habia visto de ella más que el brazo que era magnífico y su pié diminuto.

Valzaba admirablemente. Cuando concluyó la pieza yo estaba loco.

—Oh! Eres divina!—exclamé oprimiéndole la mano, ajustada con un guante lila.

—Te engañas, soy muy fea— me dijo con coquetería y echada hacia atrás su poética cabeza.

—El brillo de tus ojos, el acento de tu voz y sobre todo la flexibilidad de tu cintura me hacen creer que eres una diosa.

—Eso dices porque estoy con antifaz, si me vieras el rostro, te asustarías, porque soy vieja y horrible!

—Imposible.

—Quieres que me descubra?—me dijo con una locuacidad trastornadora.

MATILDE ELENA WULF

(Continuará)

ARCO-IRIS

A LA SEÑORITA LOLA LARROSA.

Después de haber releído
Tu larga charada en prosa,
Lleno de profundo pasmo
Por tan magnífica obra.
Después de admirar las dotes
Geográficas que te adornan,
La erudición de tu estilo,
Y el encanto de la forma;
Después de rendirte el culto
Que toda insigne escritora

Merece, por los enormes
Beneficios que reporta:
Declaro á la faz del mundo,
Que no existe alguna otra
Literata como tú

Tan instruida y caprichosa.

Nobody.

A X***

Si es porque no paso *todas* las tardes que V. se ha enfadado, siento mucho haber sido causa indirecta de ello.

Indirecta, porque *todas*, no me es posible hacerlo.

Si es por que no llené mi otro compromiso, V. tiene la culpa. Yo no habia comunicado el secreto mas que á Vd. y hay varios que ya lo conocen.

No hago un reproche; bien hecho está, si V. lo ha hecho.

¿Seguirá nublado el cielo para mí?

X.X.

A LAURA

Dile á los pisaverdes que te hacen *pasacalle*, que....pero mira, mejor será que no les digas nada.

Sin embargo; pensándolo mejor, aconsejote, les digas . . . que se suiciden.

Estas líneas, amada Laura, me las dicta el hambre: tengo ganas de comer pavo.

EL QUE TU SABES

A ELENA.....

El fulgor de tu mirada suavisima ha sido una revelacion para mi alma huérfana: la lánguida expresion de tus facciones, la idealidad de tus formas divinizadas por el traje de luto, tus cabellos negros que se precipitan como una cascada sobre la espalda digna de un modelo de la estatuaria griega, tus ojos oscuros que reflejan un cielo de poesía, te convierten en una divinidad.

Fuera de ti misma, no encuentro con quien compararte. Tu rostro pálido, velado por la sombra de la tristeza, se asemeja á la luna cubierta por las nubes vaporosas de la tarde.

Espero.....

J.....

Simil: En qué se parecen las viejas á la luna?

En que á ambas las ladran los perros.

Disimilitud: ¿En qué no se parece el cerebro de algunos hombres con los bolsillos de un rico?

En nada.

CRONICA DE LA SEMANA

POESIAS DE BECQUER—Los jóvenes D. Carlos Olivera y D. Benigno B. Lugones acaban de prestar un importante servicio á los amantes de las letras, publicando en un elegante volumen las bellas poesias del malogrado vate Gustavo Adolfo Becquer.

La parte tipográfica es inmejorable y las sentidas rimas de aquel eminente poeta se encuentran al alcance de todo el mundo, por el exiguo precio de veinte pesos moneda corriente.

Las poesias estan precedidas de un prólogo debido á la pluma del aventajado joven D. Carlos Olivera.

CONCURSO DRAMÁTICO—El Presidente de la Sociedad «Estímulo Dramático Americano» establecido recientemente en la capital vecina, nos ha dirigido una atenta nota, en la que nos comunica la sancion definitiva del nuevo reglamento de aquella benéfica institucion, con artículos adicionales cuya publicacion nos pide en las columnas de este periódico.

Sentimos que la falta de espacio y el hecho de haberlo recibido á última hora, nos prive del placer de publicar la nota mencionada.

La Sociedad «Estímulo Dramático Americano» en cumplimiento de la mision que se impuso al fundarse, ha creído de su deber iniciar una proteccion eficaz para el fomento de la literatura dramática en nuestro continente, ofreciendo su concurso pecuniario á los autores y discerniéndoles premios, que contribuyan á estimularlos en la produccion de obras teatrales.

El primer concurso dramático que se llevará á efecto, de acuerdo con las prescripciones del reglamento, tendrá lugar el 30 de Junio del año entrante.

Pedimos disculpa á los miembros de esta distinguida corporacion porque la falta de espacio nos impide publicar los artículos adicionales del reglamento.

Les deseamos, sin embargo, el éxito mas brillante en su cruzada de patriotismo y de laboriosidad.

LOS AMANCAES—Agradecemos el artículo con que se ha dignado honrarnos un inteligente amigo, el que publicamos en otro lugar, con el título con que encabezamos estas líneas.

PERMANENTE

Se ruega á D. Pedro Narizano, residente en el Rosario, se sirva abonar los números del «Album del Hogar» que le hemos remitido, ó en su defecto, devolverlos á esta Administracion: Temple 517.

El Administrador.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

HOJAS DE MI CARTERA

Vienes de orar. . . Caíste de rodillas
A los piés del Creador. . .
Para ver á mi amor arrodillado
Es preciso ser Dios!

Flores y luces, oracion y lágrimas,
Olfrendas del amor. . .
Qué tristeza del alma se apodera
Al ver este panteon!

Espinas, sangre, soledad y sombras,
Emblemas del dolor. . .
Qué anhelo de morir siente mi espíritu
Al ver mi corazon!

G. MENDEZ.

AUTOPSIA DE UN ARTÍCULO

Menguada suerte la del moralista en los
graciosos tiempos que alcanzamos!
Si elevándose un tramo sobre la escoria de
las miserias humanas, fulmina su anatema
contra preocupaciones y falsas ideas, al
minuto, al instante, el *¡gudú!* de la vanidad
herida; le sale al paso, con la intencion ma-
nifiesta de intimidarlo.

Esas tendencias liberticidas nos las es-
plicamos perfectamente: vemos en ellas,
la cosecha natural de la escuela del bom-
bo. Este instrumento, entre nosotros, es
una especie de máquina que forja reputa-
ciones de carton. Si alumbramos con la an-
torcha vivida de la experiencia y de la
observacion, los móviles que guian la plu-
ma del que estampa un elogio, forzosamen-
te, tendremos que ver en juego, varias ó
algunas de las cosas siguientes: amistad
comprometida; interés de la retribucion;
deseo oculto de conseguir algun propósito
premeditado; temor á la critica, y final-
mente, la vanidad desenmascarada, que pa-
ga ó hace su apoteosis. Siempre es así: ja-
más, hasta ahora, hemos leído un elogio que
no haya sido exagerado, y los efectos de-

sastrosos de haber siempre traspasado los
límites de lo conveniente, los estamos pal-
pando cotidianamente: se gradúa un estu-
diente y nos espeta una tesis donde cada
disparate hace temblar la estatua de San
Martin. . . ¡pues señor! . . . no falta un
artículo que asevere, que el tal trabajo es
un *monumento*, y sigue la bola rodando y á
fin de fiestas, sacamos en claro, que si el
graduado lo fué en medicina, no colaboró
en mas *monumentos*, que en aquellos que se
levantan en la vasta planicie del cemen-
terio.

Pero si esto lo vemos claro, nosotros los
cretinos, no le sucede lo mismo á los que
están mareados por el aplauso inconsciente:
creen de buena fé en su pretensa superio-
ridad y van por esas calles mirando á los
demás por encima del hombro: excitan de
continuo su imaginacion, y por un singu-
lar antropomorfismo remontan el *yo* á es-
feras ideales y sueñan con cosas imposi-
bles, dánle tumbos al sentido comun y ter-
minan por envolver su espíritu en una capa
de vanidad y amor propio que excede á toda
ponderacion.

Entonces no hay nadie que se atreva á
pisarles el poncho. . . sin embargo, nosotros
vamos á *intentarlo*.

Judith, contestando nuestro último ár-
tículo en el debate que ella ha provocado, ol-
vida el punto controvertido para insultar-
nos, tanto á nosotros, como á todos los que
no son de su opinion;—por lo tanto, pasa-
mos á levantar el agravio y á deshacer sus
frágiles argumentos.

Pero ántes, queremos ofrecer, al lector,
una muestra de la manera tan lógica como
culto con que se expresa Judith, en las si-
guientes líneas: «Pedir igualdad de derechos
entre el hombre y la mujer es un *absurdo*. . .
pretender emanciparla, es un *desatino*. . .»

Aquí, Judith, es del mismo modo de pen-
sar que nosotros, con la diferencia de que el
autor de estas líneas, cuando ha combatido
los derechos políticos, etc, que quieren al-
gunos otorgar á la mujer, se ha fundado y
dado razones, en vez de amontonar apóstro-
fes denigrantes, que agravan, porque si Ju-
dith hubiese leído un poquito mas de lo
que revelan sus disertaciones, sabría que hay
escritores eminentes que defienden y parti-

cipan de aquellas ideas. La verdad, no es
patrimonio exclusivo de nadie; sin embargo
la vanidad suele creerlo así.

En otra parte, dice Judith: «Si el señor
Da Freito conoce el modo de sentir y de
pensar de Judith; si ha leído cierta polémica
sostenida por ella hace algun tiempo, debe
estar convencido que *no ha sido su intencion*
(y aunque hubiera sido, nada habria logra-
do) apartar del hogar á la mujer.»

Judith, creará, sin duda, que el cretino de
Da Freito no tiene mas obligacion que an-
dar á la pesca de todas sus lucubraciones?
Señora: cúmplenos advertir á vuesa merced
que dormimos mas de lo necesario!

Pero, esta salidita, se la perdonamos de
buena gana; en atencion á que considera-
mos que muchos de los que escriben, para
alimentar el comercio del papel por arrobas,
—creen que el mundo está pendiente de lo
que dicen.

Mas, no es por esto que hemos hecho la
última transcripcion, sino para probar que
el pez por la boca muere. En efecto, y co-
mo se ha visto, Judith dice, *que no ha sido*
su intencion apartar del hogar á la mujer,
y no obstante con aquella formidable lógica
que ya le conocemos, agrega pocos palotes
después: «acaso por escribir y dar forma á
sus ideas que necesitan el *espacio* y la luz
de un cielo *mas ancho* que la *vulgaridad*, ol-
vida la madre á su hijo, . . . etc.?»

La contradiccion es flagrante y como el lec-
tor lo comprenderá, se desprenden de las
anteriores líneas que la mujer que no es-
cribe y que se está quietecita en el santuc-
rio de su hogar, vive segun Judith, en plena
vulgaridad. . .!

Cedamos nuevamente, la palabra, á nues-
tra contendora: «Pero *nadie* habia hablado
de hogar, de abandono de deberes, de eman-
cipacion en fin. Habíase dicho solamente
que *la mujer con talento debe ser respetada*
y que tiene igual derecho que el hombre á
esperar y á *soñar esa aureola* que se llama
la gloria. . .»

Vamos por partes: la mujer con talento
debe ser respetada, dice Judith, ¿por qué. . .?
el talento no dá derecho al respeto, que es
fruto de una convencion social, que como
todas está basada en la reciprocidad y con
propósitos definidos tendentes á mantener

el orden y la dignidad de los asociados en el comercio de la vida.

La mujer bruta, tiene tanto ó mas derecho que la mujer con talento al respeto de todos, porque el talento no es una cualidad adquirida, como la virtud por ejemplo, sino, algo casual que la naturaleza reparte fatalmente á sus hijos, sin que estos sean consultados; y como la mujer que nace con talento, vé las cosas mas claras, se sigue de aquí que ha de tener mas deberes y mayor responsabilidad en sus actos, pero de manera alguna, que por ese hecho al cual en nada ha contribuido, haya de ser mas respetada.

El talento, por sí solo, jamás conseguirá rodearse de consideraciones que algo valgan; y por lo que hace al respeto, este queda reservado en los corazones justos, para tributarse todo entero—dígalos bien Judith—al talento cuando es bien empleado y fecundo en dignos resultados. Así el orgullo de tener talento, no es fundado, porque como hemos dicho, repártelo arbitrariamente la naturaleza, y por consiguiente, aquel que lo tiene, en nada ha intervenido para conseguirlo.

Sigamos con la otra parte: «y que tiene igual derecho que el hombre á esperar (espérela sentada) y á soñar esa aureola que se llama *la gloria*.»

Esto dice, Judith, y con aquella lógica de fierro que no se desmiente ni un solo momento en el transcurso de su famosa perorata, escribe en otro párrafo: «Allí (el hogar) es su único punto, su solio, su altar, su mundo, (siguen otros *su*, y despues prosigue de esta manera) lejos de allí todo es mentira, hasta *la gloria*, una de tantas *vanidades* que ciegan (¿ciegan? ella lo ha dicho y el refrán dice, que no es mal sastre el que conoce el paño) á la humanidad.»

¿Con cual de las dos opiniones de Judith, nos quedamos?

Pero... ya hablaremos de la gloria; por lo pronto y para no quedarnos á oscuras, cedamos nuevamente la palabra á la inspirada defensora de las literatas en la República Argentina, (dónde no las hay, dicho sea entre paréntesis): «Ella está emancipada (la mujer) por el *empuje* (agárrese fuerte, lector) *colosal* del progreso; ha tocado *ya el límite* en sus pasos (¿si bailará sobre las bibliotecas?) de *avance intelectual*; (esto es mucha modestia; podía haber agregado que habia descubierto la cuadratura del círculo, tambien) pedir mas es *ridículo*; (apoyado) *la mujer fuera del hogar no es mujer* (¿será hombre?) porque *pierde los atributos* delicados de su sexo (¿canastos!); no es pues de allí de donde *queremos apartarla* --no, es solo

(verdaderamente, porque el párrafo éste es mas largo que la esperanza de un pobre) de la *injuria de la burla*, de la intencion maligna (esto no debe decirlo por el bonachon de *Da Freito*) con que se le hace farsa cuando la mujer *toca con su frente la gloria y se alza* con la corona fresca del laurel. *despertando el egoismo* del hombre y *la envidia de quien no la alcanza, ni la puede juzgar* quizá.»

Respiremos un poco, que la jornada... el párrafo quisimos decir, ha sido largo.

Si meditamos un breve rato sobre las líneas que dejamos transcritas, verémosnos en el caso de reanudar aquí las ideas que apuntamos al principio de este artículo á propósito del elogio exagerado, porque como el lector lo habrá notado, en el ejemplo que le hemos puesto á la vista, la vanidad llega en su paroxismo mas delirante hasta romper el dique de toda conveniencia.

Judith nos vuelve á hablar de *gloria*, á la que llega á *tocar con su frente*, olvidando que hace un rato nos decia que era *una de tantas vanidades que ciegan á la humanidad*.

Esta singular atrofia de ideas, acontece siempre á toda persona que sin preparacion, cree que puede abordar todas las cuestiones.

Judith, no comprende la idea de gloria y la confunde lastimosamente con el halago de la vanidad. *La gloria*, dice Fedro, es *una verdadera locura, si creemos hallarla en las cosas inútiles*. Ahí, es donde la busca Judith, y como no la encuentra, nos dice luego que es una vanidad. ¡No! léjos de eso: es la palma del mártir y de los benefactores de la humanidad, es el estímulo y la perseverancia en el bien. Al que se sacrifica por sus semejantes, al hombre bueno, á la mujer abnegada ¿no es justo, acaso, que los aliente en la jornada de la vida, la esperanza de que su recuerdo esculpido en sus acciones meritorias, sobrevirá á sus despojos? ¿Porqué las madres que cumplen fielmente sus deberes, no han de pensar y fortalecerse en la grata idea de que, aun desde sus tumbas solitarias, dirigirán las buenas costumbres de la humanidad, con la eterna legada memoria de las virtudes que en vida practicaron? Así comprendemos la gloria, generosa, sublime y no raquíticamente atada á la denominacion patronímica de una persona.

Nosotros, que como se vé, profesamos ideas contrarias á las de Judith, creíamos que era efecto de educacion y otras causas que nos reservamos, empero, se desprende de las líneas citadas que la *envidia* es la única causa que nos induce á manejar la

péfiola. Magüer, que no seamos alcones para *alcanzar á quien toca el cielo con la frente*, ni ménos, hayamos *tocado aun el límite de avance intelectual*, provocamos á Judith, para un exámen público dándole á ella el derecho de elegir el tema, porque barruntamos para nuestra capa, aunque estamos en mangas de eamisa, que podríamos enseñarle algunas cosillas, que á la ética se refieren.

Pone en duda Judith, que la podamos juzgar: para hacerle comprender nuestro derecho, nos bastará decirle, que somos un miembro de la familia argentina, y que en ese carácter, tenemos el deber de defender, en nuestro hogar, el hogar de todos, amenazados segun nuestra opinion, en muchos puntos, por la prédica de Judith.

Como este artículo vá siendo algo estenso, pasaremos por alto los insultos que Judith, nos ha lanzado al rostro, llamándonos *CRETINO*, sin comprender la buena señora, que asumiendo esa actitud nos ensalzaba.

Termina, Judith, su artículo, con otra personalidad: como si en el mundo de las ideas tuviesen que ver algo los nombres propios, nos amenaza revelándonos que conoce el que encubre nuestro seudónimo; si es su deseo que discutamos á cara descubierta puede ella empezar que nuestra palabra le empeñamos de seguir ese camino.

En cuanto á lo de que *su palabra es autorizada por los años*, no cuela, porque si eso fuera así, todos los problemas que se suscitan diariamente en el comercio de la vida, resolverlos podría perfectamente mi abuela la tuerta, y los anales del *Album* no habrian tampoco recojido este hecho: *Da Freito*, licenciado en veterinaria literaria, haciendo la autopsia del artículo de una anciana, venicióla con sus propios argumentos, sin necesidad de recurrir á su gran arsenal, á propósito de esta cuestion, en la cual está preparado y dispuesto, tanto á levantar insultos como á contestar razones.

DA FREITO

I. (*)

EL TRIUNFO DE LA CIENCIA

Y al fin de esta jornada de desvelos
 Qué guarda el corazon? Estéril, yerto,
 Dormido en un letargo sin anhelos,
 Ha olvidado el latir con que espárcia
 La sangre del amor por mis arterias;
 El templo de mi culto está desierto
 Y en el altar donde la pira ardía
 Solo encuentro *mi ciencia* y mis miserias:
 La impotencia del alma cuando sube
 Mas allá de la cárcel que la encierra
 Aguila que no llega hasta la nube
 Y se abate en el fango de la tierra.

Y he trocado, Señor, el sentimiepto
Que elevaba mi espíritu á tu imperio
Y me hacia entreverte,
Por el cobarde y ambicioso intento
De llegar con la ciencia á comprenderte
Y encontrar solución á tu misterio!

Razon! Te satisface tu victoria?
Si antes con la creencia que alucina
Veia en mí un hombre, creación divina,
Hoy sé que soy la forma transitoria
De escoria, que se arrastra entre la escoria.

Ya sé q' no hay un Dios, q' no hay conciencia
Y que todo es materia deleznable:
La última prueba me la ha dado ¡oh ciencia!
La humanidad cobarde y miserable
Con haberte inventado en su impotencia!

II

LA APOSTASIA

Me quieres bien ahora? Estás contenta?
Has puesto á dura prueba mi cariño.
Y envuelto en la pasión que me atormenta
Me has visto sometido como un niño.

Qué mas te puedo dar? Qué mas ansía
Tu capricho, señor de mi existencia,
Después de mi cobarde apostasía,
Después de renegar de mi creencia.

Aun me parece el sacrificio poco,
Exígeme otra infamia; lo apetezco.
Quebranta mi razón, tórname loco,
Acaba de una vez.....ó te aborrezco!

Te basta ya? Tu amor al fin consigo?
En verdad, que te tengo dado todo.
Todo te he dado....Al fin!...Ah, ven conmigo,
Rodemos abrazados por el lodo..

Y ahora, á mí la turba de vampiros!
Venid para arrastrarme á los abismos
Y escupidme en la frente. Yo os admiro:
Soy mas villano que vosotros mismos!

ADOLFO MITRE

Diciembre de 1878

(*) Estas dos composiciones forman parte de una colección titulada: *Decepticismo*.

EL OBRERO DEL PORVENIR

(Continuación)

En seguida, levantándose, comenzó á pasear. Continué así por espacio de una hora. Estaba ya tranquilo. Detúvose de pronto á contemplar un girón de firmamento recamado de estrellas, que se veía por entre una de las aberturas del techado.

Sonriéndose con dulzura, con amargura, murmuró:

—Mañana al amanecer habré abandonado la cárcel de la Tierra, para habitar el mundo de la verdad. Aquí no soy mas que un gaucho, el último entre los últimos; para mí no se ha hecho la ley de la recompensa sino la del castigo injusto. Esa ley que me condena es la misma que establece las diferencias de nacimiento y de fortuna; la misma que hace al hombre responsable de los caprichos de eso que llamaremos casualidad ó destino; la misma que le oprime durante su vida, que le juzga antes de nacer! Pero el hombre, ese pigmeo colosal, marcha á la igualdad por la perfección. Aun no ha llegado. Entre tanto resignémonos á apurar nuestro cáliz en silencio: los que nunca han sufrido, y los que eternamente sufren no deben quejarse.

Y añadió:

—Divago. Mi cerebro está débil, y entorpecido por el sueño! Si pudiera saber qué hora es!

Se acercó á la puerta y dijo á los guardas:

—Compañeros ¿teneis reloj?

—Sí,—contestó uno de ellos.

—Hazme la gracia de decirme qué hora tienes.

Sacó el soldado una muestra, que tenía debajo de la chaquetilla, y abriéndola dijo:

—En el campamento van á llamar á silencio. Dentro de siete horas vendrá el día y tocarán diana; entonces será que no serás ¿Entiendes?

—Entiendo,—respondió el preso;—buenas noches.

Fué hacia un ángulo de la pieza y se tendió sobre la tierra húmeda, quedándose, al corto rato, profundamente dormido.

De dos en dos horas se hacía el relevo de los centinelas; al mismo tiempo se reemplazaban las luces.

Así pasó la noche. Los primeros albos matinales empezaron á inundar la campiña con su indecisa luz. Sin embargo, nada se movía aun ni en el campamento, ni en la choza, excepto los guardas.

Los dos de esta última, conversaban en voz baja en tanto que el reo dormía.

He aquí el diálogo:

—El cuerpo del Comandante no se encuentra ¿Dónde se habrá metido?—decía el uno.

—Es raro,—contestaba el otro,—andaré pensando.

—O no habrá muerto.

—Es imposible, y sino ¿por qué fusilar á García?

—Dicen que la disciplina no es la justicia. De todas maneras, no lo fusilarán.

—¿Como! ¿Entonces no está para eso en capilla?

—Ciertamente, pero el hijo del Comandante ha jurado vengarse y si no ha sido esta noche será hoy. Lo conozco; es hombre que cumple lo que promete.

—Y sin embargo, falta apenas media hora para la diana.

—Vendrá, pierde cuidado.

—Que ande con tiento, por que estando de guardia le haré tragar una píldora. Es la consigna.

—Lo mismo haría yo pero no será necesario.

Al llegar aquí se interrumpieron, para mirar al campamento.

—¿Qué te dije!—exclamó el que había hablado último.—¿Los ves?

—Cuatro tiradores, un sargento y un teniente.

—En efecto, vienen á terminar esto. ¿Hay alguno de los seis que no conozcas?

—Uno de los tiradores.....

—Es el hijo del Comandante, que llega á cumplir lo prometido.

—¿Qué infamia!.....asesinarlo!

—Calla. Para el pobre no hay justicia.

Los centinelas enmudecieron. Iban á llegar los tiradores.

A tres pasos de la choza el teniente mandó hacer alto, entrando solo en busca del reo. Este dormía.

—Ya es hora!—dijo, empujándole con el taco de la bota.

El preso despertó sobresaltado, incorporándose de un brinco. Quizá en ese momento soñaba con algun dulce recuerdo, con alguna bella ilusión, que la brusca succión del oficial acababa de hundir en el infierno de la realidad.

Abreviemos.—

Los dos hombres, y la víctima arrastrada por el verdugo, salieron de la cabaña. En ese instante tropezaron con otras dos personas que llegaban corriendo. Eran un militar y un paisano.

—¡Deteneos!—gritó el primero.

—¿Qué ocurre?—preguntó el que conducía al preso.

—Enteraos de esto.

El teniente cogió un papel que le alargaba su interlocutor y lo leyó frunciendo el entrecejo. Dirigiéndose al reo, dijo, con glacial ironía.

—Estás libre.

—¡Libre!—murmuró éste en voz baja.—¡Ah! verdugos! no os basta quitarme una á una todas las ilusiones de la vida, sino que aun me robais la última de las esperanzas, la esperanza de morir.

—¿No has oído? ¡Sal de aquí!—exclamó colérico el teniente.

—Vamos,—dijo el paisano, empujándole hacia afuera.

Al trasponer el umbral, le dijo rápidamente, entregándole una esquila:

—Esto es para Vd.

García se detuvo y abriéndola leyó en voz alta:

«Mañana de madrugada tengo que comunicarle algo interesantísimo. Lo espero. No falte, pues el tiempo urge y el asunto es trascendental para Vd.—Su amigo: El Dr. Richard.»

—Iré,—dijo,—el doctor es un hombre honrado.

Volvió á emprender la marcha con paso indeciso. Ignoraba á donde iría.

Como hemos visto, los tiradores estaban á tres pasos de la choza. Presenciaron y oyeron todo.

El hijo de Perez, el escuchar el contenido de la esquila, exclamó con acento letal:

—¡Mañana nos veremos!

CARLOS MONSALVE.

Continuará)

EL PROSCRITO

A orillas de la mar! ¿Qué desventura
Combate al fatigado peregrino,
Que al borde de la líquida llanura
Le trajo el huracán de su destino?

A orillas de la mar, donde la ola
Bate á sus piés la solitaria roca,
¿Acaso pide á la ribera sola
Consuelo al mal que su aflicción provoca?

A orillas de la mar! Pobre proscrito,
En vano oculta su dolor tremendo,
Que en la espresión de su semblante escrito
Con signos de pesar se está leyendo!

Sin patria, sin hogar, sin un abrigo
De su existencia á la feroz batalla;
Ni siquiera el regazo de un amigo
En el desierto de su vida halla!

¿Qué será de su amor? Bárbara suerte,
Cuán implacable tu existencia ha sidol
El eco funerario de la muerte
Al lábio del amante ha respondido!

E. SABNZ.

Bs. As., Diciembre 16, 1878.

EL TIPO MAS ORIGINAL

Véase el número anterior

CAPITULO VI

CONFIDENCIAS IMPORTANTES—POR QUÉRAZON BACHKIND SUFRÍA PACIENTEMENTE LAS LOCURAS DEL PROFESOR, Y CÓMO BACHKIND VINO Á CONVENCERNOS DE QUE EL PROFESOR, EN MUCHOS CASOS, NO ERA TAN LOCO COMO PARECÍA, JUNTO CON OTROS DATOS NO MENOS EDIFICANTES.

Cuando volví en mí, me hallaba en el lecho recibiendo los cuidados de mi amigo el Berlinés, de Bachkind y de los dos criados Estonios, que con rostro azorado, contemplaban mis facciones alteradas por una risa espantosa y que el desmayo no había podido contener, á lo ménos en las contracciones casi tetánicas que experimentaba.

Pero vino la reacción: me encontraba débil y apenas tuve fuerza suficiente para decir á Bachkind que ocultara su visión, lo que el jóven consideró una observación razonable de mi parte.

Algunas copas de *Wodkie*, ese fuego líquido de la comarca, devolvieron á mis extenuados músculos la fuerza suficiente para poderme levantar;—los nervios tonificados resistieron mejor al recuerdo de la escena; luego me diriji al comedor, donde una gran fogata de pino ardía en la inmensa chimenea, lo que contribuía á que todos nos halláramos ya en una atmósfera verdaderamente confortable.

Los Alemanes por lo regular son serios y sus gracejos son tan profundos como su carácter; muchos hay que no se dejarían traicionar por una sonrisa al oír un chiste Español ó Frances, porque su chiste necesita ser complicado y despertar una serie de ideas relacionadas de tal manera que su síntesis determine en ellos la explosión de la risa, síntesis que por otra parte está contenida, simbolizada, por decirlo así, en el chiste mismo. La escena de los lobos era de carácter eminentemente Aleman, por eso fué que, cuando mi amigo el Berlinés la hubo oído referir al flemático, impassible Bachkind, como supe mas tarde, estuvo á punto de caer á mi lado.

La cena estaba servida, y puedo asegurar á VV. que pocas veces he comido con más apetito;—parece extraño,—pero, quizá fuera debido á la fuerza digestiva, tónica, aperitiva, ó como quieran llamarla, desarrollada por las contracciones convulsivas de la risa.

Después de comer, nos sentamos al redor del fuego, tomando café y fumando tranquilamente con nuestras pipas.

Bachkind estaba fuera de sí. Aquello le parecía un sueño. Comer tranquilamente lejos de Burbullus, o nar su taza de café y fumar su pipa, recibiendo por todo su cuerpo la acción benéfica del calor que irradiaba el combustible, era algo como un sueño de las Mil y una noches, que después de congelarse en Rusia, se había derretido, como si le hubiera llegado un resplandor de las arenas Árabes.

El Berlinés, antes de tomar el café, había pedido una botella de Porto á uno de los criados, y noté que después de tomarla de manos del Estonio, había acercado una copa, y que la botella, obedeciendo á la regla general de las botellas que contienen un líquido de esa especie, al verse inclinada, había empezado á quejarse con un *glú, glú, glú, glú, glú*, más repetido y prolongado que lo que puede permitirse á sílabas que, como estas, se condensan en una copa de dimensiones poco comunicativas.

El Berlinés, habiendo llenado la copa de sílabas, de tal manera que parecía una Cartilla, pidió otra, y otra, y en cada una hizo que la botella repitiera su canto, con gran satisfacción de Bachkind, que sabía muy bien que aquello no era aguardiente puro, único regalo que Burbullus le permitía de tarde en tarde.

—«Vamos muchachos, traigan VV. también sus copas,» dijo mi amigo á los Estonios,—que debían sentir en la boca un *glú, glú* de saliba.

Poco se hicieron de rogar, como se comprende fácilmente; y cuando el Berlinés, Bachkind, yo y los dos Estonios tuvimos cada cual la cantora copa en la mano, el primero se puso de pié como movido por un resorte. Aquel movimiento nos fué comunicado eléctricamente.

El Berlinés levantó su copa.

—«Brindo,»—dijo,—«porque siempre en Curlandia, como en el resto del mundo, haya lobos sensibles á las bellezas supremas de la música;—ó más bien, brindo por los lobos de Curlandia!»

—«Por los lobos de Curlandia!» exclamamos todos.

Cinco copas chocaron, y al tric-trac de sus bordes, sucedió un movimiento espontáneo de los brazos, y luego de las cabezas que, reclinándose hacia atrás, permitieron al Porto dirigirse hacia abajo.

—«¡Cuanto tiempo que no presencio estas escenas!» exclamó Bachkind, gustándose el labio inferior primero, y el labio superior después en tanto que el Berlinés obligaba á otra botella á repetir un *glú! glú!* como los muchachos que hacen decir «*agua!*» á los gatos tirándole las orejas.

A mi vez me puse de pié.

—«Brindo por el violin de Bachkind!»
—exclamé.

—«Si, sí!» repitieron todos,

Y despues de habersaboreado la última gota, inclinamos por segunda vez la copa haciendo chocar su borde con la uña del pulgar izquierdo, como para mostrar que en la uña no caia nada prueba evidente de que teníamos una esponja en la garganta.

Tercer *glú! glú!* de la botella.

—«Brindo, exclamó Bachkind haciendo una reverencia, « porque el cielo conserve largos años la preciosa vida del señor Profesor Burbullus!»

—«Si! sí! por los lobos de Curlandia!» repetimos todos.

Los Estonios brindaron por el Yrrenburg y por mí, en terminos afetuosos, lo que prueba que veinticinco veces se oyó el aria de la botella.

El Berlínés la entendía.

Mas no se hace pasar impunemente por la garganta cinco veces el eco ó la condensacion de un *glú, glú*, especialmente por aquellos que se han privado de él durante un periodo de tiempo bastante largo.

Por eso fué que Bachkind, sin sentirlo casi, se vió envuelto, por no sé que extraña inversion, en una atmósfera interior, que el frio de la noche condensaba más, cada vez que, por aspirar un fluido ménos viciado que el que inevitablemente respiraba, abría la ventana y asomaba la cabeza.

—«Qué bella es la vida!»—exclamó en una especie de arrebató extático,—particularmente cuando los campos, como ahora, están cubiertos de mieses doradas y el fresco, el roble y el pino matizan con su alegre verdé las llanuras de la patria del señor profesor Burbullus.»

Involuntariamente nos aconamos por la ventana, y sólo percibimos las luces de Mittau en la ribera opuesta, la lobreguez de la noche, el pálido reyerberar de la nieve, y allá, en el Norte, una vislumbre imperceptible, quizá el resplandor indeciso de una aurora boreal.

Bachkind había tenido un acceso de vérauo, ó más bien, los vapores del vino, artistas incomparables, habian convertido la cabeza de Bachkind en un taller, y trazaban animados cuadros estivales en la region cerebral de las ideas, sacando, de la region de la memoria, las imágenes que á mala hora lizo servir para adular al ausente que temía, envidiaba. . . y talvez aborrecía.

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

RUBIAS Y MORENAS

LAS RUBIAS

A ERNESTO

Te equivocas, poeta: en ningun tiempo
He cantado á los hijos de la pampa,
Sino al cielo, á los bosques, á los llanos
Y al símbolo celeste de la patria.

Ellas son ese símbolo!—las rubias,
Que llevan el azul en la mirada,
Su eterna nitidez sobre la frente,
Las hebras de su sol sobre la espalda!

No me digas entonces que reniego
De mi espléndida tierra americana,
Yo, que adoro el azul de mi bandera
En la mirada azul de sus hermanas!

Para triunfar del Plata al Chimborazo
La sola enseña de Belgrano basta;
Y unos ojos celestes como ella,
Para vencer y aprisionar mil almas!

GABRIEL.

Diciembre 19 de 1878

A OMAR

EPÍSTOLA RESPONSORIA

Me place altamente el aire de superioridad protectora con que mi árabe competidor penetra gentilmente en la liza del combate: es el rasgo característico de los lidadores noveles, caballeros arrogantes de la espada virgen, que se marean con la perspectiva soñada de una victoria problemática;—es la inocente y natural fatuidad del jóven imberbe que describe los primeros pasos en la senda tortuosa de la dialéctica.

Los Romanos tenían por mal augurio el tropezar en los dinteles y esto ha sucedido desgraciadamente á mi simpático adversario.

Comencemos por la llamada: en ella recuerda una regla de construccion gramatical en cuya virtud, las palabras, por su naturaleza, deben guardar el orden siguiente: anteponer las mas nobles ó de mas jerarquía.

Primer error: la nobleza es una cualidad moral cuya posesion supone una entidad activa que se mueve á impulsos de su propia espontaneidad: mal puede tenerla entónces una entidad abstracta como la nocion de palabra que carece de iniciativa propia y que solo designa una funcion de este sujeto—el hombre.

En cuanto á la circunstancia de que la prioridad de las rubias en el título de la presente seccion, importe una afirmacion

implicita de su triunfo, es una salida de todo punto inconsistente. ¿Acaso porque se diga *vicio y virtud*, ha de ser el primero superior á segunda en la apreciación de las acciones humanas? Es necesario fijarse un poco mas en lo que se escribe, valiente adalid de la belleza de las rubias!

Adelante con el análisis. He dicho y lo sostengo, á pié y á caballo, con lauz ó con espada, que la mirada de una rubia exige vasallaje y admiracion, mientras que los ojos de una adorable morocha respiran amor y caridad.

Omar se apodera de ~~esta~~ afirmacion, la interpreta á su manera y discurre del tenor siguiente: ¿Cómo es posible que la que ~~no~~ inspira mas admiracion y respeto, sea la que mas participa de la materialidad?»

—¿Qué significa esto?—pregunto yo á mi vez. . . . Simplemente que el intrépido Omar, como buen sarraceno, es poco fuerte en materia de lenguaje castellano, de cuyo descalabro tiene en parte la culpa su pícaro maestro de gramática, como queda probado al principio de estas líneas.

El vasallaje, señor crítico, es la sumision pasiva de una voluntad que se determina impelida por la fuerza, la violencia ó el temor. El respeto es el movimiento espontáneo del espíritu que se inclina ante la magestad de todo lo grande, como la virtud la desgracia ó el talento:—media entre ellos un abismo semejante al que separa el orgullo de la dignidad.

En la noche tenebrosa de la barbarie medieval, los siervos prestaban humilde vasallaje á los soberbios señores feudales; pero nadie pretenderá que esos desgraciados prestaban respeto al déspota inhumano que llevaba la desolacion á los pueblos y ignominia al hogar honrado de la familia.

Ya've, pues, el impávido descendiente de Abu-Aldalleh-Al-Zogoibi (Boabdil el Chico) que yo no he reconocido que las rubias son mas respetables que las morenas (salvo cuando aquellas son viejas, porque la ancianidad lo es siempre con mas títulos que la juventud.)

Otro argumento desgraciado de mi frente competente, es aquel en que niega valiéndose para ello de la autoridad de Milton, la existencia de los ángeles morenos. La cita de Milton es verídica, pero no menos cierto que el autor del *Paraíso Perdido* no conoció á mi morena. Si la hubiese visto un solo instante, habia renunciado á escribir su obra, despues de esta esclamacion: El Paraíso no se ha perdido, ó si se perdió, aqui hay otro mejor que la morada primitiva de Adán y Eva!...

Pero hay todavia otras razones á mi

vor: la cabellera rubia no es una condicion esencial de los ángeles. Es simplemente un antojo de la poesía.

¿Que son los ángeles? Segun la doctrina cristiana, espíritus puros creados por Dios para su ministerio. El Diccionario de la Academia española confirma plenamente la definicion, sin mencionar para nada la cabellera rubia, que pretende hacerse esencialmente inherente á la dignidad angélica.

Pero Omar, sectario de la Media Luna y cuya genealogía se remonta á los tiempos de la fundacion del califato de Córdoba, no está en la obligacion de conocer el idioma castellano: eso queda para los que necesitamos reglas de construccion gramatical.

En definitiva, señor Omar: siga Vuesa Merced defendiendo á las rubias: eso me place porque redundará en beneficio de las morenas!

ALFREDO.

LAS RUBIAS

Las rubias! Qué poema de ternura
Encierra la expresion de esas palabras,
Que al vibrar sobre el labio estremecido
Nos hieren lo mas íntimo del alma!

Oh! qué divino resplandor de Luna
En torno de sus rostros se derrama!
De esos rostros serenos y adornados
En el sueño ideal de la esperanza!

Jamás la sombra de la noche negra
El blancor lírio de su tez empaña,
Y el puro rayo de su té sublime
Ante el altar del sacrificio radia.

El blanco y el celeste: esos colores
Que tienen la bandera de mi patria,
Brillan sobre la nieve de sus frentes
Y en el cristal de sus pupilas castas!

Ah! no digais que sus helados pechos
Nunca en el fuego del amor se inflaman;
Es que sobre la tierra del olvido
Los ángeles no tienen su morada!

Es. As., Diciembre 15, 1878. OMAR.

LA VERDADERA POESIA DE LA VIDA

A MARIA LUISA C.

Los lirios deben ser
colocados ante el altar
de una virgen.

No esclamaré como Lamartine en su
Jocelyn:

O mon Dieu! congédie enfin ton serviteur,
Il tombe, il a fini son œuvre de douleur!

Por el contrario, pediré al cielo inspiracion para cantar el poema mas tierno, mas sublime y en el que se puede encerrar la verdadera poesia de la vida.

El hombre tiene marcada una senda en su existencia, senda que puede ser escabrosa ó llena de espinas.

La luz, so vé de diferentes colores, conforme con los cristales con que se la mira. Así es nuestra marcha sobre el mundo!

Para algunos es una eterna sonrisa.

Para otros una carcajada convulsiva, mezcla de desesperacion y de dolor.

Acatemos resignados los fallos inexorables del destino y voguemos en paz.

Por qué siempre hemos de naufragar?

Alguna vez las anclas de nuestra nave tocarán tierra firme y nos encontraremos al abrigo de puerto salvador.

Voguemos, sí, voguemos, que el dolor buya mientras caemos desfallecidos en brazos de la felicidad! . . .

Sin querer he pronunciado un nombre que los escépticos miran con horror.

Felicidad he dicho; pues bien, ahora se me ocurre preguntarme: ¿soy feliz?

No lo sé a punto fijo.

Mas, pensemos, pidamos la quietud para el espíritu y desechemos las agitaciones diarias del prosaismo social, elevándonos á regiones mas elevadas y mas puras.

He meditado y me siento feliz.

La poesia con sus encantos arrulla mi alma.

Qué poesia? pues á mi modo de ver las hay distintas.

Espliquémonos pues.

Una tarde de primavera, el sol descendiendo lentamente hácia su tumba, sus últimos rayos reflejándose en las tranquilas aguas de un rio, que besa cariñoso la planta de esplendente vegetacion; mas allá, bosques, cuna donde se aduerme el espíritu al trinar melódico de avecillas canoras; yerba perfumada que crece como tapizada alfombra; canto á lo lejos del pastor que conduce su rebaño; plegaria bendita llevada hasta Dios, entre los ecos dulces desprendidos de los castos labios de una doncella; el beso que imprime la cariñoso madre en la frente de su pequeñuelo, he ahí, un conjunto de poesia que puede servir de germen para concepciones gigantescas á un Chateaubriand ó Lamartine.

El negro manto de la noche empieza á desplegarse sobre la tierra.

Un zumbido lejano se oye, como el preludio de un concierto estruendoso del que ha de ser su ejecutante la madre naturaleza.

La brisa antes suave, se halla agitada por un soplo fuerte.

Perdidas estrellas, iluminan tibiamente el firmamento, mientras se cubre de plomizas nubes que enjendran el rayo, para lanzarlo en el fragor de la tempestad.

Ecos atronadores, llegan á nuestros oídos, como las maldiciones de los genios del mal, viéndose brillar relámpagos sombríos en las cumbres de las altas montañas.

A sus faldas, corre un lago y las iras de los elementos, parece que hallasen en él una reflexion.

Sus aguas, siempre azules y tranquilas, ahora se conmueven.

Parecen vírgenes que se intimidan á la vista del dragon del vicio.

Al otro lado de las montañas el abismo se entrevee, iluminado por la luz fosforescente del relámpago.

Como retumba el trueno, como se desencadena el huracan!

La naturaleza, antes dormida se despierta, mueve sus miembros, sacude su cabellera y muestra al hombre un bello espectáculo.

He ahí, la poesia del bardo inglés, de Lord Byron, entrevista en su barca una noche, en medio de las aguas, del hermoso y grandioso lago de Ginebra.

Poesia buscada en el inmenso conjunto de la creacion.

Sin embargo, yo, la poesia la encuentro en otra parte y la compendio en un algo muy reducido en la apariencia y grande en su alcance y valor.

Mi poesia es la mujer, una lágrima de Dios, como ha dicho el poeta.

Y en verdad, hay algo mas tocante, mas tierno, que el respeto, la adoracion que infunde ese ser querido, parte y todo al mismo tiempo en nuestra existencia?

¿Qué importa, gemir en oscuro calabozo, si una mujer como luz del cielo, viene á disipar las sombras en que se halla sumido el prisionero?

La mujer consolando al desgraciado que sufre, la mujer en el hogar acariciando con besos tiernos á sus hijos, la mujer alzando su plegaria al cielo por la madre, por el esposo, y por el ser amado, he ahí, una poesia la mas bella y la mas santa.

Esto en cuanto á su naturaleza moral. Veámosla en la fisica.

Figuraos una niña inocente, que empieza recién á columpiar sus alas, como la blanca paloma, para alzar su vuelo á altas regiones.

Bella, como un giron de firmamento, rodeado de pálidos rayos de la blanca luna.

Ojos negros como el abismo, pero abismo extraño, que desde sus entrañas arroja algo que se puede llamar la luz del alma.

Una boca, en que el coral á su lado, nada significa, cráter pequeño por donde no puede salir la lava ardiente del corazon.

Negro cabello, suelto y ondeado y por último la posesion completa de una sublime armonia, que uno no puede sino exclamar ¡poesial!

Tal es la idea que me he formado de la mujer.

Poetas que pulsais la lira, para arrancar eternas melodias, cantad como el Dante á su Beatriz, como el Petrarca á su Laura, cantad á la mujer!

Y los que sufris, buscad en el amor de ese ser, en el perfume de su alma pura, el bálsamo para vuestros dolores!

La mujer es una lágrima de Dios!

RAUL

Diciembre 1º de 1878

NUBES

Sombria está la noche! Mi alma triste,
Llorando por sus penas—la esperanza
Que no puede buscarse en las tinieblas
Tampoco puede verse en una lágrima!

Lágrimas de dolor—Hijas de un pecho,
Dó nunca el eco de la dicha llama,
Dó solo late un corazon doliente,
Con un ayer sin paz, y un hoy sin calma!

¡Ayer y hoy! Dos buitres que carcomen
La fé en mí corazon, para el mañana...
Así es que en mi dolor nada clarea...
Mas que en mi frente prematuras canas!

SÁNDALO

Buenos Aires, Diciembre 10 de 1878.

HISTORIA DE UNA VENGANZA

(Continuación)

—Sí:

—Salgamos afuera; pues el calor es sofocante.

Salimos.

—Quítate la máscara,—insistí.

—Te vas á asustar.

—No.

Con una lentitud mortal desató la cinta.

—Dios mío! Dios mío!—fué lo único que pude decir y me quedé yerto, mudo de asombro, sin poder proferir una palabra más.

Qué rostro, santo cielo! Qué ojos! Qué boca!

—Te parezco espantosa?—me preguntó sonriendo, aquella sirena.

Yo no pude contestar.

Por fin hice un esfuerzo y la dije:

—Eres realmente una mortal?.

—Qué ocurrencial! Pero qué tienes? estas ahí mirándome con unos ojos que parecen á tragarme, y no me dices nada.

—Oh! Te amo! te amo! y por ti daría la vida. Como te llamas?

—Josefina.

—Tan bello es tu nombre como toda tú.

Aquí llegaba de su relacion Roberto, cuando la jóven se puso de pié y dió á comprender á este por señas que queria hablar.

—Aun no he concluido mi historia—contestó Roberto—oye hasta el fin, seré breve, pues los momentos son preciosos.

—Cuando abandoné la casa del General Orsolani yo estaba perdidamente enamorado de tí.

Esa misma noche, supe por mi amigo que tú eras la prometida de Horacio Miret.

Una rabia feroz, sentí al saber que tu corazon que suponía virgen de amores latía por otro que no era yo, y juré que mataría al dichoso rival que me robaba tu cariño.

Y el tiempo corria, y cada vez me apasionaba mas y mas de tí. Una noche te dije: ¿Quieres ser mi esposa?

—No puedo—me contestaste.

—Y porqué? Amas á otro?

—A nadie.

—Y entonces?

—El destino nos separa.

—Tú mientes, tú tienes otro amante, ese Horacio....

—Y bien, sí; Horacio.....

—¡Infame! con que él.....

—Escucha, yo seré tuya si haces lo que te digo.

—Manda, ordena, soy tu esclavo.

Recuerdas Josefina, lo que pasó el 4 de Mayo? Yo que hasta entonces habia sido bueno, manché mis manos con sangre! Asesiné á un hombre inocente y que jamás me habia ofendido.

¡Uno! exclamaste soltando una epiléptica carcajada.

Yo te miré con horror.

—Siéntate y hablemos,—proseguiste—poniendo sobre la mesa el puñal, teñido en sangre.

—Has cometido un crimen, y hoy mas que nunca me perteneces.

—Consientes en unir tu destino al mío?

—Sí: yo seré tu esposa; pero es necesario dejar pasar algun tiempo.

—Y porqué?

—Si se descubriera.....

—Imposible: los muertos no hablan.

—Pero los vivos sí:

—Nadie me ha visto.

—Te engañas: Horacio lo sabe todo.

—¡Oh!

—Ha seguido tus pasos, y él te delatará á la justicia.

—Yo mataré á ese hombre: exclamé y sin atender á tus lágrimas fingidas me lancé á la calle, en busca del que creía mi delator.

No le encontré. Habia desaparecido. ¿Donde estaba?

—Tú lo sabias, porque tu le ocultabas.

Pasaron dos meses.

Durante este tiempo, te mostrastes mas amable y enamorada que nunca.

Yo te adoraba:

Nos casamos.

Quando mas feliz me creía, se presentan cuatro gendarmes, se arrojan sobre mí, me atan y me llevan.

Recuerdas esa escena?

Se me condenó á quince años de presidio.

Ah! tú no sabes lo que sufrí! lo que lloré al verme sepultado en un húmedo calabozol!

Cuántas blasfemias! cuántos juramentos de venganza, no he proferido revolcándome en el lecho de paja que me servia de colchón!

Si esas paredes hablasen, te contarían.....!

Que era de tí?

Qué de mi hija?

MATILDE ELENA WUILLI

(Continuará)

ACORDES

No fuera menester que me dijeran

Qué cumplés años hoy.....

Conocí que tal cosa sucedía

Al contemplar el sol!

Porque brilla el viagero del espacio

Con el vivo fulgor

Que solo puede el astro de los astros

Derramar para vos!

LEOPOLDO MARIA NESTZBI

Buenos Aires de 1878

ARCO-IRIS

CHARADA

Mi *primera*, es una bebida de grato sabor, muy conocida y usada entre nosotros; si quieres, lectora, ver el arbusto que la produce tendrás irremediablemente que hacer un viaje á la China.

Mi *segunda* con *tercera*, te apuesto, lectora amada, que es título que á nadie le darías anteponiendo la palabra *mi*.

Mi *tercera* (repetida) es el nombre de un Dios del Olimpo, hijo del *Sueño* y de la *Noche*, que fué expulsado del cielo, por la excesiva mordacidad de sus picantes chanzas y burlas, mas es de suponer, aunque la Mitología no lo dice, que hayan vuelto á admitirlo sus celestes compañeros, en el soberbio recinto, por que su presencia las era sumamente indispensable.

Prima y *tercia*, indica el miedo; aquello que nos obliga á rehusar todas las cosas que consideramos arriesgadas ó peligrosas.

Con la *tercia* y *prima*, tenemos una comida criolla, insípida, eso sí, pero que sin embargo hay quien la coma y la encuentre agradable; tambien puede decirse que es el sinónimo de apodo ó sobrenombre.

Mi *Todo*, son frases de celeste armonia, tiernas, penetrantes, que al escucharlas agitate nuestro corazon de un modo dulcísimo, misterioso é incomparable; es una música divina que adormece é ilumina nuestra alma ansiosa de nobles sentimientos y de expansiones íntimas; frases, que son el perfume delicado de nuestra juvenil edad, mas, oh! lectora, cuidad mucho, muchísimo, de ser astutos y volubles como mariposas, que falsifican diestramente esas bellas palabras variando de ese modo los afectos y la magia que ellas producen en el corazon tierno de la muger.

LOLA LARROSA.

Buenos Aires, Diciembre 17 de 1878.

La que buen marido aborde,
Borde.

Para que su honra no manche,
Planche.

Si el amor propio la acosa,
Cosa.

Y si sus deberes sabe,
Lave.

Pues para casarse un dia
Quien quiera encontrar la clave,
Es preciso que á porfia
Borde, planche, cosa y lave.

LOS DOS FOCOS

EN UN ALBUM....

Los organismos vigorosos ó enfermizos viven de la atmósfera y se vuelven naturalmente hácia el sol, porque él la forma:

Los gérmenes se vivifican con su fuego.
Las flores se matizan con su luz.

Mi alma radiante ó abatida vive de una atmósfera superior y se vuelve siempre á Dios porque Él la forma: es el Sol de los espíritus.

La mente se ilumina con sus rayos.

El corazon se fecunda con su amor.

¡Sol de Justicia, de Verdad, de Bien, alumbrá siempre el porvenir de Julio!

MANUEL DIEZ GOMEZ

Buenos Aires, 1878.

ÁMAME

A MERCEDES

Como la frágil nave que al impulso

Corre del vendabal:

Como la hoja que del árbol cae

Y arrastra el huracán:

Como la nube que disipa lenta

del sol la claridad,

Así entre cruel y horrible incertidumbre

mi pobre alma está;

Así mi corazon que te idolatra

vé los dias pasar,

Y vé sus ilusiones ¡ay! que huyen

y que no tornarán.

Sé tu la fresca brisa que á mi alma

dé la tranquilidad:

el aura de la alegre primavera

de dulce respirar:

La hermosa nube de arrebol y grana

que al alma vuelva ya

la risueña esperanza que ha perdido.

¡Ámame por piedad!

E. M. SANCHEZ

Buenos Aires, Diciembre de 1878

CRONICA DE LA SEMANA

BAILE—El 25 del corriente tendrá lugar en el Salon Municipal del pintoresco pueblo de Quilmes un espléndido baile.

El calor, por lo visto, pone alegres á los pueblos de campo.

ACONTECIMIENTO SIN EJEMPLO—El Miércoles Buenos Aires ha presentado un aspecto grandioso.

Un acontecimiento sin ejemplo en nuestro país, ha venido á demostrar la virilidad de este pueblo, que no puede permanecer ageno á los grandes movimientos de la democracia.

Se celebraba el *meeting* de los industriales, amenazados en este momento con la ejecucion de la ley de impuestos mas arbitraria que hayamos conocido.

La plaza de Lorea, punto donde debian reunirse tantos corazones llamados á confundirse en un solo sentimiento y una sola idea, á las 10 1/2 de la mañana, hallábase completamente llena de obreros de todos los rangos.

Se veian ondear estandartes, blancos como la pureza de los mandatos que allí los congregaba y que contenian lemas significativos.

A las 11 de la mañana la voz de los que dirigian aquella gran Asamblea, se hizo oír recomendando el órden y la moderacion.

Pasado un momento, la gran columna se puso en marcha por la calle de Victoria, en medio de los saludos frenéticos de los espectadores de balcones y azoteas y de los toques marciales de las cajas.

Parecia oleada que se lanzaba como avalancha, para protestar contra el dogal que se quiere colocar en la garganta del pueblo.

Así siguió hasta la plaza del Retiro, donde en medio del entusiasmo mas ardiente resolvieron llevar su peticion á la Cámara.

Tan imponente asamblea, la formaban 30,000 almas.

ERRORES—En el artículo de nuestra colaboradora Judith, que publicamos en el número anterior, debe leerse *Gineceo* en vez de *gimnasio* como apareció por un error de caja.

Tambien se publicó en el mismo número en «El tipo mas original»: *afectos del instrumento* por *efectos del instrumento*.

NOTICIAS RELIGIOSAS—El padre Jordan predicará hoy en la Catedral despues de la misa de una.

—Principiarán en Santo Domingo, el dia 24, las vísperas de la Virgen del Rosario.

—En San Ignacio y Santa Lucía, dará principio hoy la novena del «Niño Jesús.»

ACRÓBATAS—Se nos dice que en el mes entrante llegará á nuestras playas la compañía acrobática Ricci.

PERMANENTE

Se ruega á D. Pedro Narizano, residente en el Rosario, se sirva abonar los números del «Album del Hogar,» que le hemos remitido, ó en su defecto, devolverlos á esta Administracion: Temple 517.

El Administrador

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: TEMPLE 517

EL ALBUM DEL HOGAR

ULTIMA PALABRA

El señor articulista Da-Freito sin haber contestado á nuestros dos artículos «La mujer literata en la República Argentina», nos ta en su último, con estraña descoria—lo sentimos por él; nosotras estamos en alto y apesar de sus esfuerzos y clamor, no nos ha alcanzado.—Se ha salido de la estion y ha hecho personalidades que á da conducen.

Tenga seguridad el señor Da Freito, que ha sido nuestro ánimo, llamarle creono—esto no es posible, puesto que vemos por qué seguimos con anhelo las ellas literarias de la nueva generacion;—e él pertenece á ese fulange de jóvenes e se alzan con la luz de la inteligencia ore la frente y el anhelo sublime del rvenir en el alma.—Crea el jóven artista, que al rebatir sus *ideas* ó *palabras*, hemos hecho solo, bajo esta triste imesion—la mujer injuriada groseramente, no solo por él, sino por muchos otros teriormente.

Habríamos seguido con gusto el debate nquilo que ilustra y convence con razones, pero no nos hallamos dispuestas á sostener una lucha, como se nos ofrece, en *angas de camisa*—eso no es posible—perrecemos á esa clase de mugeres delicadas que practican hasta en la mas pura inididad de la familia, un grado de atenon que raya en exagerada, pero que es ural y no puede torcerse—jamás, ni en el o del hogar se permite alguien herirnos con la intercion; cómo pues, podríamos ptar ese combate á sangre y fuego que nos ofrece?

Quéde convencido el señor Da Freito, que sed de vanidad que nos atribuye, ese elo de gloria que nos supone, es una timnia y una injusticia—mírenos el pblante el señor Da Freito y sabrá que ramos sobre él la espression de la humil y el desprecio por todos esos humos y peles con que él se afana en adornarnos. en que si alguna vez el incienso de la enja ha subido hasta nosotras y satur la atmósfera que aspira nuestro pul-

mon, nunca ha mareado la cabeza ni torcido los sentimientos naturales del corazon.

Si el señor Da Freito tratara á Judith, seguras estamos se avergonzaria de haberla calumniado y casi nos atrevemos á asegurar, llegaria á ser su amigo, y hasta á oir sus consejos.

Entónces, se convenceria que la muger literata sin pretenciones ridículas—puede ser madre y esposa ejemplar sin que por ello olvide su amor á las letras, y sin que esta pasion noble é inocente, menoscabe en lo mas minimo los deberes y atenciones sagradas del hogar.

Nada es mas condenable á nuestro juicio que la actitud de la muger que hacía abandono de sus deberes—sea hija ó sea esposa, para atender sus papeles y perder un tiempo que requiere el desaliño de la casa ó el apunte de la ropa—pero cuando la muger cumple con sus deberes y sabe y puede, en los ratos de descanso, escribir dando forma á sus ideas, la creemos digna de aplauso y hasta de admiracion—esto hemos sostenido y sostendremos siempre. Concluimos pidiendo disculpa al señor Da Freito por lo que hayamos podido decir sin intencion, pues no somos capaces del sarcasmo ni de la ofensa.

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.
(Judith)

San Martin, Diciembre 24 de 1878.

A GERVASIO MENDEZ

Morir tan jóven, sin haber dejado
Quien derrame una lágrima de amor!
Mi sepulcro, de todos olvidado,
Estará sin un mármol, ni una flor.

G. MENDEZ.

I

Nunca mas dulce es el cantar del vato
Q' cuando empapa su canción en lágrimas,
Cuando en cada sonido de su lira
Un jiron lleva envuelto de su alma;
Porque sus cantos
Que trae el aura
Reunen al encanto de lo bello
La esencia de la flor de la desgracia.

Asi es tambien la rosa de los prados
Que abre al nacer la aurora nacarada;
Es dulce su perfume porque encierra,
Fresco rocío en su corola pálida,

Y ese rocío

Blanco, es la lágrima

Que llora por la noche la natura
Y se evapora al despuntar el alba.

El poeta es tambien la flor hermosa
Que en el jardin del universo se halla:
Cuando las alas del dolor lo azotan;
Cuando es su vida entristecida, amarga,

Entónces llora,

Entónces canta

Y arroja el corazon hecho pedazos
Envuelto en los jirones de su alma.

Entónces no es el hombre que suspira
Y lo abate cobarde la desgracia;
Es el titan que absorbe lo infinito
Y á lo infinito sus suspiros lanza,

Es el torrente,

La catarata,

El volcan que ha arrojado del abismo
Hasta los cielos su candente lava.

II

Asi yo vi Gervasio en tus estrofas
El poema colosal de tu desgracia,
Vi palpitir el corazon doliente
En las doradas cuerdas de tu harpa,
Como palpita

Del muudo el alma

En los trémulos rayos que á la tierra
Lanza la frente de la luna pálida.

Te ví grande gemir, llorar cantando
Y elevarte á la bóveda azulada,
Llegar hasta el alcázar de la gloria
De tu genio potente entre las alas
Y en el salterio

De tu desgracia

Te escuché preludiar la primer nota
Del poema inmortal de la esperanzal

Asi son tus cantares: el resumen
De ese dolor que tu materia mata,
Pero que eleva con celeste encanto
Tu espíritu inmortal sobre sus alas;
Son tus canciones
Música grata,
Concierto de celestes salmodias
Indefinibles, murmurantes, vagas.

Es algo parecido á la armonía
Que forman de los céfiros las alas
Cuando al nacer la bella primavera
Juegan entre las flores con las auras.

¡Si cuando sufres

Entonces cantas

Cada lágrima tuya es un poema,
Cada suspiro un manantial de lágrimas!

III

Cantas oh! vate en tu infortunio amargo
Empapando tus versos con tus lágrimas,
Pues parece escucharse en tus canciones
Los ayes melancólicos del alma,

Como el susurro

Suave del aura,

Como el ¡ay! de dolor que el moribundo
En su lecho de muerte, triste, lanza.

Como la queja de la madre tierna
Que en la cuna del hijo reclinada
La pérdida lamenta prematura
De aquel dulce pedazo de su alma

Y triste y sola

Llorando exhala

Tierno suspiro que conduce al cielo
El ángel del dolor y la plegaria.

No es mas sentido el amoroso arrullo
Que en nuestros bosques lanza la torcaza
Al mirar á su amante prisionero
Y al contemplarse sola, abandonada,

Que esos cantares

Dulces de tu alma,

Iguales al suspiro de los vientos,
Al pasar por las cuerdas de las harpas.

Pulsa, poeta, tu enlutada lira
Y empapa tus canciones con tus lágrimas,
Que desde el Plata nos vendrán tus notas
De las serenas auras en las alas,

Como el suspiro

De una harpa eoliana

Que allá en el bosque se halla suspendida
De un sauce melancólico en las ramas.

Canta poeta tus desgracias tristes,
Tierna es tu voz cual murmurar del aura,
Como el ¡ay! de dolor del moribundo,
Como el llanto de madre infortunada,

Como la queja

De la torcaza,

Como el suspiro de la amante brisa,
Como el ¡ay! gemebundo de tu alma.

IV

Llora cantando sí, zorzal canoro
De nuestra hermosa tierra Americana;
Los laureles y triunfos conquistados
Adornan ya las sienes de tu patria,
Y allá en sus nubes

Celestes—blancas,

El astro de tu genio irradia luces
Que iluminan tu frente marchitada.

No te abatas si sientes que te azota
El terrible huracán de la desgracia.
Pues si el dolor marchita tu existencia
Hará la gloria revivir tu alma,
Y cuando llegue

La muerte helada,
Al extinguirse el fuego de tu vida,
Lucirá el sol de tus gloriosas palmas.

RAMON J. LASSAGA.

Santa-Fé, 1878.

RESULTADOS INMEDIATOS

Por la obra se conoce el obrero, dice literalmente traducido, un proverbio francés y es de tan justa y sabia formacion esa sentencia que lo mismo se aplica á lo material, que á lo intangible de las obras humanas.

Así, por ejemplo, se mide la bondad de un sistema político, por la suma del progreso efectuado por un pueblo á él sometido y un sistema de filosofía vale tanto, cuanto mas valer dá á quien lo profesa, esto es, cuanto mas avanza la raza siguiendo sus preceptos.

El proverbio se aplica con no menos razon á las literaturas y es por eso que ocupa entre todas el primer rango, la alemana de fines del siglo pasado, que ha producido entre los hombres del habla germánica el sentimiento unánime de la nacionalidad, del cual carecian antes de Klopstock (1724—1803.)

A su vez, entre todas las causas capaces de determinar tal ó cual modalidad de una literatura, pueden y deben ser estudiadas cada una de ellas: los accidentes topográficos, la meteorología, el gobierno, las costumbres, etc., de la localidad á que pertenece la literatura que se estudia.

Y cuando un factor cualquiera interviene bruscamente en el curso de las producciones literarias de un pais, merece especial estudio, porque alguna modificacion ha de haber impreso al órden de hechos sobre que interviene. No solo se esplicarian así las modificaciones que se señalaran, sino que estableciendo el bien ó el mal que ellas hubieran producido, se mediria la bondad ó maldad de la causa, es decir, que por la obra se conoceria el obrero.

Ahora bien, hace pocos años que las mujeres argentinas han entrado, en número bastante crecido, á la república de las letras, obteniendo palmas y silbidos, alabanzas y envidias, lo mismo que todo individuo que escribe para el público. Publican libros, escriben dramas, filosofan, discuten, hacen, en fin, muchas cosas que antes les

eran desconocidas y esa irrupcion no ha podido menos que tener alguna influencia en nuestra literatura. Busquémosla y si la encontramos, apreciando su grado de bondad, conoceremos por la obra al obrero.

•••

«Desarrollada en un medio militar, decia hace seis años en un curso público de Historia Argentina, el Sr. J. M. Estrada, la literatura argentina no ha podido ser, sino lo que es: militante y batalladora.» (1)

Y es la mas justa apreciacion que pueda hacerse, en cuanto se refiere hasta los tiempos que preceden á la presidencia del señor Sarmiento.

Una arrogancia enteramente marcial; inspiracion casi siempre bebida en fuentes militares, metros magestuosos, sonoridad que toca al eufonismo heleno, elevacion gigante de las ideas, soltura en el desarrollo del pensamiento, atrevimiento en las figuras y muchísima originalidad en los argumentos, todo eso derramado con exhuberancia en composiciones casi todas de largo aliento, tales son los rasgos característicos de nuestra literatura nacional.

Con un ideal supremo y sublime: la libertad; con una forma esencial y profundamente romántica, en el sentido genuino de la voz, podemos á justo título mirar de frente á la madre patria y decirle que hemos sabido sostener con brillo la fama de los hablistas castellanos, que hemos sabido cuando ella nada sabia, cantar en la lengua de Cervantes el himno sublime de la libertad humana, cantar el advenimiento de la democracia y cooperar con la armonia del verso á la realizacion de la armonia social.

Pero los obreros que trabajaron en esa obra, han muerto en su mayor parte y de los que quedan, ninguno pulsa la lira. Sus obras pertenecen á la historia y ocupan el escenario otra generacion, desarrollada en otro medio, nutrida con otras ideas y mezclada con otros elementos, diferentes de los que codearon á nuestros padres y abuelos. Examinemos el presente.

•••

Se destaca hermosa y arrogante, en el cuadro de nuestra literatura, ocupando el primer rango entre todos los géneros, la poesia filosófica, cuyo mas conspicuo representante es el señor Andrade.

(1) Cito estas palabras por lo que recuerdo: es posible que no sea la forma exacta del pensamiento; el fondo es exacto

Después...después el lirismo, las lágrimas, la *nostalgia del cielo*, el misticismo, el melíflujo sentimentalismo. Muy de tarde, en tarde, una nota viril y poderosa; alguna idea de hombre, se hace oír, como *Tambor de San Martín*, por ejemplo y parece que ella pudiera reavivar la llama del entusiasmo enérgico en nuestros poetas; pero no, admiran la obra y en seguida oran la incredulidad de los contemporáneos, lamentan el ateísmo, se funden en lágrimas ante un deshojado jazmín, *testigo de dulces coloquios* é invocan voces de infinito que vengan á consolarlos.

El mismo Mendez que se nos hizo conocer como argentino genuino, cantando valientemente sus dolencias y desgracias, se oblega ante las preocupaciones reinantes, inclinando culto al dios de los melindres.

No quiero para probar esta degeneración, apelar á mas arsenal que al *Album del Hogar*. Desafío á que se me muestren en sus páginas—*El Tambor de San Martín*, exceptuado—una composición que parezca producida por la pluma de un argentino.

Y bien, esa *afeminación*, esa degeneración de nuestra literatura, es debida á la corrupción de las mugeres sobre el terreno de las bellas letras.

Un ejemplo: Ila Edelvira Rodriguez, la autora del *Cunto á Servia*, hija probablemente de padres que han sufrido bajo la tiranía, ha escrito una de sus mejores composiciones contra la Revolución Francesa, porque los revolucionarios cortaron la cabeza á un rey papanatas y á 10 ó 12 mil explotadores que vivían del sudor del pueblo, ocupados en gozar lo que no ganaban.

Y no es sino muy natural que la muger sea incapaz de elevarse hasta la nota viril de Chénier ó Lopez, porque por naturaleza y por educación es ó melancólica hasta el enflaquecimiento ó abyectamente sensualista (muger honrada que bebe *efluvios de infinito* ó meretriz: el término medio es la *perfecta casada* de Fray Luis de Granda, máquina de guardar la casa como el *Alert* de Zambonini.)

Con semejante bagaje psíquico, la muger argentina ha traído á la literatura, lo que podía traer: melancolín, lágrimas, teruezas como fondo; melindres, voces melífluas, versos cortos y delicados, como forma.

Y ha conseguido poner de moda el lirismo, es imitada, sobrepasada y oscurecida, porque es mas ignorante que sus cólegas del sexo barbudo.

Desgraciadamente la imitación es casi universal y la literatura argentina actual

consagrada á llorar, desdeña la herencia recibida para mecerse en la dulce esfera de un sentimentalismo que suele á veces oler á patchouli.

Por la obra se conoce el obrero y si los resultados inmediatos de la influencia de las mugeres es una degeneración que nos afemina, dígame todavía que se debe fomentar ese obrero con polleras que abandonando la aguja y el cucharón, consigue sustituir á la blusa del militar el delicado corpiño de la tímida doncella.

OSCAR WEBER.

Diciembre de 1878

PAJINAS DEL CORAZON

Cuando besa la brisa mi cabello
Cuando se hunde la luz de mi pupila
Del mar en el confin,
Yo pregunto á las olas y á las brisas
Si te acuerdas de mí

Y allá en la tarde, al declinar el día;
Cuando se oculta en el ocaso el sol,
Me voy al monte á preguntar amante
A la viajera palomita errante
Si te ha visto, mi amor!

Y por las noches cuando todo duerme,
Sentado al pié del misterioso ombú,
Alzando al cielo con dolor mis ojos,
Les ruego á las estrellas, que siquiera
Me digan ay! donde te encuentras tú!

Con todos hablo de mi amor, bien mío,
Con la luna, las aves y las flores
Con la brisa y el mar,
Y todos callan! nadie me responde,
Solo ay! mi pobre corazón me dice
Que tu no me amas ya!

RAMON OLIVERA.

UNA EXTRAVAGANCIA INGLESA

A MIS PADRES
I.

A los quince días de llegar al humoso Londres, el excéntrico Henry Moss, narraba en *Foreigner's Club* á un corro de amigos, su feliz y atrevido paseo de diez años por el Africa, diciéndoles:—Después de recorrer Ceuta, donde desembarqué, y atravesar el estado de Argelia, llegué á Cabeza (Tunex) de donde salté en uno de los vapores de *Sultan Steam & Co.*, crucé en él el canal de Suez entrando así al Mar Rojo,

para desembarcar en Suaken.

Al cruzar aquel triunfo científico de Fernando de Lesseps, sobre la ciencia mal intencionada de algunos sábios europeos, recordé sus trabajos de diez y seis años: tan pronto lo imaginaba en su gabinete de París, inclinado sobre una mesa, embebido en el estudio de sus planos, como conquistando en el Egipto la voluntad del Virey Mohame-Said y su círculo para obtener la concesión; tan pronto en el Istmo acompañado de sus compatriotas Liuant Bey, Mougey Bey, y Aïmas, estudiando el terreno con sondaduras y nivelaciones, para contrariar con su resultado al Padre Enfantin, á los Sansimonianos, y á Lepere, como imponiendo su voluntad á los sábios que él reunió en París, de Inglaterra, Italia, Austria, España, Holanda, Rusia y de su país, para que enviaran una comisión á estudiar aquello de qué él estaba convencido; todo eso pasó por mi mente así como también la sonrisa de él, vencedor orgulloso, el día de la inauguración, cruzados los brazos sobre el pecho, en la proa del *Aguila* al atravesar el canal, guiados por él, mas de ciento treinta buques.

En Suaken me uní á una caravana de comerciantes para atravesar la Nubia y seguir después solo hasta Gondar, donde obtuve espléndidos regalos del Emperador de Abisinia en cambio de los que yo le habia presentado; y siendo parte de una otra caravana de pastores, de los que la mayor parte eran *fusileros*, y en la que el *jeave*, llevaba mi dirección atravesé una pequeña parte del desierto de Sahara.

En este viaje comprendí lo sagrado que es la hospitalidad en el *douar* de los *Kchirs*, y lo respetada y defendida que es la vida del extranjero bajo la tienda.

A nuestro paso encontramos los Montes de la Luna que visité solo, y cruzando por regiones desconocidas llegamos á Milendá, al cuarto aniversario de mi arribo á Ceuta; allí me detuve algunos días, antes de seguir á la Colonia del Cabo.

Seis meses descansé en la mas floreciente de las colonias, recuperando las fuerzas perdidas; entonces, pagado el pasaje en uno de los vapores que hacen la carrera en esa parte de la costa africana, para San Luis de Senegambia, me trasladé á este puerto. De allí, seguí por tierra hasta Marruecos, donde no salté sino tres días después para llegar á Ceuta á los diez años de mi salida, después de haber luchado y vencido en union del altivo y valeroso beduino, al noble leon por lo que soy llamado, *el matador de leones*; al elefante *solitario* tan temido; al

sanguinario tigre; al búfalo y á la culebra bajo algunas de sus multiplicadas especies.

Veinticuatro horas despues de haber llegado tomé uno de los vapores de la «Mala» para Dower, no sin haberme escandalizado, el mal trato que se dá á los españoles, que por sus crímenes, van á tal presidio. Y ahora, me teneis dispuesto á cualquier otro paseo por riesgoso que él sea, para emplear así parte de mi capital de doscientas mil libras esterlinas y no estar ocioso á los 35

II.

Corto fué el silencio que siguió á esa narracion, hecha rápidamente, pues todos á poria le hicieron mil propuestas, para otras tantas atrevidas empresas; mas, ninguna igualó á la de Milord Wilsson:—Cruzar el canal de la Mancha en un globo aereostático á imitacion de Blanchard y Joffries en 1785, mediando una apuesta de 20,000 libras esterlinas.

Nuestro intrépido viajero en su niñez, habia atravesado las Pampas argentinas y sabia lo que era en ellas un pampero.

Por eso no titubeó en apostar que aceptaría la cantidad señalada siempre que se tratase de atravesar la América de Oeste á Este.

Milord Wilsson que tenia la mas triste idea de los sud-americanos, vió mayores obstáculos, para la realizacion de tan atrevida empresa, y aceptó gustoso, si los gastos de viaje los abonaba el vencido.

Quien así pensaba, no conocia otra cosa que el *humorístico* «Punch», á través del *reficente* «Whiskey».

Las condiciones fueron discutidas, y concluidas estas se acordó:—

1º Cada uno de los adversarios depositará en el «Banco de Londres» 20,000 libras esterlinas, las que con sus respectivos intereses, pasaran á poder del vencedor, y

2º los gastos de viaje, aparatos, instrumentos, etc. los abonará el vencido.—

De estas dos condiciones, manuscritas y firmadas por Milord Wilsson y Moss, fueron testigos todos los allí presentes.

III

Dos meses despues salian de Liverpool para Valparaíso por el «Cotopaxi» de la «Pacific Steam Co.» Henry Moss, seguido de un inmenso equipage y acompañados de dos compatriotas, que poco ó nada les importaba la vida, y Milord Wilsson seguido de dos de sus sirvientes.

Cruzan el Atlántico y la costa oriental

de nuestra América, se presenta á su vista con todo lo mas bello y exuberante de su vegetacion.

Entran al Estrecho de Magallanes, semejante á un apacible río, y él los recibe con la mas espléndida aurora austral: la cinta luminosa despues de semejar en sus pliegues, y repliegues, el movimiento de una serpiente desaparecia recorriendo todos los colores, desde el amarillo pálido, hasta el rojo, sin perder su centro, por eso aquel verde primitivo.

Desembocan en el Pacifico y él los saluda con inmensas moles de agua que chocando en los costados del vapor, no hacen mas que sacudirlo é invadir su cubierta por momentos, para que él siga despues su marcha, sin que nada pueda detenerlo.

Entran en aguas chilenas y diez millas al norte del cabo Pilar, se alzan cuatro rocas á cuyos piés se estrellan las olas convirtiéndose en nubes de agua, que al caer cubren de espuma aquella superficie estéril y abandonada. Esas rocas son conocidas con el nombre de *los cuatro Evangelistas*, porque en otras tantas y muchas pequeñas, simulan los animales con que la Historia nos presenta á aquellos: el ángel, el leon, el toro y el águila creemos percibirlos.

Lo anterior está confirmado por el nombre de *los doce apóstoles* que se les dá, unidas á otras ocho rocas, que se hallan seis leguas mas al Oeste.

En fin, nuestros viajeros despues de gozar los domingos, con las prácticas religiosas de su rito, con los ejercicios de incendio y de naufragio y con el *whist* que todas las noches jugaban, llegaron á Valparaíso despues de treinta y ocho dias de viaje, y Milord muy admirado de no haber distinguido en todo el trayecto, «uno de esos con plumas.»

Instalados en el hotel «Colon» con no poco trabajo y dinero, por ser la temporada de baños, se dirijieron á las autoridades respectivas para obtener el permiso necesario y llevar á cabo la ascencion aereostática en la plaza de la Victoria.

IV

El 1º de Enero vió Moss su globo *Victoria Queen* henchido. Y despues de tener en cuenta no llenarlo por completo y no olvidar alguno de los instrumentos necesarios para su viaje, así como los alimentos precisos, colocó en uno de sus costados un *paracaídas*.

Sus compañeros, impacientes, le esperaban en la barquilla unidos tan solo á tierra por un grueso cable.

En la mañana de ese dia el Norte apareció cubierto de nubes en forma de inmensas montañas, coronadas con las tan temidas *colas de gato*, como las llaman los marinos; el viento reinante era flojo del oeste: todo hacia temer uno de aquellos *norches* que tantos estragos causan en la bahia, por ser tan desabrigada.

Las autoridades chilenas, por esto, rogaron á Moss postergar su salida uno ó dos dias mas; pero estas razones no fueron para él, sino otros tantos motivos para apresurarla.

Media hora despues se despedia de su adversario, y ante una inmensa muchedumbre, que presenciaba por primera vez un espectáculo semejante, lanzóse el atrevido aereonauta por la escalera de cuerdas suspendida á uno de los extremos de la barquilla, y cortando con mano vigorosa la única comunicacion con la tierra, entabló la lucha del fruto de la ciencia con el mas terrible de los elementos.

Las doce del dia daban los relojes vecinos.

V

El *Victoria*, partió con admirable velocidad llevado al sur por el viento que ya se habia declarado, y partió en medio á los aplausos y gritos de la multitud, arrancados por tanto arrojo.

Moss con el barómetro en una mano y el termómetro en la otra comenzó sus observaciones, las primeras le dieron 1,500 metros de elevacion. El restante le dió 33º 16 lat. S. y 72º 8 long. O.

Envueltos por una fuerte neblina cuatro horas despues, Moss ordenó á Charles y á Walter que, encendidas las linternas, las sujetasen á las cuerdas de la barquilla, mientras preparaba la poderosa bateria electrica que llevaba, para obtener una luz viva, intensa, que los alumbrase en las densas tinieblas que los rodeaban.

Al amanecer del siguiente dia, el termómetro habia llegado á ocho grados bajo (—8º); verificados los cálculos se encontraron á 4,000 metros de elevacion rumbo S. E.

El *Victoria* á las seis de la tarde estaba sin movimiento; en la noche iría dos millas mas al E. y como el globo comenzase á descender, se hizo necesario arrojar algunos de los sacos de arena que se traian de lastre; esto dió un pequeño ascenso.

Tomada la altura al tercer dia, se encontraron á 36º lat. S. y 72º 30' long. O.; con auxilio del larga-vista distinguieron una cadena de colinas, de triste aspecto y

en cuya blanca cima se refractaban en mil variados colores los rayos del sol que los abrasaba; uno que otro cóndor de gran gollilla y majestuoso volar, interrumpía la monotonía de tan agrestes lugares. Consultado el mapa se hallaban sobre los Andes.

Marcaron en ellos el volcan Chillan de la provincia de Ñuble, y habiendo atravesado completamente la Cordillera entraron en las Pampas arjentinas, deleite del que llaman pária americano.

Al cruzar aquellas tierras de limitado horizonte al parecer, y entre los 35° lat. S. y 65° long. O. percibieron las *tolderias* de los salvajes, distantes unas de otras, como centinelas de la *rancheria*, que guardaba en su centro una gran hacienda de ganado vacuno, lanar y caballar; mas allá y en distinta direccion, venia la pesada é indefensa mensajería, espuesta á ser atacada por alguna de esas partidas tan temidas y que tan de improviso caen; despues la *tropa* de carros, con sus mismos toldos y pausado rodar, y que viene con su defensor: el *gaucho* ó hijo del desierto.....

El ascenso aumenta y todo aquello, poco á poco, perdióse á su vista.

IV

Cuatro dias pasaron con viento flojo acompañado en la noche, por dos ó tres horas, de fuerte aguacero; mas, el siguiente, octavo del viaje, amaneció enviándoles un *pampero* que durante veinticuatro horas los llevó al E. con velocidad vertiginosa.

Tan descado era este viento por Moss, que en su honor entonó el *God save the King*, con grandes y repetidos saludos á «Morton».

Pasado aquel que tanto los regocijara sintieron el bochorno precursor de la tempestad.

Dos horas mas tarde, el cielo se cubrió de nubes y cada una de estas convirtiéndose en una catarata, cuya fuerza se disminuía cuando aquellas se abrian para mostrar un fondo color violáceo, y lanzar de su centro una luz deslumbradora, que cruzando el espacio en zig-zag, bajaba á perderse en otra nube; el trueno la sucedía, oyéndose con mas claridad á cada instante y cuyo fragor repetían multiplicadamente las otras nubes.

Esa noche fué de agonía para nuestros aereonautas por las terribles sacudidas que sufría el *Victoria* y por el excesivo frío que sentían; lo fué por el temor de ser víctimas del rayo, al que mas de una vez vieron sobre sí: ansiaban el nuevo dia, como el náu-

frago la proximidad de la costa ó alguna esperanza de arribar á ella.

Y ese dia tan deseado, correspondió á sus esperanzas, los saludó con buen viento y cielo despejado, prometiéndoles así uno de sol para observaciones exactas.

Simudos, sombríos y temerosos, permanecieron en la tempestad, cuán alegres no estarían al trocarse esta por un nuevo *pampero*, que puso fin á aquella encarnizada lucha de tan incombustibles elementos!

El los llevó sobre llanuras, bosques, selvas, rios; todo pasó á su vista: la aislada choza, la miserable aldea, el bello pueblo que se destaca entre jardines, la opulenta ciudad, todo pasó, diremos con el poeta:

«Cual relámpago lúcido, brillante»

A favor del sol tomaron la altura y se encontraron sobre la provincia de Buenos Aires, mas allá de Chascomús: consultado el barómetro, temblaron, se encontraban á 4850 metros de elevación, debían caer en el oceano. Para evitar esto, abrióse la válvula superior y poco despues principió el descenso; pero á medida que la velocidad de este aumentaba, disminuía la distancia que los separaba del Atlántico, á donde eran arrojados por el viento S. O. que los impelia.

Pretendieron lanzarse en el paracaídas, pero era tarde: el oceano y el rio confundidos corrían bajo ellos: al sepultarse en sus aguas, debían arrastrar en su caída la nave que encontrasen á su paso.

Mas en aquel momento apareció á su vista, frente al trayecto que debían recorrer, un punto negro.

No habia que pensar. necesario era caer sobre aquello que les pareció una roca.

Cerrada la válvula se moderó el descenso y este cesó, despues de arrojar algunos sacos de arena, el viento que siempre los llevaba, continuó lanzándolos en aquella direccion....

El vapor inglés «Rosario» que entraba á Montevideo regresando de su viaje semanal á Buenos Aires, los distinguió y aumentando la fuerza de su máquina, colocóse bajo ellos y llamó su atención con distintas señales.

Mas esta muchacha casi al unísono fué de corto tiempo, pues temiendo varar, aguantóse sobre su máquina....

Cien metros mas, y la barquilla estaría en el mar; pues abierta nuevamente la válvula superior, habia sido rápida la bajada....

Treinta minutos despues las cuerdas del globo se enredaban en las magestuosas pal-

meras de la isla de Gorriti (1) con gran gozo de los tres osados navegantes, que despues de cortar las cuerdas que los sujetaban al globo, contemplaron, suspendidos aun, la desaparición de él en las nubes á los diez dias de su salida de Valparaíso.

VII

El 12 de Enero llegó Milord á Montevideo por el «Illimani» de la Compañía del Pacifico, y si fué grande su sorpresa al encontrarse con los aereonautas, de quienes no esperaba ni noticias, mayor fué su dolor al tener que confesar que no solo habia perdido las 20,000 libras esterlinas, sus intereses, y los gastos de los viajes aereo y marítimo, sino que, ademas, los sud-americanos no eran tan salvajes como él los suponía; pues si los hombres habian reconocido y aplaudido la audacia de sus compatriotas, comunicada por telégrafo de Valparaíso, las mujeres tenían en cambio, ojos tan bellos como terribles, que penetrando en el alma, se apoderaban de ella.

Todo eso dijo el desengañado, un mes despues, á una linda oriental, que lo aprieta é hizo olvidar sus antiguas costumbres.....

Cinco meses despues, paseaba Milord en la toldilla de «L'Orenoque», uno de los vapores de la Compañía Italo-Platense, dando el brazo á una bellísima jóven, su esposa, quien tenia al lado á Henry Moss; en la segunda cámara departían amigablemente Charles, Walter, Joseph y James.

Se dirijian á Liverpool para seguir á Lordes y recoger allí, ya en bromas ya en buenas libras, el pago de una *extravagancia inglesa*.

JULIO F. SANDOVAL.

Diciembre de 1878

NO ME OLVIDES

Si el lábio tuyo jamás me nombra
Y á Dios descanso por mí no pides,
Del otro mundo vendrá mi sombra
Para rogarte que no me olvides.

Y una voz de agonía
Vibrará junto á tí,
Y dirá noche y dia:
Acuérdate, alma mia,
Acuérdate de mí!

(1) Esta isla, único abrigo del puerto de Maldonado, fué descubierta á principio del siglo pasado por D. Francisco de Gorriti, quien tomó posesion de ella en nombre de los Reyes de España, y estos al donarla al descubridor la dieron por nombre, el de este.

Si tú me llamas en tus dolores
Y oyes un eco muy lastimero,
Yo soy quien dice: mujer, no llores,
En el sepulcro, mi bien, te espero.
Si tú que en mi resides
Eternamente en mí,
De tí no me despidas,
Nunca mi amor olvides,
Acuérdate de mí

JUAN CLEMENTE ZENEA.

EL TIPO MAS ORIGINAL

Véase el número anterior

Pero hubo un momento de sosiego, que juzgamos prudente aprovechar.

—«Señor Bachkind!»—dijo el Berlínés.

—«¿Caballero?»

—«Tendría vd. inconveniente en considerarse entre amigos en este momento?»

—«De ninguna manera,»—contestó Bachkind, mirando al rededor suyo—como para cerciorarse de que el Profesor Burbullus no le había oído.

—«Bien, pues,»—continuó el Berlínés sonriendo—«si ello es así, esperamos que Vd. tendrá la bondad de aclararnos algunas dudas.»

—«Sobre algun punto científico?»—preguntó Bachkind, haciendo un gesto de soberana complacencia y estúpida vanidad.

—«Hasta cierto punto.»

—«Estoy á sus órdenes.»

—«Conoce Vd. la historia del doctor Burbullus?»

—«Oh! sí! y es muy curiosa.»

—«Quiere Vd. referírnosla?»

—«No hay inconveniente.»

El Berlínés llamó á uno de los criados y le ordenó traer otra botella,—la que Bachkind aceptó de corazón.

Cuando el criado hubo cumplido la orden, y llenado de carbon la chimenea, se retiró.—El Berlínés destapó el encanto de Bachkind, y el carbon húmedo chisporroteó alegremente, estallando como en una fragua bien ventilada.

—«El Profesor Burbullus,»—dijo Bachkind, levantando su capa á la altura de las nastrás,—«es un hombre muy sábio, tan sábio, que hasta ahora ha habido una sola pregunta que le haya hecho sobre cualquier materia, á la que el profesor no haya contestado. Varias veces ha sucedido que un individuo le presente un fragmento muy pequeño de hueso, preguntándole á qué animal pertenecía, é inmediatamente el señor Burbullus se lo ha dicho.»

—«La persona que quiera darse ese pla-

cer, puede muy bien ser algo ignorante,»—dijo acentuando mis palabras.

—«Siempre es así.»

—«De manera que bien ha podido el Profesor decir lo que no era cierto, Si yo, que no entiendo nada de fósiles,—le presento un pedacito de la pelvis de una especie de *Labyrinthodonte*, segun mi creencia, y él me dice que pertenece á un *Pterodáctilo*, Vd. comprende que no soy yo quien ha de controlar esa aseveracion, y si lo fuera, ya tendría bastante ilustracion para no hacer tal pregunta.»

—«Es muy cierto, y... por favor, no se lo digan jamás!»

—«No tema Vd.»

—«Sucedió una vez conmigo,»—agregó Bachkind con cierto temor y petulancia,—«había recogido, cerca de las colinas, un fragmento de *Ictiosauro*, y lo presenté al profesor—‘Es un pedazo del esternon de un *Arqueopteryx*’—esa ave fósil, que, como V.V. saben, tiene el coxis en forma de cola multiarticulada, como muchos reptiles.»

—«Es verdad.»

—«Examinando yo mas tarde ciertas obras, hallé que aquel hueso pertenecía realmente al *Ictiosauro* y no al *Arqueopteryx*. ‘¿Porqué razon,—pregunté al profesor, dice V. que este hueso es de un ave, en vez de decir que es de un reptil?’—‘Bachkind, Bachkind, estúpido, ¿no sabe Vd. que yo necesito dar siempre una contestacion, aunque ella sea desatinada? Si á uno solo de los individuos que me hacen esas preguntas, contestara yo con claridad y concision, no haría caso; si por una casualidad un ignorante me trajera una mosca que se llamara *Musca domestica* y le diera, en vez de este nombre, uno de su sinonimia, si la hallara descrita con aquel y no con este, diría que soy un ignorante; por eso contesto lo primero que se me ocurre, ó si nó le recomiendo que no sea ignorante; Bachkind, Bachkind! estúpido Bachkind!...»

—«El profesor decía á Vd. todas esas galanuras?»—preguntó el Berlínés.

—«Sí.»

—«Y Vd., ¿qué le contestaba?»

—«¿Yo?... no le contestaba nada,»—dijo Bachkind sintiendo renacer la lucidez de su espíritu y su dignidad, al recordar aquellos rasgos de sublime energía moral.—«El desprecio»—agregó—«es el arma con que se responde á tales agresiones.»

—«Bachkind,»—dijo el Berlínés,—«quiere Vd. responder á una pregunta?»

—«Sí caballero; toda vez que esa pregunta se encuentre en los límites de lo razonable,»—contestó.

—«Es muy sencilla: el profesor Burbullus es ó nó loco?»

—«Si he de decir la verdad,»—repuso Bachkind, haciéndonos una seña disimulada como para que despidieramos al otro criado,—«si he de decir la verdad, nó lo sé. El profesor Burbullus, indudablemente, es un gran sábio, pero tiene el carácter más incomprensible, y si Vdes. quieren, más original. Por mi parte creo que obedece á un plan premeditado.»

EDUARDO L. HOLMBERG.

(Continuará)

ILUSION

A....

Mas pura que el azahar, en la mañana,
Cuando desprende el perfumado broche,
Mas bella que la reina de la noche,
Coronando la tierra americana.

Té ví la vez aquella en que vertías
Dentro mi pecho sin igual ventura,
Vaciada por tus lábios de ternura
En notas de celestes armonías.

ATULIN PINO.

Buenos Aires, Diciembre de 1878.

TRADUCCION

Ayer, la noche de verano, que nos prestaba sus velos, era digna de tí, tantas estrellas tenía! Tan fresca era su calma, tan dulce era su soplo! Tan bien estinguía ella sus débiles rumores! Tantos amorosos rocios derramaba sobre las flores y sobre nosotros!

Yo estaba delante de tí, lleno de gozo y de llama, pues tú me mirabas con toda tu alma! Admiraba la belleza de que tu frente se revestía y sin que siquiera una palabra revelara tu pensamiento, el tierno capricho, en tu corazón comenzado, en mi corazón se concluía!

Y bendecía á Dios, cuya gracia infinita, sobre la noche y sobre tí, arrojó tanta armonía, que para darme tranquilidad y hacerme feliz, os hizo, á la noche y á tí, tan bellas y tan puras, tan llenas de luz, de perfumes, de murmullos, tan dulces las dos!

Oh! si, bendigamos á Dios en nuestra fé profunda! Es él, el que hizo tu alma y creó el mundo! Es él, el que encanta mi cora-

son, él, el que maravilla mis ojos! Es él, el que encuentro en el fondo de todo misterio! Es él, el que hace brillar tu mirada sobre la tierra, y como la estrella en los cielos!

Dios es quien puso el amor en el estremo de toda cosa, el amor en quien todo vive, el amor sobre quien todo descanza! Dios es quien hace la noche mas bella que el dia. Dios es quien sobre tu cuerpo, mi jóven soberana, ha derramado la belleza como una copa llena y el amor en mi corazón!

Déjate pues amar!—Oh! el amor es la vida. Es todo lo que se siente y todo lo que se desea. Sin él, nada es completo, sin él nada resplandece. La belleza es la frente, el amor es la corona: déjate coronar!

Lo que llena un alma, ay! puedes creérme, no es un poco de oro, ni siquiera un poco de gloria, polvo que el orgullo trae de los combates; ni la ambicion loca, ocupada en las quimeras, que roe tristemente las amargas cortezas de las cosas de aqui abajo!

No, le es necesario, el himeneo de dos pensamientos, los suspiros ahogados, las manos que se acarician, el beso, perfume puro, embriagador licor, y todo lo que una mirada en una mirada puede leer y todas las canciones de esta dulce lira que se llama el corazón!

No hay nada bajo el cielo que no tenga su ley secreta, su lugar querido y escogido, su abrigo, su retiro, donde mil instintos profundos nos fijan noche y dia; el pescador tiene la barca en que la esperanza lo acompaña, los cisnes tienen el lago, las águilas la montaña, las almas el amor.

VÍCTOR HUGO.

RUBIAS Y MORENAS

Á GABRIEL

Allí vá...no la veis? Es una rubia; Envuelta en leve muselina blanca, Seméjase á una estrella que, en la niebla, Su macilento resplandor derrama.

Es muy bella—verdad? Fijad los ojos. En sus suaves pupilas azuladas... ¿Que habeis hallado en ellas?—los colores Del cielo y la bandera de la patria.

Allí vá una morena... La habeis visto? Enterrad en sus ojos la mirada... ¿No es verdad que está Dios en sus pupilas Y la sombra del cielo en sus pestañas!

ERNESTO.

Diciembre 24 de 1878.

•••

A ALFREDO

RUBIAS Y MORENAS (1)

Oh! tú célebre y nunca bien ponderado autor de la epístola *responsoria*, (1—?) facedor de los mas descomunales desaguizados y heroico defensor de las *morochas*, «á pié y á caballo, con lanza ó con espada!» Os fago la debida reverencia y con el vuestro permiso paso á comprobar lo que dejo dicho.

¿Como es que ha llegado á saber, el señor Alfredo, que el autor de estas líneas, es un jóven imberbe que describe los primeros pasos en la senda tortuosa de la dialéctica? Acaso posee el arte de la adivinacion? Quien sabe! Lo que si parece ser cierto es que la idea de tener un combatiente novel lo ha entusiasmado hasta el punto de hacerle olvidar lo que escribía; pero aunque hubiera acertado, errado vá quien aprecia las fuerzas del espíritu por los pelos que se tienen en la cara.

Dice que es mal augurio tropezar en los dinteles y por mirar donde ponen el pié los demas no se fija donde asienta los suyos. En efecto, señor Alfredo, que muy... distraído debió ser, quien por poner responsiva puso *responsoria*; á no imaginai que algun fenómeno de la vision haya estraviado la mirada del cajista.

Mas adelante, con toda la autoridad de un maestro que se dirige desde su cátedra, pasa á rebatir al señor Alemany, el modo con que ha espresado la regla de construccion gramatical que habiamos citado, y por una palabra que él interpreta á su paladar intenta inutilizar la aplicacion de la regla. Con este mismo sistema de argumentacion *saca* la deduccion que mas le

(1) Regla de construccion gramatical: Cuando ocurre espresar dos ó mas cosas, de las cuales la una tiene antelacion por naturaleza ó por dignidad, no se perturba este orden y asi se dirá *constantemente*: cielo y tierra, sol y luna, dia y noche (rubias y morenas.)

—Véase nuestra nota de la gramática de Alemany, en el núm. 24 del «Album.»

acomoda y prosigue: «¿acaso por que se diga vicio y virtud ha de ser el primero superior al segundo en la apreciacion de las acciones humanas?»—Pobres *morochas*! Alfredo, enredándose cada vez mas en el laberinto de sus aforismos y llevado por su mala fé, lo que es peor, se vale de subterfujos y evasivas fútiles para negar lo que por candidez afirmó.

Si se pusiera vicio y virtud estaria mal, puesto que debe ser vice-versa; pero con cediendo que fuera lo primero, no quiere decir que el vicio sea superior á la virtud, sinó que el que de tal manera lo escribió lo admitia así. Citaremos un ejemplo para mayor claridad: Supongamos que el señor Alfredo, acompañado de su perro, (en caso que lo tuviera) caminara en direccion á la casa de su adorable *morocha*, y que esta, al verlo, exclamara en un transporte de júbilo.—«El perro y Alfredo!» *Ahora pregunto yo á mi vez* ¿le pareceria bien dicho? Parece que segun su modo de interpretar las reglas gramaticales, estaria á las mil maravillas.

Pero aquí no paran los entuertos del señor de las luengas patillas. Cuando le preguntaba que como es posible que la que nos inspira mas admiracion y respeto sea la que mas participa de la materialidad, me sale estableciendo una diferencia entre las palabras vasallaje y respeto; cosa que no viene al caso, por que mi frase «respeto» responde á la de él «admiracion.»

Lo que mas de lamentable hay en todo esto es que Milton no haya conocido la fermosura de la agraciada Dulcinea del señor Alfredo; pues á haber sucedido así cambiaran las opiniones del bardo inglés y no solo las suyas sinó que pudo acontecer á todas las de aquellos que sin haber visto á su incomparable *morocha*, concibieron rubios á los ángeles.

En cuanto al color que se les atribuye á los ángeles, dice el señor Alfredo, que ha sido un antojo de la poesia. ¿Acaso ignora el esforzado y valiente defensor de las *morochas*, que siendo la poesia la que los ha creado es solo ella la que tiene derecho para encarnarlos bajo la forma que le parezca?

En definitiva, señor Alfredo, mientras su Dulcinea ensarta perlas, siga *vuesa merced* ensartando disparates!

OMAR.

Diciembre de 1878

ARCO-IRIS

La noche buena, que comen ora el nacimiento de Jesús, acaba de pasar como todas las cosas de la vida, dejando recuerdos tristes ó alegres.

Los templos han estado bastante concurridos: hombres acicalados y mujeres espléndidamente vestidas, asistieron á la tradicional Misa del Gallo, en que se recuerda el advenimiento al mundo de un propagandista que nació en un establo y fué modelo de humildad y de modestia.

El progreso moderno y la palabra del cristianismo condenan el lujo en los libros; pero es de mal tono desterrarlo de la práctica.

En la plaza de la Victoria y en otros puntos de la ciudad, se hacían oír los suaves acordes de la música, á cuyo compás bailaba el corazón de muchos, mientras lloraba el de otros.

En la Catedral no hubo misa del gallo, con lo cual se llevaron un soberbio chasco muchas gentes desocupadas. Sin embargo, á la una de la mañana, pasaban todavía muchos concurrentes por las avenidas iluminadas de la plaza.

Algunos honestos ciudadanos tuvieron la humorada de recorrer las calles al son de la música, convirtiendo en mala la *Noche Buena* que tenían derecho á pasar los que preferían dormir á pierna suelta.

En fin, durante la noche del Mártes, los buenos habitantes de Buenos Aires han tenido la ocurrencia de perder el sueño, el mejor manjar en el banquete de la vida, según Shakspeare.

* *

En materia de casamientos, el año termina de una manera que no puede ser mas favorable para las encantadoras muchachas que tiemblan ante la perspectiva de un celibato desconsolador. La Curia tiene datos que acusan en ambos sexos una tendencia pronunciada en el sentido de rendir homenaje al precepto bíblico: *crescite et multiplicamini*.

Hay también un detalle que prueba hasta evidencia el notable progreso de las ideas en materia de matrimonios: las niñas mas bellas comienzan á arrodillarse ante el altar acompañadas de hombres cuya edad varía entre cuarenta y cincuenta años.

Suena, pues, la última hora de los galanes imberbes: ya las niñas no buscan un Alfredo, un Carlos, ó un Medoro, ideales clásicos de la literatura romántica. La razón y el sentimiento piden hoy de acuerdo, un don Meliton ó don Hermógenes, de cuarenta años, fresco, rollizo, molletudo, hombre sério, amante, trabajador y honrado, modelo de

marido complaciente y dechado de virtudes domésticas.

* *

“La Alborada” del Paraná refiriéndose á la polémica que se sostiene en las columnas de este semanario, sobre la belleza de las rubias y morenas, dice lo siguiente:

“RUBIAS Y MORENAS—Es el tema que ha dado lugar á una divertida polémica entre los colaboradores de nuestro ilustrado colega ‘El Album del hogar.’ Recomendamos al público su lectura. Nosotros permanecemos indecisos en esta vidriosa cuestión, pues creemos que las mejores son... las dos.”

Nuestra opinion al respecto, querido colega, es que todas son... peores.

* *

SOLUCION

A MI BELLA AMIGA LA STA. LOLA LARROSA

Como la brisa á la flor—Brinda sonoro murmullo,—Nos brinda en plácido arrullo—Sus dulzuras el amor.—Que sin sentir, voladoras,—En esos dulces momentos—Que escuchamos sus acentos—Se van huyendo las horas.—Y nos brinda la ilusion—Grato ensueño dulcemente,—Cuando nuestro pecho siente—La primera vibracion.—Y así: yo TE AMO al oír—De unos lábios sonrosados—Es nuestro bien anhelado—Porque el amar es vivir

Buenos Aires, Dbre. de 1878.

J. R.

* *

A...

Solo tengo una mirada, una sonrisa, un saludo, casi perdido entre las sombras de la oscuridad que te rodea. Quiero algo mas: una flor, un cabello, una linea escrita de tu mano, algo que disipe la honda tristeza de mi corazón.

Espero donde sabes.

Aquel.

CRONICA DE LA SEMANA

IDA EDELVIRA RODRIGUEZ—La última composición que publicamos de la inspirada poetisa argentina Ida Edelvira Rodriguez, ha sido reproducida por varios periódicos de Entre-Rios.

Es una distincion que merece nuestra inteligente y modesta colaboradora.

TRASCRICION—De la *Alborada* del Paraná tomamos las siguientes líneas que debidamente agradecemos al colega:

Es sensible que ‘El Album del Hogar,’ periódico literario que se publica en Buenos Aires, el primero en su género en la

República, tenga tan pocos suscritores entre nosotros; tanto mas si se atiende que este semanario tiene por objeto, enjugar una lágrima en los húmedos ojos de un desgraciado, llevar un pedazo de pan al huérfano de la fortuna, prodigar un consuelo al mártir de las dolencias, al infortunado vate entre-riano.

¿Se gastan sendos pesos en cosas frívolas, inútiles y hasta perjudiciales, y se negarán seis reales á un desgraciado en el lecho del dolor? ¡No! nuestra sociedad ha descollado siempre por su filantropía, y ahora, no desmentirá sus gloriosos antecedentes.”

EL IDEAL—Con este título se publica en la ciudad del Rosario, un interesante semanario de literatura.

Su direccion y redaccion está á cargo de jóvenes instruidos é inteligentes.

Lo recomendamos.

MATERIALES SUSPENDIDOS—La falta de espacio nos obliga á suspender á última hora varios trabajos en prosa y en verso, debidos á la pluma de nuestros asíduos colaboradores.

Postergamos también la publicacion de un artículo que nos ha enviado un conocido caballero de esta sociedad, y que contiene una explicacion sencilla y compendiada del sistema métrico decimal.

Lo consideramos de utilidad general, porque desde el año entrante comenzará la enseñanza de ese sistema, en las escuelas públicas de la Provincia.

Tres soluciones hemos recibido con motivo de la charada publicada en el número anterior; la falta absoluta de espacio solo nos permite insertar la mas corta.

Pidiendo disculpa á los autores de los trabajos mencionados por esta suspension independiente de nuestra voluntad, prometemos publicarlos en el próximo número.

LA BIBLIOTECA POPULAR DE BUENOS AIRES—Hemos recibido el tomo XI de este importante obra.

Está interesante.

ADMINISTRACION—A los Señores suscritores que no abonasen para fin de año lo que adeudan por suscripcion á ‘El Album del Hogar,’ se les previene que se les suspenderá la remision del periódico.

A nuestros Agentes les hacemos igual prevencion.

Se le recuerda al señor D. Pedro Narizano que debe remitir á la mayor brevedad, todos los ejemplares de El Album, que indebidamente retiene en su poder ó en su defecto, mandar su importe á esta Administracion: Temple 517.

El Administrador.